

HUGO NARIO

# Bepo

Vida secreta de un linyera

## Esta crónica

cuenta la vida de un hombre que durante un cuarto de siglo anduvo sobre el techo de los trenes de carga y vivió a orillas de las vías, con hambre, con frío, con penas y alegrías, en un territorio -el del ferrocarril- de 45 mil kilómetros de largo por 14 metros de ancho, el **largo y angosto país de los crotos**.

Se llama *José Américo Ghezzi*. Por BEPO lo conocen sus amigos. Me dijo que buscaba la libertad.

Cuando me contó sus aventuras y empezamos a trabajar en este libro, descubrí en él una memoria prodigiosa, un no común poder de observación y una conducta honrada y transparente.

Como con el grabador perdía el hilo de sus relatos, prefirió escribir apuntes. Yo a veces le fijaba temas o le pedía más detalles. Completó algunos de sus informes manuscritos con testimonios orales. A lo largo de casi cuatro años hemos estado indagando en su memoria, controlando datos, modos, pareceres y decires. Él me transfirió su espíritu. Yo procuré metodizar nuestro diálogo. Ahora ya no sabemos quién de los dos es el que escribe y quién el que crotea.

Cada vez que releo aquellos apuntes suyos me emocio, tan cálidos, ingenuos y agudos a un tiempo son. Sigo descubriéndoles expresiones de ponderable factura literaria. Les llamamos *Los Manuscritos*. Numeramos sus fojas, 137 en total, y con fragmentos suyos encabezó los capítulos de este libro. A los *Manuscritos* se suman dos cuadernos de diez hojas cada uno que escribiera con lápiz en 1942, mientras croteaba, en los que memora las alternativas de un cruce a través de los campos que duró cuarenta días.

Este libro quizá sea, el primer intento -que yo sepa- de penetrar en ese mundo, ya desaparecido, tan próximo y no obstante, sin testigos casi. Predominan en él noticias de la vida cotidiana, del increíble afán de andar, del no estarse quieto en ninguna parte y de ejercer la libertad como si fuera la respiración, aún al duro precio de mortificaciones, para cumplir con una empecinada voluntad de defender su individualidad, en tiempos en que todo se masifica y despersonaliza. Pero no es un tratado sobre los crotos, sino la vida de uno de ellos, y si el lector conoció a otros, verá que todos entre sí difieren, que cada uno es un universo y que no hubo dos crotos iguales.

Este libro pues, no es sino una crónica, quizá porque responde involuntariamente a mecanismos propios del reportaje en el que su cuestionario se da por sobreentendido.

DURANTE LAS PRIMERAS DÉCADAS DE ESTE siglo los trenes de carga de la Argentina solían llevar en sus vagones a decenas, centenares de pasajeros furtivos. En los años de crisis llegaban a ser miles, decenas de miles. Solía vérselos también a orillas de las vías junto a pequeños fuegos en los que hervía, dentro de recipientes negros de tizne, el agua o la comida. Parecían transitar un mundo de silencio, era evidente su hambre, tangible su frío y manifiesta su soledad.

En las ciudades se les temía y se asustaba a los niños invocándolos. Si faltaban aves de corral o ropas del cordel, sobre ellos recaía la sospecha. A veces, policías a caballo los arreaban como a ganado por las calles del pueblo rumbo a la Comisaría. Luego, los empujaban nuevamente a subir a los cargueros y continuar su errabundia. Asomaban entonces sus cabezas por sobre el borde de los vagones, como prisioneros de una cárcel ambulatoria, espectadores en tránsito de un mundo del que procedían, pero que ahora les era ajeno y los rechazaba.

Se sabía de muchos de ellos que, finalizado el verano, convergirían hacia las zonas maiceras del país, para juntar a mano el cereal. Que luego bajarían hacia el sur, buscando chalares tardíos. Que otros remontarían hacia el Chaco o el Tucumán, hacia Cuyo o hacia el Valle del Río Negro. Que muchos, en fin, concluido el tiempo de recolección, retornarían a sus pequeños poblados rurales donde les aguardaban familias y penurias. A principios de siglo, en cambio, casi todos habían venido de Europa y como tras de la cosecha regresaban, se les llamó *golondrinas*. Habían traído un atadito de ropa al que nombraban la *linghera*. Luego, a ellos mismos comenzó a llamárselos así. Se cree que un gobernador de Buenos Aires, José Camilo Crotto, dispuso que en la provincia viajaran gratuitamente en los trenes de carga y que por eso desde entonces se les decía también *crotos*.

Muchos jóvenes, especialmente del interior, salían a crotear nada más que por afán aventurero. Pero casi todos lo hacían en busca de oportunidades laborales de las que carecían en su pueblo. En tiempos de recesión económica, comerciantes y chacareros que se arruinaban y muchos obreros que quedaban sin trabajo, desesperados o desencantados, se automarginaban en la vía y los linyeras se multiplicaban.

Por último, se suponía que algunos de ellos no volverían a hogar alguno porque ya no lo tenían, sino a la vía, que por ella vagarían todo el año, toda la vida, hasta que -uno imaginaba- el frío o un accidente acabase con ellos.

Los que alguna vez estuvieron más cerca de sus vidas -ferroviarios, chacareros o policías- saben que tenían una jerga particular. Que llamaban *tártago* al mate, *maranfio* al guiso, *mono* al atadito de su ropa, *bagayera* a la bolsa en la que guardaban sus cacharros, y *ranchada* al sitio en que acampaban.

Como hacían del silencio un ejercicio, su vida era impenetrable, y ante la imposibilidad de conocer sus razones, se fantaseaba. Se hablaba de que entre ellos había intelectuales perseguidos, hombres a quienes un desdeño de amor arrojaba en busca del olvido. A veces les requisaban propaganda del ideal libertario. Otras descubrían entre ellos a delincuentes buscados por la autoridad: gente que debía muertes o prisiones. Sí, se fantaseaba. O no. Pero todas las actitudes que se les atribuían tenían una constante: la evasión.

Su historia estuvo ligada a otra faz del desarraigo argentino: la de su agricultura chacarera, pilar de su casi bíblica prosperidad, desde principios de siglo y no obstante su cenicienta esencial, arruinada sin redención desde 1940. Todos los años concurrían a servir sus necesidades recolectoras estacionales miles de jóvenes del interior del país -los otros desarraigados- para quienes aquellas cosechas fueron la única opción válida; la otra era quedarse en el ocio, el naípe, la bebida y la degradación. Recorrían aquel desolado cuerpo de gigante en los trenes de carga; del maíz al frío, del frío al maíz, braceros en tiempos de cosecha, perseguidos por vagos y por crotos en los de la espera. Y nunca se supo mucho más de ellos; su silencio y la soledad se interpusieron.

## **PRIMERA PARTE**

1935

(Bepo tiene 23 años)

## UNO

*La máquina tocó pito de salida,  
que es largo, y arrancó despacio.  
Nosotros también, despacio, íbamos  
rumbo a lo desconocido.  
MANUSCRITOS, foja 80 vta.*

Yo creo que empecé a ser verdaderamente linye, linyera en serio, el día en que Mario Penone nos dejara en Carabelas<sup>1</sup>.

Manuel Quirurga dio una larga pitada a su cigarrillo. Miró el cielo nublado hacia donde parecían unirse los rieles. El Otoño había puesto amarillos los campos.

Echó unas bostas de vaca al fuego que avivaron las llamas.

- *Tómese unos tártagos -me dijo alcanzándome el mate-. Se va a sentir mejor.*

Mario nos había dicho esa mañana: muchachos, me vuelvo. Nosotros dos lo habíamos escuchado en silencio. Mario se animó a preguntar, ¿y ustedes? Quirurga me buscó la mirada.

- *Nosotros vamos a seguir.*

Ahora solos, él y yo, había vuelto a su silencio. Otra pitada. Y silencio. Luego, miró hacia el lado donde Mario se había marchado tranquilando la vía y murmuró entre dientes:

- *El primer carga que pase lo tomamos.*

- *¿Para dónde?*

- *Qué se yo. Para cualquier parte.*

Quirurga me doblaba en años. Y sabía todo cuanto se necesitaba para ser un croto de ley.

La noche en que se había incorporado a nuestro grupo, cuatro meses atrás, estábamos junto a los galpones del ferrocarril en la Estación Rancagua<sup>2</sup>. En febrero habíamos salido de Tandil con Mario Penone y con Amalio Moreno. Veníamos a crotiar y si cuadraba juntaríamos maíz por el lado de Santa Fe.

Estábamos comiendo duraznos que Mario y Amalio habían traído de una chacra momentos antes. Por la tarde habíamos pasado por el lugar y le habíamos pedido a la dueña que nos vendiera algunos. No, son pa' los chanchos, nos había contestado de mal humor la gringa. Unos pocos, así no pierde todo, insistía Moreno. La vieja rezongó y sin mirar repetía de mal modo ¡son pa' los chanchos! Cuando anocheció los muchachos habían ido y una hora después volvían con media bolsa de los mejores. Pa' los chanchos... ja, qué ricos, reía Penone y le brillaban de jugo los labios.

De pronto Moreno me había tomado del brazo.

---

<sup>1</sup> Estación de la ex Compañía General Buenos Aires hoy Gral. Belgrano, a 40 kilómetros de Pergamino. Trocha angosta.

<sup>2</sup> Ex Compañía Central de Buenos Aires (hoy Gral. Belgrano).

- Mirá Bepo, aquel croto. Allá. No sé. Desde que se bajó del carguero. Hace un rato. Y no se ha movido de ahí. Voy a ver. No había alcanzado a oír sus últimas palabras cuando ya se iba con sus grandes zancadas al encuentro del otro.

Se saludaron y vi que hablaban. Moreno le había alzado el mono y ayudado a pararse. Los dos vinieron para nuestra ranchada.

Cuando las llamas le iluminaron vimos que era Manuel Quirurga. Tiempo atrás en Tandil había agarrado mono y se había ido por la vía.

Venía de Rosario. Estaba enfermo. Yo junté unas flores de manzanilla y mezclándolas con hojas de cedrón que traía en mi bagayera, le hice un té y al cabo el brebaje y la compañía lo mejoraron.

Esa misma noche tomábamos un carguero para Pergamino y le dijimos adiós a la gringa de los duraznos. Desde entonces habíamos andado caminando juntos los cuatro.

Ahora Quirurga, sin mirarme, pitaba un cigarrillo tras otro.

- *Nosotros vamos a seguir crotiando* -le había respondido con firmeza a Mario. Pero enseguida cambió de tema y habló de cualquier zonzero. Y esa tarde de mayo lo despedimos con una taza de mate cocido al compañero. Penone cuadró el mono, nos dijo hasta la vuelta y salió caminando despacito por la vía rumbo a Pergamino. El cielo estaba oscuro y hacía frío. Nos quedamos mirándolo hasta que los cardos secos de la vía lo taparon. Penone no se dio vuelta ni una sola vez.

Estuvimos el resto de la tarde junto al fuego sin hablar. Calenté el maranfio. Quirurga, después de comer, se fue a las bolsas.

Sin sueño, me puse a yerbiar, pero estuve largo tiempo sin dar una chupada. La luna, en menguante, no alcanzaba a romper la cerrazón que estaba tendiéndose. Con la luz de las llamas las perlititas de agua fulguraban en la pelusa de las mantas.

Al dejar ir a Penone y quedarme solo con Quirurga se acababa la joda. Comenzaba a ser mayor. Aceptaba la vida de croto. El regreso quedaba para más adelante. O para nunca.

Quirurga dormía en paz y el frío lo iba encogiendo poco a poco. Pronto fue un ovillo. Eché las últimas leñas al fuego y me fui a los ponchos.

Pero no podía dormir.

Una tarde de verano, el año anterior, Amalio Moreno me había encontrado en el boliche de Luiyín, en Tandil, sentado y sin trabajo y me había propuesto ir al norte, de crotos, a juntar maíz.

Cuando le dije al viejo que me iba en tren de carga no quería creerlo. *¡In trenu de carga! ¿Quié te metú quala idea in testa?*

El viejo Abramo Ghezzi había venido de Italia a América. Llegado a Tandil, jamás había vuelto a moverse. *¿Cómo iba a pensar que un hijo se le fuera a hacer linye?*

De Italia a Tandil. En Tandil a las canteras de la Movediza. En 1912, cuando yo nací, hervía el trabajo en las canteras. Los picapedreros eran los obreros mejor pagados de la Argentina. Y también hervía de ideas. De eso se hablaba todos los días. Yo de chiquilín me hice anarquista con el mismo cacumen con que pude hacerme de Boca o de River.

Cuando mi madre murió yo tenía apenas dos años y mi hermano menor nada más que 5 días. Se habían casado en Italia. Había sido muy hermosa, contaba el viejo. Ella tenía 24 años. Yo he sido el segundo de tres hermanos. Papá era un hombre joven cuando enviudó. Pudo haberse casado enseguida, pero aunque los tres chicos éramos muy traviesos, prefirió criarnos como

pudo con la ayuda de una hermana que vivía cerca, en la cantera de La Movediza, donde él era picapedrero. Papá me mostró una foto de mi madre. Pero nunca pude saber cómo era su cara porque se había puesto amarilla. Muchas veces en esos días en que los chicos andan tristes sin saber por qué, me pasaba mirando la foto. Quería imaginarme su cara. Pero no había caso: apenas era una mancha amarilla.

Estiré el poncho para cubrirme bien la cabeza porque sentí en la cara la humedad del rocío.

Papá había esperado a buscar una nueva compañera hasta que el menor de mis hermanos cumpliera quince años. Cuando volvió a casarse, aunque yo me llevaba bien con mi madrastra me pareció mejor irme de casa. Caputín me alquiló una casilla por tres pesos al mes y me fui a vivir solo. Caputín era un canterista. La casilla era de madera y chapa. Tenía una cama, una mesa, un calentador, una ollita y varios cajones que hacían de banco. Y la puerta siempre abierta, para que los amigos entrasen a cualquier hora.

Yo tampoco iba mucho con eso de horarios y capataces. En cambio, me quedaba mirando los trenes de carga cuando pasaban con linyeras echados sobre los techos o asomados sobre el borde de las chatas. Me parecía que viajar y leer eran el ideal de vivir. Para entonces yo había leído muchos libros que me prestaba Jesús Losada mi maestro de ideas. Pero nunca había viajado.

Una vez, cuando yo tenía trece años, un carrero amigo de papá me había llevado de boyero a la Estación La Negra<sup>3</sup>. Veía los linyeras en la cabecera de los galpones, junto al fueguito, mateando o churrasqueando al sol. Estaban un día o dos. Se iban. Venían otros. Iban y venían. Me acerqué una vez a conversar con ellos. ¿Qué les pregunté? ¿Qué me contestaron? Nunca pude recordarlo. Desde entonces también preguntaba a otros, a los de la civilización. Unos me decían la crisis pibe, no tienen laburo. Otros se la daban con todo: son vagos, haraganes, rateros, unos perdidos. Pero había quien los defendía: jóvenes, quieren conocer mundo, vivir la vida.

Jesús Losada me aseguraba que en cada linje había un grito de libertad. A mí me gustaba eso que decía Losada. A los veinte años, con la cabeza llena de lecturas, no podía admitir que existiera bien máspreciado que el de la libertad.

Cuando me recordé, Quirurga, contra su costumbre, ya se había levantado. Junto al fuego, yerbiando. El paso de una chata por el callejón acabó por despertar las cosas del lugar. Ese mediodía hice puchero y vi que ya nos sobraba olla.

Se iba mayo. El frío empezó a apretarnos cada vez más. Quirurga me propuso buscar un clima más tibio. Irnos a Tucumán, donde podríamos hacer algún pique en la zafra. Me gustó la idea y en un carga nos fuimos a Vedia<sup>4</sup>. Por otro ramal, un especial de hacienda nos llevó hasta Rufino sin parar más que para que la locomotora tomase agua. En uno de los vagones-jaulas hicimos lugar cuidando de no enchastrarnos en la bosta y los orines del piso. Las vacas se apartaron un poco y hasta nos prestaron calor. De Rufino fuimos por el Central Argentino hasta Venado Tuerto<sup>5</sup>, ya en la provincia de Santa Fe. Llegamos a la tarde, garuaba y nos refugiamos en la cabecera del galpón. En rueda junto al fuego, charlamos con otros linyes. Casi todos volvían a sus pagos porque la juntada de maíz en el sur de Córdoba y de Santa Fe ya había terminado. Algunos todavía trabajarían en la zafra tucumana. En la mañana siguiente, el Pampero limpió el cielo y el frío con sol fue menos. En la tarde un carguero nos llevó a Río Cuarto. Llegamos a Córdoba, punta de rieles del Central Argentino al mediodía siguiente. De ahí tranquiamos la vía

---

<sup>3</sup> Ex Ferro Carril Sud (hoy Gral. Roca), a 96 kilómetros de Tandil (Pcia. de Buenos Aires). Trocha angosta.

<sup>4</sup> Paraje con dos estaciones, una de la ex Compañía Gral. Buenos Aires, otra del Ferrocarril Buenos Aires al Pacífico (hoy Gral. San Martín). Por la primera, a 90 kilómetros de Pergamino. Por la segunda, a 55 kilómetros de Junín (Pcia. de Buenos Aires).

<sup>5</sup> Estación del ex F. C. Central Argentino (hoy Mitre), a 84 kilómetros de Rufino (Pcia. de Santa Fe).

hasta Alta Córdoba, buscando el ramal de trocha angosta del Ferrocarril Central Córdoba que va a Tucumán.

Alta Córdoba es un nudo ferroviario importante, con mucho movimiento. Cerca de donde paramos unas horas hasta que saliera el carga que nos llevaría a Tucumán había varias ranchadas. Por donde mirásemos se veían papeles, inmundicias, mugre. Parecía un basural. Una de ellas era un refugio de ramas. Alguien dormía la mona, era cerca del mediodía y había botellas tiradas a su alrededor.

De pronto, en el refugio hubo un revuelo. Manotazos, gritos y dos tipos salieron trenzados en pelea. El atacante tenía un cuchillo. El otro alcanzó a sacar un suncho afilado. Se atacaron con ferocidad. Uno se tiró a fondo y abajo, el otro se arqueó y de contragolpe le tajeó la cara. Todas las puñaladas se las tiraron abajo, entre las piernas. A veces el viento traía oleadas de humo espeso y no podíamos ver.

El del cuchillo, con media cara sangrando, volvió a tirarse.

El otro se paró en seco con un grito horrible:

- *Ay!... ¡Me cagaste, guacho!* Se le escurrió el suncho, cayó revolcándose y apretándose. La sangre empezó a irse a chorros por entre los dedos. El otro ya se había perdido en el humo.

La furia de la riña nos había paralizado. Nadie intervino.

Quirurga me empujó hacia el carga que esperábamos y me hizo meter en un vagón.

- *Seguro que eran dos putos. ¡No vio, Bepo, cómo se buscaban abajo? Los celos. Para caparse. ¡Qué basura, Bepo! ¡Qué mierda!*

Era la primera vez que yo veía una pelea a muerte. Me sacó de mi asombro un linye que pidió permiso para subir al vagón con nosotros. En la mano llevaba un tarro con agujeros hechos en los costados. *Con esto ¡chau frío!* dijo. Lo había llenado hasta la mitad con yuyos secos y pedazos de carbón. Cuando el tren se puso en marcha prendió los yuyos y en cuanto algunas ramitas estuvieron encendidas entreabrió la puerta del vagón y sostuvo con una mano afuera el tarro. El viento penetraba por los agujeros y avivó las llamas. Cuando volvió a entrarlo, los carbones más chicos ya eran brasa. Viajaríamos con calefacción. Cada vez que parábamos en una estación escondíamos el brasero en un rincón y lo tapábamos con una bolsa para que desde el andén no lo vieran: prohibían hacer fuego en los vagones para prevenir incendios. Otros linyeras supieron que llevábamos brasero y en las paradas siguientes pidieron permiso para viajar con nosotros. Y en torno al fuego, que ya no dejamos apagar, corrieron el mate y la charla.

Cómo hermanaba a los linyes en la soledad de la vía el calorcito de las llamas.

- *Rubio, aquí tienen lugar y fuego.*

Miré. Había sido un tipo greñudo. Con chiva de muchos meses. Fue el año anterior cuando llegáramos con Amalio Moreno a Sunchales, estación próxima a Rosario, en nuestra primera salida de crotos. A ambos lados de la vía habíamos visto fogones y gente. Cada ranchada a cuatro o cinco metros de la otra. Así, por cuadras. En cada ranchada, dos, tres o más hombres. Y no había mucho lugar para los demás. Nos habíamos largado antes que el tren llegara a detenerse del todo y estábamos parados, buscando sitio.

- *Vengan. Aquí tienen agua caliente para el mate. Y también tengo sopa.*

Habíamos dejado los monos en el suelo con desconfianza.

- *¿De lejos?* -preguntó alzándonos una pava tiznada.

- *Del sur, sí.*



- ¿A conocer la vida?

- A la juntada venimos.

- Ah, la juntada-. Se había callado como estudiando nuestro silencio, sin mirarnos. -Y ¿para dónde piensan ir?

- A Cañada.

- Ajá-. Mascaba tabaco, y escupiendo un gargajo oscuro había vuelto a la carga.

- ¿Ya juntaron maíz alguna vez?

- No. Nunca. Va a ser la primera.

El tipo pareció afirmarse. Removió el fuego y se había callado, pero nos observaba. Sentí el peligro. Por tantear, pregunté:

- Y toda esa gente ¿viene también a la juntada?

- ¿Cuáles? ¿Todos éstos? -Y con la cabeza señaló las ranchadas sucesivas que se veían a través del humo. - No. No sé. Tal vez algunos-. Me miró fijamente. Echó la cabeza para atrás y añadió, sin quitarme los ojos de encima: *Muy pocos, Rubio. Qué va a hacer. Casi le diría que el uno por ciento. O ninguno.*

- Y entonces ¿qué hacen? -había preguntado Moreno sin poder contenerse.

- ¿Qué hacen? Nada. Muy fácil. Nada.

Hizo una pausa.

- Ustedes también pueden hacerlo.

Olfateábamos algo raro y nos habíamos callado. El tipo había vuelto a clavarme la vista, otra vez avivaba el fuego con un palito, y luego se había quedado como distraído mirando las brasas.

- Yo hace seis meses que no me muevo de acá. Y no me faltan chirolas para la comida.

Nosotros mudos.

- Miren-. Y se había acercado hasta echarnos el aliento en la cara: - *La forma es buscarse una “compañera”. Ahí -Y había señalado a los tipos que rodeaban las otras ranchadas- Ahí hay muchas de “ellas”. Enseguida vendrán a ofrecerse. Pierdan cuidado.*

Tomó un poco de distancia.

- *Ustedes se la dan, los tienen conformes y ellos les traerán comida, irán al mercado a buscar fruta picada, manguearán en los negocios, juntarán en los vagones trigo y maíz para venderlos por monedas. Ustedes, gaita siempre van a tener. No hay que hacerles faltar ya saben qué-. Y al sonreír mostraban sus dientes amarillos y picados.*

Moreno y yo nos habíamos quedado mudos. ¿Este era el “linyera grito de libertad” con que veníamos soñando?

El tipo se había creído entonces en terreno favorable y comenzó a cerrar el lazo.

- Ustedes ¿cómo andan de plata?

Lo vi venir y el susto me inspiró la retirada.

- Bien -le mentí-. Y tenemos un amigo en Rosario. Lo vamos a visitar.

Se volvió cauteloso.

- Ah, tá bien. Si van, dejen la ropa que yo se las cuido. Pero ahora tomen la sopa.

Me había alcanzado un plato de lata con un menjunje oscuro y grasiento en el que flotaban algunos fideos. En ese momento ni me acordaba que llevábamos dos días sin comer. Me vino una arcada. Iba a rechazársela pero me sentí con Moreno tan solos, cercados, vigilados, que negarse hubiera sido como desconfiar, firmar la sentencia, caer en la trampa. Hice de tripas corazón, volví a sentarme y tomé el primer trago.

Desde las ranchadas próximas, otros tipos nos observaban de tanto en tanto. Veía sus ojos bajo las greñas. De pronto, uno se había incorporado. Lo vi venir a través del humo. Adiviné que venía hacia nosotros. Yo seguí tomando la sopa, con la cara hundida en el plato como un avestruz. Se había detenido frente a mí. Me clavó la vista en la bragueta. Yo no lo miraba pero sentía la vista clavada ahí. Se agachó y rozándose con su barba me dijo:

- *¿Le mamo la manguera?*

Su aliento caliente mojándome la oreja. Yo aturdido. El otro mirándome de reojo. El miedo me paralizó, me hice el otario y seguí tomando la sopa. Con el susto acabé hasta el último fideo. No sacaba la vista del caldo para no encontrarme con la de él.

Después de una eternidad levanté la cabeza. Se había ido.

Me hice el fuerte y le dije a mi compañero:

- *Bueno, ¿vamos a ver al amigo de Rosario?*

- *Vamos* -me dijo Moreno, adivinando la mentira.

Y habíamos salido caminando por la vía como si no tuviéramos apuro. A ambos costados, ranchadas y ranchadas. En algunas mateaban. Otras ya eran fijas, un reparo de cañas y ramas. Algunos dormían la mona. Habíamos caminado unas cinco o seis cuerdas, cuando vimos al fin, un linye que nos pareció distinto. Estaba solo, tomando mate y leía un diario. ¿Y si era como los otros? No. Tenía el mono cuadrado, y todo estaba limpio alrededor de la ranchada. “Para Ludueña, vayan por aquí”, nos indicó. “Por la calle anda la cana”. Y siguió leyendo. Era un croto en movimiento. No estancado y podrido como los otros.

- *Hay dos formas de vivir la vía* -me comentaba ahora Quirurga tras escuchar el relato aquel de nuestra primera salida-. *Quedándose a juntar los desperdicios que caen, o caminándola.*

- *A nosotros* -sentenció- *nos salva de pudrirnos el movimiento y el aire libre.*

Apenas salimos de Córdoba cambió el paisaje: ranchos con su horno de pan, majaditas de chivas y ovejas, pequeñas parcelas. A Recreo, límite entre Catamarca y Santiago del Estero, llegamos de madrugada. En Frías nos arrimamos a una ranchada, cuando apareció otro croto, no sé de dónde. Vestía como nosotros, alpargatas, blusa y pantalón. Pero en la cabeza llevaban una galera de copa.

Pasó en silencio, erguido, pausado, majestuoso. Unos diez metros más adelante, bajó el mono, se sentó sobre él, cruzó las piernas, se puso unos anteojos y empezó a leer un diario que traía.

Uno de los linyes, codeándose, dijo por lo bajo:

- *Un apellido venido a menos.*

Con el mismo aire distinguido con que había llegado se puso de pie, cargó el mono y se fue en silencio. Sólo veíamos brillar bajo el sol su galera de copa.

Seguimos viaje. En la madrugada nos despertó el grito de la cana: ¡Arriba, arriba! Medio dormidos, abríamos los ojos y la luz de la linterna nos daba en la cara. ¡Abajesen! Nos miraron detenidamente uno por uno. Luego nos dejaron a un costado del carguero. Éramos más de

treinta crotos. Cuando el carga iba a salir nos hicieron seña con la mano para que volviéramos a subir y otra vez en marcha.

Cuando aclaró vimos que en el carguero teníamos nuevos compañeros. Algunos no llevaban mono. Otros traían valija y hubo quienes subieron con colchones y catres plegadizos. Eran gente que iba a estaciones cercanas. Unos bajaban, otros subían. Se veía que no eran linyes, pero techiaban en los vagones como nosotros.

Llegamos a Simoca al atardecer. Era un lindo pueblo tucumano rodeado de cañaverales y en plena zafra. Anduvimos averiguando durante varios días sobre condiciones de trabajo, lugares, costumbres. Yo veía que ningún pique le venía bien a Quirurga. Sin probar ninguno todavía, me dijo un día que el clima no le sentaba.

- *En Blaquier tenemos una dirección para juntar maíz.*

- *Sí, Quirurga, pero ni las chalas vamos a encontrar cuando lleguemos.*

Sus silencios fueron alargándose. Comprendí que quería volver. Postergué mis ganas de conocer la zafra y tomamos un Basurero que nos llevó hasta Dean Funes.

El regreso resultaba muy lento. El tren paraba en todas las estaciones, dejando vagones o enganchándolos. Los linyes elegíamos los Basureros cuando no teníamos apuro porque nos daba tiempo para bajarnos en cada estación, prender fuego, matear y estirar las piernas.

En Dean Funes tuvimos que cambiar de tren para llegar a Córdoba. Fuimos hasta la señal de distancia, cerca de una curva donde aminora y es más fácil tomarlo. Vimos venir el carguero y no me gustó: Traería no más de cuatro o cinco vagones, y ninguno abierto porque eran muchos los linyes que venían techiando.

- *¿Se anima a techiar, compañero?*

No podía achicarme y con un claro que sí me pasé el mono por el hombro, los dos corrimos a la par y saltamos.

Subimos por la escalerita del techo. Nos esperaba una noche brava, porque los vagones, al ser pocos, zangoloteaban y el tren corría mucho. Fuimos arrastrándonos hasta aferrarnos de la tabla central del techo. Estábamos cerca de la máquina y el humo nos ahogaba. Para repararnos del viento pusimos el mono por delante y nos acostamos detrás, dispuestos a aguantar. La carbonilla encendida y las chispas que arrastraba el viento me enceguecían y me quemaban la cara. Tuve que cerrar los ojos. Sólo teníamos alivio momentáneo cuando paraba en alguna estación. Los dedos agarrotados por el frío y los ojos ardiendo. Luego el pito y otra vez la marcha loca.

A veces miraba para atrás. Para adelante no era posible. Los otros linyes también se aferraban a la tabla del vagón, seguramente tan llenos de miedo como nosotros.

De pronto Quirurga me agarró la pierna tan violentamente que me clavó las uñas.

- *¡Se cayó! ¡Se cayó!*

- *¿Quién? ¿Quién?* -grité incorporándome a medias para darme vuelta.

En el vagón siguiente sólo alcancé a ver el bulto de un mono balanceándose suelto. En un banquinazo más el mono rodó al vacío, también.

El tren siguió.

Allá, cada vez más lejos, sin un grito, sin una mano amiga, entre los pastos escarchados y el frío, un compañero quedaba separado del camino, engrasando los rieles.

DOS

*Después de dos meses de andar con frío, lluvias y ahora con hambre. MANUSCRITOS, foja 114 vta.*

Córdoba nos recibió con un manto blanco.

Me arrimé a un tacho grande con fuego que tenían unos cambistas junto a la garita. No había nadie y casi metimos los pies y las manos dentro de las llamas.

Venía un cambista y por la cara me di cuenta que nuestra presencia junto al carguero le disgustó. Pare entrar en confianza le expliqué lo sucedido en la noche. Con cara de perro y sin mirarnos dijo: “El fuego es para los cambistas”. No nos movimos. “Después pasa el capataz y tira la bronca”. Yo me encapriché y lo hubiese mandado a la mierda. Quirurga me agarró del brazo y me dijo vamos. Pensé en el compañero muerto en las vías, que ahora lo estarían comiendo los peludos. “Le voy a romper la cara”. Quirurga alzó mi mono y me sacó casi a empujones.

No todos los ferroviarios eran así. A Playa Nueva\* de Tandil habíamos llegado a medianoche, con Amalio Moreno, el año pasado al partir en nuestra primera crotiada. Estábamos cansados tras caminar en la oscuridad más de una legua. Desde lejos oíamos el silbato de las pilotas<sup>⊗</sup> que armaban los trenes. En la oscuridad a veces veíamos brillar los rieles cruzándose, uniéndose y separándose y el humo plateado de las máquinas y el resto del mundo en silencio.

Habíamos visto una luz amarilla a media altura. El que la traía venía silbando. La luz se hamacaba alegremente y crecía con el silbido, hacia nosotros.

- *Se está armando un tren para mañana. Si sale antes de la madrugada les aviso.*

Nos alumbraba la cara con su farol y debió leer nuestro desconcierto porque agregó: - Vayan allá, que tienen fuego prendido. Pueden tomar mate. Yo iré enseguida.

Habíamos calentado agua para el mate. Permanecíamos junto al fuego, pero no hablábamos. Al rato había llegado el cambista y charlando y contándonos cosas fue mejorándonos el ánimo. Conocía Rosario, había estado en el barrio Ludueña y todos los días veía pasar linyes en los cargos: iban para la cosecha del sur de Santa Fe. En los años sucesivos yo hallaría en los cambistas a los mejores informantes, gauchos, serviciales, amistosos.

Nos habíamos acostado en un vagón y Moreno se había dormido al instante. Yo no, quizá empezaba a darme cuenta de la aventura.

Había llegado la madrugada. El cambista nos avisó que nuestro tren iba a salir. Nos acompañó hasta un vagón que no tenía candado.

- ¡Buen viaje, muchachos!

Con un pito largo de salida la máquina había arrancado sin apuro. A nuestros ojos las cosas comenzaron a moverse en dirección contraria. Unos vagones detenidos ocultaron al cambista que seguía despidiéndonos con el brazo en alto. Buen viaje muchachos seguía oyendo por dentro y en mi mano el apretón de la suya, ancho, áspero, cálido...

-*¿Para qué se mete a crotó, compañero, si después va a tener que andar mendigando unas brasas?*

---

\* Lugar con una red de vías para armar convoyes.

⊗ Pequeñas locomotoras de vapor que se usaban para armar con los vagones de los convoyes, en las Playas de maniobras.

Quirurgga, que me sacaba de aquellos recuerdos.

Como si me hubiera pegado un bife salí a juntar basuras, ramas y papeles. Quise hacer un fueguito. ¡Cuánto me costó! Todo estaba empapado por la escarcha, y Quirurgga se reía viéndome fracasar y enclarmme.

- *Primero haga un fuego chiquito, con lo más seco que tenga -me indicaba-. Y vaya alimentándolo de a poco. No lo atore. Deje que con la llama se sequen las primeras ramas. ¿No ve que así van a prender las otras?*

Pero yo me atolondraba y lo cargaba de ramas mojadas y el fuego se ahogaba.

- *Oiga: que se caliente el agua, y no usted.*

Me alcanzó un mate, porque unos linyes que ya estaban cuando nosotros llegamos le habían dado agua caliente ya que así era la costumbre: uno llegaba a un lugar donde había ranchada y sin pedirlo le ofrecían el agua caliente o el fuego. Yo ya había fracasado definitivamente con mis ramitas mojadas, Quirurgga se rió y me dijo:

- *Vaya a la pila de carbón, traiga nos puñados de carbonilla y varios carbones grandes.*

Cuando volví con el cargamento él estaba doblando en diagonal una hoja grande de diario. La enrolló como si fuera un pañuelo para el pescuezo. Luego hizo con él como un nudo flojo, o más bien una rosca. Extendió otra hoja de diario abierta sobre el piso mojado, puso la rosca de papel sobre la hoja recién abierta, y en torno a la rosca ubicó las piedras grandes, luego sembró todo con carbonilla para ocupar los huecos y la rosca quedó cubierta, aunque asomaba una colita del papel. La prendió y cuando comenzó a arder de firme, siguió agregando más carboncitos y otros trozos más grandes cuidando de no ahogar la llama que ya ardía. Parecía una torrecita de carbón que iba encendiéndose de adentro para afuera.

- *Ahora, déjelo tranquilo al fuego, traiga agua de la bebida de los bretes, que tenemos para yerbiar todo el día.*

Los bretes eran instalaciones de madera que había en cada estación para encerrar a los animales, vacas y ovejas, y hacerlas subir por una rampa hasta los vagones jaulas.

- *Hasta el anochecer no comemos.*

Por la tarde caminé dos kilómetros y me traje un poste de alambrado al hombro. Quirurgga, siempre menos andariego que yo, se metió en los campos vecinos y juntó varias brazadas de leña de cardo, ramas secas, hojas, cuanta basura sirviera para arder.

Miró el sol de la tarde y como quien se fija en las agujas del reloj, me dijo:

- *Cuando llegue a una cuarta sobre el horizonte ponga el bandolión en el fuego y empiece a cocer el maranfio.* -Mi silencio le obligó a agregar: -*Que la helada de la noche nos agarre con la panza llena.*

Puse agua en el bandolión, esa lata de veinte litros que abierta por un costado usábamos para pucheros y guisos. Pelé unas papas y dos pedazos de zapallo y los eché. Cuando iba a poner un buen pedazo de garrón que me habían regalado en una carnicería, vi que el hueso era muy largo y no entraría en la lata. Fui entonces hacia una pilota que maniobraba con unas chatas, busqué el vagón final y bajo la última rueda atravesé sobre el riel el hueso largo y esperé. La pilota dio una pitada corta, pegó el tirón, los vagones arrancaron atropellándose los paragolpes y escuché el crac del hueso partiéndose en dos mitades cuando la rueda le pasó por encima. Lavé los dos pedazos en el agua de los bretes y los eché al bandolión.

Saqué del mono una bolsa maicera y me la eché sobre los hombros: era mi poncho, y empezaba a helar. Quirurgga se puso a comer en silencio, mientras calentaba las manos apretándolas contra la lata de duraznos en la que había servido la sopa. Bebía el caldo de a

sorbitos, con la mirada perdida sobre las llamas. Yo me enterré la gorra y me cubrí hasta las orejas con los bordes de la bolsa. Sentía caer la sopa en el estómago. Poco después un calorcito empezó a subirme desde adentro: primero lo sentí en los pies, luego se transmitió a todo el cuerpo, y me pareció que se me coloreaba la cara.

Cuando vimos el fondo de la olla Quirurga me pidió ayuda.

- *Vamos a hacer un fuego grande con toda esta basura.*

Yo me dije: *A éste lo pasó el frío. No piensa en otra cosa que en hacer fuego.*

En seguida dio una llama alta, fuerte como para asar una vaca. Pero pronto las ramas más gruesas se volvieron brasa. Quirurga, con un palo, pacientemente las desparramó dividiéndolas en dos rectángulos como de un metro de lado por medio de ancho, cada uno.

- *Que la tierra se vaya calentando* -dijo, dándole una chupada al mate.

El fuego. Yo me entretenía con gusto contemplando sus llamas, cómo se retorcían y crepitaban, pero no siempre sería así. Años más tarde yo andaba por La Pampa. Hay fuego adelante, me dijo un linye que techiaba conmigo. Nunca me di cuenta cómo entramos en él. Quizá las nubes de humo negro no me dejaron ver. El calor subía y subía. La marcha del tren se fue haciendo más trabajosa y sus pitadas más frecuentes. De golpe, todo el campo se volvió fuego: adelante y atrás, derecha e izquierda, lejos y cerca. Hasta donde daba la vista era fuego. Donde no daba, humo.

Si el pasto ya se había quemado, aunque la tierra quedara negra y pelada, seguían ardiendo los postes, los arbustos de piquillín y caldén alimentando durante horas la quemazón.

Los animales, desesperados, corrían en todas direcciones y su pánico avivaba el fuego de sus propios pelos y los transformaba en llamaradas que galopaban. Junto a las vías ardían los palos de los alambrados y los pajonales resecos. Nada se salvaba.

La marcha se hacía más lenta, las pitadas más insistentes. Los animales corrían por la vía, el único lugar sin fuego de toda la inmensidad. Los más pequeños eran arrollados por los otros, o los reventaban las ruedas del tren. Pero vacunos y caballos obligaban a la locomotora a retrasar aún más la marcha, y las pobres bestias, finalmente, empujadas por el miriñaque y los paragolpes bajaban por el terraplén al mar de fuego que se alzaba a lo largo de nuestra marcha. Corrían a nuestro lado. Yo no los veía porque iba con la cara pegada al techo, los ojos apretados y tapándomelos con una mano mientras con la otra sostenía el mono y agarraba la tabla. Escuchaba el gemir de vacas y ovejas, el relincho de terror de los caballos, su galope en el bajo del terraplén y como si fuera el mar, el ruido sordo del incendio que venía desde lejos cubriendo todo el campo, sólo interrumpido por el balazo de las cañas que estallaban y el crepitar de los pastos resecos quemándose junto a las vías. Y en todo el trayecto, pito, pito y pito, para que los animales dejaran libre la vía.

A veces la marcha del tren se hacía tan lenta que parecía detenido. Entonces, oleadas de calor y humo nos arrebatában cara, manos y pies, y sentía el olor a la pintura de los vagones de madera empezándose a quemar.

Yo me aferraba a la tabla central del techo, el calor me sofocaba, el humo no me dejaba respirar, los ojos me ardían, el miedo me apretaba el estómago. ¿Qué hacer? ¿Bajarme al fuego, tirarlo todo, o seguir aferrado a la tabla del techo de ese vagón de madera, que cruzaba lentamente, que seguía casi detenido en medio del fuego y la destrucción, la muerte y el humo y podía ser en cualquier momento una trampa ardiendo?

Sobre el mismo vagón venía un linye viejo. Debía de tener muchos años. Se ahogaba. Le hablábamos, le gritábamos lo cacheteábamos, pero se le habían vuelto los ojos como de vidrio,

abría muy grande la boca y se iba poniendo cada vez más morado, más quieto y ya parecía no respirar.

Acabó finalmente el cruce de aquel infierno cuando llegamos a una estación. Lo bajamos, le echamos agua de los bretes, lo empapamos de pies a cabeza, al fin parpadeó y soltó un suspiro profundo como si lo hubiera sacado de sus entrañas. Luego nos miró y se puso a llorar sin decir una palabra.

- *La tierra, compañero* -me repitió Quirurga-. *La tierra es buena madre. Ya lo va a ver.*

Toda la noche nos mantuvimos despiertos. En otras ranchadas hacían lo mismo. Girábamos sobre nosotros mismos, frente al fuego para que el calor también nos diera en la espalda. Nos levantábamos, caminábamos hasta las otras ranchadas, charlábamos y le dábamos al verde. A dos metros de donde estábamos los pastos blanqueaban como sábanas con hilachas de vidrio. Todo en nuestro derredor estaba blanco y helado. Cuando alguien caminaba se oía crujir la helada bajo las alpargatas.

Tras haber cabeceado de sueño un montón de veces, Quirurga miró hacia el este.

- *Va a amanecer* -dijo. Y se puso a barrer uno de los rectángulos de brasas y cenizas. Yo hice lo mismo con el otro. Un vientito del sur empezó a soplar y un gallo a lo lejos quebró la escarcha del aire. Quirurga fue hasta el tronco que ardía y echó un chorrito de agua cerca de donde estaba quemándose para que el fuego, sin apagarse, no lo consumiese.

Sobre cada rectángulo tendimos la maleta de juntar maíz. Metí los bordes de las mantas debajo de ellas. Los pies quedaron reparados del viento detrás de una mata de paja brava. Me tapé hasta la cabeza y me quedé de espaldas sintiendo cómo el calorcito de la tierra atravesaba la lona de la maleta.

Debía ser de día cuando me recordó el paso de un tren. No quise abrir los ojos. Yo me había ido encogiendo y ahora pegaba la pera con las rodillas. Sería el local de pasajeros que llevaba a las maestras hasta un pueblito cercano. Desde la ventanilla nos estarían viendo: bultos blancos sobre el pasto helado. Cuando volvieran a pasar por la noche, de regreso, en lugar de bultos verían en la oscuridad nada más que las llamitas de nuestras ranchadas.

Y pensar que cuatro meses atrás comíamos sandías al sol con Quirurga y Penone, y Mario iba a bañarse todos los días al Arroyo del Medio. Amalio Moreno ya nos había dejado en Mariano Benítez<sup>6</sup> y aquella misma tarde habíamos seguido viaje al Norte, habíamos bajado y hecho ranchada en Tres Sargentos<sup>7</sup>, ya en la provincia de Santa Fe, y nos habíamos ido caminando hasta Cepeda<sup>8</sup>. A dos cuadras del puente famoso había una chacrita donde nos daban el agua. Había leña en abundancia, paz, buena sombra, agua fresca y sin canas a la vista. Aprovechamos esos días para leer, para conversar y por supuesto para no hacer nada. Penone había vuelto un día con agua de la chacra y nos dijo que había encontrado juntada en la chacra misma. Vamos a ver el maizal le propuse. Nos pagarían 40 centavos por bolsa y la comida. Quirurga, de mala gana, como si hubiera sido una propuesta indeseable dijo: “Y bueno, vayan a ver”. Pero no se movió de junto al fuego. Salió a recibirnos una muchacha de grandes ojos azules. “Bueno, pasen a ver el maizal”, dijo con un poco de cortedad. Penone la envolvió con una mirada que le hizo bajar los ojos. “Ni falta que hace. Estea lindo o feo lo mismo vamos a venir a juntarlo”. A la media tarde había venido el patrón a revisar cómo hacíamos la juntada porque algunos solían cosechar la espiga grande y dejaban las chicas. Nos halló en medio de un sandial. “Buen provecho”, dijo, y me olió a cargada. “Gracias, si gusta...”, contestó Penone con la boca llena. El chacarero pegó media vuelta y se fue sin contestar. Quirurga, como si asumiera el papel de

---

<sup>6</sup> Ex Central Argentino (hoy Mitre). A 43 kilómetros de Pergamino.

<sup>7</sup> Ex Compañía Gral. Buenos Aires (hoy Belgrano) a mitad del recorrido, entre Pergamino y Rosario de Santa Fe (trocha angosta).

<sup>8</sup> Ex Central Argentino (hoy Mitre) a 34 kilómetros de Villa Constitución (Pcia. de Santa Fe).

hombre mayor, comentó como reprendiéndonos: “Buen debut”. Pero siguió comiendo su sandía.

- *¡Compañero, nunca sentí el frío como anoche!* -me dijo Quirurga, todavía envuelto en sus bolsas. El sol del mediodía había pegado en la ranchada cuando nos despertamos. Los dos estábamos encogidos bajo los ponchos. Alta Córdoba seguía blanqueando de escarcha. Poco después el cielo, que había amanecido limpio, se fue cubriendo nuevamente de nubarrones oscuros que venían lentamente desde el oeste. La escarcha no alcanzaría a derretirse y se uniría a la de la noche siguiente.

- *Yo también lo sentí* -le contesté solidario.

- *Y lo peor es que nos hemos ido quedando sin viento.*

Tenía once pesos. Él, nueve.

- *Yo, si hay un poncho medio barato me lo compro* -propuse.

- *Y yo una camiseta de frisa!*

Me largué al pueblo. Un canillita me dio referencias de una tienda medio baratela. El turco quería encajarme todo. Yo no quería gastar más de cuatro o cinco pesos. “Aquí tiene todo boeno e barato”, decía, y me mostraba ponchos y ponchos. Yo los tocaba, su aspereza peluda me despertaba el deseo, me tentaba. Me eché uno a la espalda para tantear su peso. El borde tibio me rozó la cara. Al sentirlo sobre los hombros me dejé arrastrar. “Costa tres cincuenta. Yevalo. Es regalado”. Yo me achicaba, me hacía el indiferente pero en el interior era mío y asomaba la mano libre tanteando un pantalón. “También yeva bantalón. Hago brecio”. Me mareaban el calorcito y su chamuyo insistente.

- *¿Cuánto por los dos?*

- *Sete cincuenta.*

- *Por siete me los llevo.*

- *Ufa, berder blata bero vendo... yeva!* -Y me los envolvió.

Salí de la tienda mareado y feliz. Pateé un cascote que había en la vereda y se deshizo en terrones contra un umbral, en una verdulería compré unas papas y pedí unos caracuses en una carnicería para celebrarlo en la ranchada.

- *¡Que haga frío, ahora!* -le grité desde lejos a mi compañero enarbolando el paquete de la compra.

Quirurga se levantó con decisión. Era su turno. Yo estaba espumando el puchero cuando volvió con lo suyo: una camiseta de frisa y un calzoncillo largo que ya no se quitaría hasta la Primavera. Y una caja de cigarrillos Brasil.

- *Me quedaron dos con setenta pero por lo menos el frío...* -reflexionaba.

- *La plata vendrá otra vez* -sentenció.

Las heladas vinieron noche tras noche. El frío no nos dio tregua.

Pero la plata no volvió. Una que otra changuita, apenas para un puchero. Y otra vez a la vía.

Había que buscar de nuevo en el sur.



## TRES

De los que cayeron no supe el  
fin que tuvieron.  
MANUSCRITOS, f. 41.

Estábamos una tarde con Mario Penone a orillas de la vía en Tres Sargentos.

Pasaba un carga. Las cabezas de los linyes asomaban de a decenas por vagón. Nunca habíamos visto tantos.

- ¡Huelga, compañeros! ¡A la huelga! -nos gritaron.

- ¿Huelga?... -preguntaba Penone tras incorporarse de un salto para correr a la par del tren-.  
¿Dónde?

- ¡En la juntada! ¡Huelga, huelga! ¡No hay que trabajar!

El tren se llevó con ellos el mensaje. Y por un tiempo nada más supimos.

Después de la aventura en la chacra del puente de Cepeda donde estaba la muchacha de los ojos azules, habíamos seguido Penone, Quirurga y yo y habíamos hecho ranchada en Pergamino. Yo llevaba una carta del catalán Redeus Gimeno en la que me ofrecía volver a trabajar en su chacra.

El catalán Redeus había sido un padre para Amalio y para mí, cuando el año anterior nos tomara para la juntada. Siempre que se enojaba soltaba un ¡re Deus! (Re Dios) y nos resultaba tan cómico que así le llamamos desde entonces.

Ni Amalio ni yo teníamos la menor idea de cómo juntar maíz. Por eso, Gimeno nos había llevado al pueblo y en una talabartería nos había comprado a cada uno una maleta y una aguja chalera que luego descontaría de la paga final.

La maleta es una bolsa de lona, de un metro y medio de largo, reforzada con cuero y unos ganchos que los juntadores nos colgábamos del cinto, para llenarla con las espigas de maíz que arrancábamos de las plantas tras pelarlas de las chalas con la aguja chalera calzada entre los dedos. En los años siguientes aprenderíamos que la maleta era mucho más que eso: sería nuestra cama, y descosiéndola serviría como capa para atajar un aguacero imprevisto. Los linyes con patrón, es decir, los juntadores que iban a la misma chacra todos los años, al terminar la juntada la engrasaban y enrollada la colgaban en el galpón de la chacra junto con la aguja y el cinto hasta el año siguiente. En cambio, nosotros, linyes de vía, siempre la llevábamos doblada en el mono. También servía como credencial si la colgábamos en el alambrado de la vía: los chacareros necesitados de juntadores al verla, venían a contratarnos. Y la cana suponía, asimismo, que éramos braceros a la espera de una changa y no nos arreaban al grito de: Vamos hay que irse; Hasta cuándo van a estar aquí.

En la chacra de Redeus, con Amalio tuvimos que aprenderlo todo: cortar las luchas, ir por un surco y volver por otro, no dejar espiga en las plantas, pasar las espigas de la maleta a la bolsa. Los chacareros llamaban *luchas* al área que le toca a cada juntador: son veinte surcos si junta solo o treinta si lo hace en yunta. Cada lucha se marca deschalando la espiga más alta del surco que hace de límite entre una y otra *lucha*.

Y también aprendimos a llevar las tres agujas: la chalera, la bolsera y la de coser. La bolsera, casi siempre enhebrada, se usaba para reparar bolsas o hacer costuras o coser agujeros gruesos. La de coser, además de pegar un botón o zurcir y remendar alguna pilcha rota o gastada, servía para quitarnos las espinas en el chalar. La llevábamos atravesada en la visera de la

gorra, de modo que no molestase ni se perdiera, pero siempre a mano. Era muy frecuente cuando juntábamos maíz clavarnos una espina en los dedos. El dolor con las horas y el trabajo se vuelve insoportable si uno no se lo saca enseguida. También cuando juntábamos cardos para leña y los volteábamos pisándolos, se nos llenaban los pies de espinas, a través de las alpargatas, especialmente en el talón y en los costados. En cuanto volvíamos a la ranchada, sentados junto al fuego, sacábamos la aguja de la visera de la gorra y con paciencia y buena vista liberábamos los pies de las espinas clavadas en el cardal. Para un caminante los pies sanos eran la primera ley.

El primer día en lo de Redeus habíamos juntado Amalio y yo, seis bolsas. Los chanchos hubieran juntado más que nosotros. Pero luego fuimos mejorando el promedio y llegamos a parar entre quince y dieciséis bolsas diarias.

A veces, cuando por alguna causa debíamos ir a la estación, mirábamos, los trenes y veíamos cada vez más linyes. Primero venían de todos los lugares de la provincia. Luego aparecían los más distantes, del interior. No se necesitaban almanaques para saber que estábamos en marzo. Aflojaría recién dos meses después. Y en el centro de Buenos Aires aún se juntaría maíz cuando comenzara julio.

Amalio Moreno, al principio tan inexperto como yo, había aprendido muy pronto a manejar la aguja chalera. Su velocidad me asombraba. Empezábamos los dos juntos por una de las cabeceras del maizal, en surcos vecinos y al rato me había sacado medio surco de ventaja. No sé cómo lo hacía tan velozmente. Yo iba aún por el primero cuando él regresaba por el tercero.

- *¿Querés ver volar las gaviotas?* -me gritó una mañana sudoroso y feliz.

- *¿Las qué?* -me detuve sin entender.

- *¡Mirá!*

Y empezó a arrancar espigas y deschalarlas a toda velocidad. Se fue alejando, espigas a la maleta y chalas resacas al viento, metros y metros, y de golpe comprendí: Al sacar la espiga, de un tirón le quitaba las chalas y las arrancaba con un movimiento por sobre el hombro con tanta fuerza y destreza que la chala flotaba a sus espaldas largos instantes en el aire caliente del mediodía. Una y otra y otra más, flotaban las chalas como si volaran tras él. Como si fueran gaviotas siguiéndolo. Él se iba por un surco, cada vez más lejos, cada vez más chiquito. Y la bandada de chalas se balanceaba en el viento y lo seguía, levantando vuelo a medida que iba abriéndose paso con sus grandes zancadas.

Eran nuestros primeros alardes de la vida linye. Compadradas juveniles que con el tiempo aprenderíamos a valorar y a administrar. Esas y otras compadradas serían nuestro salvoconducto en el mundo crotil donde también hay tilingos y prepotentes que lo prueban a uno.

A veces llegaba a la juntada los “ventarrones”. Todo lo contrario a nosotros a quienes bastaban unas bolsas diarias para ir tirando, aquellos linyes eran capaces de parar hasta veinte bolsas por día. Así, una jornada, dos, tres, cuatro a lo sumo. Luego, antes que las muñecas les aflojaran por el esfuerzo, pedían las cuentas y se iban.

Quizá hicieran el esfuerzo por apostar. Quizá por ganar en pocos días unos cuantos pesos con los que seguirían tirando semanas y semanas, andando al sol y al viento, sin otras necesidades. Pero seguramente lo hacían porque en el aire quedaría la fama de su habilidad, de su fuerza, de su rendimiento, de esas veinte bolsas diarias que tanto se parecían a una hazaña y que ninguno de nosotros era capaz de igualar. Luego, el llamado de la vía volvía a alzarlos como un ventarrón y se los llevaba lejos, a nuevas chacras, a otros chalares, donde juntadores como

nosotros quedarían comentando nuevamente sus proezas. Y los llevaba el ventarrón de su fuerza, su fama legendaria, un camino por el que quizás nunca volvieran a cruzar.

Cuando terminamos, Redeus dijo que nos esperaría para el año siguiente. Y para asegurar nuestra presencia me había escrito a casa. Ahora había regresado yo, pero llevando sólo a Quirurga y a Penone, porque Amalio había tenido que volver a Tandil para curarse.

Con qué alegría nos vio llegar Redeus. Era un catalán solterón y para él España empezaba y acababa en Cataluña. Era republicano y, por supuesto, separatista. Qué bien se comía en su chacra. En lo alto de la troja flameaba la bandera de lona acostumbrada. Al mediodía, cuando la comida estaba lista subía la bandera y los juntadores, por lejos que estuviésemos en las luchas, alcanzábamos a verla: era señal de volver para almorzar.

Cuando la juntada terminara la bandera quedaría izada en lo alto de la troja hasta la juntada siguiente o hasta que la deshilara el viento.

Redeus pagaba 40 centavos por bolsa con obligación de juntar un mínimo de siete para justificar la comida. Era lo corriente. Sin comida pagaban 65 centavos la bolsa, pero hubiéramos quedado en libertad de juntar lo que quisiéramos, como en Cepeda. Además, no siempre los chacareros eran generosos con el alimento y a veces era preferible prepararse uno mismo el puchero o el guiso.

Y fue justamente al bueno de Redeus, a quien vinimos a hacerle una cuestión por la paga.

Con nosotros tres había a comenzado a trabajar un portugués, que a los pocos días nos planteó que debíamos pedir 5 centavos más por bolsa, y nosotros, por solidaridad de muchachos, aceptamos. El catalán nos miró sorprendido, no era lo pactado pero accedió. Lo peor fue que a los tres días el portugués plantó el trabajo, pidió las cuentas y se mandó mudar.

Al tiempo nos dimos cuenta que Redeus era otro. Terminamos el trabajo, nos pagó escrupulosamente hasta el último centavo y nos llevó de nuevo en sulky a la estación. Pero no nos despidió hasta el año siguiente ni jamás volvió a escribirnos para decir que nos esperaba.

Las noticias de la huelga de linyes juntadores de maíz se hicieron más frecuentes, pero todo era tan inorgánico que no sabíamos finalmente si existía o no.

Fue después que abandonáramos Alta Córdoba, tras comprar el poncho, el pantalón y la ropa interior de frisa cuando buscando el sur de Buenos Aires, llegaron unos linyes con noticias concretas. Mario Penone ya nos había dejado en Carabelas.

El movimiento se había iniciado en forma espontánea de las proximidades de Firmat<sup>9</sup>. Pedían 5 centavos más por bolsa. Los chacareros se habían resistido en principio a la medida y el movimiento había ido extendiéndose, sin jefes, ni planes, ni más programa que esos cinco centavos.

- ¿Y qué es lo que hacen los compañeros en huelga?

- Y, de todo, sabotaje, paros, arengan a los compañeros que no quieren plegarse.

Una noche nos convidaron a Quirurga y a mí para ir por las chacras a incendiar trojas de maíz.

Mientras íbamos yo pensaba en las poderosas huelgas de los picapedreros que había visto en las canteras de Tandil cuando bajaban de los cerros en columna con su estandarte y la banda del sindicato tocando marchas libertarias y el ruido de las persianas de los negocios que iban cerrándose por temor antes que llegara la columna. Cantaban sus himnos y sus grandes mostachos subían y bajaban, y sus botines claveteados para andar sobre las piedras resonaban sobre el adoquinado como un ejército.

---

<sup>9</sup> Ex Central Argentino (hoy Mitre). A 40 kilómetros de Casilda (Santa Fe).

Ahora la crisis había derrotado a aquel espíritu combativo también en mi pueblo. Los más audaces se habían ido a Mar del Plata. Los otros esperaban un día y otro por años, a que una mañana volviera a llamarlos la campana de la cantera. Pero la piedra no se vendía. Ni la piedra ni otros productos. Los muchachos no teníamos oportunidades en otros lugares del país, tampoco, y entonces las vías florecían de linyes jóvenes y de gente madura que salía a ganar un peso en cualquier forma.

Saltamos el alambrado.

- *Por allá debe estar la troja, compañero. ¿Trae los fósforos?-. Cuando quisimos acercarnos a la troja de maíz se despertó un coro de ladridos, los perros nos enfrentaron y tuvimos que retirarnos a toda velocidad. A la pasada tiré un bollo de papel encendido sobre una pila de marlos. Nosotros ya estábamos en la calle cuando se vieron luces en la casa. Los marlos no habían ardido. Seguramente los apagó la meada de los perros.*

Pero como considerábamos que la causa era justa procurábamos ganarnos la solidaridad de los demás linyes juntadores.

Llegaban noticias tardías, la influencia organizativa de la FORA\*\* había reverdecido, el movimiento se fue transmitiendo de boca en boca a través de los caminantes, en los cargas, por las estaciones, en torno a los galpones, en las chacras, llegó a filtrar la custodia de las estancias y rebasó los controles de la policía.

¡A la huelga, compañeros! se gritaban los linyes de un tren a otro. ¡No hay que trabajar! Decíamos subidos a los travesaños de un brete o sobre una pila de bolsas. ¡Hay que estar unidos, solidarios! ¡Si nosotros no trabajamos y ustedes tampoco, los patronos tendrán que aflojar y pagarán lo que pedimos! ¿Comprenden?

Entre los linyes había muchos italianos y polacos. Nos miraban con sus ojos claritos, con la boca abierta, movían la cabeza como si hubieran entendido todo. ¿Non trabacare? Creíamos haberlos convencido. A la mañana siguiente, gringos rubios y morochos estaban llenando sus maletas en las luchas que nosotros habíamos abandonado. Venían de mucho más lejos que nosotros a ganarse su pan. Estaban en un país extraño. Les hablábamos en una lengua incomprensible para ellos. ¿Cómo pudimos suponer que nos seguirían?

Por aquellos tiempos los polonios habían invadido las vías. ¡Pobres polonios! En 1934 iba a hacerse en Buenos Aires el Congreso Eucarístico y la orden fue dejar la capital limpia de mendigos y vagabundos, y de habitantes de las casuchas de lata que se habían levantado de a centenares en Puerto Nuevo, a favor de que eran manzanas de tierras fiscales. Entre aquellos crotos caseros que vivían de la manga o de alguna changa en el Puerto, vivían muchos polonios, todos hombres solos, que habían aparecido no sé en qué barcos, ni por qué razones ocurridas en su país. Muchos conseguían trabajo en la construcción de los subterráneos. Era un trabajo durísimo y muchos pagaban con su vida los frecuentes derrumbes de tierra. Entre ellos eran muy solidarios, se ayudaban y vigilaban unos por los demás. Pero un día, toda esa gente fue metida en los vagones de carga y desparramados por todo el país sin que supieran por qué. A la mayor parte la enviaron hacia el Chaco, a los algodinales, a trabajar y a crotiar, con 40 grados de calor y enjambres de mosquitos. Y como los pobres no podían volver, se fueron quedando en la campaña en grupos de a diez o doce, y a veces más. Pronto fueron acumulando vida de linyeras, aprendieron a prender fuego, a armar el mono y viajar en los trenes de carga. Se los reconocía, además de por el pelo y los ojos claritos, porque no se animaban a tomar el tren a la carrera y como no techiaban, se sentaban en el borde de los vagones abiertos con los pies colgando. ¡He visto tantos trenes con cuarenta, cincuenta o más polonios, brillándoles al sol su pelo rubio! Cuando llegaba la noche se largaban en cualquier estación porque sólo viajaban de

---

\*\* Federación Obrera Regional Argentina.

día. Sus comidas, en una olla común, eran guisos de papa con zapallo y un pedazo de carne. Algunos habían aprendido a tomar mate, pero la mayoría seguía tomando café en un jarro de lata también común, con bombilla, que lo servían en rueda. Para dormir, se acostaban unos pegados a otros, y si podían en rueda en torno al fuego y uno de ellos quedaba despierto, de centinela, porque parece que al principio hubo crotos que aprovechando su inocencia les limpiaron los monos.

Fueron bien recibidos en las chacras porque eran trabajadores y callados. Iban en cuadrilla, juntaban en conjunto, tenían siempre un jefe y nunca dejaban el trabajo si no habían terminado. Los domingos jamás salían, salvo unos cuantos que iban a la iglesia bien temprano, y otros que iban al quilombo sabedores de que allí encontrarían a pupilas polacas (las famosas “carnes blancas” que se habían puesto de moda) con el fin de hallar compatriotas con las que pudieran hablar un poco en su lengua natal. Todos aprovechaban para afeitarse y lavar sus pilchas. Cuando se acababan la cosecha y la juntada, entraban en la catanga, arreglando vías del ferrocarril, algunos lograban conchabo temporario en una estancia, como quinteros, limpiaban yuyales con guadaña, herramienta que manejaban como artistas; después aprendieron a manejar arados y sembradoras. Con el tiempo fueron desapareciendo. No sé si se volvieron a su tierra, o si arraigando en las grandes ciudades, consiguieron trabajo estable.

Los polacos -polonios como les decíamos- tenían por costumbre dejar en la noche la maleta en el chalar. Nosotros fuimos una noche a buscárselas.

- *Vamos a llevárselas todas* -dijo uno de los linyes que nos acompañaban-. *¡Que junten con el culo, mañana!*

- *No, compañero* -lo paró en seco Quirurga-. *Nosotros somos huelguistas, no ladrones. - Y sacando un cuchillito les hizo un tajo que las inutilizó.*

El sabotaje era tan inorgánico como la huelga: abrir la bebida para que se volcara el agua, cortar los alambrados para que los animales se disparasen. Pero eran vacas y matungos mansos, que a la mañana siguiente se los hallaba en el chalar o en las banquinas del callejón buscando pastitos tiernos.

Descargábamos nuestros golpes contra quienes creíamos culpables de nuestras penurias. Ahora a la distancia pienso en el chacarero del Puente de Cepeda con su hija quinceañera de grandes ojos azules, en Redeus Gimeno, en tantos otros que luego conocí y no logro conciliarlos con la imagen del burgués prepotente y explotador contra quienes creíamos luchar. El sistema era más complejo y oculto. Ellos eran casi tan crotos como nosotros, de paso apenas por la tierra ajena que trabajaban, arañándola todo el año, y menos felices aún porque no vivían la libertad de la vía ni la charla de las ranchadas, ni el movimiento y el aire libre que nos salvaba de pudrirnos, como solía decir Quirurga.

La huelga se fue diluyendo y perdió su empuje inicial. Finalmente fue como antes. Algunos chacareros sacrificaron los cinco centavos y nos pagaron. Otros se mantuvieron en la paga anterior. Y no faltó quien aprovechando la debilidad final en esos tiempos sin leyes ni sindicatos, pagara menos de lo convenido.

Quirurga leía junto a la ranchada el diario que nos había prestado el Jefe de la Estación.

- *Bepo, mire, los obreros de la Casa Martín están en huelga.*

- *¿La casa Martín?*

- *Sí. La de la yerba La Hoja.*

Como quien recuerda algo de golpe, se incorporó, fue hasta la bagayera y alzó el paquete de yerba, etiqueta blanca, letras rojas, una hoja verde pintada en el medio.

- ¡La Hoja! -rezongó. Tenía más de medio kilo adentro. Luego, con resolución, y mirándome fijo, gritó:

- ¡Nos adherimos a la huelga!

Revoleó el paquete y el bulto blanco salió disparado, hacia las reivindicaciones sociales y cruzando el espacio se perdió a lo lejos, entre los pastos.

## CUATRO

Y nos acostamos sintiendo de vez  
en cuando los compases de un tango.  
MANUSCRITOS, f. 110.

Con Quirurga decidimos seguir bajando hacia el sur. De Rufino fuimos para Alberdi<sup>10</sup> y de ahí para Germania<sup>11</sup>. Ya estábamos de nuevo en la Provincia de Buenos Aires. Acampamos cuando oscurecía entre las dos vías cuyos terraplenes, muy cercanos uno del otro, nos hicieron reparo de los vientos.

Todas las líneas ferroviarias tienen terraplenes a lo largo de su recorrido, y aunque la mayor parte del país sea llano, siempre hay desniveles: sierras, lomas, cañadones o bajos y puentes con los que se da salida a las aguas de un campo a otro en busca de sus desagües naturales. Sólo recuerdo un ramal que corre a nivel de tierra con muy pocas variantes: el Ferrocarril del Estado que sale de Santa Fe y va hasta San Francisco, Córdoba. En los días de mucho viento preferíamos su reparo al de los galpones, que por cortos producían remolinos que no nos dejaban en paz. El terraplén es largo y cuando en esos días helados nos acurrucábamos a su amparo parecía que hasta sentíamos calor. En muchos tramos, sobre todo en las vías de trocha angosta, había plantaciones de caña para protegerlos de la erosión de las correntadas, y cuando llovía, reparados por los terraplenes y las cañas, nos salvábamos de la mojadura. Peludos, mulitas y perdices buscaban también refugio en sus pajonales y se convertían sin saberlo en nuestro alimento.

Y a veces, algún cordero extraviado que anduviese buscando el reparo del terraplén corría el mismo destino.

Esa noche nos dormimos tarde, entreteniéndolo el estómago con mate y un guiso más pobre que las lauchas. Frente a nuestra ranchada, de otro lado del callejón había un caserón de varias ventanas, las únicas iluminadas de todo el vecindario. Veíamos luces de autos que llegaban y se iban. Y a veces el viento traía música de tango.

- *Estarán de fiesta –conjeturó Quirurga.*

Al día siguiente, como la bebida de los bretes quedaba lejos, crucé el alambrado para pedir agua. El caserón estaba pintado de rosa.

Me atendió una muchacha con cara de sueño y resto de pintura en los labios y en los ojos. “¿Por qué no vinieron anoche?”, me preguntó. Al principio no entendí. Le vi una sonrisa de picardía.

- *Los estuvimos esperando.*

Por encima de su hombro vi una larga fila de piezas que daban a un corredor.

- *Es que andamos medio secos del todo.*

- *Sos zonzo. Hubieran venido lo mismo. A bailar.*

Cuando estaba en Tandil iba al prostíbulo cortando campo desde mi casilla de La Movediza. Salía después del mediodía y al trasponer las últimas sierras veía la cocina que quedaba detrás

---

<sup>10</sup> Ex F. C. Buenos Aires al Pacífico (hoy San Martín). A 181 kilómetros de Junín (Pcia. de Buenos Aires).

<sup>11</sup> Ex F. C. Buenos Aires al Pacífico (hoy San Martín). A 96 kilómetros de Junín (Pcia. de Buenos Aires).

de las piezas y del salón de baile. Algunas de las pibas caminaban por el patio, aprovechando el sol. Yo me había hecho amigo de ellas.

Las encontraba tomando mate. Charlábamos mucho, me querían. Pero como andaba casi siempre sin un mango, muchas veces debí conformarme con la charla y nada más. Una de las chicas me fiaba y anotaba la deuda en una libreta, pero después se hacía la olvidada y no me cobraba. Cuando en el anochecer caían los primeros clientes yo me despedía y sin apuro volvía a mi pieza de La Movediza.

- Si nos quedamos esta noche vengo a visitarte –le dije a la muchacha del caserón rosado-. Pero acordate que ando sin guita...

- No seas pavo. Vení lo mismo.

Cuando por causa de su purgación Amalio Moreno tuvo que volverse habíamos sentido mucha pena los tres porque él había sido quien nos animara a hacer el viaje a Mario y a mí, y quien aquella noche en Rancagua, mientras comíamos los duraznos robados, había descubierto a Quirurga cuando bajara necesitado de asistencia y compañía.

Habíamos salido en Febrero los mosqueteros tandilenses rumbo a la vía , con alegría de iniciar aventuras y divertirnos. Estábamos en Mariano Benítez y habíamos comenzado los preparativos porque continuaríamos viaje a Rosario. Moreno había amanecido tristón, pálido y ojeroso. Era siempre tan alegre y travieso que nos sorprendió cuando nos dijo:

- Muchachos, vi'a tener que volverme.

- ¿Qué te pasa? ¿Tenés algo?

- Estoy jodido. Pa' mí que es una purgación. –Y como para resignarse se retaba a sí mismo: - Joderse, por andar calaveriando.

Por aquellos años las enfermedades venéreas eran una amenaza para los jóvenes y las curaciones eran pocas, caras, muy dolorosas y no siempre eficaces. Nos quedamos apichonados. Se nos iba el amigo y no podía perder tiempo. Juntamos las pocas monedas que teníamos y lo pusimos en el primer carguero que pasó para Buenos Aires.

- No seas pavo, vení lo mismo. Y traé también a tu amigo -me insistía la pupila del caserón pintado de rosa.

Yo le explicaba que Quirurga era mucho más grande que yo.

- No importa. Igual lo vamos a divertir, aunque sea medio cascote.

Diversiones de los varones. Qué mundo aquel.

A Penone le habían dicho que en Paganini, cerca de Rosario , había un quilombo flor. Yo le acepté enseguida. “Vayan ustedes”, se había excusado Quirurga. “Yo me quedo a esperarlos”.

Nos fuimos en ómnibus. Me había sentado cerca de la puerta y cuando una vez se abrió, no sé si por falta de aire o de costumbre, me había sentido mareado y había caído al pavimento. Un golpe bárbaro. Me habían levantado maltrecho y abombado. Paganini era chiquito, algunas churrasquerías y cafés que rodeaban al prostíbulo. Yo iba renegando y dolorido. Cuando entramos una de las pupilas me sacó a bailar, y al apretarme el hombro, me quejé. “¿Qué te pasa?”. Y al mirarme con más atención había bajado la voz: “pero ¡si tenés sangre en la cara! ¿Te peleaste?. Yo le explicaba lo del accidente, pero no me creía y tomándome del brazo me había dicho al oído: “Vamos, vení, que anda la cana. No te hagás ver”. Y me había llevado a su pieza para que me acostase en su cama. En el calentador hirvió agua en una pava y me hizo café. Con



agua tibia y un trapo limpio me había lavado los raspones que tenía en la cara y en uno de los codos y me había curado. Luego me vendó la rodilla y me zurció el pantalón que se me rompiera en la caída. Yo me sentí mejor y nos habíamos puesto a charlar. Cuando le conté mi vida de linye se asombraba de que pudiera andar sin casa, sin familia, sin saber lo que iba a comer mañana. “Si yo tuviera que andar así –me decía-, me hubiera muerto de miedo”. Yo miraba su pieza triste, su cama de hierro. Todas las noches allí. Hasta que un día por vieja la echaran a la calle.

Había querido dejarle unos pesos pero me los había vuelto a meter en el bolsillo. “Dejate de macanas. Volvé cuando quieras. Pero a conversar como amigos. Olvidate de quien soy aquí adentro”.

Me había quedado en una chacra de Blaquier<sup>12</sup>, juntando maíz tras largos meses de andar solo. El patrón me había propuesto un mediodía que fuera al pueblo en la villalonga a traer provisiones. Como había terminado temprano, pregunté al muchacho que me atendía en el boliche si en el pueblo habría prostíbulo. Me dijo que lo encontraría al fondo de la calle, varias cuadras arboladas de paraísos que los caballos recorrieron como si conocieran mi apuro. Tuve que sofrenarlos cuando me acercaba al final. ¿Cómo preguntaría si esa o la otra o la de más allá era la casa que buscaba? En una ví una mujer morocha con un batón gris casi hasta los tobillos y el mate en la mano. Me sonrió: “¿Qué andás haciendo por aquí?”, me dijo, y no necesité averiguar más, até los caballos, frené la chata y entré. Era una pieza pequeña, con una cama de barrotes de hierro, sin ningún adorno. Sobre una mesa chica había un calentador y una ollita que sacó del fuego cuando entramos. Recuerdo también que había un ropero angosto con un espejo en el que me vi la cara después de largo tiempo. Ella era de Tres Arroyos y cuando le dije que venía de Tandil se le iluminaron los ojos y con una alegría que entonces no supe explicarme exclamó: “¡Entonces somos vecinos, o parientes!”. Con la charla olvidamos todo, hasta para qué había venido yo. “Estoy cocinando un pucherito, ¿querés quedarte?”. Pero ya se hacía tarde y le prometí volver. En las veces que regresé a la casa, durante las semanas siguientes, nunca vi a nadie, ella debía ser la única pupila y en un solitario como yo encontraba compañía. Jamás oí ruidos de otras gentes y tampoco vi clientes, pese a que los sábados yo llegaba temprano y me iba al oscurecer.

- *¿Qué le parece si vamos esta noche, Quirurga? Dicen que nos esperan. Y como les avisé que andábamos cortos de plata, me invitaron para que fuéramos a bailar, también los crotos tenemos derecho a darle gusto al cuerpo.*

¡La Marlo Quemado! Ella le daba gusto al cuerpo de los crotos, por la zona de Salto. Si vas por Salto, saludos a la Marlo Quemado. Dicen que así la llamaban porque tenía un horno para el pan y siempre usaba marlos para calentarlos. Era famosa entre los linyes, y también curandeaba un poco, pero especialmente venéreas. Pero en su profesión tenía la particularidad: únicamente por atrás. Y cuando algún linye le proponía hacerlo por adelante, como todo el mundo, ella se ponía hecha una furia: “¡Avisá, croto mugriento, si vas a meter tu porquería por donde nacieron mis hijos!”. A las purgaciones las curaba con el líquido de una botella con yuyos y agua, que salía por un corcho agujereado. Salpicaba el miembro del paciente en cruz, mientras rezaba con voz enérgica: “¡Que salga lo malo, que dentre lo bueno!”. Lo repetía tres veces, acompañándolo de nuevas cruces con salpicadas del remedio y el cliente quedaba curado.

- *Mire, Bepo, mejor dejamos el quilombo de enfrente para otra oportunidad. Yo creo que tendríamos que probar si conseguimos pique en Balbín. Me dijeron que todavía están juntando.*

---

<sup>12</sup> Ex F. C. Buenos Aires al Pacífico (hoy San Martín). A 69 kilómetros de Alberdi (Pcia. de Buenos Aires).

Acepté de mala gana, aunque Quirurga tenía razón: la bagayera estaba en cero y todo lo que habíamos comido era una vizcacha que nos regalaran unos cazadores, y pedazos de un zapallo que me dieran en una quinta. Si a Quirurga le apuraba la idea de conseguir trabajo la situación tenía que ser fulera.

Levantamos después de yerbiar y nos fuimos caminando por el callejón para estación Balbín<sup>13</sup>.

Con el pretexto de arreglar el mono lo dejé en el suelo, me di vuelta y eché una mirada al caserón de paredes rosadas.

---

<sup>13</sup> Ex F. C. Buenos Aires al Pacífico (hoy San Martín). A 39 kilómetros de Alberdi (Pcia. de Buenos Aires).

## CINCO

Se acomodó el poncho matra en las espaldas, se puso a mirar para el lado de la estancia. ¡Que se lo junten ellos! Y le pegó un sorbo al amargo.  
MANUSCRITOS, f. 115 vta.

En Estación Balbín hicimos ranchada en la cabecera del galpón. Casi todas las estaciones tenían tres: el del medio, sobre una plataforma, para cargar y descargar encomiendas, y los otros dos para almacenar cereales. Casi todas las cabeceras miraban una al sol y la otra al oeste. Por eso era el sitio obligado para hacer ranchada. Pero cuando se alzaban los temporales del este, el viento remolineaba entre uno y otro galpón y había que refugiarse en los terraplenes. Los linyes cuidábamos la higiene de los alrededores y jamás dejábamos basuras o desperdicios por allí, y cuando algún croto, inexperto o mugriento, se ponía a mear contra las chapas, le decíamos: “Compañero, ¿usté es perro, que está meando contra su casa?”

En la Estancia Las Catalinas todavía estaban juntando y salimos por el callejón. En un puesto de junto al camino pedimos agua a una chica que desde una ventana con reja me señaló la bomba sin hablar. Llené el tarro, le di las gracias, y cerca paramos a matear. Una o dos veces miré para la casa donde nos dieran agua y la chica seguía observándonos desde la reja. Yo miraba hacia la ventana y ella se escondía.

Frente a nosotros había un gran maizal y los juntadores iban y venían. Cuando uno de ellos estaba llegando al alambrado me arrimé para preguntarle si habría pique.

- Sí, necesitan gente, pero el contratista nos tiene a puchero de garrón.

- ¿Contratista, y a garrón? ¡Que se lo junte él! —respondió Quirurga, alzando el mono.

Los contratistas se quedaban con algunos centavos por bolsa y obligaban a comer sus mejunjes que luego descontaban de la paga como si hubieran sido un manjar.

Al volver a pasar frente al puesto, pedí agua de nuevo. Otra vez estaba la chica en la ventana, mirándonos detrás de la reja. Me señaló la bomba sin hablar, como en la mañana. Un poco más adelante paramos a hacer fuego. Y cada vez que yo miraba para el puesto me encontraba con los ojos de la chica tras de la reja. Al mediodía pasó un matrimonio en un sulky que nos saludó y entró en el puesto. La chica desapareció de la ventana y ya no volvimos a verla.

En la estación encontramos a un linye muy viejo. Debía pasar los 70 años y estaba apergaminado, curtido de fríos y soles, pero era muy lúcido cuando conversaba. Uruguayo, llevaba mucho tiempo en la Argentina. Era “colorado” y había peleado a lanza y sable en todos los entreveros políticos de su país a favor de Battle\*, cuyos sucesores ahora estaban en el gobierno. Tampoco en la bagayera del oriental habría abundancia porque todo lo que comió fue un huevo de avestruz que estaba cociendo en una ollita.

Estábamos resignados a seguir con mate hasta que se acabara la yerba, cuando Quirurga escuchó un rato atentamente y se le iluminó la cara: “Oigo silbar perdices —dijo—. Vamos. No haga ruido”. Fuimos por el terraplén opuesto al del alambrado, y los silbos se hicieron más fuertes y frecuentes. “¡Ahora!”, gritó Quirurga lanzándose al otro lado de la vía sacudiéndose

---

\* José Battle y Ordóñez, caudillo del Partido Colorado, en Uruguay.

ruidosamente la ropa, y de golpe quince o veinte perdices salieron espantadas a nuestros pies, en dirección al alambrado. Casi todas pasaron y huyeron, pero tres de ellas chocaron contra los alambres, hubo un aletear de plumones y cayeron entre los pastos próximos. Quirurga corrió y todo fue tan rápido que cuando lo alcancé ya había recogido las perdices atontadas o muertas por el golpe, y estaba retorciéndoles el cogote, y un poco más tarde ya las guisábamos. Lo invitamos al viejo, pero no aceptó el convite y se echó a dormir. En la mañana siguiente apareció el juntador de Las Catalinas, con quien habláramos. Había cobrado y volvía a su pago. “Ando venao”, dijo, y al mate que le alcanzamos lo chupó hasta el rezongo. Nos pidió que le cuidáramos el mono mientras iba a hacer sus compras. Trajo un pedazo de vacío y además yerba, azúcar, marroco fresco y una botella de vino. “Cuando haiga brasa lo ponemos”, nos dijo.

Debían ser dos kilos de carne, pero no teníamos trebe. Entonces caminé varias cuabras buscando un alambre y como no lo encontré, debajo del último hilo del alambrado, hizo un fueguito cerca del torniquetero. Las llamas calentaron el alambre hasta que se cortó con un chasquido. A metro y medio del corte hizo un doblez que luego abrió y cerró hasta que volvió a cortarse. Al pedazo así conseguido fue doblándolo hasta darle forma de parrilla. Era un linye joven, de 24 a 25 años, volvía a Santa Fe, iba a tomar la Puerto que pasaba cerca de allí y lo dejaría en Rosario. “¡A los fierros, compañeros!”, nos dijo convidándonos, cuando el churrasco estuvo a punto. Cortó el primer pedazo y se lo ofreció al uruguayo. El viejo, según su costumbre, no aceptó el convite.

- Pero, abuelo, esto es para todos. Sirvasé.

No sé si sintió cariñosa la palabra abuelo. Pero abandonando su negativa, hizo rueda con nosotros y se prendió al churrasco.

Los cuatro éramos felices en ese momento. El juntador santafecino con sus pesos recién cobrados había pagado ese churrasco, la vía nos hermanaba, todos iguales, nos unía, volvería a separarnos, unos días en común, un mismo fuego, una misma olla, y otra vez cada uno a su mundo, a lo suyo, a su soledad. El primero en levantar el mono fue el oriental, porque ya no tenía fuerza ni agilidad para tomar carga a la carrera y prefería caminar de estación en estación, seguramente para que no vieran que subía a los trenes cuando estaban parados. Sobre el mediodía, el santafecino rumbió para la Puerto<sup>14</sup>. Por la tarde nos fuimos caminando hasta Pichincha<sup>15</sup>, un poco por el callejón, otro poco tranquilando la vía. Quirurga iba delante de mí, y como la separación entre dos durmientes era menor que el tranco de un hombre, ponía un pie en un durmiente y otro en la tierra. Eso y el torcer el cuerpo para compensar el peso del mono, le hacían hamacar el paso. A mí me ha quedado esa costumbre de caminar así con los años de crotiada. Los ingleses no habían calculado el tranco de los crotos.

Llegamos a Pichincha con noche cerrada y ninguna luz ni para encontrar una miserable rama con la que hacer fuego. Al frío lo sentíamos en los huesos porque ya estaba helando. Tuvimos que buscar reparo en el terraplén, que en ese lugar no era demasiado alto. Nos acostamos los dos tomando cuidado que las cabezas quedaron bajo el nivel de las vías. Yo iba encogiéndome en las bolsas y quería recordar cualquier cosa tibia: el calor de las ranchadas, los días de primavera, la sopa caliente, el mate, y finalmente pronto fui un ovillo, y quizá por el cansancio de la caminata, me dormí.

Me despertó un ruido infernal, demasiado cerca para atinar a cualquier cosa: era un tren de carga. Se nos vino encima. Pegamos la cabeza contra la tierra y el corazón saltaba en la boca al ver el fuego de los escapes y escuchar cómo bramaba el vapor, y adivinar la mole negra que se abalanzaba sobre nosotros. Qué grande es un tren cuando se lo ve desde abajo, y uno tiene la

---

<sup>14</sup> F. C. Rosario-Puerto Belgrano (hoy, es una parte del Mitre y otra del Roca). Trocha ancha.

<sup>15</sup> Ex F. C. Buenos Aires al Pacífico (hoy San Martín). A 56 kilómetros de Alberdi.

cabeza junto a las vías. Tunc tunc tunc, pasaban sobre nosotros las ruedas, los ejes, los fierros, no acababa nunca de pasar y nos ensordecía, yo cerraba los ojos esperando que en cualquier momento un golpe me reventara la cabeza, o con un fierro enganchara la ropa y me arrastrase. Al fin, tras un traqueteo interminable, pasó el furgón de cola y nos aliviamos escuchando cómo se iba alejando y se perdía en la noche y sobre nosotros quedaban flotando otra vez el aire helado, el silencio y las estrellas.

Con el sol alto me levanté. Quirurga seguía durmiendo. ¿Y si no conseguíamos trabajo allí o en Blaquier? En el mostrador de Balbín habían quedado mis últimos sudores chaleros. ¿Y si llovía y no podíamos movernos por varios días? ¿Sería el fin?

Pasaron unos peones en una zorra y me saludaron, pero el ruido tampoco despertó a Quirurga.

Lo miraba dormir. Tenía casi el doble de mi edad, una vida muy trajinada en la vía. La vía envejece y cada año vale por dos. Dentro de un tiempo tampoco él podría tomar cargueros a la carrera, se haría croto lerdo como el Oriental con peligro de arraigar en ranchadas sucias y permanentes, él que decía que a nosotros nos salvaba de pudrirnos el aire libre y el movimiento. Andaba con su soledad adentro y nunca me contaba su pasado. Yo sólo sabía que era español. Decían que había llegado en un barco integrando la guardia de la Infanta Isabel para el centenario. Que en Buenos Aires había desertado y luego había rodado con su hermano hasta parar en Tandil en una cantera. En todos estos meses de vagar en común no se le había escapado una sola confidencia y su única queja era a veces contra el frío, porque al hambre le hacía cara con mate y silencio.

En las ranchadas casi nunca hablaba porque no había sido hombre de lecturas, y sólo por sus silencios sabía yo que algo le estaba pasando adentro.

Salimos y habríamos andado una legua, siempre mirando al suelo, como hacen los crotos cuando caminan con el mono al hombro, cuando cerca del terraplén vi hozadas de peludos o mulitas: eran pequeños hoyos que los bichos dejaban al arrancar las raíces de los pastos: la cueva no estaría lejos. La reconocimos por el montón de tierra que había frente a la entrada. Estaba blanda y había pisadas frescas. Buscamos la dirección del viento y esperamos a que con el anochecer los peludos salieran a comer. Las horas nunca acababan de pasar y nuestra hambre ya no tenía horario ni almanaque, los ojos fijos en dirección a la cueva, a unos quince o veinte metros. Subían las estrellas y de los bichos, nada. Yo sentía en el estómago al hambre mezclada con la ansiedad. No era un tigre como en las novelas lo que estábamos esperando, sino el bicho que nos mataría el hambre de muchos días que llevábamos en la barriga y en todo el cuerpo. Me entumecía, me dolían los ojos de mirar en la oscuridad, pero no podía aflojar: si el peludo salía y llegaba a descubriarnos, se metería en la cueva otra vez y ¡adiós cena! Bastante pasada la medianoche me pareció descubrir una mata de pasto que no había visto antes y cuando se movió, comprendí que era un peludo que seguramente estaba vigilando el lugar. ¡Con tal que no nos descubriera! Avanzó unos metros y tras él apareció su pareja. Se quedaron observando los dos. Yo sentía latir el corazón y temía que me lo escucharan, pero ya más confiados empezaron a comer, aunque se detenían de vez en cuando, levantaban la cabeza y seguían. Tras interminables minutos, comiendo y comiendo, se fueron alejando hasta una veintena de metros de la cueva. En eso, salté con el mono en la mano, corrí como una sombra hasta la cueva y les tapé la entrada. Los bichos habían vuelto hacia la cueva en cuanto vieron el peligro, pero era tarde: chocaron contra mi mono. Pateé a uno de ellos y lo puse panza arriba. Quirurga corrió al otro y lo inmovilizó con un pie encima mientras con el otro le apesaba las patas traseras y la cola. Daba lástima ver al bicho defenderse del cuchillo que iba abrirle la panza, movía las

manitas desesperadamente como si fuera un boxeador y no había forma de entrarle el cuchillo, hasta que Quirurga le agarró las dos manos y pudo clavarle la hoja en la garganta.

No encontramos agua para lavarlos y seguimos caminando con los dos peludos muertos hasta la estación siguiente. Los lavé en la bebida de los bretes, hicimos fuego y pusimos a cocer uno y asar el otro. Amanecía cuando recién pudimos hincar el diente al asado. Las tripas habían estado rezongando toda la noche porque ya no se dejaban engañar con los verdes que tomamos esperando a que estuviesen hechos.

La peludiada nos ayudó a seguir varios días. Después, en una estación cazamos cuises con un lacito de hilo sisal y unos granos de trigo como cebo. Y no sé cuánto tiempo más hubiéramos seguido así de no habernos hablado unos bolseros del tambo de un tal Fernández donde todavía no habían juntado el maíz, lo único que quedaba en toda la zona, fuera de haciendas y rastros.

Después del mediodía vimos unas parvas y un molino cerca del alambrado. Me adelanté hasta una casa de material, blanqueada, que se levantaba frente a un maizal. Y nos dieron juntada.

- ¡A las chalas, compañero! -grité y a Quirurga se le iluminó la cara; nunca lo vi levantar el mono y correr a empezar la changa como esa vez. Pero tan pronto como empezamos a dormir bajo techo y comer todos los días volvimos a ponernos lerdos. A la mañana, luego que la helada o el rocío se levantaban, íbamos al maizal, y cuando teníamos la bolsa llena, ya pegábamos la vuelta para hacer el puchero, en la tarde llegábamos a juntar dos bolsas, ya que como la paga era sin comida teníamos la libertad de juntar las que tuviéramos gana. Por la tarde en el chalar tomábamos mate de leche hasta ponernos pipones.

Con la familia yo pasaba ratos muy agradables. Eran el matrimonio, una sobrina de 16 años y un peón. Un hijo estudiaba en Rosario. Vi que les gustaba escuchar mis cuentos y yo aprovechaba para explayarme como en las ranchadas. La sobrina se aficionó a visitarnos cuando volvíamos del chalar. Apilaba tres o cuatro bostas de vaca, las cubría con una bolsa doblada y se sentaba a preguntar sobre mi vida y yo a esquivar el interrogatorio: mi familia, mi pueblo, si no había pensado en casarme, si no volvería. Una vez, a boca de jarro, me soltó:

- ¿Tiene mamá?

Y cuando le contesté que había muerto muy jovencita, cuando yo tenía dos años, se replegó como si haciéndome daño se hubiese lastimado ella misma. Desde entonces procuró no encontrarme, pero cuando acabamos la juntada y oyó que estábamos arreglando las cuentas con su tío, me esperó bajo el corredor y nos pusimos a charlar dos o tres zonzeras de despedida y prometí escribirle. Luego, me miró más triste que de costumbre, y como reanudando aquel diálogo interrumpido, me dijo:

- Yo tampoco tengo papá. Lo mató un rayo cuando ordeñaba una vaca blanca.

Volvimos a la vía y ahora todo se veía más fácil, la Primavera estaba próxima, teníamos unos pesos en el bolsillo, empezaban los días tibios y la vía volvería a florecer de linyes que abandonaban su refugio de las estancias y las chacras.

Una mañana Quirurga me preguntó cómo andarían los amigos canteristas. Me sorprendió que estuviera recordando, pero no hablamos más del asunto, aunque me dije si él no estaría queriendo volver.

Seguimos andando, entre lerdos e inquietos. Yo le había tomado afición a las charlas de las ranchadas y en esos días no pensaba en otra cosa: ir en el carga, bajar, armar el fuego y esperar la llegada de otros crotos, o acercarme a las ranchadas que ya estaban; entonces, tantear los temas para darme cuenta si el croto era de vía o de juntada. Cada uno hacía el repaso de las noticias que sabía: la nueva Guerra que se aproximaba, Mussolini que invadía Etiopía, Hitler que

se rearmaba, los españoles que estaban cada vez más agitados. Una noche alguien trajo una *Crítica* vieja y nos enteramos que Gardel había muerto. A veces me encontraba con linyes aficionados a la poesía y al teatro y las tenidas eran más largas aunque participaban menos, Florencio Sánchez, González Pacheco, Zorrilla de San Martín, Núñez de Arce. A veces alguno leía en voz alta párrafos de la Carta Gaucha, de Juan Crusao, el seudónimo de don Luis Woollands, un hombre libertario que vivía en Tandil y con cuyo hijo Héctor haríamos años más tarde una crotiada. Los que hablaban de muchos temas eran generalmente linyes de vía, los permanentes, los que tras alguna changa volvían a la vía porque no tenían hogar, familia, ni pueblo a dónde regresar. Los linyes de juntada eran los que salían a hacer la cosecha y luego volvían a su pueblo, y no intervenían en las conversaciones como no fuese para hablar de bolsas o de luchas. Y si no, escuchaban.

Otra mañana Quirurga volvió con el tema de Tandil, y cuando le pregunté si quería volver me contestó que en realidad en estos meses de andar conmigo se había aficionado a mi compañía: pensaba en seguir solo y se achicaba. Muchas veces él mismo me lo había advertido: un croto puede tener un lugar que le guste más que otros, una vía, un arroyo, un sitio para la ranchada o un pueblo para descansar unas semanas, pero no podía tener querencia porque empezaría a sentirse atado. Y ahora resultaba que tener un amigo en la vía había sido casi como tener querencia, recordarla y querer volver.

¿Qué haría yo? ¿Despedirlo, como a Moreno y a Penone? Yo había aprendido muchas cosas en la vía en estos meses, pero aún no me sentía un croto maduro. Y acepté el regreso, siempre que fuera sin apuro. Volvimos en carga hasta Germania, de allí a pie hasta Trigales, de noche, sin comer y con apuro porque nos seguía la cana cuando me les disparé de la propia comisaría. En Trigales un carga nos llevó hasta Alberdi, luego a Junín y de ahí a Caseros. En tranvía seguimos hasta Temperley, el nudo de nuestras salidas y regresos.

Temperley. Era de noche. Entonces recordé al linye de la canción. Él se había perdido en la oscuridad. Nosotros salíamos de ella.

Un año atrás, el vagón cerrado en el que veníamos viajando desde Tandil Amalio Moreno y yo, en nuestra primera crotiada, nos había guarecido de la lluvia que se descolgara a mitad de camino. Un linye joven nos había pedido permiso para entrar. En Las Flores el carguero había estado mucho tiempo haciendo maniobras y el nuevo compañero había armado con cuatro yuyos un fueguito con el que calentó agua para el mate y lo había hecho con tanta habilidad que nos quedamos con la boca abierta mirándolo. Vueltos al vagón, el aguacero se había largado con todo. Qué música para la siesta había dicho Amalio y echándose sobre el mono se había puesto a roncar. El otro había abierto el suyo, sacando su poncho y lo había tendido, y mientras lo hacía cantaba bajito:

*Tengo un primo. Él es rico,  
poderoso y bien querido.  
Yo soy pobre, soy enfermo,  
Pienso, escribo y sé soñar.*

- ¡Qué linda canción! ¿La sabe toda?

- Sí-. Y continuó, pero al ver que seguía escuchándolo agregó:

- *Mis Harapos. De Ghiraldo. Un poeta. Libertario.*

- *En mi casa la cantaban cuando yo era pibe y...*

Ya no me escuchaba: se había tapado con el poncho y dormía. Arrimé el mono junto a la puerta del vagón, me había sentado sobre él como viera hacer a otros linyes y miraba a la distancia: la tarde se apagaba y a lo lejos, tras la lluvia, se veían cada vez más borrosos, montes y ranchos. A veces frenaba el tren, otras yo cabeceaba medio dormido y me sacaban de mis pensamientos.

*Caballero del ensueño  
tengo pluma por espada.  
Mi palabra es el alcázar  
de mi Reina la Ilusión.*

Poco antes de llegar a Temperley se largó con el tren en marcha y se perdió en la oscuridad. De esa oscuridad regresábamos nosotros ahora.



SEIS

Le dije: Volvemos. Pero sin apuro.  
Como el chingolo, saltando de mata  
en mata. Y despacio, emprendimos  
el regreso.  
MANUSCRITOS, f. 115 vta.

Quirurga supo que al día siguiente salía un carga para Las Flores. Preferimos hacer ranchada medio apartados porque de cada tren, viniera de afuera o de adentro, bajaban decenas y decenas de linyes. A la tarde siguiente, salíamos rumbo a Las Flores, a mitad de camino hacia Tandil.

Yo había aprendido en estos meses de vía con Quirurga que crotiando, el tiempo no contaba. ¿Tomamos aquel carguero, Quirurga? Mire Bepo, ahora estamos cómodos, churrasquiando. No voy a hacer galopiar la pera por un carguero. Pero ¿y después? Después, déjelo que se vaya. Mañana vendrá de vuelta y lo tomamos para el otro lado. ¿Qué apuro tiene? ¿Quién lo espera? ¿A dónde tiene que ir? ¿Qué patrón está tocando el pito de la fábrica?

Pero en la mañana en que reanudábamos el regreso a Tandil averiguó varias veces al cambista cuándo saldría el carguero y mucho antes de lo indicado, había apagado el fuego, limpiado el lugar, cuadrado el mono y elegido el vagón que tomaríamos.

Como supimos que en Las Flores la cana estaba brava, nos largamos antes de la barrera norte y fuimos caminando por detrás del Galpón de Máquinas, haciendo un largo rodeo que nos llevó hasta cerca del cementerio, cruzamos el arroyo por un paso que Quirurga conocía y cuando tuvimos a nuestra vista los paredones de tierra del Tiro Federal fuimos acercándonos nuevamente a la vía.

Como un cambista nos dijo que después de media tarde saldría un carga para Tandil, hicimos ranchada.

Sobre nuestras cabezas oímos el ruido de un aeroplano. Estábamos frente al viejo Aeródromo de Las Flores. El aeroplano pasó muy cerca, dio una vuelta amplia y aterrizó.

- *Estos andan con más apuro que nosotros -comentó Quirurga.*

- *¿Vamos a verlo?*

Yo nunca había visto antes un avión de cerca. Pero no nos quedó mucho tiempo para admirarlo porque íbamos cruzando el campo del aeródromo cuando un ruido de motor se nos vino encima bramando. Alcanzamos a saltar y pasó frente a nosotros un coche de carrera, no más que un cachivache, muy corriente entonces, al que los ingenios mecánicos y el coraje de los que los manejaban le arrancaban algunos kilómetros más por hora. Éste tenía el aspecto muy conocido en la época: un chasis, con sólo el capot y detrás unos asientos, sin guardabarros ni nada, para que fuese más liviano. Detrás del asiento, a la vista, el tanque de nafta. Pocos metros más adelante ya no lo vimos: se lo había tragado la polvareda.

¡Las carreras! Una vez, con Quirurga y con Penone, nos habíamos ido crotiando desde Cepeda hasta Pergamino para ver una de carretera. Serían las tres de la mañana o más cuando apareció el primero en el fondo de la recta donde estábamos, hacia Arrecifes. Venía desde Buenos Aires. Nos pareció ver un resplandor.

Estaba por llover, y los refucilos iluminaron el campo. La máquina cruzó frente a nosotros envuelta en una nube de tierra y nadie pudo saber otra cosa que el ruido del motor y las luces que zangoloteaban sobre el camino.

Los coches seguían pasando. Pero en la oscuridad no alcanzábamos a reconocer a nadie, hasta que alguien tuvo una idea salvadora: encendió las luces del camioncito en que había venido: los haces de luz cruzaron el camino como si fueran a chocar contra los de los corredores. Fue un instante, nomás, muy fugaz, pero alcanzamos a ver el humo de los coches, los rostros de los corredores, sus cascos de cuero y sus antiparras, sus bufandas al viento, sus mamelucos blancos, los metales, las ruedas, los vidrios, y otra vez la noche, la quietud y el ruido de los motores entrando en Pergamino, y después el silencio del campo bajo la tronada.

Se largó a llover. A un coche, frente a nosotros, le iluminaron dos o tres relámpagos sucesivos y el auto pareció avanzar a saltos, entre luz y luz.

Si alguien me hubiera dicho entonces que esa aventura de fierros y barro iba a abrir las rutas a los camiones y que camiones y caminos arruinarían al ferrocarril, no lo hubiese creído.

El cachivache que casi nos atropella seguía dando vueltas en torno al aeródromo de Las Flores. Desde el hangar apareció el aviador. Tenía una campera de cuero, usaba pantalones blancos. El casco era blanco también y llevaba antiparras levantadas. Estaba hablando con un mecánico cuando se sacó el casco y se le soltaron los pelos.

- ¡Bepo, es una mujer!

Era rubia, corpachona. Sonreía. Y la reconocí por las fotos: Carola Lorenzini, la aviadora famosa. Se fue a atender las cosas del motor. Tenía la cara quemada por el sol y el viento, como un linye.

- ¡Qué mujer, compañero! -suspiró Quirurga. Fue la única vez que le escuché comentarios sobre una mujer.

Anocheía. Yo estaba con el mono listo y la mirada perdida. Pensaba en toda esa aventura de fierros, autos, aviones, velocidad. Qué distinta de nuestra vida de crotos sin apuro. Pensaba en la aviadora, en su tranco decidido, en su forma de dirigirse a la gente, en que dentro de unas horas haría girar la hélice de su aeroplano y, corajuda, subiría otra vez al cielo, para crotiar más lejos y más alto que nosotros, cuando me crucé con la mirada de Quirurga; seguro que también estaba pensando en ella.

Quizás por eso no vimos al milico sino cuando el tren de carga que esperábamos estuvo encima de nosotros. ¡Guarda al cana, compañero!, le grité. El tren venía levantando velocidad, yo salté, pero alcancé a ver al milico revoleando la fusta muy cerca de Quirurga. Pude meterme en un vagón, pero cuando el tren hubo avanzado unas centenas de metros y me asomé no lo vi a Quirurga. Pensé que se habría escondido en una chata. El tren no paró hasta Rauch, y allí me bajé para encontrarme con mi compañero, pero por más que revisé cuidadosamente vagón por vagón, no pude encontrarlo. Cuando el carga arrancaba, opté por seguir hasta Tandil.

Llegué con las primeras luces a Playa Nueva, por la vía fui hasta la estación y ya era de día, seguí hasta el Puente del Azul y por el camino rumbié para mi barriada de La Movediza.

Yo faltaba desde el verano y ahora era casi Primavera. Antes de cruzar las vías escuché la campana de la cantera. Eran las siete y la gente estaría entrando a trabajar. Me iba aproximando y se me hizo más claro el ruido de la rompedora. Un poco más adelante empecé a oír decenas, centenares de herramientas picando la piedra, ese canto que he escuchado desde la cuna. Oía el repiqueteo pero no veía a la gente. La gente estaba del otro lado, tras la loma, en el valle, por las canchas. Las primeras zorras estaban bajando cargadas de material desde lo alto del cerro.

En el bajo, la casa de piedra de los patrones, todavía en silencio. Y en lo alto, asomándose, la casilla de Caputín, mi casilla. Fui primero hasta la casa de mi viejo. Él mismo abrió la puerta y cuando me reconoció se quedó mudo, luego me abrazó y noté que estaba llorando. ¡Bepo, Bepo! ¡Cúme! ¡No te ce mort?

Yo no entendía nada. Se corrió la noticia, se avisaron unos a otros, de casilla en casilla, de un cerro al otro. ¡Volvió el Bepo! ¡Está vivo? Sí. ¡Está del padre! Fueron apareciendo parientes, amigos, vecinos, de pronto todo el barrio estuvo en la casa, se abrazaban, me besaban preguntando cómo había sido eso y yo al fin pude entender: en un diario, entre noticias referidas a las huelgas maiceras en Santa Fe, había aparecido la noticia de que a un tal José Ghezzi lo habían matado a tiros y creyeron que era yo. El regreso de Mario Penone sin mí les había reforzado la sospecha.

Descansé, me repuse del reencuentro y finalmente una tarde, como Quirurga no aparecía, me preparé para volver a Las Flores y buscarlo. Estaba yerbiando cuando golpearon a la puerta de mi pieza. Fui a abrir con un presentimiento, sentí un fuerte olor a tabaco que se filtró por las rendijas de la madera, y yo conocía ese olor. Al abrir, con el mono en el suelo y el pucho en los labios, ¡Quirurga!...

Qué abrazo nos dimos. Lo habían tenido varios días para saber quién era el que había disparado, insistió en que no me conocía, en que no íbamos juntos, y finalmente lo habían soltado.

Charlamos hasta que anocheció. En el calentador la pava del mate se vació varias veces hasta que dejó lugar a la olla de la bagayera, en la que hicimos un pucherito para celebrar su regreso. De cuántas cosas hablamos, haciendo proyectos para los años futuros.

- *La próxima vamos a agarrar directamente para el Norte -me proponía-. Iremos a las cañas y después para Salta a ver los tabacales, y si cuadra, pegaremos la vuelta por el Chaco para ver cómo es eso de los montes.*

- *Y ahora, ¿qué piensa hacer, compañero?*

Volvería a la cantera, donde vivía su hermano. Pasaría un tiempo charlando con los compañeros canteristas que conocía. Cuánto he aprendido de ellos -decía- en los años en que viví allí. Ellos son hombres de lectura.

Yo lo miraba a Quirurga. ¿Y lo que había aprendido yo de él? ¿Y cuando me enseñó a prender fuego con un papel enrollado? ¿Y cuando cazamos perdices contra el alambrado? ¿Y cuando calentaba la tierra antes de acostarse para luchar contra el frío?

- *Vos también sos hombre de lecturas -me dijo tuteándome por primera vez-. Lo he pasado muy a gusto escuchándote alegar en las ranchadas.*

- *Déjese de macanas, Quirurga. Si yo soy un aprendiz al lado de ustedes...- En el fondo me ponía ancho oírsele decir.*

- *Bueno, compañero, me las tomo.*

Le alcé el mono y lo acompañé. Caminamos en silencio. Subimos y bajamos por la cuesta de la sierra y seguimos juntos hasta la entrada del pueblo, sin hablar una palabra.

Se echó el mono a la espalda y fue costeadando el pueblo por el sur.

Me quedé mirando en la oscuridad hasta que no pude ver más la brasita de su cigarrillo, porque la sombra se lo tragó.

¿Volvería a los rieles mi compañero? ¿Qué sería lo que le había hecho regresar a Tandil? ¿Estaría teniéndole miedo al frío, a los cansancios, a las camas duras, y al hambre y a la soledad?

Quizá hubiera andado buscando que el tiempo le cicatrizase algo. Quizá sólo anduvo buscando el aire y ahora había acumulado cielo, viento y tiempo como para aguantar el resto de la vida.

Volví caminando por senderos que no veía, pero que sabía de memoria.

Si aquella noche alguien me hubiese dicho que por esas cosas que tiene la vida de linye nunca más vería a Manuel Quirurga, no lo hubiese creído.

## **SEGUNDA PARTE**

1939

(Bepo tiene 27 años)

## UNO

*Y ya en la calle, miré para la  
chacra y dije: ¡Hermano Lobo!  
y eché una escupida.*  
MANUSCRITOS, foja 69 vta.

El tren traqueteando se mete en la oscuridad y nos lleva. El ventarrón echa el humo sobre los vagones y me da en la cara. Héctor Woollands va frente a mí, en el techo del vagón. A veces no veo más que la brasita de su cigarrillo.

Voy acostado hacia la derecha del tren. Apoyo las alpargatas en la varilla de madera que sostiene el borde de las chapas del techo. Héctor Woollands, en cambio, puso su cabeza sobre el mono y fuma. A veces, cuando una curva inclina el vagón hacia la derecha, veo un resplandor detrás de la luz colorada del furgón de cola. Es Tandil. Entonces cierro los ojos: ni ese resplandor quiero ver. Cuando vuelvo a abrirlos, veo otra vez la brasita del cigarrillo de Héctor. Siento su presencia solidaria. “Yo lo acompaño”, me dijo. Y se vino conmigo.

No hay luna. Yo miro hacia delante, hacia la máquina. Sólo las chispas que arrastra el humo y no hay más que esa oscuridad en la que Héctor Woollands y yo nos vamos metiendo. El día detrás de esa oscuridad vendrá dentro de unas horas. El tren nos lleva a Woollands y a mí hacia donde va a amanecer.

Ese es el rumbo de mis otras crotiadas, hacia el maíz; tierras más tibias y de mejores aguadas, vías con mayor número de ramales: el largo y angosto país de los crotos.

Una sola vez había crotiado para el sur. Había sido con el uruguayo Chinatti ¡Ezequiel Chinatti!... Vengo de la tierra de Florencio, me había dicho. Soy anarquista. Me dieron su dirección y vine a verlo. Era chiquito, morocho, corría por sus venas sangre charrúa y gringa. Su larga melena le desbordaba la gorra de vasco.. si tiene lugar en cualquier rincón me acomodo. En su valijita de cartón traía nada más que libros y un paquete de yerba. A la yerba la había puesto sobre la mesita para empezar el mate, había acostado un cajón de kerosén de los que yo usaba por bancos, en la casilla de Caputín. Se había sentado para abrir mejor las piernas, y entre las bombachas batarazas y las alpargatas que usaba, quedó la pava y me tendió el primer tártago.

Llegó la noche, quise encender la lámpara de kerosén y no me dejaba para no interrumpir la charla. Estaba cebando el mate al tanteo. Yo no tenía más que una camita de hierro y tuvimos que organizar la dormida: yo desde las diez de la noche hasta las cuatro de la madrugada. Él lo haría después y mientras, pasaba la noche entera, hasta su turno, yerbiando y leyendo.

Hacía dos años de esto. Era bastante mayor que yo, y pese a que vivía en una población canterista del Uruguay, llamada Martín Chico, en las cercanías de Carmelo, no era picapedrero, sino hachero de monte. Su mayor afición era el teatro y Florencio Sánchez su ídolo. Yo lo había llevado a las canteras para que conociera a los compañeros, y luego él iba solo a visitarlos.

Yo en Tandil, como siempre: a la espera de algún pique en la piedra, en esos años de crisis. Tirar como pudiera hasta el tiempo de salir a crotiar, a la juntada. Lo pasaba mal. Pero un día vino Ezequiel Chinatti con que había conseguido una changa: hachar un monte. “Me voy a ganar unos pesos que buena falta nos hacen”. Volvió a los quince días. Yo estaba sentado en el umbral de la casilla y lo vi subir la cuesta. Revoleaba algo en la mano, alegremente. “Tome, aquí tiene

para comprar lo que haga falta”, dijo. Eran treinta pesos que puso sobre la mesa, los primeros ganados en la Argentina.

- *Nunca he crotiado. Quiero ver cómo es la vida en la vía, Bepo, y usted puede guiarme. Yo creo que en la vía voy a encontrar el ideal que vengo buscando desde Uruguay.*

Qué generoso fue. Esa noche había comprado un churrasco y lo asamos afuera. Los amigos pasaban por el camino y se paraban a conversar y él a todos invitó a comer. Si alguno hubiera aceptado no habría quedado comida para nadie.

Una mañana muy temprano habíamos salido rumbo al ferrocarril. Tomamos un carga que iba para el sur. Vamos a techiar le propuse. Y cuando el viento fresco le golpeó en la cara exclamó alegre y sorprendido:

- *¡Esto no lo soñaba, compañero!*

El aire le volaba la melena, el pañuelo del cuello, los ojos que no le alcanzaban para verlo todo. Y sonreía, miraba al campo, me miraba a mí, y sonreía.

Ahora también el viento me golpea en la cara. Pero Héctor Woollands va en silencio. No quiere molestarme.

De golpe comprendí que me habían cerrado el cerco en Tandil. El comprador de piedra me demoraba a propósito los pagos porque él era conservador y yo me negaba a darle la libreta de enrolamiento cuando me la pedía para las elecciones. Otra vez me había propuesto una porquería para joder a mis compañeros. Fue por eso que me quedé sin un mango y me atrasé en el pago de la pensión. Cuando volví de la juntada de maíz me lo arreglaron todo, me había dicho el fondero, pero un mediodía llegué como siempre al comedor de su fonda. ¡Para vos no hay más comida!, me dijo y no me miraba. Yo no entendía nada en un principio, después supe que el comprador de piedra lo tenía agarrado y lo presionó para que me reventara. Los muchachos vinieron a mi casilla a darme su solidaridad. Pero yo estaba herido y no quise saber más nada.

- *Me voy -les dije.*

Hubo un silencio pesado. Entonces Héctor Woollands se había adelantado para decirme, tomándome del brazo:

- *Yo lo acompaño.*

Héctor Woollands va frente a mí, ahora, en el techo del vagón que nos aleja de Tandil. Fuma y no me habla porque sabe lo que me está pasando por dentro.

Mi casilla está sobre una loma. La casilla de Caputín en La Movediza. Y abajo, la gran casa de piedra. Desde la casilla yo veía la casa de piedra y la ventana. Cuando tocaba el piano para que yo la escuchase abría la ventana. Yo entonces agarraba la lata de veinte litros y bajaba a buscar agua. ¿Qué querés que toque? Yo me ponía a llenar la lata en la canilla que estaba al pie de la ventana. ¡El Danubio Azul! Yo nunca terminaba de llenar la lata de agua. Andate, que papá puede volver. Y yo me iba, cuesta arriba, con la lata recién cargada de agua.

Ella no podía entender mi loca idea de salir de croto. Yo probé labrando cordones, todo ese año. Pasaban los cargueros. Pitaban. No es para mí que pitan, me decía. Y seguía picando piedra. Me sucedió lo de la fonda. La ventana no volvió a abrirse ni hubo más danubios azules para mí.

Viajar en el techo de un vagón, en un día tibio de sol, le había dicho yo a Chinatti, hace olvidar hasta que uno es linye. Y él seguía repitiendo ¡Esto no lo soñaba, compañero!

En aquella crotiada, hace dos años, habíamos bajado con Ezequiel Chinatti en Gonzales Chaves, y nos habíamos tirado un rato sobre el pasto, al sol con el mono por almohada, a leer.

Dos cosas aprende a observar un linye en todo momento: el cielo y la tierra, para saber si amenaza lluvia o si hay milicos. En una de las veces que interrumpí la lectura para mirar, ví que venían dos canas por la vía. Sigamos leyendo, me dijo Chinatti. ¿Qué están haciendo? Ya lo ve, leyendo. ¡Ajá! ¡Vamos! ¡A la Comisaría! ¿Por qué nos van a llevar? ¡Vinimos a levantar la cosecha! Y con la mano señalaba un trigal que había enfrente. ¡Vamos, vamos, repetía el milico. Chinatti, mientras levantaba el mono me dijo para que lo oyeran los otros: ¡A lo mejor lo levantan ellos! El Comisario, con cara de siesta, nos preguntaba cosas, con desgano. Comisario, tienen libros, le había advertido uno de los vigilantes. Yo saqué del mono el mío y se lo alcancé: *Recuerdos de Provincia*. Mi compañero había hecho lo mismo: *Cuentos*, de Javier de Viana. El Comisario hojeó uno y otro. ¿Es delito leer al Maestro de los maestros?, le preguntó Chinatti. El Comisario nos había mirado como con bronca y con un ademán nos hizo dejar en libertad.

Seguimos viaje y en Nueva Roma<sup>16</sup> nos hizo bajar la cana. Documentos. Los tienen ustedes, le contesté. ¿Cómo? Sí, me lo sacó un oficial en Rojas. ¡Será pa' que voten los conservadores! Ya medio cabrero el cana encaró a mi compañero: ¿Y vos?

- *En mi tierra hay libertad y no hacen falta documentos.*

- *¿En tu tierra? ¿Y cuál es tu tierra?*

- *¡La de Florencio!*

El cana, desconcertado, nos miró como para fulminarnos, titubeó un segundo y dijo: ¡suban al tren. Y que no los vea más por acá!

Documentos. Nombres. Papeleta. Llevá siempre un nombre de vía, me habían aconsejado más de una vez. Siempre sirve para zafar de la cana y también de algún croto indiscreto. ¿Nombre?

De golpe, recordé una idea que había tenido yo años atrás, de escribir una novela. El personaje iba a ser un muchacho libertario. Nunca llegué a concretar más que su nombre:

- *Rosales. Alberto Rosales.*

Desde entonces llevo mi nombre de vía. Por Rosales me han conocido en ranchadas, en viadas, sobre el lomo de los trenes y en las cabeceras de los galpones, hombreado bolsas o juntando maíz. Y también en cada arreada a donde me llevara la policía.

Ahora volveré a ser Alberto Rosales. Quizá dejando de ser Ghezzi alguna vez cicatrice la herida que llevo adentro. Sólo Héctor Woollands sabe mi nombre verdadero. Pero yo sé que Héctor será compañía por unos meses y después me dejará. Y yo seguiré siendo Rosales. Alberto Rosales. O nada más que Bepo.

Con Chinatti, aquella vez, habíamos andado medio verano por el sur: Tres Arroyos, Bahía Blanca, Azopardo, Alta Vista, Nueva Roma, Saavedra, Bordenave. Dos días en un lado, un pique de tres o cuatro en otro. Una tarde más allá, y seguíamos sin arraigar en ninguna parte. Me pareció que la andanza y el mate iban curándole a aquel compañero oriental unos dolores que llevaba adentro, ganados en esa crotiada conmigo.

Fue cuando salimos de Tandil hacia el sur y me dijo que tenía un amigo uruguayo en Gonzales Chaves que se llamaba Nicola Bertini. Habían trabajado juntos en Martín Chico. Grandes camaradas, se habían defendido mutuamente en entreveros con matones y con la policía, porque Bertini también era libertario. Pero hacía unos años que había venido de Uruguay y

---

<sup>16</sup> Ex F. C. Sud (hoy Roca) a 38 kilómetros al NO de Bahía Blanca (Pcia. de Buenos Aires). Trocha ancha.



decían que en Chaves había echado buena y se había hecho rico con el trigo. Entraba el sol cuando llegamos a la tranquera. Los primeros en recibirnos fueron los ladridos. Desde el alero había gente que nos miraba. ¿Aquél que llama a los perros será su amigo? Sí ¡Es él! Chinatti, impaciente, se adelantó, pero Bertini lo recibió con frialdad. Chinatti fue a abrazarlo y el otro le tendió la mano, mientras por encima del hombro de Ezequiel, me miraba con desconfianza.

Y nos habíamos quedado cortados. Ezequiel, pasada la impresión primera, quería reencender su entusiasmo. Pero su amigo Nicola con un “sí, sí...” dejaba morir la conversación. Entonces me vino a la memoria una obra de González Pacheco: “Hermano Lobo”.

Después, en el galpón, Ezequiel había procurado disculparlo: A lo mejor no tenía ganas de hablar. Cuando se encuentran dos compañeros que hace tiempo no se ven, no alcanza uno a contarse todo y entonces no se sale de un sí, sí...

- *¿No ve que es como Hermano Lobo? ¿Qué quiere más a su trigo que a su amigo? -le dije con rabia-. Si usted quiere, se queda. Yo, mañana, me voy.*

Al día siguiente, cuando vimos humo en la chimenea de la cocina, fuimos a despedirnos. Mi compañero no había despegado los labios. Salimos rumbo al callejón. ¿No quieren llevarse algo para el camino?, había ofrecido Bertini con desgano. Los trigales ondulaban de nuevo con el viento. Habíamos llegado a la tranquera. La salté sin abrirla y ya en la calle, miré para la chacra y grité como para que me oyeran hasta en el fondo del campo:

- *¡Hermano Lobo!*

Y eché pa'dentro una escupida.

El viento le iba curtiendo la cara y el sol le había quitado el color enfermizo a mi amigo uruguayo. Ni el calor ni las lluvias mellaban a Ezequiel. Había ido recobrando su optimismo como si lo del Hermano Lobo hubiese quedado sepultado. Al hambre la enfrentaba con mate. La policía no lo achicaba y leía y charlaba y había olvidado también lo que era el apuro del tiempo. Ya era un linye de ley. Una mañana, en Darragueira, le propuse:

- *Compañero, desde hoy le entrego el mando. Si quiere, seguimos crotiando. Si no, volvemos a la civilización.*

Me contestó que como teníamos unos pesos, con algún pique podríamos tirar un par de meses más. Seguiríamos crotiando ¡esto es lindo! Arroyos, puentes, y ovejas y mulitas para pasar todo el verano. Hasta la juntada. Después veríamos

Una mañana cruzábamos por Erize\* y como nos gustó el lugar tiramos los monos y nos largamos. Cerca de los bretes del embarcadero había un croto joven. Este año hay más golondrinas que espigas de trigo, dijo aludiendo a los muchos juntadores que venían en el verano buscando los piques de la cosecha fina. Pero ahora vamos quedando los de siempre, agregó, los que sólo tenemos estas casas. Y señaló el galpón.

Entraba una carga y en el costado de uno de los vagones, pintado con grandes brochazos de cal se leía: “Libertad a los presos de Bragado”. El croto joven murmuró entre dientes ¡qué injusticia con estos inocentes! Los presos de Bragado eran tres compañeros libertarios: Del Diago, Vuotto y Mainini, procesados bajo la acusación injusta de haber colocado una bomba. Los presos de Bragado era una bandera de lucha de las causas libertarias de entonces en toda América. Nos miramos con Chinatti: el hombre era de los nuestros. En la vía uno aprende a ser callado, tantear y estudiar al otro. Pero cuando se lo reconoce, uno se abre y se explaya. Teatro, poesía, política, sindicalismo, todo tema fue tocado. Yo los escuchaba como en una

---

\* Ex F. C. Sud (hoy Roca). A 66 kilómetros de Saavedra (Pcia. de Buenos Aires).

clase. A veces Ezequiel me miraba sonriente como diciéndome: ¡Esto era lo que andaba buscando en la vía! Yo creo que en Erize echamos las bases de un mundo mejor, que no habrá cuajado, no digo, pero quedó flotando en aquella estación pelada un aire de libertad que cada vez que, como ahora, lo recuerdo, me hace sentir bien. Pero como ningún croto echa raíces, el linye joven tomó un carguero hacia Saavedra, se fue y nunca supimos su nombre ni él habrá podido repetir los nuestros, pero desde entonces su recuerdo y el de Chinatti me acompañan. Y ese recuerdo me dice esta noche que sí, que en la vía voy a encontrar la libertad que la civilización me niega.

A aquel compañero uruguayo le faltaba el bautismo del frío. Los días se acortaron, los rocíos fueron más grandes y los ponchos parecían más livianos, cuando lluvias y vientos, días grises, noches largas y heladas tempranas pudieron desalentarnos. Pero él siguió alegremente y se había olvidado de regresar.

A veces se quedaba sentado sobre el mono. Pensaba en silencio. ¿En qué pensaría? Y yo no quería interrumpirlo. Otras se emocionaba tanto que parecía que iban a soltársele las lágrimas, como aquella noche en que un croto español, tras conseguir changa en una estancia, nos trajo galleta y carne de oveja que pidió para nosotros y nos la dejó cuando vino a la ranchada a despedirse.

- ¡Qué nobleza! ¡Qué nobleza! -repetía.

- No olvide que es un linye -le dije- y acá todos nos sentimos iguales. Cuando volvamos a la civilización ¡se acabó la hermandad!

- No, amigo Ghezzi. Lo que pasa es que allá tienen otros apuros.

- Allá gozarán si nos ven caídos. Y muy pocos nos tenderán la mano -Le dije eso, pero nunca hubiera imaginado lo que acaba de pasarme con la fonda y todo lo demás en La Movediza.

Y yo ahora, amigo Chinatti, desde el techo de este vagón, me ilusiono de nuevo con que habrá de recibirme en la vía ese mundo que usted creía haber encontrado.

Frente a mí va otro compañero, Héctor Woollands. Pero el recuerdo suyo también me acompaña, Ezequiel.

La vida en la vía estaba hecha de pedacitos uno distinto del otro, y uno no podía quedarse con ninguno para siempre. Pudimos haber estado toda la vida bajo un puente del Río Salado, por ejemplo, con un polaco, un chileno y un italiano. Habían sido los mejores días de Chinatti: como un orador, como un predicador, daba clases de historia, de luchas sociales, y anunciaba la sociedad en la que todos soñábamos: hombres libres, sin gobiernos, ni canas, ni patronos. Sin miseria, ignorancia, enfermedad ni dolor. Éramos un croto de cada país, parecíamos la liga de las naciones. Dos de ellos salían al atardecer con las cañas de pescar y volvían de noche, pero con una oveja, o un par de curvas sacadas de algún gallinero del camino. A los pocos días el grupo fue desgranándose. Nosotros, buscando la zona maicera habíamos ido a Lobos, y de allí a Haedo. Un carga nos había llevado luego hasta Rawson, otro hasta Arribeños y a Inés Indart llegamos al anochecer con noticias de buenos maizales. Había muchos linyes, como nosotros, esperando la juntada, y durante un mes nos habíamos quedado trabajando en la chala sin esmerarnos mucho.

Woollands se ha recostado y dormita sobre el techo. Hacia el Este, hacia donde el tren avanza, está clareando. Va a amanecer.

## DOS

*Había dejado la chacra, se fue al pueblo, y para vivir tuvo que trabajar de peón.*

MANUSCRITOS, foja X vta.

Íbamos acercándonos con Héctor Woollands al corazón del triángulo maicero. Viajábamos en medio de los maizales, verdes todavía. El verano rajaba la tierra, y en todas las estaciones, crotos que bajaban y subían esperaban la juntada.

Tiramos los monos en una estación pelada, apenas unos pocos ranchos y un almacén. Era media mañana. El viento, que al principio empujaba apenas, empezó a soplar cada vez con más fuerza y ahora levantaba nubes de arena, remolineaba y nos castigaba; los yuyales eran una sola mata amarilla y los árboles agachaban sus hojas como un perro triste las orejas. Todas las puertas cerradas. La tierra se nos pegoteaba en la garganta y en los ojos. Ni un alma. Ni una ventana dejaba saber si alguien vivía.

En un boliche de cuatro chapas y tres botellas, hallamos fresco y reparo del resplandor del sol. Nos metimos en él como en una tina con agua. El bolichero empezó a informarnos sobre chacras y juntadores. No faltaría trabajo.

Cuando de nuevo trasponíamos el umbral para volver a la calle el hombre nos dijo ¿por qué no vienen esta noche al corso?

Esa tarde conseguimos trabajo: comenzaríamos al día siguiente, Miércoles de Ceniza. Al atardecer el viento había calmado y la única calle era un colchón de tierra seca que sólo el paso de algún carruaje volvía a agitar. Sobre la vereda del almacén, que el bolichero había regado con unos baldazos, aparecieron varios vecinos y pararon unos tanques vacíos de color de plomo que habían contenido nafta, y les cruzaron dos tablones. Cuando oscureció el bolichero salió con un farol de kerosén y lo colgó de un poste, junto al palco improvisado. Sacó dos o tres mesitas de hierro y unos bancos y los puso debajo de la luz. Media hora más tarde, un fonógrafo empezó a repetir con voz de lata, un tango, dos rancheras y un vals. En un momento perdió velocidad, pero apareció un comedido que le dio cuerda. Bastó que la música se oyera en la noche oscura y hasta entonces silenciosa, para que aparecieran un sulky, una villalonga, varias familias con sus chicos, uno de a caballo con emprendado, algunos muchachos vestidos con bolsas, sombreros viejos y restos de sábanas u otros trapos. Sobre los tablones del palco se ubicaron varios hombres: serían los de la comisión. Los chicos se cansaban de correr, los carruajes iban y venían aburridos. Un muchachón de mamarracho revoleaba una guacha cuya longa azotaba contra el suelo, pero en lugar de restallar, donde golpeaba se alzaba sin ruido una nube de tierra que iba extendiendo una neblina sobre las cosas. Las serpentinas no llegaban a tomar vuelo cuando ya las pisoteaban los caballos de la villalonga. El tango, el vals y las dos rancheras se repetían. Sobre la vereda varias parejas bailaban, pero no alcanzamos a escuchar una sola voz humana, un grito ni una risa. La llama del farol era amarilla y el resto de la noche, negra. Los bichos, atraídos por la luz iban cubriendo el farol, la gente no se alejaba mucho de él, y cuando lo hacía desaparecía en la oscuridad.

Al día siguiente fuimos a la chacra donde consiguiéramos juntada. El patrón se llamaba Trugo. José María Trugo. El chalar era chico y se arreglaría con nosotros dos. Trugo y su mujer eran solos, bastante mayores y no tenían hijos.

A los pocos días parecieron cambiar, rejuvenecerse. Venían a charlar con nosotros, nos invitaban a su cocina. La mujer, nos revelaba Trugo había recuperado su entusiasmo por hacer confituras y comidas como en los primeros tiempos del matrimonio. Cuando acabó la juntada hicieron una comida para despedirnos. ¿Van a volver el año que viene, muchachos? Sí, don Trugo, se lo prometemos. Vuelvan, hijos. Nos gusta mucho que vengan. Yo me paso el invierno con José, los dos aquí, todos los días lo mismo, desde hace tanto tiempo. Él trabaja, yo cocino. Invierno y verano. Sin nada que esperar.

(Años más tarde andaba yo por Rancagua changueando en los galpones, cuando entró un camión y reconocí al que venía de lechuzón:

- ¡Don Trugo!

Andaba de peón. Había tenido que entregar la chacra. Con su mujer rodaron por los poblados de una a otra changa.

- *Los del campo, en el pueblo, no servimos más que para peones* -me dijo.

Aquella vez el mismo Trugo nos consiguió trabajo en la chacra de su vecino, el catalán Brufal.

Era pálido, transparente, puro ojos. La barba de muchos días acentuaba su blancura enfermiza, fruto de nunca andar al sol. Usaba una camisa rayada, sin cuello y se veía que en otros tiempos debió ser robusto, porque ahora le bailaba. Cuando hablaba, el silbido del asma subía y le bajaba dentro del pecho. Cuando llegamos, armaba un cigarrillo de chamico que, según decía, dilatava sus bronquios y lo aliviaba. Lo que tenía de débil Brufal lo había desarrollado de rudo y decidido su mujer: encerraba los animales, mandaba a los hijos, espumaba el puchero, controlaba a los peones, ayudaba a entrar y descargar las bolsas, daba maíz a las gallinas y medicamentos al marido, todo mientras él, apoyado en el repecho de la ventana, la miraba hacer, pitando sus interminables cigarrillos de chamico o luchando contra la tos.

Brufal empezó a seguirnos con la mirada a todas partes. Quería que habláramos de España y le comentáramos las noticias. Presentía el derrumbe de la República. Una vez apareció con un diario en la mano, su cara estaba color de ceniza y la fatiga le impedía hablar. Cayó Madrid, decía el diario. Se fue para adentro y en el resto del día no lo vimos. Sólo se escuchaba, ahogada, una seca tos de asmático.

Un día fue al pueblo con alegría; debía pasar por el escritorio a cobrar la cosecha. Luego haría la recorrida anual para pagar a sus proveedores: el panadero, el carnicero, la tienda, hasta el peluquero, todo se fiaba de un año a otro, hasta el término de la cosecha, en aquellos tiempos de moneda estable. Le quedaron libres unos mil pesos. Les pareció, nos pareció a todos, un platal. Pero no era dueño de la tierra. Cualquiera día iban a pedirle el campo o fallaría una cosecha, no podría pagar y tendrían que salir a rodar por los callejones.

Bocalatti fue nuestro patrón siguiente. Era una chacra grande y en el galpón donde alojaba a los juntadores contamos dieciocho camas. El hijo del patrón venía a hacer el control diario de las bolsas que cada uno había juntado y se quedaba conversando con nosotros. Tanta afición llegó a tomarnos que después se hizo costumbre. Tenían que llamarlo desde la casa para que volviera a comer. Los domingos jugábamos al fútbol. Con él y con otros linyes armábamos broncosos que duraban toda la tarde.

Los dieciocho juntadores que habían contratado eran todos santiagueños. Por la mañana, Héctor y yo no abandonábamos los ponchos hasta que el rocío hubiese levantado, pero los santiagueños, antes que rompiera el día ya estaban en la punta del surco, cada uno parado en su lucha, esperando para iniciar la juntada todos a una. Se tomaban la pera con la palma de las dos manos y con los dedos juntos hacían altavoz. Entonces, el primero de la fila daba un grito que

también he escuchado en la zafra. El siguiente contestaba, a éste, el tercero. Y así se iban encadenando uno a uno los gritos, de surco en surco hasta cubrir todo el frente del chalar. Quizá fuese una costumbre que trajeran de andar en el monte por necesidad de saber, cada tanto, donde se encontraba cada uno. Nosotros desde los ponchos los escuchábamos mientras ellos comenzaban, espiga por espiga, la juntada del día.

La casa de los Bocalatti estaba distante, pero más distante la hacía el ningún contacto que podía mantener con ella. Los Bocalatti se las arreglaban para que por nada del mundo los juntadores, los proveedores ni nadie de afuera pudiera acercarse. Un espeso cerco de retama rodeaba a la casa como si fuera una fortaleza, y cuando alguno, desconociendo la costumbre, enderezaba para el corredor, siempre salían a tiempo el hijo o el propio Bocalatti y alcanzándolo antes, resolvían el caso y evitaban la proximidad. Tenían dos hijas mozas. No iban al pueblo ni las llevaban a bailes ni fiestas. A veces, desde nuestra ranchada las veíamos aparecer fugazmente y volvían a entrar, el rostro apenas una sombra bajo el sombrero o el pañuelo.

Un sábado ocurrió algo inesperado: el hijo vino a invitarnos a Héctor y a mí a tomar mate esa noche, después de comer.

La patrona y las chicas eran muy blancas, pero saludables, casi robustas. Mientras duró nuestra visita, el único que habló fue el padre. La señora, ligeramente detrás de él, dirigía con la mirada a las hijas que iban con fuentes, venían con mate, traían buñuelos y servían budín. Sobre una mesita a la que cubría una carpeta tejida, había un aparato de radio conectado a unos acumuladores. Yo recordé el cerco de retama.

Bocalatti nos habló de su padre, que era italiano, había viajado varias veces a la Argentina como juntador golondrina: venía, cosechaba y se volvía, y había aprendido a viajar antes que nosotros en los trenes de carga, con un atadito de ropa al que llamaban la "linghera". Cuando decidió venirse a vivir aquí y vendió lo que tenía en Italia, lo estafó una compañía colonizadora y lo dejaron en medio de un campo bruto, hasta que finalmente consiguió como mediero: el dueño del campo ponía la tierra, arado y caballo y le hacía fiar la semilla, a cambio de la mitad de la cosecha. Cincuenta años después, muchos seguían siendo medieros, porque no habían alcanzado a independizarse, a comprar un pedacito de tierra. Para un año bueno, varios malos: crisis, seca, malos precios, especulación, inundaciones. Por eso -dijo- ahora aparecen los desesperados, los renegados. Los que se van al pueblo para ser peones.

- No es eso, *papá* -se atrevió a interrumpirle el hijo por primera vez en toda la noche. -*Es que el pueblo es otra cosa, más oportunidades.*

- *Renegados, sí. ¡La gente que vivió de la tierra tiene que serle fiel a la tierra! ¡El campo no es una lotería, para que uno se haga rico de golpe! ¡Es para trabajar!*

Bocalatti había perdido el control. Reprochaba a los jóvenes estar siempre con la novedad, querer cambiarlo todo. Que dijera su hijo si alguna vez había pasado hambre por culpa de los brazos de su padre. Todos callábamos. Yo inventé una excusa y nos fuimos.

Acabamos en lo de Bocalatti. Íbamos a seguir hacia el norte cuando vino a buscarnos un chacarero que había tenido que entregar su campo en Arroyo Dulce<sup>17</sup> y que iba para Hunter<sup>18</sup>, donde los Bemberg lo tomarían como arrendatario para que sembrara un potrero en la Estancia El Carmen, por tres años. Se llamaba López. El campo era pelado y bruto y debimos hacerlo todo: con cuatro chapas armamos una carpa, a pico y pala cavamos el pozo para el agua del pisadero y preparamos el barro. Estábamos en Junio, nos acorralaba el frío. Mientras dos peones alambraban, el hijo del patrón y yo comenzamos a arar la tierra y en los ratos libres

---

<sup>17</sup> Ex Compañía General Buenos Aires (hoy Belgrano). A 30 kilómetros de Salto (Pcia. de Buenos Aires). Trocha angosta.

<sup>18</sup> Ex Federico Lacroze (Hoy Belgrano). A 30 kilómetros de Rojas. Trocha media.

cercábamos con tejido la futura casa, un rancho de barro y paja. López plantó unos eucaliptos contra los vientos para reparar la casa.

- *¡Ni sombra le van a dar estos árboles para cuando entregue el campo!* -le comentaron. López se encogía de hombros. *Por tres años, -decía- estaremos en tierra segura, después veremos.*

Era la resignación de tantos chacareros que conocí desde la vía: por esta cosecha estamos salvados, hemos comido, no nos hemos muerto, después se verá. Y si no, de crotos, como nosotros. Y por eso, era todo provisorio, precario, apenas agarrado a la cáscara del suelo, sin echar raíces, la casa, las plantas la familia, la vida.

Hacíamos changas en el vecindario. Los últimos maizales tardíos, bajo heladas terribles. Una mañana la escarcha crujía bajo las alpargatas y sobre las chalas. Todo lo que tocábamos estaba helado y quemado. No había sol y el frío cortaba como un cuchillo.

- *Compañero* -me dijo Héctor con la cara descompuesta de dolor- *no aguanto más. Mire cómo tengo las manos.*

El filo de las chalas se las había ido tajeando y el frío rajándole la piel hasta ponérsela en carne viva no las dejaba curar.

- *¿Cómo, Héctor, así? ¿Qué espera para meárselas?* Woollands me miró, incrédulo.

- *Pruebe. Santo remedio. Y la forma de calentarse las manos, aquí.*

En medio del chalar nuestra propia orina nos regó las manos, nos alivió del frío y curó los grietas que dolían y sangraban.

Tan pronto llegamos al campo algunos vecinos ofrecieron casa, ayuda, amistad. Los domingos devolvíamos la visita. Caíamos a la hora del mate, las muchachas se ponían a hacer tortas fritas o buñuelos, si había fonógrafo se armaba un bailecito y en el piso de tierra acabábamos por levantar polvareda. A veces me quedaba, lavaba la ropa, leía o recibía la visita de algún vecino. Los otros dos peones preferían ir al río a pescar y hubo domingos en que yendo al pueblo, Héctor se puso los cortos y entraba a jugar por el Sportivo Hunter. Pero la mayoría de los hombres el domingo iba al almacén. Bochas, naipes y copas ayudaban a matar el aburrimiento. Regresaban a sus casas y se desplomaban sobre la cama a esperar que llegase el nuevo día. Entonces se hundían en el trabajo para aturdirse con trojas y aradas hasta el domingo siguiente.

Una tarde fui a visitar a un matrimonio. El hombre había ido al boliche, ella estaba detrás de una pila de ropa zurciéndola, los chicos jugaban en otra casa. Les había lavado los guardapolvos y ahora los arreglaba para el día siguiente.

- *Él no está, pero a lo mejor vuelve pronto. Pase. Le cebo unos mates.*

Tendría poco más de 30 años. Los pelos secos y sin peinar ni arreglar la envejecían. Su ropa, gastada y gris. Todo lo suyo era apagado, como sus ojos.

Le pregunté si los domingos no salía.

- *¿Salir? ¿Al pueblo? Para qué. Los chicos andan por ahí. Él se va al boliche. Yo me quedo cosiendo, remendando, zurciendo, la comida. ¡Qué cosa horrible los domingos!*

Dejó la media que estaba arreglando. Me miró a los ojos mostrándome los suyos sin esperanzas. Me fui. Como si yo hubiese sido nada más que un mal pensamiento había vuelto a su tarea con la cabeza inclinada sobre la costura.

- *Compañero, yo voy a pegar la vuelta. ¿Y usted?*

Yo había estado esperando para cualquier momento esta noticia. Sabía que la compañía solidaria de Héctor Woollands no podía ser eterna. Iba a quedarme definitivamente solo. Primero había tenido que despedir a Amalio Moreno, después a Penone, luego dejarlo a Quirurga, ahora a Héctor. Ellos se volvían. En cambio, mi destino ¿sería la vía para siempre? Mi único lazo al pasado de Tandil se iría por los rieles con Héctor. Pero no intenté retenerlo.

Fuimos hasta la estación. Le ayudé a cargar su mono. Woollands se había quedado sin hablar. Subió al vagón. Desde arriba me dio la mano y me miró profundamente:

- *Compañero, ¡hasta la vuelta!*

- *Buen viaje, compañero. ¡Adiós!*

Pitó la máquina, y cuando arrancaba le dije sin pensarlo ni saber si habría de escucharme:

- *Así han de ser las cosas.*

Y se fue lenta, muy lentamente. Héctor me saludaba con la mano. Intentaba sonreír y me saludaba. Después ya no alcancé a distinguir su sonrisa, sólo su brazo en alto, saludándome. Se lo tragaba la pampa y yo me quedaba mirando las vías, los dos rumbos, izquierda y derecha, adelante y atrás, antes y después.

Dentro de algunas semanas yo volvería a tomarlas, pero no para regresar sino para seguir. Terminaría la changa y croto otra vez. Croto sin retorno, sin puerto, sin vuelta.

Pasaba la rastra una mañana cuando un peón del chacarero vecino al verme me esperó junto al alambrado. Antes que llegara me gritó haciendo aspavientos:

- *Amigo. ¡Hay guerra en Europa!*

- *¿Guerra? ¡Qué barbaridad!*

- *Guerra, sí. Dijo el patrón que nos vamos a parar. Que todo va a valer muchísimo. El maíz y la carne.*

- *No sé -le dije. Y me quedé pensando en voz alta. - No sé, no. Un pobre ganando con la desgracia ajena, no sé.*

La guerra favoreció a la ganadería pero arruinó a la agricultura, porque necesitaba carne, pero no maíz. Dos o tres años después, Brufal, Bocalatti, Trugo, que eran medieros, fueron al callejón. La superproducción de maíz hundió a muchos chacareros, los propietarios rescataron las tierras arrendadas y las llenaron de vacas.

Como cuando se patea un hormiguero se inició la dispersión, el éxodo. Los menos se conchababan en las estancias como peones. Los más empezaron a rodar por los caminos y acababan en el pueblo en cualquier cosa, o crotos, como nosotros.

Nunca supe qué fue de los Bocalatti. Alguien dijo que se fueron a vivir a Buenos Aires. El viejo tuvo que entrar de peón en una cervecería para cargar cajones. El hijo, en un taller mecánico. Las hijas, seguramente aprendieron a pintarse los cachetes.

## TRES

*Muy pocos estuvimos allí.  
Nuestra meta era seguir.*

MANUSCRITOS, foja 9.

Cada vez que volvía de una crotiada me decía: Será la última. Pero siempre había algo que me empujaba nuevamente a la vía. Nunca sin embargo como ahora había salido con la decisión de jamás volver a Tandil.

Por eso aquella noche en que salí de allá con Héctor Woollands lo había tenido tan presente a Ezequiel Chinatti que no siendo croto decía haber encontrado conmigo en la vía el ideal que andaba buscando: la libertad.

Ahora yo había visto las chacras más de cerca. Pensaba en Brufal, en Trugo, en Bocalatti, tristes, sin esperanzas. Cualquiera día un ventarrón -política, guerra, malos precios, especulación, una calamidad- los levantaría y arrastrándolos iba a destruirles lo poco que habían alcanzado en años de sacrificio.

Yo en cambio tenía la vía. Y si aprendía a aguantarme el frío, el hambre y la soledad, nadie podría echarme.

Y me largué a crotiar sin parar en ninguna parte.

Con qué avidez leía por entonces los diarios. Conocía la política internacional sin perderme detalle. En cuanto un croto tenía diez centavos compraba la *Crítica*. Luego el diario circulaba de ranchada en ranchada, hasta hacerse pedazos, y cuando acababa la lectura empezaban las discusiones. A veces había andado días sin nada que leer y de golpe el viento alzaba las hojas de un diario y las pegaba contra el alambrado. Salíamos corriendo para no dejarlas escapar, aunque fueran noticias viejas para leerlas hasta el último renglón.

Andaba por el sur de Córdoba y había caído solo a Isla Verde<sup>19</sup>. Yerbiaba con otros linyes cuando llegó un carguero desde Bouchard y bajó un croto que se arrimó a nuestra ranchada. Le ofrecí agua caliente y fuego, dejó el mono a unos metros y se vino. Todo su aspecto irradiaba aseo: la blusa azul, el pañuelo bataraz al cuello, las bombachas grises, las alpargatas galponeras de cáñamo más delgado que el nuestro y una boina blanca.

- *¿Habrá pique?* -preguntó

- *En la arpillera no queda ni para los efetés. Y en las chacras no se ve una chala.*

- *Yo soy galponero, -aclaró- Nunca me salgo de la vía.*

Pronto nos tuvo a todos pendientes de su charla. Nos pusimos a hablar de política, porque a principios de ese año el demócrata progresista Lisandro de la Torre se había pegado un tiro. Tiempo atrás hasta los crotos habíamos seguido su polémica con el cura Franceschi. Esperen, dijo, y se fue hasta el mono, sacó de él un atado hecho con un pañuelo y lo deshizo. Llevaba en él unos cuantos libros muy trajinados, y entre ellos guardaba unos recortes de diario que el uso había convertido en hilachas y que contenía las respuestas del viejo senador santafecino. Se puso a leérnoslas en voz alta y yo me animé a preguntarle si él era el Vasco de los Libros. Sonrió sin contestarme y continuó leyendo. Muchas veces me habían hablado de él en todo el

---

<sup>19</sup> Ex F. C. Buenos Aires al Pacífico (hoy San Martín). A 20 kilómetros de Huinca Renancó (Pcia. de Córdoba). Trocha ancha.



triángulo maicero, donde su nombre y fama de su cultura corrían por todas las ranchadas. Me parece todavía recordar entre sus libros uno de Malatesta, otro de Faure, el Mikail de Panait Istrati y la infaltable Carta Gaucha de Juan Crusao, el papá de Héctor Woollands, que era en ese entonces, la Biblia de los linyes. Siempre con sus libros auestas, de ranchada en ranchada, de vía en vía, leyendo para él o en voz alta para los demás. A veces prestaba alguno de sus libros, que recuperaba antes de alzar el mono y tomar carguero nuevamente. Se apasionaba hablando de la libertad. Nunca supe por qué le decían el Vasco, a no ser por la boina, porque cuando alguno le preguntaba cómo se llamaba contestaba que su nombre era Sol y su apellido Luna.

Muy tarde, a la luz de las llamas, rehizo el atado de sus libros, y en la madrugada siguiente, en otro carguero, se fue.

- *Qué linda lonita me dijo el milico, dámela pa'mi caballo. Yo tendí la mano como para que me la devolviera. ¡Dámela, carajo, o te mando preso! Si total esta noche te vas a cortar otra.*

La primera lonita de ferrocarril la corté de un vagón de la Trocha que tapaba fardos de alfalfa, cerca de Clodomira<sup>20</sup>, en Santiago del Estero. Las que había tenido hasta entonces las había conseguido en las chacras, pero eran viejas y quemadas por el sol y las lluvias. Ahora había cuidado que en el corte no quedaran las letras de la empresa ferroviaria. La hice de dos metros y medio de largo por uno y medio de ancho, y cuando en el rigor del verano el sol se ponía bravo, ataba una de sus cabeceras a un alambrado y me servía de toldo. En invierno, al armar la cama me tapaba con la lona, pero cuidaba de cubrirla con una bolsa maicera o con un poncho viejo para que el jefe de la estación no la reconociera u otro milico volviera a sacármela “para su caballito”. Pero a veces, habiéndome acostado con buen tiempo, en medio de la noche empezaba a llover y no podía buscar refugio. Entonces sacaba la bolsa que la cubría y con la lona me tapaba hasta la cabeza, con la bagayera y la leña a los pies, también debajo y a salvo del aguacero. La lluvia golpeaba sobre la lona y no la traspasaba, yo la escuchaba caer tan cerca de mí y llegaba de nuevo a dormirme sintiendo al viento silbar y a la lluvia golpear sobre la lona hasta que con el día llegaba la oportunidad de buscar refugio.

Atardecía. Dejé la chata en que viajaba y me subí al vagón, mirando al oeste. Caía el sol entre nubes que cambiaban de color a cada momento. Del amarillo pasaban al colorado, mientras del otro lado el cielo se iba poniendo violeta. Mirar la entrada del sol, la forma de las nubes, escuchar cómo los pájaros al volver a sus ramas silbaban como si estuvieran pasándose el informe del día, sentir los olores que soltaba la naturaleza cuando se entraba la última luz, fueron mi diversión por años, mi diversión de croto, y era una función a la que nunca faltaba, salvo que estuviese lloviendo.

Una temporada se me dio por viajar por la Puerto. Los crotos llamábamos así a la línea del Ferrocarril Rosario Puerto Belgrano, que corre por el oeste de la provincia de Buenos Aires y penetrando en Santa Fe une a los que entonces eran los dos puertos trigueros más importantes del país. A nosotros no nos interesaba el trigo sino la paz de sus rieles. Era una vía mansa para los crotos permanentes, los canas casi no andaban, el personal ferroviario era especialmente gaucho con nosotros, sus trenes corrían sin apuro. Era para andar mitad de vacaciones, mitad a media máquina. La Puerto tenía otra virtud: cruzaba a casi todos los ramales de las otras

---

<sup>20</sup> Ex Ferrocarril del Estado (hoy Belgrano). A 29 kilómetros de Santiago del Estero (trocha angosta).

empresas: la Compañía General de Trocha Angosta, el Central Argentino del que se comunicaba con los cinco ramales que nacen en Casilda y van a Córdoba y a Mendoza; el del Pacífico, el del Oeste, el Provincial y el del Sud. Eran en total veintidós cruces. Por eso la Puerto nos servía de comunicación entre una vía y otra y a partir de ella podíamos ir a cualquier punto de la República. Pero también cruzaba muchos arroyos, algunos con buena pesca, donde podíamos pasar unos días sin problemas y con una comida abundante. Con tantos cruces y puentes la vía era como un gusano, un largo gusano de 800 kilómetros, que subía y bajaba entre pajonales, cardales y terraplenes.

A veces en las ranchadas de la Puerto aparecía al oscurecer un linye con una oveja. Enseguida la cuerábamos, nos repartíamos un pedazo para cada uno y esa misma noche subíamos todos en el primer carga que pasara sin preguntar para dónde iba ni hasta dónde llegaba. En las estaciones siguientes nos íbamos largando de a uno o de a dos, con la bagayera llena de carne fresca de oveja. Y entonces sí, tranquilos y lejos, nos poníamos a guisarla o a asarla, como si fuéramos dueños de la estación, o como si hubiésemos comprado la carne.

Iba y venía, subía y bajaba, paraba en un sitio, estaba dos o tres días, tomaba otro carguero, elegía una chata abierta cuando había sol y hacía frío y me echaba en el fondo, pasaba de un ramal a otro, si había pique en la arpillera o en alguna chacra y si me gustaba el sitio me quedaba más tiempo, pero si una mañana alumbraba linda o escuchaba el pito de algún tren, pedía las cuentas, cargaba el mono y otra vez salía en busca de la estación más próxima y subía al primer carguero que pasara para cualquier parte.

Yo era con mi libertad como un chico con un juguete nuevo.

Los linyes aumentaban o disminuían según la época del año. Cuando se aproximaba el tiempo de la juntada de maíz nos multiplicábamos como si saliéramos de debajo de tierra. Pasaban los cargueros, y de todos los techos asomaban cabezas: cuarenta, cincuenta, cien. No éramos sólo los permanentes, también los crotos de juntada dejaban sus ranchos y sus familias y seguían con nosotros hasta las últimas chalas. En la zona de Santa Fe viajaban hacia el Norte, hacia el Chaco con un hacha además del mono, para conchabarse en los obrajes del monte. Pero cuando llegaba el invierno y se acababa la juntada, desaparecían. Entonces quedábamos los de siempre, caminando sin rumbo fijo, o en los galpones del ferrocarril, en la costa de algún arroyo, a esperar que transcurriese el tiempo.

Bajé en una estación, de noche, y me arrimé a los galpones, donde un linye dormía. Me oyó, sacó la cabeza debajo de los ponchos: Remueva las brasas que van a prender de nuevo, dijo al oírme. Y échele carbón del que está tapado en la lata. Se dio vuelta y siguió durmiendo.

Las relaciones entre los linyes de vía estaban hechas así, de detalles que si uno no era de la vía, no alcanzaba a darse cuenta. A veces éramos tres o cuatro linyes que habíamos venido de lugares distintos, cada uno lo estaba pasando a mate y galleta dura porque no había nada de comer, pero un día uno de los cuatro conseguía una changa, un pique nada más de una o dos horas para ganarse unas monedas. Agranden el fuego que enseguida vuelvo, decía tras cobrarlas y al rato volvía con un churrasco al que hacíamos el honor los cuatro. Eran quizá sus primeras chirolas en muchos días, pero no podía gastarlas solo. Después, cada uno otra vez a su hambre, y en los cargueros siguientes tomaríamos cualquier rumbo, sin saber el nombre del que convidaba ni el de mis compañeros.

Yo pagué mi primer churrasco solidario en la estación Rueda<sup>21</sup>, de Santa Fe, y cuando hombres grandes, linyes más curtidos que yo, masticaban el churrasco ganado por mi changa, sentí que yo también era croto de ley.

A veces nos llevaban a la Comisaría del lugar. Los que no tenían documentos quedaban hasta que llegara su identificación. A los otros los liberaban pero haciéndolos subir en trenes y líneas distintas. Dispersarnos era la consigna, no arraigar ni hacer juntas numerosas. En otras provincias era distinto. En Córdoba, en tiempos de Sabattini, nos respetaban y nos trataban como a trabajadores. En Santa Fe, cuando los demócratas progresistas, también. El cantonismo en San Juan hacía muchas veces la vista gorda. Pero en la Provincia de Buenos Aires, en tiempos del Gobernador Fresco las vías se ponían bravas. Para la autoridad, éramos vagos, ladrones, asesinos, haraganes, pulgientos, piojosos. A mí nunca llegaron a ponerme la mano encima, pero se hablaba de palizas, rebencazos y otras atrocidades, y llegábamos a leer en periódicos libertarios denuncias contra comisarios que habrían torturado a linyeras hasta la muerte. A veces buscaban entre nosotros a delincuentes que habían sido desterrados de la Capital y se habían refugiado en el territorio del crotaje, favorecidos porque no éramos batidores ni preguntábamos.

Llegábamos en un carga. ¡Todos abajo! Éramos más de cincuenta, o cien; y dos milicos bastaban. Arriba ¡que no quede ninguno! Y otra vez en marcha. Arriba. Abajo. Documentos. ¿A dónde vas? ¿De dónde sos? Arriba. Arriba. Arriba. Y puteadas, carajeadas, empujones. En Villa Constitución, una noche, todos abajo. Un linye se quedó en el fondo de un vagón. ¡Y vos, croto mugriento, ¿no te vas a bajar? Y cuando el otro, medio dormido aún, saltaba del andén, el cano lo cruzó en el aire de un fustazo. ¡No le pegue! gritó uno, ¡Y vos, quién sos, croto piojoso? ¿Algún defensor de pobres? Se hizo un remolino alrededor del cana. ¡Se hace el guapo porque tiene la ropa! ¡Que se la saque y vamos a ver! Lo rodeamos en silencio y al cana le fue cambiando la cara. Puños apretados, un fierrito asador brillaba, un palo que ya no serviría de bastón sino de garrote. Nadie se movía. En eso el tren empezó a irse. Algunos linyes saltaron, luego otros más, de golpe se hizo el desbande y el milico quedó solo en el andén.

Había salido de Cañada Honda, en San Juan, rumbo a Mendoza. En Retamito<sup>22</sup>, una mañana esperaba un carga para seguir viaje. El cielo estaba sin una nube, pero un paisano miró alarmado hacia las sierras de enfrente y cuando vio que los animales bajaban apresuradamente la cuesta gritó: ¡Va a soplar el Zonda! A las ocho llegaron las primeras ráfagas, calientes como las de un incendio. Empezó a silbar entre los vagones y en el alero de la estación. Alzó por el aire papeles y pajas, y todo en un momento se movió en remolinos, la temperatura siguió subiendo y el aire se secaba. La mujer del Jefe cerró con apuro ventanas y postigos.

- ¡Al vagón, compañero! -me gritó un linye que cruzó a mi lado como si a él también el viento se lo llevara, saltó en medio de un remolino y se zambulló en la oscuridad del vagón. Pronto el viento se volvió constante, aunque soplaba a remesones, con ráfagas que después supe habían llegado a los 80 kilómetros y más. Era un solo aullido. El jefe se asomó sosteniendo con esfuerzo la puerta. ¡Fijésen que no haiga quedado ningún fuego prendido! La voz ondulaba ahogándose y luchando contra las ráfagas. ¡Guarda con los incend... A las últimas sílabas se las llevó el viento como a una hoja más. Me fui hasta el vagón donde había entrado el otro linye. Cruzar el andén atravesando el viento fue trabajoso.

---

<sup>21</sup> Ex Central Argentino (hoy Mitre). A 17 kilómetros de Villa Constitución (Pcia. de Santa Fe). Trocha ancha.

<sup>22</sup> Ex F. C. Buenos Aires al Pacífico (hoy San Martín). A 14 kilómetros de Cañada Honda (Pcia. de San Juan).

Pasaron una hora y otra. Hacia el mediodía el aullido se volvía constante y más intenso.

De golpe me dio la loca: Pensé en los fríos que había pasado en estos años de linye, que me esperarían muchos más, heladas, dormir a la intemperie, vientos, lloviznas, mojaduras. Y como si fuese posible acumular en los huesos y en las coyunturas sol y calor para entonces, me desvestí y con nada más que el pantaloncito de fútbol (que usaba en lugar del calzoncillo) y las alpargatas, abrí apenas la puerta del vagón. La resolana me hizo cerrar los ojos y la arena que volaba me azotó la cara, pero me largué al suelo. Caminaba, corría, trotaba, saltaba, de frente, de espaldas, de costado, para que el Zonda me azotara parejo. Gritaba y mi voz, arrollada por las ráfagas, no alcanzaba a llegar ni a mis propios oídos.

Luego me di cuenta que acabaría ampollándome, y volví al vagón. El otro linye miraba como si me hubiese vuelto loco.

Al anochecer el viento fue calmando y cuando las primeras estrellas aparecieron el aire se había sujetado del todo. Tras unos instantes de silencio se oyeron puertas y ventanas abriéndose, y gentes que salían. Alambrados y postes blanqueaban tapados por los papeles que volaron durante la mañana. Los sembrados yacían volcados. Gentes, perros y chivas aparecieron por las calles. El frescor fue aliviando los nervios. En la madrugada me fui a Mendoza en la chata de un carguero, y no podía dormirme porque me ardían el pecho, la espalda y la cara, y cuando alcanzaba a dormir me parecía escuchar todavía aquel aullido del viento.

Después, cuando seguía yendo y viniendo, subiendo y bajando, de un carga a otro carga, de una a otra vía, de un pique a otro, un día o dos, y no paraba en ninguna parte: me decía: Es el Zonda que se metió adentro aquella mañana en Retamito y ahora no me deja en paz.

## CUATRO

*Allí trabajaban todos, desde el más grande, hasta el más chico.*

MANUSCRITOS, foja 52.

Por el callejón vino un grito que yo conocía ¡op op opa! ¡Vaca, vaca, vacaa! Era la voz de los troperos que llegaban con un arreo para embarcar en un especial de hacienda que habían puesto frente a los Bretes. Aunque trabajo ajeno para mí, era de la vía y siempre me gustaba verlo. Pronto una nube de tierra avanzó hacia la estación. Brillaron algunas cornamentas y luego se hicieron visibles los jinetes. Con gritos y pechazos hicieron entrar la tropa por la tranquera al corral de los Bretes. Los animales, al oler el agua de la bebida facilitaron la tarea. Ellos bebían ahora el agua que yo usaba para lavarme y también para tomar. Cuando la tropa estuvo lista, fueron haciéndola subir por la rampa del embarcadero, siempre pintado de blanco y por el brete penetraron en el vagón. Los animales avanzaban pasando de un vagón a otro hasta que todo el tren estuvo cargado.

Esta vez el arreo había sido corto y no traían villalonga detrás de la tropa. Cuando el embarco era grande y había que hacer noche allí, una chata cerraba la marcha conducida por un peón. Traía carne, galleta, leña y las cosas del mate. Cuando los demás reseros rondaban la hacienda esperando la hora de embarcar, el peón bajaba, hacía un fuego grande, calentaba el agua y ponía el asado. A veces el trabajo era mucho o venían retrasados y el peón de la chata bajaba a ayudar. Rubio ¿me cuida el churrasco? Y yo aceptaba. Ellos revoleaban sus ponchos, restallaban sus rebencazos para azuzar a las vacas remolonas o díscolas, y a gritos iban llenando los vagones antes que viniera la máquina a enganchar. Concluido, sacaban sus largos cuchillos y luego de matear se prendían a la carne que yo les había asado y a la que me invitaban a compartir. Contaban cuentos, se decían bromas pesadas. Yo ya había aprendido a entender no sólo los silencios sino esas explosiones ruidosas de cuando se está en rueda luego de un trabajo largo o difícil. A veces la charla se les apagaba y se quedaban abismados, pitando. Después levantaban ranchada y me dejaban la carne y la leña que les sobraba. Y volvían al callejón, al tranco de sus pingos, ahora en silencio, como nosotros. Ellos en el lomo de sus caballos, nosotros en el de los vagones, cumpliendo el destino de andar.

Carros y chatas hacían el acarreo de cereales, el otro fruto del campo, ya que los camiones aparecieron después de la guerra. Habíamos visto algunos antes de 1939, pero como con la guerra no hubo gomas, el combustible había encarecido y los repuestos no entraban, hubo que volver a los carruajes. En el triángulo maicero era muy común la chata sampedrino, bastante baja, sin otros laterales que barandas adelante y atrás y servía para entrar en el rastrojo y para ir a la estación; le cabían treinta y dos bolsas maiceras que se cargaban muy fácilmente o sesenta acostadas cuando las llevaban para embarcar. En el sur conocí las chatas rusas. Pero los más corrientes eran los carros de cuatro grandes ruedas, tirados por muchos caballos, que llegaban a cargar entre 220 y 280 bolsas. Los manejaba el carrero solo y los cargaban los efetés del lugar, changarines del poblado o algunos crotos saqueteros que llegaban para hacer un pique. Un día entero llevaba un viaje redondo de la estación al campo, volver a la estación y descargar. El carro tenía un guinche hecho con un palo, una roldana y una cuerda con un gancho que se lo accionaba a caballo, a cuya cincha se ataba la cuerda. Los carros acampaban por varios días, en los callejones cercanos a la estación si no eran del lugar, y en la madrugada de cada día comenzaban la tarea de cargar y descargar. Bajo el carro el carrero llevaba toda su

alacena: cacharros, olla, pava, un brasero hecho con una lata, todo colgado del eje trasero y entre los dos ejes colgaba la cama, sólo un elástico con un colchón encima y algunas cobijas. Yo dormía arriba del carro, cubierto con una lona, cuando siendo chiquilín fui como boyero a La Negra y conocí a los primeros crotos.

Toda mi vida he sido juntador de maíz, pero mi primer trabajo en el campo, cuando tenía 17 años, había sido el trigo, antes de meterme a coto. Entonces la máquina no hacía otra cosa que cortar las espigas y engavillarlas. Uno iba juntando las gavillas y parándolas. La emparvada, un verdadero arte: se ponían las gavillas unas sobre otras, con la paja para afuera, y el trigo para adentro hasta llegar al techo de la parva, en que se invertía la colocación: la espiga para afuera, de mayor a menor, como las tejas, de modo que el agua de lluvia se escurriera. Si el emparvador era baqueano no entraría una gota por más que lloviese. En la parva el grano debía alcanzar el grado justo de maduración que era el de color de oro. Después avanzó la mecanización. La primera gran transformación la hicieron las máquinas de corte y trilla. Eliminaron mucha mano de obra. Con tres hombres por máquina bastaban.

Una mañana desperté en una estación donde había gran movimiento de bolseros, y como faltaba todavía para la juntada y andaba corto de chirolas me acerqué para pedir un “barato”. Semblantí a los de la arpillera y elegí a uno por su cara de bueno.

- *¿No me prestaría el pañuelo, compañero?* -le dije.

El otro entendió el mensaje y me ofreció el último cuarto de la mañana. Yo trabajaría por él dos horas y me las pagaría.

La tarea de la arpillera estaba en su esplendor. Camioncitos y carros arrimaban centenares de bolsas de trigo y avena. Los saqueteros se arremolinaban en torno a las estaciones, y de los vagones bajaban por legiones los crotencios dispuestos a aprovechar el pique de la bolsa. Pero el trabajo más fantástico e increíble lo imponían con su ritmo y sus alardes los linyes saqueteros, los hombres que en la vía nunca conocieron otra tarea.

Se los reconocía en las pilchas: alpargata galponera, fina, como de seda, que duraba pocos días; pantalón piemontés, amplio y cómodo, o calzoncillos de cuatro paños. Algunos, en los días de calor se ponían una especie de chiripá que les dejaba al aire las piernas; una corralerita de brin sin abrochar para que el polvo por la tela cayera al suelo. Muchos llevaban, además, un sombrero viejo con la parte frontal del ala doblada hacia adentro y afuera el resto, con lo que protegían el cuello y la oreja. Siempre tenían algún detalle bataraz: blusa, bonbacha o pañuelo, que los distinguía. Cuando alguno buscaba crotos saqueteros le bastaba el detalle bataraz para reconocerlos.

Desde lo alto de la estiba, en la chata, uno de los peones soltaba las bolsas. Los saqueteros veteranos estaban floreándose como de costumbre.

Un changarín chiquito, de gorra de vasco, se acercó a la culata del carro, separó las piernas, se calzó los puños en la cintura y gritó al de arriba:

- *Pare y tenga... ¡Lárguela como venga!*

El de arriba paró la bolsa, la solvió en el aire y la largó. La mole de 70 kilos cayó sobre el petizo como para aplastarlo, pero el hombre, irguiéndose, mantuvo la mano izquierda en la cintura mientras levantaba la otra con la palma hacia arriba para esperarla. Fue sólo un instante, la mano derecha amortiguó el impacto acompañando la caída mientras en el aire modificaba su trayectoria. El bulto se puso de costado y cayó, mansito, sobre sus espaldas mientras él giraba sobre su pie izquierdo y los 70 kilos calzando sobre el hombro derecho, giraron como una pluma y el hombre inició una breve carrera hacia el vagón, llegó a saltitos hasta un tablón que

hacía de rampa y al poner los dos pies sobre él la madera se flexionó como para quebrarse, pero el hombre y la bolsa se elevaron al tiempo que la tabla se enderezaba. El segundo tranco del hombre dio en medio del tramo, y otra vez el tablón se flexionó, ahora con más fuerza, y despidió al hombre hacia la entrada del vagón: caía el hombre sobre el tablón tras de su nuevo tranco y junto con el enviñón soltaba la bolsa sobre la pila que estaba formándose. Luego se dejó caer al suelo y de carrerita otra vez, ya aliviado, volvió a la culata del carro para recibir de nuevo otra bolsa, cachetearla acomodándola en el aire, cargarla al hombro, cubrir en tres saltos el largo del tablón, descargar, saltar y volver a seguir.

Nadie se asombraba de estas proezas. Cada saquetero tenía su estilo y desde abajo desafiaba con versitos de cosecha propia o ajena al que desde arriba soltaba las bolsas. Un descuido hubiera aplastado al más morrudo, y si en cambio, por miedo la hubiera dejado caer no había podido soportar las burlas y habría “perdido el pueblo”, es decir, nunca más hubiera podido volver. Ellos abajo aguardaban como si fuera un premio semejante peso en vuelo y el ritmo seguía sin detenerse.

“Largue sin miedo /no estoy en pedo”.  
“Largala muerta /pa’tu hermana la tuerta”.  
“Tenga, chiquito /me la llevo al tranquito”.

Un morocho grandote, de largos bigotes, seguía en silencio el ritmo de los otros. De pronto, le soltaron una bolsa que caía planchada, horizontal, como dijeron después: “marcha fúnebre”. Venció su mano abierta y no alcanzó a imponerle el cachetazo. Esta sí lo aplastaría o se reventaría contra el piso y lo cubriría de oprobio. Pero el morocho se flexionó reculando apenas y la esperó con la espalda, la bolsa dio un latigazo sobre su cintura como para quebrársela, pero él tensó el cuerpo, abrazó la bolsa con la misma derecha bajo el sobaco como si fuera un paquetito y se fue con ella por el tablón, dio los tres saltos, la descargó y se volvió por el costado, al trote, a esperar la siguiente.

Y esto, un saquetero y otro y otro más. Así cuatro horas sin parar. Entonces, descansar un momento, beber a sorbos el agua para compensar los litros de sudor con que habían regado en esas cuatro horas el tablón, la tierra y las ropas.

En los galpones otro grupo completaba una estiba usando el burro, un aparato de madera de dieciocho escalones por el que subían tras haber trepado “a uña” hasta la mitad de la estiba, es decir tomando a cada bolsa por escalón, hasta “pisarle la cabeza al gato” con la última bolsa de la pila. En el patio otra cuadrilla oreaba el cereal que el “respetable” había encontrado húmedo cuando lo probara con su calador. Los bolseros volcaban sobre la lona el cereal, traían desde la estiba las bolsas y a la pasada un peón se las abría con la punta de un cuchillito, el cereal caía en abanico porque ellos le imprimían un movimiento giratorio, lo paleaban hasta que el sol del verano lo secaba y a la tardecita volvían a embolsarlo.

¡Cómo le gustaba a esos hombres “virutiar la madera”, ponerle lujos, adornar ese trabajo bruto con su fuerza y destreza! Con alegría ruda, polvorientos, sudorosos, oliendo a pata, a caballo, a cagadas de rata, a zorrino, a alcohol, a tabaco, a fuerza. Ellos en la bolsa, nosotros en el chalar. Trigo, maíz, avena, granero del mundo.

## CINCO

*Le eché un vistazo al cuadrado y ahí nomás lo levanté en peso para probar si mis fuerzas obedecerían al que después iba a ser el cruce de mis 40 días. Y con un punto de mira fijo en el horizonte salí en medio de esos campos bañados por los rayos solares.*

MANUSCRITOS, Primer cuaderno del Cruce de Cuarenta días, foja 1.

Lo vi sentado sobre el mono, iluminado por el fueguito de su ranchada. Tocaba un acordeón destartado, que semiocultaba su larga barba, y frente a él, sobre unos cacharros que hacían de atril, abierto en su mitad, un libro deshilachado que parecía indicarle la partitura. No creo que pudiera leer con la sola luz de la llama. Cesó la melodía, dejó el acordeón a un costado, tomó el libro, besó la página que tenía abierta y al vernos nos envolvió con una mirada dulce, luminosa y perdida y nos dijo:

- *El Señor sea con vosotros, hermanos.*

No sé cómo había llegado yo a esa estación, tras andar a la deriva tanto tiempo. Varios linyes ya habían acampado cuando yo llegué, pero ninguno había visto al hombre del acordeón hasta que escucharon su toque. Al día siguiente, apenas rompió el sol, el croto ya estaba leyendo su libro: era la Biblia. Muy flaco, llevaba un sombrero negro y bajo los botines sin medias se veían sus pies blanquísimos.

- *Buen día hermano* -me dijo, y al ver que otros linyes se acercaban, subió al montículo que formaba, endurecida, la bosta de los bretes, como si fuera a un púlpito, arrancó una breve melodía al acordeón y leyó en el silencio de la mañana un pasaje de la Biblia que años después busqué y aprendí de memoria:

- *Mirad las aves que ni siembran ni siegan. Mirad los lirios del campo, no labran ni hilan. Y Dios cuida de ellos.*

Guardó el instrumento en su estuche destartado, echó su mono al hombro y se fue caminando por el callejón. Durante largos minutos contemplamos cómo se alejaba, después su silueta se volvió un puntito más en el paisaje y finalmente el campo se lo tragó.

A mis espaldas pita la locomotora y el carguero arranca. Yo he caminado ya unos trescientos metros entre los yuyales. El mono liviano, en la bagayera yerba, galleta y algo de azúcar. Para dos o tres días, las primeras leguas. Después veré.

Pita de nuevo y me doy vuelta. Veo que el humo se va. Los cardales tapan la estación. Me estoy hundiendo en el campo, me alejo de la costa. Adiós rieles. Adiós, tierra firme.

Aquel disponer de mí, la vida a la deriva, la libertad de elegir rumbo, alto, partida, sin apuro ni destino ni por qué. Al principio, sí. Pero ahora, tenía una cosa en el estómago, en la boca, como un vacío.



Este cruce. No sé en qué momento ni dónde hallaré otra vez la vía. La otra orilla. Navegar mar adentro. Vivir de lo que encuentre. Dormir al raso. El rocío. La escarcha. La incertidumbre.

Antes he hecho otros cruces. Cortos. Para ir de una vía a otra. O cuando la bagayera estaba en cero, de una estación a otra. A pie se encuentra una mulita, un peludo. O un gallinero cerca de la vía. Pero no éste, este cruce va a ser largo. No busco para comer ¿Qué busco? Por largo tiempo no habrá vías, ni ranchadas, ni crotos junto al fuego para compañía de una noche. Cuando acabe el cruce -si lo acabo- recordaré lo que sufrí. Creo que me sentiré mejor.

La otra orilla, mi tierra firme. Una vía. No sé cuál, ni por dónde pasa. Me va a salir. Aparecerá de golpe. ¿Y si no aparece? ¿Y si quedo flotando a la deriva en este mar de campo? Capaz que me vuelva loco. O me muera de sed. O de hambre. Lo desconocido. Lo incierto. La vía no. Tiene traza fija. Va a tal parte. Alguien ya pasó por ella. Cada hora una estación. En cada estación, bretes, alero, crotos, galpón, bebida, ranchada, fuego. Ahora nada. Nada. Como esta cabeza mía. De capricho en capricho. De vía en vía. Sin parar en ninguna. Crotiando de un cruce a otro. De una idea a la otra. A la aventura.

Unas tras otras fueron quedando atrás las chacras sin que necesitara arrimarme a ninguna.

Una mañana me desperté junto a unos pajonales donde había pasado la noche. Tendí sobre el alambrado el poncho para que secase el rocío. Miré el cielo, y hacia el sur estaba poniéndose oscuro. A los pastos los doblaba un vientito tibio que soplaba del norte. Supe que en una hora se largaría a llover.

Yo no tenía más que un poncho viejo y ningún techo donde refugiarme. Salí caminando con la vista fija en el suelo, y poco tardó el agua en descolgarse. No quise aflojar, seguí sin amparo ninguno y al rato estaba empapado y el mono pesaba cien kilos.

Una hora más caminé bajo el agua, ya sin rumbo. Luego me pareció ver algo tras la cortina de la lluvia. ¿Sería un rancho lo que veía?

Apuré el tranco. Yuyales, no había ladridos. Debía de ser una tapera. Diez pasos más y estuve bajo el alero después de más de dos horas de caminar bajo el agua.

Trasponía la abertura de la puerta cuando algo me rozó. Quizá fueran murciélagos espantados por mi proximidad.

Contuve el aliento, bajé los bagayos y me asomé a la puerta con más cautela, hasta que mis ojos se acostumbraron a la penumbra. Prendería fuego aprovechando unas ramas secas que allí había, pero cuando saqué del bolsillo del pantalón la caja de fósforos, estaba empapada y deshecha, y los fósforos inutilizados. Procuré secarlos con el aliento pero sus cabecitas se deshicieron una y otra vez al frotarlas contra la pared. Intenté calentarlas en la palma de las manos, en la esperanza de que con mi calor se secaran, pero todo fue inútil.

Caminé, abombado, por todo el rancho. Estaba hecho sopas, derrotado, con frío y sin saber qué hacer. Ni fuego, ni agua caliente, ni poder secar la ropa.

Me asomaba a cada rato para mirar cómo iba la tormenta, pero no tenía miras de aflojar.

Sentí un escalofrío, carraspié, tosí, quise pisar fuerte para tener ruido por compañía, pero mis alpargatas no hicieron ruido sobre el piso de tierra. El silencio empezó a inquietarme cada vez más.

Por hacer algo empecé a mirar los rincones con atención. En las paredes habían escrito nombres con algo duro. Descubrí un agujero hecho en la pared, en él vi un tarrito, me incliné para ver qué había adentro. Tuve un presentimiento, al principio me contuve pero luego me sentí arrastrado a mirar: había un mechón de pelos y unos yuyos con espinas.

De golpe sentí que todo se había hecho más oscuro en mi derredor. Oía ruidos por todos lados y me sobresaltaban. Un rincón del techo crujió con el viento y después hasta me pareció escuchar un quejido. No lo pensé más y con un frío que me recorría la espalda junté las pilchas, até el mono, lo alcé y me mandé mudar metiéndome nuevamente bajo el aguacero.

El aire libre me produjo alivio, aunque al agua la sentí más fría. Seguí empapándome las espaldas, los pantalones, el mono, la cabeza. Las gotas de agua corrían por la cara y no me dejaban ver. Pero la claridad y el andar me calmaron. Después pensé que había hecho una macana, pero ya no iría a volverme. Por suerte el cielo empezó a aclararse, paró el agua y a través de los nubarrones cortados, el sol encendió los últimos pedazos de paisaje.

Por instinto busqué ramas o algún yuyo seco. ¡Dónde iba a encontrarlos! Los últimos fósforos que me quedaban se deshicieron raspándolos inútilmente contra las uñas, contra el fierrito asador, pero fue todo de gusto. Comprendí que ésa sería mi primera noche de croto sin fuego y pufié por la imprevisión de no haber puesto los fósforos a resguardo.

Por suerte no llovió más, pero no pude guarecerme bajo ningún árbol porque todo chorreaba agua. Qué noche negra fue. Creo que la buena salud y la juventud me salvaron de una pulmonía, pero la ropa se fue enfriando sobre el cuerpo, el estómago vacío se me retorció de hambre y las horas nunca acababan de pasar.

La mañana se hizo con cielo lavado y el sol me cambió el ánimo. Sequé algunas pilchas sobre el alambrado y otras directamente sobre el cuerpo. Me ardían la nariz y la garganta, encontré algunas ramitas secas y con los últimos fósforos que me quedaban y que había puesto a secar al sol intenté nuevamente hacer fuego, pero no fue posible.

Sin nada que comer, arranqué de entre los yuyos del camino, hojitas de amargón, un paso muy nutritivo que se localiza en la primavera por sus flores que algunos llaman dientes de león y otros culo de perro. Pasé por un campo muy grande, sembrado con alfalfa y durante media hora estuve cortando las puntas de los brotes tiernos y comiéndolos engañé al estómago. No pensaba en cazar ningún bicho porque no tendría fuego para asarlo. Más adelante hallé varias plantas de huevo de gallo, y su fruto blanco y dulzón me ayudó a seguir tirando y cuando por la tarde descubrí unas plantas de macachines pensé que estaba frente a un banquete. Con qué avidez escarbé las raíces y hallé sus papitas tiernas que lavé con mi propia saliva.

Caminé todo el día sin ver una chacra ni un puesto, ni encontrar un alma. Se cerraba la noche y me preocupó pensar que dormiría otra vez al raso, con frío, sin fuego y nada caliente en el estómago. En eso me pareció ver una luz a la distancia. No quise ilusionarme porque el hambre de varios días podía hacerme ver cualquier cosa, pero por las dudas torcí el rumbo, si era que llevaba alguno, hacia donde había visto la brillazón. De pronto, volví a verla y ya no se volvió a ocultar. Crecía, crecía. Tenía que ser una chacra, nomás. Apuré los trancos, unos teru-terus volando sobre mi cabeza alertaron a los perros, que entraron a ladrar. Luego, el fuera-fuera con el que alguien frenaba a los cuzcos que parecían esperar el chumbale para deshacerme a tarascones. La voz me dio confianza. Salió a recibirme un chiquilín de doce años, al que pregunté si habría algún lugar para pasar la noche. El chico se metió en las casas, demoró pero volvió al rato largo: Por esta noche puede quedarse. Pero dicen que nosotros no acostubramos a dar permiso a nadie.

Me llevó a un galpón. ¿Puedo hacer fuego? El muchachito no me contestó, pero volvió con una bolsa de marlos y un tarro con agua, yo le pedí unos fósforos y él me dio una caja que llevaba en un bolsillo.

Me temblaba el pulso por la emoción, cuando empecé a armar la pila de marlos poniendo cada uno a conciencia. Y cuando raspé el fósforo y tras el chasquido encendió y vi su llama amarilla y la acerqué temblando a la punta del papel que había dejado sin cubrir para que hiciera de mecha

y la llama se agrandó y salió un humito que se me metió en las narices, su olor me pareció una delicia y era como si hubiese vuelto a pisar tierra firme. La llama se generalizó, se comunicó a los primeros marlos que ardieron, chisporrotearon y empezaron a soltar calor. Con alegría fui poniendo marlo tras marlo, en la pila del fuego. Recibía el calor en la cara, en los brazos, en el pecho, en las rodillas, entre las piernas. Caminé en torno al fuego como si fuera un salvaje que estuviese adorándolo. Empecé a desvestirme para poner sobre un caballete las pilchas que aún no se habían secado del todo sobre mi cuerpo. Pronto empezó a salir de todas las cosas un vaporcito. La pava que colgaba del asador se puso a cantar: el agua estaba a punto. Minutos después, junto al fuego, tomé mi primer amargo después de dos días negros.

Me quedé un rato frente a las llamas. Eché más de la mitad de los marlos y se hizo un fuego grande y parejo. El cansancio de esos dos días y el calorcito me hicieron entrar en un cabeceo del que me sacó otra vez el chico: traía una taza de leche caliente y un pedazo de pan casero.

Con el corazón contento y la panza llena me acosté sobre unas bolsas que se hallaban estibadas, me tapé con otras vacías y sin darme cuenta me dormí como un tronco hasta el día siguiente.

El sol relucía sin nubes. Temprano, luego de dar las gracias, me largué a caminar por un callejón que pasaba frente a la chacra. En el interior de la lata de dulce con tapa donde guardaba papeles y otras cosas de cuidado, llevaba bien envueltos, un montón de fósforos secos.

Caminé tres días sin parar en ninguna chacra porque llevaba un poco de carne de oveja que me dieron en la chacra donde me refugiara. En el camino o junto a molinos y tanques, dentro de los campos, me detenía para comer o dormir, y luego seguía. En la tercera noche volví a acampar junto a un alambrado, y como estaba rendido por la caminata del día me dormí enseguida. A la mañana siguiente, luego de mirar al cielo como lo hacía siempre y comprobar que no había amenaza de lluvia, yerbié y con el sol alto levanté vuelo nuevamente, pero no por el callejón, sino cortando campo, otra vez: quería llegar a una estancia que no estaba lejos, porque la bagayera volvía a cero. Fui haciendo tiempo para caer al atardecer, de modo que me convidaran a pasar la noche y me dieran de comer. Cuando llegué me mandaron a la cocina de los linyes y reseros: la crotera, como le llamaban. Estaba un poco retirada de la de los peones donde toman mate cuando dejan el trabajo. Ya había dos linyes, con quienes me puse a conversar porque llevaba ya muchos días sin hablar con compañeros de la vía. Llegó el capataz y nos trajo un pedazo de carne de oveja y unas galletas. Le dimos al pico hasta tarde, pero como no hacía frío, aunque los dos linyes prefirieron tender las bolsas junto al fogón de la crotera, yo me hice la cama debajo de una chata que había en el patio: no me gustaba dormir encerrado donde hubiera otros crotos. A la mañana siguiente antes de alzar el mono pasé por la carnicería de la estancia donde me dieron un pedazo de garrón y unas galletas y salí para el camino.

Varias veces, a lo largo del cruce, hice escala en estancias, lo que me ayudaba a comer cuando la bagayera estaba flaca y no había peludos o mulitas a la vista. De lo contrario, prefería dejarlas de lado, porque en ese cruce necesitaba estar solo la mayor parte del tiempo, hacer leguas y leguas con el mono al hombro, pensando en silencio mis cosas y al mismo tiempo arreglarme con los pocos recursos que me diera el cruce mismo.

Cosa extraña las estancias: en la zona del casco había siempre una crotera y allí nos daban techo y comida por una noche, pero a los puesteros tenían prohibido alojarnos. Una noche en que se venía encima una tormenta, un puestero criollo de ley, me lo advirtió, pero quedese -me dijo- ande va ir con esta tormenta. Me hizo dejar el mono en el cuartito de los aperos y me llevó a su cocina a cenar. Y esa noche, después de mucho tiempo, el agua de lluvia no golpeó en mi cuerpo ni en mi lona. La oía caer sobre las chapas y mientras las escuchaba me quedé

dormido. Tan pronto mejoró volví al camino para no comprometer al hombre. Me regaló yerba, carne de oveja, galleta y un quesito casero.

Seguía tormentoso el tiempo. En el callejón vi una lomita y decidí pasar a su amparo la noche. Fui a buscar cardos y bostas de vaca para tener leña seca antes que se largase a llover. Prendí fuego y se cerró la noche. El agua, tras un golpe de viento, no tardó en llegar. Yo tenía sólo una lona vieja que había conseguido en una chacra, para taparme, pero el agua la traspasaba y yo, pese a la lluvia, miraba a ambos lados del camino y aunque a veces dormitaba volvía a despertarme. Ni aún con lluvia uno puede dormir tranquilo si está solo, siempre en guardia, adivinando cada movimiento, cada sombra, cada bulto. Y yo, por debajo de la lona, mirando hacia uno y otro lado, lo vi. Por el bulto a la espalda, debía ser un linye. Lo vi cuando estaba a pocos metros, y al llegar frente a mí se detuvo sin bajar el mono y se puso a mirar para donde yo estaba. Yo ya tenía empuñado el fierrito asador, y me moví y moví la lona para que me supiera despierto. Después volví a quedarme quieto. Él permaneció unos instantes y siguió viaje. Volvió la cabeza varias veces, pero ya no se detuvo. ¿Quiso pedir refugio y compartir mi lona? ¿Habrá querido robármela o quitarme el mono? Seguramente tuvo miedo, como yo. Recién cuando se perdió en la oscuridad solté el fierrito.

En mi vida de linye nunca tuve que pegar una trompada a nadie, ni bajarle un palo en la cabeza. Creo que mi físico imponía respeto. Quien quisiera mirarme a los ojos tendría que mirar para arriba. Sólo una vez tuve que amenazar con el fierrito asador y fue para defenderme de unos tipos que pretendieron braguetiarme; había llegado a la estación Pichincha, me había arrimado a un galpón y dos linyes bastante jóvenes me ofrecieron fuego y conversación. Pero enseguida habían soltado dos o tres indirectas y me di cuenta sin tardar que eran un “matrimonio” de putos, calaña que no abundaba en la vía pero que a veces aparecían y resultaban ser peligrosos. Yo le temía a la noche, pero como en el atardecer pasó un carguero y yo había ya cuadrado el mono con disimulo, en cuanto arrancó, a la carrera y sin decir nada, lo tomé. Los hube sorprendido porque en un principio no atinaron a hacer nada, pero enseguida corrieron y también ellos alcanzaron a subir tres o cuatro vagones más atrás. Los vi acercarse al que yo había tomado, y no me quedaría otro camino que enfrentarlos. Me pasé el mono por la espalda y empuñando el fierrito asador les salí al encuentro cuando llegaban al extremo del vagón vecino. ¡Al primero que salte lo ensarto o se va a hacer mierda entre las ruedas! les grité. ¡Pero, no, compañero, si lo que queremos es conversar! Les reiteré la amenaza y nos quedamos enfrentados y separados por el espacio de la unión entre los dos vagones. La noche se había cerrado, pero vi que uno de ellos amagaba saltar y me tiré a fondo con el fierrito. No volvió a intentarlo. De repente, escuché el pito de la máquina: llegábamos a estación Balbín, el tren fue parando, me volvió el alma al cuerpo, de reojo vi fuego en las ranchadas y me largué con el tren todavía en marcha. Ellos, seguramente alcanzaron a ver a otros linyes y no se animaron a saltar. ¡Habría que caparlos!, exclamó uno de los crotos que ya estaban cuando les conté por qué me había tirado tan apurado del vagón. El tren se perdía a lo lejos con semejante basura arriba.

Así, siempre. Sereno, pero atento. Y en las ranchadas, escuchar más que hablar. Abrir la boca para decir lo justo. Presencia física, pero también presencia de ánimo. No mostrar miedo ni en las peores, no ser grandote de gusto.

Al miedo físico, de cualquier modo, uno podía controlarlo defendiéndose o tomando precauciones o demostrando que se era de la vía. Pero no era tan fácil defenderse de otros miedos, como por ejemplo de las cosas misteriosas que se contaban en las ranchadas, y aunque uno no creyera en aparecidos y fantasmas, sentía igualmente escalofríos, y le costaba dormir cuando el fuego de la ranchada se apagaba y se quedaba a solas con las estrellas y los pensamientos.

Una noche, en las cercanías de Arrecifes, campos de Estancia Loma Alta, de Bustillo, varios crotos yerbiaban junto al puente del terraplén, cuando apareció de golpe en la ranchada un linye joven. Se echó debajo del puente, desesperado, la respiración entrecortada, los ojos desorbitados y una expresión de terror. Abría la boca para hablar pero no le salía la voz. Luego señalaba en dirección a un puesto abandonado de la estancia, una tapera que durante muchos años hubo crotos que la tomaban por refugio. Media hora más tarde pudo articular las primeras palabras... ¡Venía a caballo! ¡Venía a caballo!, decía y no se explicaba nada. Le llevó tiempo continuar: estaba junto al fuego, bajo el alero del puesto abandonado. Delante del puesto había un pozo de agua con el brocal medio desmoronado. En el silencio de la noche oyó un galopar cada vez más cercano. A la luz de la luna le pareció ver las sombras del caballo y su jinete. Creyó que seguirían de largo, como si no lo hubieran visto. Y de golpe, sin frenar, sin un grito ni un ruido, sin que se oyera siquiera el chapuzón en el agua del fondo, caballo y jinete se metieron en el pozo o cayeron en él. La tapera cobró desde entonces mala fama y los crotos viejos evitaron acampar en ella o en sus cercanías.

También evitábamos cruzar los campos del Castillo del Diablo. En las ranchadas contaban que en el siglo pasado, en tiempos del combate de Pavón un oficial del Ejército de Mitre que se iba a bañar al arroyo Las Garzas que pasa por detrás del castillo, se había enamorado de la joven esposa del propietario, un noble español mucho mayor que ella. El marido descubrió la infidelidad y cuando quiso entrar en la pieza de su mujer, el amante tuvo que esconderse en un ropero. El marido debía estar esperando tal actitud porque entró a la pieza seguido por dos albañiles que de inmediato levantaron una pared que encerró para siempre al ropero con el oficial adentro. Luego llevó a la mujer a España, pero ella había enloquecido y murió en el viaje. El hombre jamás volvió a la Argentina, y el castillo con el tiempo se cubrió de hiedras y yuyales, y aunque no se hablaba de aparecidos, fantasmas ni brujerías bastaba conocer la historia para que cualquier caminante evitara sus cercanías.

También los crotos eran leyenda. En las ranchadas se hablaba del Croto Venecia, según decían el primer linye de la Argentina. Todos hablaban de él, pero ni aún los más viejos pudieron dar fe de haberlo conocido. Según los decires, vivía bajo el puente de Ramallo y contaba a quien le escuchara cómo una vez se había comido una gallina verde. La describía como de gran pico, fuertes patas y que hablaba como una persona. La gallina verde del Croto Venecia debió de ser, en realidad, un loro.

Nadie estuvo con el Loco de las Sábanas más de una vez y sólo llegaba a darse cuenta quién era después que desaparecía. Su manía era robar las sábanas que hubiese tendidas en las cercanías. Llegaba, acampaba lejos de los demás y no compartía olla, fuego, ranchada ni charla. Cargaba un mono desusadamente grande, que jamás abría en presencia de otros. Al día siguiente ya había desaparecido, uno, no sabía en qué carguero, ni por cuál camino, ni a dónde, pero del cordel de alguna casa de la vecindad faltaban las sábanas. Decían que era un marica, otros que un muchacho de familia bien cuya manía era la de dormir envuelto en sábanas, y no faltaba quien afirmaba que se trataba de una mujer, la única que se sepa, que hubiera elegido la vida de croto.

Del Macho Rojo eran otros los temores. Decían que era alto, buen mozo, pelirrojo y bien vestido. Nadie de los que me hablaron de él lo vieron jamás. Contaban que aparecía en la cocina de las chacras cuando los hombres estaban afuera, trabajando. Llevaba una manea con la que inmovilizaba a las mujeres atándolas de un tobillo antes de violarlas. Pero también afirmaban que algunas chacareras, rendidas por su pinta, no necesitaron manea. Cumplido su deseo, desaparecía y jamás volvían a saber de él. Su fama llegó a sostener que no respetaba sexo y tanto encaraba por la violencia a mujeres como a varones. Algún croto, cuando tendía los ponchos junto al galpón, solía decir: *Vi'a poner el culo contra las chapas, para que no venga el Macho Rojo y me lo rompa.*

Seguí mi marcha, legua tras legua. A eso de la media tarde escuché el pito de un tren y sentí que me volvían las fuerzas. La noche me alcanzó antes, acampé junto a un bañado y el canto de los renacuajos fue esa noche mi única compañía.

Al día siguiente, tras caminar dos leguas hallé la estación. Era pelada, cuatro o cinco ranchos tristes, unas cuantas taperas, yuyales altos, el almacén, ni un alma en las calles, un cementerio chiquito y descascarado y casi nada más.

En el galpón dos o tres changarines cosían bolsas viejas para la próxima cosecha y por ayudarles me dieron unas monedas y me dejaron churrasquear con ellos. No lo pasaba mal. El jefe de la estación, como me veía trabajar, me dejó que hiciera ranchada cerca, y todos los días me alcanzaba una jarra de leche después de ordeñar unas vacas suyas que pastoreaban entre las vías y hasta me prestaba el diario.

Una tarde crucé al boliche para comprar galleta y mortadela. Qué de mala muerte era. Oscurecía y la luz de la tarde no tenía fuerza para atravesar los vidrios barrocos de la puerta. Al rato, en la semi oscuridad, como saliendo de los cuatro tarros que tenía la estantería, me estaban mirando dos ojos, después vi un rostro flaco alrededor y una camisa que se fue formando debajo de la cabeza. Con un trapo el hombre limpiaba mecánicamente el estaño del mostrador.

Ya lo sabía todo: sabía que yo tres días atrás había llegado a la estación cortando campo; sabía que changuiaba cosiendo bolsas y que dormía bajo el alero del galpón. Me dijo que se notaba que era ya un linye hecho. Él, después de la crisis del 30 también había salido a crotiar. Muchos otros lo hicieron y el pueblo casi se había muerto.

Ese día le habían traído una noticia que lo tenía mal: de una de las pocas familias que se habían quedado en el pueblo, la última de las muchachas había muerto el día anterior. Tísica. Una a una todas habían muerto tuberculosas. Y ahora no había quien se animara a enterrarla, unos por temor al contagio y otros porque decían que el rancho estaba maldecido. De hambre, soledad y falta de remedios se había muerto, me decía el bolichero y carajiaba y putiaba. Habían sido modistas, pero al morirse una y la otra la gente empezó a rehuirles y se quedaron sin clientes.

- *Tendría que ir a ver para enterrarla. Nadie quiere hacerlo. Y no voy a dejar que la coman los ratones.*

Me ofrecí para acompañarlo.

Íbamos en silencio. Yo, de reojo, miraba para adentro de algunas casas. Muchas estaban abandonadas desde hacía años. Alguna vez habían tenido gente, alegría, flores. Ahora parecían calaveras, sin vidrios ni techos. Es feo ver una casa sin los techos, con los tirantes podridos que se cayeron y quedaron atravesados como huesos de un esqueleto. Y esa claridad que viene de arriba y no hace sombra. Desde los patios yuyales y raíces habían avanzado hacia las casas, se habían metido en las piezas. Lo habían ido ocupando todo y ahora las ramas salían por las rejas de la calle.

Llegamos al rancho de la modista muerta. Sentí un tufo de hollín y humedad cuando abrimos. Los ojos fueron haciéndose a la penumbra. Todo tenía la veladura del humo de la leña. Seguramente en los últimos tiempos había recurrido a maderas y ramitas para calentarse. Bajo el hollín alcancé a reconocer un retrato de Gardel, una imagen religiosa y un vasito de flores secas. Ella estaba en su cama de hierro, al fin en paz, ajena al sufrimiento y al egoísmo. Tenía los párpados entreabiertos y las moscas caminaban sobre su boca. Todo estaba en orden, como si previendo el final hubiera arreglado las cosas antes de perder sus últimas fuerzas.

Como no podíamos pensar en comprar ataúd volví a la estación y el jefe me dio unas tablas del ferrocarril. Con uno de los bolseros hicimos un cajón y nos fuimos el almacenero, los bolseros y yo, hasta el rancho.

No nos dio ningún trabajo ponerla en el ataúd, porque había quedado apenas una bolsita de huesos. Uno solo de nosotros hubiera podido cargarla al hombro hasta el cementerio. Nadie salió a mirar el cortejo. Pero las cortinas de las ventanas temblaban como bichos sorprendidos.

Le pusimos una cruz, la señora del almacenero rezó en voz alta creo que un padrenuestro y aunque yo con esas cosas nunca las fui, escuché en silencio y con la gorra en la mano.

Esa noche la ranchada parecía más triste que nunca. Decidí que en cuanto amaneciera cobraría las chirolas que me había ganado en las bolsas y al callejón de nuevo.

En eso pensaba cuando me pareció que del lado del pueblo venía un resplandor rojizo. Me subí para poder ver.

El rancho de la modista muerta estaba ardiendo.

## SEIS

*... y empecé a divisar como un  
hilo de humo que tomaba altura. Vi  
cómo serpenteaba un arroyo bastante  
ancho de pocas barrancas, y a la  
vera un linye con un fuego prendido,  
la pava y una ollita sobre él.*

MANUSCRITOS, Segundo Cuaderno  
del Cruce de 40 días, foja 3.

Tan pronto amaneció y escuché las voces de los peones enderecé para el galpón y les dije que me iba. Me pagaron y me regalaron una lonita mejor que la que llevaba, saludé al Jefe y reanudé mi cruce hacia el norte. Buscaba un arroyo del que me habían hablado: buena pesca, buena sombra, barrancas limpias y poca gente. Al principio corté por unos campos, pero después volví al callejón porque los pastos de Primavera, altos y húmedos, dificultaban mi marcha. El sol de Noviembre empezó a apretar y ya no hubiera podido parar aunque lo hubiese querido: estaba sin agua. A veinte cuabras divisé un molino. El mono pesaba cada vez más y el sol empezó a mortificarme. ¡Con qué ganas tomé agua, apartando el verdín con el canto de la mano y me refresqué la cabeza cuando llegué! Me alcanzó el atardecer y no tuve idea de seguir: la noche era tibia, la luna en creciente, y sin problema de agua ni de comida, me quedé a dormir. Como amaneció con niebla no me moví en toda la mañana para no perder el rumbo. Pero en la tarde, tras continuar la marcha, vi un hilo de humo azul que tomaba altura: el arroyo, me dije. Alguien hizo ranchada.

Era de poca barranca y bastante ancho. Había un linye pescando. Bajé el mono a unos veinte metros. Me acerqué. Tendría más de 40 años. En las llamas había una pava y una ollita. Cuando me contestó noté su acento extranjero, francés seguramente. Debía llevar años en la vía porque el sol le había curtido la cara. Vi que me aceptaba y traje las pilchas, abrí la bagayera, tenía queso y un resto de oveja asada. Lo convidé.

- *¿Va lejos?*

- *Voy medio sin rumbo* -le contesté-. *Y sin apuro*- Sonrió como aprobando sin dejar de mirar el campo.

- *Aquí hay buena pesca* -comentó-. *Y enfrente hay algunas mulitas gordas.*

Miré hacia donde indicaba y sólo vi una majada de ovejas pastando en un potrero de la estancia que quedaba sobre el arroyo.

- *Hambre no vamos a pasar* -agregó.

Me acosté sobre el mono porque estaba cansado. Él se fue a pescar aguas abajo.

- *En cuanto saque para el buyón de mañana, vuelvo.*

Regresó bastante tarde. No se había hecho el pique, pero algo había enganchado. Se puso a limpiarle las escamas.

- *Hace varios días que vivo a pescado.*

Me pareció que era una invitación para cruzar hasta el potrero de enfrente.

- *De noche, no. Hay luna llena* -me advirtió-. *Pueden vernos desde la estancia. Más fácil. Mañana, de día, con el calor.*



Cuando se hizo la mañana siguiente, armamos la estrategia: me pasaría cerca de una bajada del arroyo y cada vez que las ovejas vinieran a beber las espantaría. Luego, sobre el filo del mediodía, nos escondimos en unos pajonales. Las ovejas se abalanzaron en tropel a tomar agua. Entonces saltamos sobre ellas y agarramos una. Nos arrastró varios metros pero no la largamos, le torcimos el cogote para no dejar rastro de sangre en las cercanías, y por la costa del arroyo la llevamos a la ranchada, que quedaba fuera del establecimiento. Mientras uno la cuereó el otro hizo de vigía. Tiramos el cuero bastante lejos, en el arroyo; la asamos toda y tuvimos carne para varios días. Para que desde las casas no llegaran a vernos, hicimos el fuego muy lejos de donde estábamos y ahí clavamos el asador con la oveja, como si fuera ranchada de otro linye. En la nuestra seguían hirviendo unos pescados, y periódicamente íbamos a controlar el fuego hasta que estuvo hecha.

Pasé unos días a gusto, lavé las pilchas, me di unos baños y con mi compañero el Francés no quedó rincón del planeta sin comentar. Sabía mucho de todo, hablaba con seguridad, pero preguntaba más de lo que exponía y se notaba la diferencia conmigo, hecho a dedo con lecturas de todo tipo y nivel. Los crotos formados tan desordenadamente, nos empeñábamos más en discutir y querer ganar la discusión, que en escuchar al otro.

Comíamos una paleta de la oveja cazada al mediodía. Yo tenía los dedos brillosos de grasa, me puse a pensar en cosas y sonreí.

- *¿Qué le causa risa, "mon ami"?*

Estaba yo recordando en ese momento algo que le había oído decir en Tandil un Primero de Mayo a González Pacheco: *la propiedad es un robo.*

- *Frase de Proudhon, un pensador anarquista -me dijo-. ¿Lo piensa por la "expropiación" de esta mañana? Y a usted ¿qué le parece?*

- *¡Que esta paleta está superior!* -Y nos pusimos a reír como dos chicos. Él reía y se le veía un diente de oro.

- *El día que ande en la mala me voy a empeñar junto con el diente.*

Quiso saber sobre Tandil y sus canteras. A mí me habían contado que en las antiguas huelgas de La Movediza, cuando la gente no tenía qué comer, un muchacho se iba lejos, de madrugada, campo adentro, con otros compañeros, traían una o dos ovejas, las carneaban, escondían los trozos entre las piedras y luego él salía al patio de su casa y tocaba el acordeón. Las mujeres escuchaban la melodía y se pasaban la voz. En cuanto oscurecía una caravana de mujeres y chicos marchaba en las sombras hasta los escondites conocidos y los hombres podían continuar la huelga.

Él, a su vez, habló de ese personaje de *Los Miserables* de Víctor Hugo que había sido presidiario y ahora le acusaban de robar manzanas. El robo de las manzanas no estaba probado, pero como había sido presidiario lo condenaron de nuevo.

Luego me preguntó si conocía a Benedetto Croce. Yo nunca había leído nada de él. Croce decía que el fin de la Moral consiste en promover la vida.

- *Entonces ¿la oveja de esta mañana?*

Sonrió como para que yo completara lo que había comenzado a decir. Aunque él era mayor que yo y tenía una cultura superior me animé a discutirle: le habíamos quitado la vida a la oveja.

- *Para comer. Para vivir-* Pitó largo el cigarrillo y sorbió nuevamente el mate. Luego se quedó en silencio, no sé si revolviendo en sus recuerdos o calculando si valía continuar hablando.

- *Yo estuve en la guerra europea. He visto morir, matar y vivir.*

Hizo otro largo silencio: una madrugada ellos habían atacado las posiciones alemanas. Un camarada había caído herido entre las alambradas de púa. Me dijo que aullaba de dolor. El fuego alemán se hizo más cerrado y ya no pudieron avanzar. Otro camarada, arrastrándose, buscó refugio detrás del herido que colgaba de las alambradas y que seguía gritando cada vez más débilmente. Las balas silbaban y las granadas reventaban encima de nosotros -me dijo. Cuando iniciaron la retirada el herido ya no se quejaba. Había muerto. Con gran trabajo habían arrastrado su cadáver hasta la trinchera. Había recibido catorce heridas de granada. Detrás de él, de su cadáver, su compañero se había salvado.

Nos fuimos a dormir. Yo soñaba que estaba en la guerra, sonaban muchos tiros, y yo me escondía detrás de un compañero que tenía un enorme cuero de oveja cubriéndolo.

El día siguiente lo pasamos pescando, y él aprovechaba para que siguiese contándole la vida de las canteras. Le dije que por eso de mis ideas no me daban trabajo.

- Ah, no es libre para pensar ni para comer.

Yo quería explicarle lo que era para mí la libertad. La primera vez que vi un linyera me había hablado que se iba a La Pampa. Yo tenía doce años y para mí La Pampa me parecía el confín del mundo. Y sentía que ir, venir, andar, bajar en una estación, subir en otra, conocer gente, hablar y no estar pendiente del pito de la fábrica, ni de la mirada del patrón, y caminar y conocer, eran la libertad.

- ¿Y después?

- ¿Cómo y después?...

- Claro, después de eso de andar de un lado para otro.

- Y, qué se yo. Vivir.

Me preparé para escuchar un discurso. En cambio le arrimó unas leñas al fuego y me dijo: *esta noche va a haber buen pique. Se está levantando tormenta.* Los pescados habían empezado a los coletazos, saltaban, revolvían el agua, y caían enganchados en nuestros anzuelos, hasta que en lo mejor se descolgó a llover. Cada uno buscó refugio en su lonita hasta el día siguiente.

Pero yo no podía dormir desde la noche anterior. Me daba vueltas en las bolsas, y mis ideas en la cabeza también daban vueltas. Nunca había hablado con alguien así, que no daba argumentos sino dudas, y yo, aturdido, inseguro, me ponía a pensar. Dejábamos de hablar y la discusión seguía dentro de mi cabeza. Me prometía no dejarme enganchar con sus discusiones, pero en cuanto abría la boca ya estaba yo mordiendo el anzuelo.

Una vez, al pasar, accidentalmente, me dijo que había estudiado Literatura en París y que estaba enseñando en una Escuela Normal cuando se produjo la guerra. Pero jamás me contó cómo vino a América ni por qué se había hecho croto. No diría yo que le veía feliz. Sí que estaba en paz.

En los años que siguieron no necesitamos hablar de nuestro pasado. Cada uno sabía del otro lo necesario. En la vía nunca se pregunta por el Pasado, sólo cuenta el Presente: la bagayera llena y el corazón ¿contento? No. En paz.

- En el Futuro está el Miedo -me respondió con sombría voz a una pregunta mía.

Los días hermosos se acabaron. En realidad primero se acabó la galleta y después la yerba. Hubo que levantar ranchada. Fue cuando me dijo su última sentencia:

- La libertad termina cuando comienza la necesidad.

Por lo menos en lo que se refería a yerba y a galleta tenía razón.

Una mañana salimos los dos cruzando campo hasta encontrar el camino. Ya casi no hablamos. Tras largo andar fuimos hasta el camino real del que recorrimos más de una legua, casi dos. Encontramos al fin un boliche de campaña. Con mis chirolas (el Francés se había secado) compré yerba suelta y galleta. Y un paquete de tabaco Caporal para que armara sus cigarrillos.

Esa noche llovió a torrentes y las lonitas volvieron a salvarnos de la mojadura. Al día siguiente las nubes, corriendo de sur a norte nos marcaban el rumbo del maíz.

Llegaron dos hombres en una villalonga. Venían de una estancia a buscar mercaderías y preguntaron por un peón. Lo necesitaban por unos días para limpiar el parque de la estancia. Lo convidé a mi compañero a que aceptara y se ganara unos pesos y agarró viaje.

Tiró el mono sobre la villalonga y me dio la mano.

*- Después de la cosecha y hasta la juntada ando por la Trocha, desde Salto hasta Uranga. La línea cruza varios arroyos. En alguno de ellos me va a encontrar si me busca .*

Me quedé en el camino bajo la sombra de algunos paraísos hasta que la villalonga se perdió en una curva.

Ni una sola vez el Francés se dio vuelta para mirar. Presente, sólo presente. Yo me quedé solo de nuevo.

Las avenas verdeando. Un mes para la cosecha. Tres para la juntada. Bagayera llena y corazón... En la boca del estómago, la cosa ya no la siento. Hambre siento. Sereno, eso. ¿Fuerte o seguro? Me vuelvo a sentir fuerte. La vía debe estar hacia allá. Cantaban los renacuajos en el juncal esa noche. Callaban y yo, otra vez el miedo. ¿De la noche? Los murciélagos, el manojo de pelos. Lo negro. No. El silencio. Su ruido. Uno podría estar solo. Ser uno solo y nada más, porque una piedra, un viento, un ruido, ya son compañía. Habrá que ganar unos pesos para tirar hasta la juntada. La moral es ¿cómo era? Es para la vida. No. Consiste en promover la vida. Este cruce, seguirlo. Hasta la otra orilla. Concluirlo. A tierra firme. Hasta la juntada ando por La Trocha, desde Salto hasta Uranga. Concluir el cruce. En algún arroyo me va a encontrar. La moral consiste en promover la vida. Mi tierra firme, la vía. La vida.

Esa noche mis pensamientos vagabundeaban como su dueño. ¿Qué andaría haciendo a estas horas el Francés? Los bichitos de luz habían invadido el campo. De vez en cuando algún grillo cortaba la quietud. La libertad termina donde comienza la necesidad. Tiré las pilchas junto al alambrado y me acosté. Entonces habría que acabar con la necesidad. La noche era cálida. Me dormí mirando las estrellas.

El grito de teru-teru, en la mañana siguiente, interrumpió mis cavilaciones. Entre los pastos que ondulaban alcancé a ver un linyera que cruzaba campo. Como por más señas que le hice no torció rumbo, avivé el fuego y le eché pastos verdes para que viera el humo. Al fin enderezó para donde yo estaba. Venga a sentarse, compañero -le invité con alegría, cuando se quedó parado a quince metros de mi ranchada. Apenas le escuché el saludo. Cuando se aferró al mate que le ofrecí, vi que era un muchachito, blanco, hermoso, muy triste. Llevaba sólo diez días de linye. Había pasado la noche junto a un bañado y no había podido pegar un ojo. Me di cuenta que quería desembuchar y lo dejé que se extendiese. Al final me lo reveló: había tenido una discusión con el padre y creyó que todo bastaba con irse de croto. Ahora quería ganarse unos pesos.

*- Mirá, la vía es brava para tu edad. En ella andamos de todo. Y a veces hay que hacerse el guapo sin serlo. ¿Por qué no te volvés?*

Rubio, aquí tiene fuego. El muchachito era blanco, como una mujer. Aquí tienen de todo. Enseguida va a venir a ofrecérseles. La vía es brava a tu edad. Nada. Yo hace seis meses que no hago nada. "Ellas" lo hacen todo: mendigan, cocinan. Traen fruta picada, no me faltan chirolas. Yo quisiera ganarme unos mangos. ¿Le mamo la manguera? El movimiento y el aire libre nos salvan de pudrirnos como el agua estancada.

- *¿Por qué no te volvés?* -le insistí.

- *Yo quisiera ganarme unos pesos, antes.*

Le propuse seguir juntos hasta que saliera una changa y después, de nuevo a Caseros, de donde venía. Probamos en varias chacras, en algunas sólo tuvimos comida; en otras, algún pique. Le ofrecieron de boyero para la cosecha fina.

- *Está bien. Vaya y gánese esos pesos. Pero después se vuelve a las casas. Esta no es vida para usted.*

Yo levantaba mi mono cuando me dio un abrazo.

- *No lo voy a olvidar nunca, amigo.*

Y secándose los ojos con el revés de la mano, medio atragantado, me dijo:

- *Cuando pase por Caseros vaya a visitarnos.*

Dijo "Visitarnos", señal que volvería con su familia. Sentí que había cumplido con mi deber.

¿Cómo -pensaba más tarde en la ranchada- le había cortado las alas a un crotito recién emplumado? Eso no era un croto: era un pichoncito a merced de los peligros de la vía, con su inocencia, y sus carnes blancas como las de una mujer. Si alguna vez quería realmente buscar la libertad, escucharía clavándosele en el alma la pitada de un carguero, juntaría las pilchas, armaría el mono nuevamente, y saldría buscando las vías, detrás de la pitada, con el viento en la cara, con el frío y el sol, y toda la vida para él solo por delante.

A mitad de camino me alzaron en un sulky que iba para la estación. En una chacra cercana me tomaron para entrar bolsas de avena, una changa linda de varios días con los que redondí inesperadamente unos sesenta y tantos pesos, mucha plata para un linye que vivía con moneditas por día.

Habían sido, los conté después, cuarenta días.

Rumbí para Rojas. La idea de encontrarme con algunos compañeros apuró mis pasos. Alquilé una pieza por 3 pesos al mes. Dormía en el suelo, sobre las pilchas. El rigor del verano lo pasé a la sombra, mateando, leyendo, churrasqueando y conversando mientras en el norte el maíz de la próxima juntada se ponía pintón y el sol seguía dando vueltas.

Y en las crotiadas siguientes, en dos cuadernos fui anotando, sentado sobre el mono, mis primeros recuerdos de esta vida linye: el cruce de cuarenta días.

## SIETE

*De nuevo salí a crotiar con mis  
dos compañeros inseparables: el  
Hambre y el Frío.*

MANUSCRITOS, foja 78.

Llevaba varios días sin comer, nada más que a mate amargo y galleta. Se había puesto dura la situación desde que la helada de diciembre quemara los maizales de Hunter. En marzo habíamos entrado a juntar maíz y en cada marlo no había más que cuatro o cinco granos. Salí obligado a crotiar.

Me bajé en una estación con una idea fija: Iría a uno de los galpones donde se guarda el cereal. Ya no quedaban bolsas de trigo, estaba vacío, pero en los rincones habría granos en cereal, mezclados con tierra y otras basuras. Junté unos puñados, y me fui afuera. Era el trigo que los ratones habían descartado tras pisotearlos, morderlo y cagarlo. Empecé a soplar suavemente, poniendo de a ocho o a diez granos de trigo en la palma de la mano, soplabo, lo revolvió con un dedo de la otra mano y así fui limpiándolo hasta donde pude. Toda la gira había sido igual, de mal en peor. En la zona de Pringles lo único que había ganado fue aprender a morder girasol con los rusos de las colonias. Al montoncito de trigo lo lavé en la bebida de los bretes y lo puse a cocer en una ollita, a la que le agregué media cebolla y un poco de pimentón. Tenía los labios hinchados y partidos por la debilidad, a veces veía reflejos y otras como si se nublara el sol. ¡Qué barbaridad! Mientras esperaba que el trigo se cociera, me dormí, sentado sobre el mono. Me dormí y soñaba que estaba comiendo.

Ese trigo mordido y cagado por los ratones me salvó de morir de hambre en medio de la pampa. Cuando estaba en la casita de Caputín, en La Movediza, muchas veces sabía que no tenía qué comer, pero llegaba y sobre la mesa había un plato de comida tapado con otro plato: lo habían dejado la Rosina o la Ercilia.

¡La Movediza! Una noche me metí en un maizal y saqué varios choclos, los llevé y los herví con un poco de sal. Fue todo lo que comí en dos días. Pero entonces estaba preso a la casilla, a la cantera, a los turnos de trabajo. Y ahora la vía era para mí solo.

Llegué a Bardier\*. Tres días atrás había visto que en una carnicería de campo iban a faenar y me había ofrecido para ayudar. Me pagaron la voluntad regalándome achuras. Se carneaba en la tarde, para tener al día siguiente la carne oreada y cortada. Las carnicerías de campo tenían un potrero donde encerraban a las vacas. Enlazaban una, le cortaban los garrones, el animal caía y ya el carnicero estaba clavándole el cuchillo y degollándolo. Lo empezaba a cuerear en el suelo y yo levantaba la res dejando que la cabeza apoyara en la tierra. Después le ayudaba a subir las dos medias reses sobre un carrito de pértiga con ruedas chicas. Entonces las achuras casi no se aprovechaban si no eran para dárselas a los chanchos, de modo que regalaban chinchulines, tripa gorda, mondongo, bofe, cuajo y corazón. A veces también me daban la cabeza. Como mi ollita era chica no podía ponerla entera. Entonces le descarnaba las quijadas, el degolladero y el pedazo de cogote que le hubiera quedado. A veces ponía la cabeza en los rieles y la hacía partir con la ayuda del último vagón cuando se ponía en movimiento. Y cuando me encontraba con un

---

\* Ex Compañía General Buenos Aires (hoy Belgrano), a 30 kilómetros de Salto (Pcia. de Buenos Aires), trocha angosta.

linye que tenía un bandolión, la cocíamos sin problemas de tamaño. Las achuras y la carne, aun cocidas, duraban poco, apenas un día o dos, sin descomponerse, por lo que la mayor parte nos sobraba, aun cuando comiéramos hasta decir basta. Y además, no todos los días carneaban, ni siempre era posible llegar en el momento justo en que lo estuviesen haciendo.

La desesperación del hambre ponía corajudos a los crotos, y además no había delicado del estómago que durase.

Tras de las achuras pasé dos días sin probar bocado y estaba acabándose la yerba también. Por el camino llegó un croto viejo, me pidió permiso para agrandar el fuego, sacó de su bagayera un pájaro negro, lo peló y tenía la carne más negra que sus plumas. Lo asó, atravesándolo con un alambre y tras colocar las presas en un platito de lata me convidó diciendo que era para los dos. Acepté, y sin decir que me pareciera un manjar, pelé hasta el huesito. Que fue lo único blanco que vi del pajarraco asado.

Estábamos en la estación Las Mostazas varios linyes, y vimos en pleno día a otro que arrastraba por la vía un animal. Era un cordero que había agarrado en el callejón y ahora venía medio ahogado con el apretón de la faja con que lo traía a la rastra. Pudieron verlo desde cualquier parte y meterlo preso con el cordero en la mano, pero el hambre debía ser mayor que su prudencia. Nos pidió un cuchillo para degollarlo y cuerearlo y con eso el riesgo también era para nosotros. Aclaró: no tengo cuchillo porque me lo quitó el milico de El Pensamiento. Le pregunté si esperaríamos a la noche para asarlo. ¿De noche? ¿Por qué? ¿Tiene miedo a la cana? Y se puso a armar el fuego. Los otros dos crotos pretextaron que se iban a pedir trabajo a una estancia.

El cordero se fue asando y como un milagro no apareció milico ni jefe de estación. Cuando estuvo a punto me pidió de nuevo el cuchillo, cortó dos pedazos grandes de los que chorreaba una agüita clara y me convidó con uno. ¡Dejarme sin cuchillo!, murmuraba el croto mirando en dirección a la Estación El Pensamiento. ¡Pero, ya me las va a pagar el hijo 'e puta!

Anduve algunos días por La Trocha, y sin pensarlo llegué a la zona de Arroyo Dulce, donde me contaron las compadras del cabo Rocha, terror de los linyes de ese paraje. Yo había hecho ranchada con un croto joven, de Lamadrid. Los dos estábamos pasándola mal porque a él también le había fracasado la juntada. Lejos de la estación para no tener complicaciones, ese día la olla tendría al fin algo: fideos que habíamos comprado en el almacén aprovechando la costumbre de los cinco centavos. En los negocios de campo, los sábados ponían un platito sobre el mostrador y el patrón y sus clientes echaban monedas, y los crotos íbamos y sin necesidad de pedir tomábamos una. Con diez centavos habíamos comprado un paquetón con restos de fideos que ahora estábamos cociendo con un garrón que me dieran en una carnicería y un zapallo que crecía guacho a orillas de la vía.

El cabo Rocha cayó a la ranchada sin que lo hubiésemos advertido.

- *¿Qué están haciendo?*

- *Ya lo ve* -le contestó mi compañero, que era bromista, y no conocía la fama del milico o también pisaba fuerte- *de cheff.*

- *¿De qué?*

- *De cheff!*

El cabo se puso colorado de rabia y dio unos pasos en dirección al fuego. Le adiviné la intención: tenía fama de patearle la olla a los linyes. Pero mi compañero se movió como una luz e interponiéndose entre el cabo y la olla lo amenazó con el fierrito asador.

- ¡Pateala! -le gritaba, tocándole casi la panza con la punta del fierro-. ¡Pateala si te animás! Y después, ¡andá a tocar pito! ¡Tocá pito, antes que te ensarte!

En la vía hay de todo y a veces hay que hacerse el guapo sin serlo. Rocha miró en derredor, se le nubló la cara, miró a lo lejos otra vez y se fue golpeándose las botas con la fusta.

En esa salida los días y las noches se parecían como copiados: hambre y frío, frío y hambre.

Es que todos los linyes esperábamos la juntada de maíz, porque además de ganarnos unos pesos con los que repondríamos el ropero y aguantaríamos los primeros tiempos del invierno, pelechábamos como los chanchos, recuperábamos kilos, fuerza y hasta algo de grasa. Como la juntada duraba hasta la entrada del invierno, desde marzo y hasta las últimas chalas teníamos comida dos veces al día y dormíamos bajo techo. Luego nos esperaban la vía, el mono al hombro, los cargueros, dormir al sereno, las heladas, de un pueblo a otro a la búsqueda de algún pique chico, una entrada de bolsas, algún chalar tardío y, por supuesto, volver a comer nada más que una vez al día -si se podía- y la olla cada vez más grande o más vacía. Las chirolas ganadas en la juntada se iban yendo y tras las chirolas se iban otra vez los kilos. Recién para octubre aparecía nuevamente la primera changa, dos o tres días, a lo sumo cuatro, escardillando los maizales. Unas monedas, y otra vez a la vía y a la escasez.

Al principio me asustaba ver cómo iba perdiendo peso. Si alguna vez me miraba en el espejo de una peluquería o de un quilombo, mi cara estaba cada vez más huesuda y puro ojos. Llegué a pesarme en la balanza de la Encomienda, pero cuando vi que había rebajado más de cinco kilos, no quise saberlo más. Yo mido un metro ochenta y cinco, pero mi peso entonces no pasaba de los 65 kilos, en los tiempos buenos, y si no, menos. Me veía sin una gota de grasa, con la panza para adentro, transparente ¡un fideo! Los pantalones se me aflojaban periódicamente en la cintura y tenía que ajustar el cinto y a veces con la aguja chalera hacerle los nuevos agujeros hacia adentro. Hubo años en que el cinto no daba más y llegué a cruzarme sobre el hombro un hilo sisal como si fuese un tirador para que los pantalones no se me cayeran. Ver los agujeros del cinto era como mirar un almanaque: por mi flacura podría calcular el mes del año en que estábamos. Nunca conocí un linye gordo. El hambre, con frío, era más hambre. Y el frío, con hambre, se soportaba menos todavía.

Ustedes dirán ¡Qué vida! ¡Qué gusto le sacaba con andar así? No, si ya no lo hacía por capricho o porque quisiera sacarme el gusto. Ni tampoco porque siendo joven y habiéndome curtido no iba a sentir el hambre. No me gustaba pasar hambre ni eso me hacía sentir mejor. Sencillamente, me las aguantaba hasta que vinieran tiempos de abundancia. Tampoco me gustaba pasar frío. Pero el hambre y el frío eran cosas de la crotiada y yo había elegido el destino de croto y entonces no podía quejarme. Eso que decían en las novelas de tipos que enfrentaban el peligro para sentir la vida debían ser macanas de los libros. Pero qué iba a hacer: empaquetaba el miedo en el mono y seguía. Si hubiera podido crotiar con comida segura, un buen sobretodo, bajo techo y sin canas ni peligros, hubiera sido más lindo.

Pero no por eso iba a abandonar la vía. Como quien dice: me dolía pero me gustaba. Y me daba cuenta que volver a la civilización no iba a ser tan fácil, tampoco. De modo que por aquellos tiempos para el regocijo de la panza bastaba con tener en la bagayera “Las Tres Marías”, tumba, marroco y yerba. Tener las tres marías era estar satisfecho totalmente en sus necesidades. Pero a veces con sólo dos bastaba, y muchas veces hubo que conformarse con una sola, generalmente yerba.

Después del cruce de cuarenta días había aprendido que no bastaba con hacer crociar el cuerpo, también se podía crociar por dentro, por la cabeza. Por eso, aunque una noche hubiese pasado frío luego de acostarme con las tripas vacías, cuando amanecía y encontraba las vías a mi alcance, yo sabía que pronto vendría un carguero, que lo tomaría y podría irme para cualquier parte, techiando, pensando, mirando al campo. Y que si me gustaba, bajaría en la estación siguiente a hacer ranchada y charlar con otros crotos permanentes que anduvieran detrás de lo mismo. Entonces me ponía contento como si ése que iba a vivir fuese el mejor día de mi vida.

Confiar en la vía, liberarme de la desesperación, del apuro y del miedo. La vía me daba comida, abrigo, compañía, camino. Mientras estuviera en la vía no tendría que volver a la civilización. Era como si ella me cuidara siempre, hasta cuando yo dormía.

Todavía hoy, cuando recuerdo aquellos años no sé explicarme bien qué buscaba entonces. Sólo sé que cuando ahora, si alguna noche llego a soñar, sueño que ando de croto, por la vía, o junto al fuego. Y que soy feliz.

Pasaba los días y las noches, desvelado, junto al fuego y leía. Y si no había luz, pensaba. Y cuando pensaba -siempre estaba pensando- me hacía preguntas que al principio no supe de dónde las sacaba. Luego las reconocí: eran de mis charlas con el Francés. ¡El Francés! ¿Por dónde andaría ahora mi amigo? Y seguía pensando, porque mi cabeza no paraba en ninguna parte. Me acordaba del Zonda, en Retamito. Al viento lo tenía ahora en la cabeza.

Iba techando, de noche, mirando el cielo. Luna llena. El humo y el techo de los vagones. De pronto, rayas oscuras comenzaron a cruzar la cara de la luna como serpentinas negras. ¡La langosta! Miles y miles. Millones, volando hacia el sur. La nube se hizo más densa, la luna fue perdiendo su brillo. La manga duró horas y horas sin cortarse.

Las primeras mangas de langostas aparecían en noviembre. En las ranchadas tapábamos las ollas para proteger la comida y avivábamos el fuego para ahuyentarlas con el calor y el humo. En las chacras comían todo cuanto encontrarán: la ropa que estuviera colgada, la huerta, los sembrados. Los campos quedaban pelados. Los árboles, sin una hoja, salvo los paraísos, que no sé por qué no los tocaban. Había que tapar los pozos de agua porque se precipitaban por el brocal, se ahogaban y luego pudrían el agua. No se podía comer pollos, gallinas, huevos ni cerdos, porque unos y otros devoraban langosta y transmitían a su carne un gusto que la hacía incomible.

Chapas y lanzallamas eran los únicos medios para combatirlos en parte. Entre los chacareros, sus peones y los crotos conchabados formábamos cuadrillas y cuando se descubría alguna manga salíamos de campo en campo a combatirlos. Calculábamos el ancho de la manga y empezábamos a hacer barrera con las chapas, enganchándolas entre sí a fierros que íbamos clavando en el suelo y uniéndolas a un frente de unos 300 metros. Cada tres chapas cavábamos un pozo de un metro pegado a la barrera. La manga de saltonas ya estaba a nuestras espaldas. Cuando llegaron las primeras devorando lo que hallaban a su paso comenzaron a chocar contra la barrera, tac tac tac se las escuchaba golpeando contra las chapas y amontonándose. ¡Guarda al fuego! Gritó el que venía manejando el lanzallamas. Largaba chorros de fuego de hasta siete metros. Las saltonas empezaron a achicharrarse. El fragor de la llama y el chirriar de las langostas abrasándose era todo uno. Desde los costados otros peones con bolsas mojadas iban achicando la punta de la manga para que entrara en el ancho de la barrera. Las langostas morían por centenares, por miles. Pronto empezaron a amontonarse y la pila de cadáveres semicalcinados amenazaba cubrir la barrera. Algunas saltonas desafiaban empecinadas el fuego y tentaban trepar por sobre el montón de cadáveres para salvar el obstáculo.



- ¡Entiérrenlas! -ordenó el lanzallamas, achicando el fuego y apuntándolo hacia abajo para no quemarnos a nosotros. Estábamos esperando la orden con las palas en la mano y nos abalanzamos hacia las saltonas muertas. Llenábamos pozos recién abiertos con paladas de langostas mientras venían las otras, se amontonaban, nos golpeaban en las piernas y algunas iban a ser enterradas vivas. Cubríamos cada pozo con parte de la tierra sacada y volvíamos a abrirnos para el del lanzallamas quemase a las que nuevamente estaban agolpándose. Pese a nuestro apuro, algunas nos ganaban y apoyándose en las montañas de compañeras muertas, saltaban al otro lado y seguían su marcha devoradora. Esas salvarían la especie y regresarían, voladoras, al año siguiente.

Cuando había tormenta, las voladoras bajaban y también comían todo. Mientras había buen tiempo, volaban y volaban. Por la noche, cuando no había luna, descendían sobre los trigales y aunque no comían la espiga, quebraban los tallos con su peso. Por eso cuando cruzaba una manga las cosechadoras apuraban su trabajo antes que oscureciera.

Apareció desde el sur una manga de voladoras. La alarma se transmitió de boca en boca. ¡A los tachos, a los tachos! Invadimos a la carrera el campo, con una lata de kerosén, un fuentón o un tacho de grasa. En la otra mano, un palo. En pocos minutos, frente a la trilladora que había entrado a cosechar, marchaba una estrafalaria comparsa de hombres, mujeres y chicos golpeando improvisados tambores para evitar que las langostas descendieran: venía la tormenta y entraba el sol. Las latas abolladas, los rostros cansados, los brazos deshechos, la cabeza retumbando de golpes. Así un día y otro.

Era media tarde. Me había largado en un cruce corto para encontrar la estación Los Toldos. Yo sabía que antes de la noche o al día siguiente hallaría las vías. Iba como siempre con la vista fija en el suelo, metido en mis asuntos. Calculé la altura del sol y pensé que cuando bajase un poco más pararía a hacer fuego, prepararía un guisito y haría noche en medio del campo.

De pronto, una docena de perros me rodearon ladrándome y desde su caballo un jinete melencudo me miraba entre altivo y desconfiado. Cuando me preguntó qué andaba haciendo me di cuenta que era un indio. Serían las tierras reservadas por el gobierno para la tribu del cacique Coliqueo.

En señal linye de paz dejé el mono en el suelo. Los perros toreaban amenazándome y parecían contenidos por una sogá invisible a voluntad del indio. Pero estaban tan enfurecidos que si esa sogá invisible, llegaba a cortarse, me harían pedazos. Intentaba hablar con el indio. Quería inspirarle confianza. Dos perros se adelantaron y sin dejar de gruñir, empezaron a olerme. Me quedé como un poste y entonces uno de los perros olió el mono, levantó la pata y lo meó. Casi amagué espantarlo y no sé como me contuve: era la primera vez (y luego sería la única) que alguien, animal o humano, se atrevía a hacerlo.

Le dije al indio que me disculpara, que no sabía que me hallaba en tierra de ellos y que seguiría viaje. No aceptó razones y me obligó a seguirlo. Los perros me flanqueaban como un piquete y trotaban a mi lado. Me llevó al rancho de la familia, una choza destartalada, sin puerta ni ventanas. Me indicaron que hiciera mi ranchada cerca de un árbol, donde tendí mis cosas.

Las moscas zumbaban muy cerca de mí. De una rama colgaba un cuarto de carne negra, casi violeta, cubierta también de moscas. Reconocí un vaso en el extremo de la pata: era carne de caballo.

El indio volvió a salir del rancho y me obligó a seguirle. Me invitaban a comer con ellos, pero con unas exigencias que no me quedaron ganas de rechazarlas. Era un guiso grasiento y oscuro con socotrocos de carne negra. Perteneían seguramente al cuarto de caballo colgado de la rama que había visto antes.

Nos sentamos alrededor de una mesa de la que mejor no hablar. Los perros nos rodeaban, pero ahora me dejaban tranquilo, pendientes de las presas y los restos que los chicos de la familia les arrojaban. A veces se armaban trifulcas debajo de la mesa, disputándose las. Yo los oía ladrar, gruñir y aullar y me preguntaba si en su furia de tarascos no errarían un mordisco y me clavarían un colmillo en los pies.

Qué destino el de esta gente. La madre de Ezequiel Chinatti era india y él me decía que los indios pampas y los charrúas, siendo los más salvajes de América, habían sido los últimos en entregarse a los blancos. ¿Por qué? Por el caballo. Cuando aprendieron a montar se habían vuelto indomables.

El caballo. Ahora, domados los indios, los últimos matungos que tenían los iban degollando de a uno para comérselos.

A la mañana siguiente no sé si por el guiso o por los nervios, tenía muy inquietas las tripas. Fui a levantarme para ir hasta unos yuyales altos, pero de nuevo la perrada me mantuvo a raya. Era tan fiero su aspecto, tan amenazadores sus ojos y sus colmillos que las tripas se me inquietaron más todavía. A las cansadas apareció una mujer.

- Señora, necesitaría ir de cuerpo. Pero los perros...

- Allá. Vaya -dijo indicando en dirección a un cañaveral cercano. Llamó a los perros en lengua pampa y me abrieron paso sin dejar de gruñir.

Tan pronto volví me eché el mono al hombro, me despedí y salí cruzando campo en busca de las vías.

El sol ya estaba calentando y otra vez el trozo de carne caballuna que colgaba de una rama negreaba de moscas.

## OCHO

*A la distancia se veía un humo  
espeso que se elevaba cientos de  
metros e iba tapando el sol.*

MANUSCRITOS, foja 56.

Seguí crotiando.

De golpe había aliviado mis penurias porque una entrada de bolsas por El Pensamiento me había hecho ganar más de medio canario. Estaba rico con esos cinco loros en la jaula. Podía esperar hasta la juntada sin sobresaltos, y andar por lo menos un mes y medio cara al cielo, en la vía y sin apuro.

Doblé cuidadosamente a lo largo cada loro por separado, abrí costuras del pantalón y de la blusa en cinco partes distintas, escondí en las aberturas cada billete y volví a coserlas. Con los dedos alisé las costuras hasta que no se notara que habían sido abiertas y que ocultaban algo. Esta era una precaución linye que fuera de la vía casi nadie conocía: evitaba el robo de otros crotos o alguna “confiscación” de la autoridad.

¡Yo, guardando dinero! Dos años atrás estaba en La Movediza. Hacía varios días que no tenía para comer. Habíamos reorganizado el Club, yo era su presidente, pero no tenía para pagar la entrada a las tertulias y miraba de afuera. Le pedí a un amigo que estaba bien unos pesos. ¡Me dio diez mangos! Era mucha plata. Me encontré con la barra del club. Los invité a tomar un cinzano, en la Casa de Piedra. Y luego una vuelta y otra. Y después fuimos a un baile y me quedaban menos de dos pesos, compré una botella de anís y me quedé tan seco como antes, como esa tarde, y para el día siguiente no tuve qué comer. Pero ¡esa barra! ¡cómo nos divertimos! Ahora, de croto, presente, sólo presente. Bagayera llena y corazón en paz.

Como la Puerto era una vía mansa, cruzada por muchos ramales, uno la usaba para tomar rumbos transversales. Anduve casi siempre solo, a veces con un compañero ocasional hacíamos ranchada común, seguíamos juntos dos o tres estaciones, y luego cada cual a su rumbo. Empezaba a acumular vida linye. Era exigente con las compañías y en cambio mis momentos de soledad eran cada vez más largos y apacibles.

Me aficioné a la crotiada arroyera. Donde veía un arroyo lindo, con buena arboleda, largaba el mono y acampaba algunos días, hasta que el carguero siguiente fuese más prometedor que la paz del arroyo.

Pero la Puerto tenía una contra: a favor de la mansedumbre de la policía, abundaban crotos mangueros. Sacaban la pistola, como decían cuando iban a pedir, batían la católica de puerta en puerta. Tras tocar y tocar hacían cosecha, dos o tres pesos. Y se iban.

Había crotos lerdos que pasaban una vez por año, para una fecha determinada, por los mismos pueblos y pedían en las mismas casas. Eran crotos con muchos años sobre el lomo o gente que no tenía ninguna habilidad ni físico para trabajos brutos. Me pregunto todavía si serían comerciantes o intelectuales que habrían quedado sin trabajo, y obligados a crotiar no tenían otro recurso que mangar. Estos no lo hacían por vicio, pero los otros sí. Y cuando uno manguea es porque ha quebrado. Preferible robar una gallina o una oveja.

Di en la Estación La Bajada, cerca de Rosario, en la Compañía General. Me sentí como en casa: en esa línea habíamos andado en nuestra segunda salida, con Mario Penone, Moreno y Quirurga. Nos aproximábamos a Cepeda. Habían pasado cinco años. Qué lejos estaban aquellos días felices, despreocupados. Cerca de Cepeda se hallaba la chacra donde pasáramos tan lindos días de holganza y travesuras, mariposeando en torno a la muchacha de los grandes ojos azules. Me subí al techo del vagón para ver la chacra. Palpitaba mi corazón cuando nos íbamos acercando.

Desde lejos reconocí el monte. La muchacha de los ojos azules. Penone, el caradura, se los hacía bajar de vergüenza. Me desaté la toalla del cuello y la tuve en la mano para hacer señas cuando pasase frente a la quinta. ¡Qué paciencia nos había tenido el patrón! Pudimos ser sus hijos. No se veía un alma. Tampoco animales. No había maizales, sólo yuyales altos. La casa con las puertas cerradas, abandonada, sin vida.

La toalla me quedó colgando de la mano.

- *¿Algún recuerdo, compañero?* -era un linye que venía en el mismo vagón y me estaba observando.

- *Sí... no. Unos amigos* -murmuré turbado como si me hubiese descubierto en pelota. Unos ojos azules. Tres muchachos caraduras. Presente. Sólo presente. Me volví a atar la toalla al pezcuezo. Bagayera llena y corazón tranquilo.

Seguí techiando y el tren me llevaba con la cara al viento y las rodillas abrazadas y toda la vía por delante para vivir el presente.

Empecé a mirar con atención el cruce de los arroyos. Ya tenía una idea fija: encontrarme con el Francés.

En Pergamino hice noche, pero antes recorrí los galpones y estuve preguntando a los pocos linyes que había. Al día siguiente continué hasta Salto. Nuevas noticias de linyes pescando. Pero el Francés no aparecía. Volví y me bajé en Arroyo Dulce. Tampoco había noticias del hombre. Decidí ir hasta Rancagua a pie. Recordé que un arroyo corta a mitad de camino.

Apretaba el sol. Febrero se despedía con todo. Me crucé con un linye.

- *Sí* -me contestó- *en el arroyo hay uno pescando. Es un linye de lujo. ¡Tiene un diente de oro!*

- *¡El Francés!* -le dije abrazándolo. El croto se quedó mirándome. Me largué a andar, casi corriendo.

Quedaría aún una legua, apuré los trancos con la alegría que me desbordaba. ¡El Francés! ¡Qué tipo! Cruzó un carga y algunos linyes me saludaron con la mano desde el techo. Les respondí con alegría, todos eran el Francés. Qué lindo. Volver a verlo, pescar con él, aprender sus trucos. Unas cuadras más adelante y me pareció que divisaba la raya negra del puente. Y después tener que escuchar sus explicaciones y aguantar sus preguntas. La raya tomó primero forma, después color de puente. Porque con esas malditas preguntas acababa por quitarme el sueño. Por el costado del puente divisé un humito, salía buscando el cielo. Yo no sé cómo me hacía entrar, yo me resistía, pero él daba vueltas y cuando quería yo acordar, ya estaba enganchado. El humito me parecía una bandera que hubiese querido izar el Francés para que yo la viese desde lejos.

Llegué al puente. Me asomé por la baranda. Allí estaba.

A la sombra, sobre el mono, leyendo. Me contuve de gritar y lo contemplé. Aún ahora, después de tantos años, veo como en una película la paz de aquel momento: el arroyo de aguas claras, casi sin que se vieran correr, cantando al golpear contra el pilote, la barranca, lo único

verde que habían dejado sin quemar los soles de febrero. Y, sobre todo, la actitud del hombre: en ese momento no había para él otro mundo que su lectura. Ahí, en el lugar permanecía su cuerpo y las hojas del libro, pero su alma y la historia que contenían sus páginas andarían crotiando vaya a saber por qué planetas. Cerca de él, el fueguito. Más allá, los espineles esperando el pique del día.

- ¡Eh! ¡Hola compañero!

El Francés retornó al mundo como si despertase. Levantó la cabeza, buscó la voz, me vio y mientras se iba incorporando y me reconocía, pegó un grito como para partir el puente:

- ¡Rubio!

Me largué corriendo por el terraplén. Él subió en cuatro zancadas el tramo que le faltaba. Se alborotó cuanto nos rodeaba. Y nos abrazamos.

Las palabras nos atragantaban. ¡Teníamos tanto para contarnos! Queríamos preguntar y decírnoslo todo de una sola vez.

- Pensé que ya no andarías en la vía, Rubio.

- ¿Por qué? ¿No me tenía fe?

- No es eso. Pero alguna gringa chacarera podía haberte engrillado.

Quizá aquella otra primavera tuvo la culpa. ¿Cuántos años tenía yo entonces? ¿Cuántos años tendría ella? Besos, respiraciones entrecortadas, se derrumbaron de pronto sobre mí. Quise mantener la cabeza. Creo que alcancé a decirme a mí mismo: respetá la casa. Pero enseguida me subió el mareo, el vértigo, el estallido y finalmente, entre fuertes olores a pastos recién pisoteados, los dos habíamos alcanzado la plenitud y la paz. Después, cuando en las casas me miraban, llegué a creer que verían en mí la marca de la deshonra. Pude haberme quedado, anidar, tener querencia y familia. Pero no. Seguí. En el carguero siguiente me fui. Y no volví nunca. Así, tantas veces. En otras chacras, por otros ramales, primaveras o veranos, ojos, miradas labios, deseo, manos, fiebre, palpitar, propósitos. Y con el primer carguero, irme de nuevo, dejarlo todo. Todo, por seguir en la vía. Yo he recordado muchas veces la luz de aquella tarde, las caricias, sos lindo Rubio, el pelo húmedo, aquel perfume a pasto pisoteado y ese silencio. Esas cosas yacen sepultadas en mí. No he sido un santo, no, pero eso es asunto mío, y ni al Francés quise contárselo entonces, ni nunca.

- Algún día -me advirtió el Francés- tendrás que elegir entre la Libertad y el Amor.

El arroyo cruzaba los campos de la Estancia El Provenir, que habían sido del famoso curandero Pancho Sierra. Cuánta gente habría ido hasta allá, a buscar salud, a confiar en que el manosanta arreglase su mal de amores.

- Yo tomo mate con agua de ese arroyo. Dicen que es curativa.

- Y usted ¿de qué está enfermo?

Me pareció que se ocultaba detrás de una sonrisa aparente.

- Mirá, mejor no te lo digo.

Días más tarde un linye estaba sacando agua del arroyo media cuadra más abajo con un tarro. Después fue a su ranchada y comenzó a echar el agua en unas botellitas. El linye me dijo que la gente le encargaba el agua de un viaje para otro. Le pregunté si no era lo mismo cargar agua de cualquier parte. Me miró con bronca, estuvo un rato cargando botellitas en silencio. Luego volvió a mirarme y entonces me preguntó en tono de reproche:

- ¿Usted no tiene fe?

Abrió un cajoncito de madera, donde tenía alineada una docena de botellitas con agua. Al cuello de cada una, atada con un lazo celeste, una estampita de Pancho Sierra y una hoja de malva rubia que, según me dijo, estaba bendecida.

Este era uno de los linyes que llamábamos *industriales*. El linye industrial vivía de sus propios recursos. Algunos tejían mimbre, otros trabajaban la madera. Pero no sólo a los que hacían trabajos manuales llamábamos así, sino a los que vendían cosas: estampitas, cuadros, y otros objetos corrientes entonces. Nos diferenciábamos de ellos en que nosotros lo que vendíamos era nuestra fuerza de trabajo personal.

Charlamos horas y horas con el Francés. Teníamos que sacarnos las ganas. A veces me tanteaba sobre cosas que no eran libros, política, o sindicatos. Se ponía a hablar de nuestra vida en la vía. Ahora veo que buscaba que yo mismo me probara si realmente la vía me gustaba, si me atraía por ella misma, o si la había tomado nada más que para huir de algún mal recuerdo o de una tristeza muy grande. Otras veces sacaba el tema de la soledad y me decía que era una compañera difícil, exigente. Que había que dominarla con firmeza, como a las cocottes, decía. Si no, se corría el riesgo de que la soledad lo terminara de rayar a uno.

Le dije que yo hasta ahora andaba solo y andaba cada vez mejor.

- ¡Hasta ahora tenés juventud.

Se quedó callado por el resto de la noche. Ahora yo no podía dormir, lo pasaría dándome vueltas en los ponchos, como las ideas en la cabeza. ¡Qué Francés, éste!

Nos quedamos varios días sin movernos. Yo iba por los mandados cada dos días al pueblo. Él se quedaba pescando.

Cuando él iba de compras ya sabía yo lo que traería: churrasco de vacío y tabaco Caporal para armar sus cigarrillos. Yo, en cambio, no me olvidaba de traer el diario para seguir paso a paso la política europea y la evolución de la guerra. Hitler había invadido ese año Francia y además avanzaba en todos los frentes. Yo creía en los diarios y le decía al Francés que finalmente los aliados iban a atajar sus locuras. Él era más escéptico. Los franceses acabarían arreglándose con Hitler, antes que hacer la voluntad popular. *Aunque, bah -y se encogía de hombros- otra guerra burguesa.*

Fuimos a pie hasta Rancagua. Tomaríamos un carga. ¿Para dónde? Lo decidiríamos con el tren a la vista.

Le propuse buscar un arroyo. Enderezamos para Arroyo del Medio. Se hallaba bastante crecido por las lluvias del verano y sin cana a la vista por ser límite entre las dos provincias, como quien dice, tierra de nadie. La pesca abundaba.

Elegimos un lugar sombreado y al reparo.

- Voy a probar suerte aquí mismo -dijo desnudándose.

- ¿Tiene calor, compañero? -le pregunté sorprendido de que no echase su espinel, pero no me respondió. Caminó por la orilla, buscó un lugar y se zambulló sin salpicar una gota. Apareció metros más allá. Nadaba con suavidad, pero con energía. A veces era un pescado y otras, un bote silencioso.

- ¿Te animás a venir? gritó en medio de las aguas. Le dije que desconfiaba de las aguas desconocidas para no confesarle que no me alentaba una mojadura.

En eso desapareció. ¿Le habría dado un calambre? Tardaba en aparecer. ¿No le habría pasado algo? En el lugar donde se había hundido sólo permanecían unos círculos que se agrandaban

hasta llegar a la orilla. Pasaban los segundos y nada. Y como a mí me parecían una eternidad, caminaba, iba y venía por la orilla y el Francés sin aparecer.

De pronto el agua se abrió en una salpicada de espumas, apareció primero una mano con algo agarrado y enseguida la cabeza. Tenía la boca de oreja a oreja y aspiraba el aire con fuerza.

- *¿Qué te parece la pesca?* En lo alto del puño aleteaba un bagre desesperadamente. El Francés había nadado bajo el agua buscando sus cuevas y había cazado éste. El río Garona cruzaba la granja de sus padres, en Francia. Los veranos de su infancia los había pasado nadando y pescando.

Cuando salió para secarse descubrí que desde 30 o 40 metros nos estaban mirando. Eran dos linyes. Habían aparecido de golpe. *¿Cómo no los habíamos visto antes?*

Mi compañero se escurría al sol. Con un cuchillito mientras el viento lo acababa de secar empezó a limpiar el bagre. En la olla ya hervía el agua para cocinarlo y la de la pava se ponía a punto para volverse mates espumosos. Otra vez casi en paz.

Los linyes no hablaron entre sí en toda la tarde. Me pareció que uno de ellos espiaba nuestra ranchada. Iba atardeciendo. Las sombras empezaban a borrar el contorno de las cosas.

Yo había salido a buscar leña y regresaba. Sentí frío. Mi compañero, ya en la ranchada, preparaba los espineles para dejarlos durante la noche en el agua.

Sin grito previo los linyes se trenzaron en pelea. Y siguieron peleando en silencio. Como si de tan distantes no llegaran sus voces. A veces creí oírlos jadear. Uno tenía un cuchillo medio chico, el otro el fierrito que sirve a los linyes de asador. No eran más de 40 centímetros de largo. Entraba y salía en el entrevero con velocidad.

Ninguno se daba ventaja, pero a los pocos minutos el del cuchillo empezó a recular. Paraba un golpe y otro, pero el del asadorcito lo estaba apurando. Se le venía encima, lo empujaba con sus embestidas, lo peleaba con todo el cuerpo. Entonces el otro se plantaba firme y volvía a acosarlo.

Ya no veíamos más que las dos siluetas que separaba el instinto y volvía el odio a echar uno sobre el otro. Saltaban hacia atrás, hacia adelante, doblándose, esquivándose.

De pronto, el del cuchillo dio un grito, un solo grito, pegó un salto y cayó en el arroyo. Oímos el chapuzón y después el silencio nuevamente.

El contrincante se asomó a la orilla, después refregó la punta del asador en los pastos, volvió las espaldas y se vino para su ranchada.

Venía medio agachado, con una mano apretándose la panza. Me pareció, quizá lo imaginaba, que le vi sangre entre los dedos. Se quedó parado frente al mono de su rival, contemplándolo. Después miró a la distancia y le dio una patada como para concluir con todo. El mono rodó por la barranca y cayó al agua.

Sin una palabra, sin un gesto, levantó el suyo y salió por la vía.

Cuando salimos de nuestro asombro nos acercamos al arroyo: no se veía rastro alguno ni se escuchaban quejidos, voces, ni ruidos. Tampoco vimos el mono. Las ranas habían vuelto a croar y un vaporcito tenue, casi azul, estaba levantándose desde los rincones más oscuros de la corriente.

- *Compañero, nos enturbiaron el agua* -le comenté.

- *Y el aire, también. Vámonos.*

Cuadramos las pilchas y salimos rumbo a Gelly ya en territorio de Santa Fe, cerrada la noche. Hicimos todo el trecho callados. Íbamos tan metidos en nosotros mismos que cuando levantamos la vista estaban parpadeando delante de nosotros las luces de la estación.

No pude dormir esa noche. Cuando no eran los mosquitos que me desvelaban eran los dos linyes matándose en silencio, el salto hacia el arroyo, el retorno del otro a la ranchada pateando el mono de su rival.

Tomamos un carga que nos llevó a Rosario y en otro que salía enseguida fuimos hasta Las Rosas. Miraba el rostro de los linyes que venían de hacer la juntada. Ya casi no se veían gringos. Los europeos que años atrás crotiaban como nosotros se habrían ido acomodando. Los más jóvenes habrían quedado en Europa atrapados por la guerra. Aquí los reemplazaban los criollos, hijos netos del país, sobre todo procedentes del norte. Se acriollaban los linyes.

Pronto conseguimos juntada y estuvimos trabajando más de un mes. Luego, una juntada y otra, y el Otoño iba llegando a su esplendor, a veces entristecido por los fríos sureños, los nubarrones y los chalares pelados.

Era un 25 de Mayo y faltaba poco para terminar. Ese día no trabajamos. Yo había ido caminando hasta el pueblito y la vista de unos chicos con delantal blanco y escarapela me empujó a pasar frente a la escuela. Los chicos y la maestra, en formación, izaron la bandera, cantaron, dijeron versos. Luego repartieron masitas. La Movediza. La escuelita en Tandil al pie del cerro las fiestas patrias. A mí también me habían dado una masita y una escarapela. “E buono, bambino, e’buono” me decía papá. La masita estaba cubierta de manises quebrados y azúcar. Yo era más grande. Losada me leía cuestiones libertarias: la Patria es la Humanidad. Y ahora, en la soledad del campo, la escuelita, esos chicos, que una o dos semanas atrás habían vuelto de la juntada de maíz con toda la familia y sabrían más de chalas que de abecedario. La bandera, el 25 de Mayo, los deditos callosos, rajados como los de los grandes, la esperanza, el granero del mundo.

Esa noche en la ranchada un linye italiano hablaba con cierto entusiasmo del gobierno de Mussolini. Por lo menos es un patriota, decía. *¿La Patria?* –preguntó el Francés- *¿Qué es la Patria? Un país, una costumbre, un modo de hablar, un prejuicio, un mito para trabajar sin quejarnos? ¿Una causa para morir y matar odiando a mi hermano?*

Esos temas ahora le hacían perder la serenidad: le ponían agresivo, como si a gritos quisiera ahogar dudas que le carcomiesen. Como si pudiese atajar con ellos los tanques de Hitler o despertar a sus compatriotas.

Cerca del arroyo donde habíamos acampado, días después, había un monte grande. Yo había traído del pueblo fiambre, marroco y la Crítica.

Un título tremendo cruzaba toda la página: **Cayó París.**

Yo no podía hablar. Apenas llegué, sin decirle palabra, se lo mostré. Miró de reajo, como quien se resiste a contemplar el cadáver de un ser querido.

- ¡París! -se le escapó entre dientes, como un silbido.

El diario traía fotos de otros tiempos, cuando París creía en la paz. El Francés se levantó sin hablar. Se fue hasta la orilla del arroyo. Estuvo contemplándolo. Después caminó hacia el monte y se perdió en la sombra.

Ya había anochecido y yo tomaba mi mate cocido, cuando regresó. No pude verle la cara porque se había enterrado la gorra más que de costumbre.

- *Me voy a los ponchos, compañero.*



## NUEVE

*Salimos de nuevo a recorrer el Jardín de la República. Lindo nombre para quien no conoce. Pero donde existe la miseria, en vez de un jardín es un basural.*

MANUSCRITOS, foja 10.

- *¿Podríamos ir al norte. A las cañas. ¿Qué te parece, Rubio?*

Me desconcerté. Yo esperaba que hubiera amanecido desvelado por la noticia de la caída de París. Pero ya estaba como siempre. Ajeno a todo lo que no fuera el presente, la vía, el andar. No necesitó mucho para convencerme. Hacía años que quería ir a la zafra. Fui hasta el almacén del pueblo a reponer la bagayera y tomamos un carga que nos dejaría en Tucumán.

El Central Argentino nos llevó por el centro de Santiago del Estero. Al llegar a Herrera debimos esperar el cruce con un Pasajero. Era de noche.

Chicas y chicos se agolpaban frente a las ventanillas del tren para vender a los pasajeros café que traían en pavitas cubiertas de tizne. Otros ofrecían rosquetas caseras y naranjas peladas.

- *¡Mate, señor, mate!* -pregonaba un niño con un jarrito y una bombilla de lata- *¡Mate, a cinco centavos el mate!...* -Se ponía en puntas de pie para llegar con sus manitas a las de los pasajeros.

Chicos flacos, tristes, ansiosos de vender lo que traían. Muchachitas de trece, o catorce años, apenas cubiertas por trapos que dejaban ver sus carnes flacas.

La algarabía de los pequeños vendedores me recordó los ladridos apagados de la perrada cuando le van a dar comida. Un pasajero parado en el estribo le dijo a una chica que ofrecía café:

- *Che, guagua, te lo compro todo si te dejás.*

Y como ella lo mirara casi sin comprender, era poco más que una niña, agregó:

- *Ahicito nomás, detrás de la estación. De parau ha de ser.*

Y le amagó un manotazo a los pechitos mal cubiertos. La niña se asustó, soltó la pava, y los vasos rodaron por el andén. Llorosa se arrodilló a recoger la pava vacía y los vasos sanos.

El Francés me retuvo del brazo:

- *Quieto, Rubio. Sería inútil. Esto es como una condena. ¡Y después llamamos bárbaros a los nazis!*

Los chicos y las muchachitas, ajenos al incidente, seguían ofreciendo la mercancía, de ventanilla en ventanilla, de vagón en vagón, de tren en tren.

A la mañana siguiente llegamos a La Banda, que tiene una gran playa de maniobras. La cana nos hizo bajar a todos y a uno por uno preguntó a dónde íbamos. Creo que el noventa por ciento respondió a Tucumán.

- *Che* -dijo uno de los vigilantes santiagueños-. *Va a haber invasión. ¡Estos se los van a comer a los tucumanos!*

- *¡Que se los coman, pué!*

Nos dejaron tomar el carga de nuevo.

Cuando llegábamos a Ranchillos, en tierra tucumana, vimos los primeros cañaverales, y por los mismos laterales, como hormigas, los pobladores de otras provincias que venían para la zafra. Ríos y ríos de gente que avanzaba con lentitud, pero sin detenerse.

¿Cuándo bajamos?

- *Ahora nomás. Quiero que hagamos el último tramo a pie.*

Al llegar al cruce con el Ferrocarril Santa Fe nos largamos.

Atardecía y con las últimas luces las caravanas se fundían en un solo bulto callado. Faltaban once kilómetros para llegar a Alderetes, nuestro destino, pero a mitad de recorrido, ya con la noche cerrada, hicimos alto, improvisamos la ranchada y a orillas del camino, entre dos carros tomamos unos mates y nos dormimos.

- *Mañana vamos a madrugar aunque no queramos* -sentenció el Francés y en ese momento no entendí por qué.

No sé qué hora sería pero apenas clareaba cuando me despertó el más estridente concierto de gallos que escuché en mi vida. Como si me estuviese recordando en un gallinero. Medio dormido todavía miré aquello: la gente de los carros se ponía en movimiento. Muy pocos preparativos, y las ruedas comenzaron a rechinar, trabajosamente, mientras voces ahogadas azuzaban a los caballos y los mulos que los tiraban. En la lejanía seguían encadenándose los gallos con su canto.

Por las barandas de los carros asomaban trapos, lonas, ollas, palos, algún atado de machetes y a veces hasta una guitarra. Toda la familia marchaba a pie, al costado, salvo los muy chicos y los muy viejos. Las abuelas y los niños de pecho iban sobre el pescante. Bajo el carro, algunos habían colgado jaulas, las mejores de alambre, las otras de mimbre o de ramas, con gallinas que acostumbrándose al zarandeo ya no cacareaban. Aún en los carros donde no colgaban jaulas, se acurrucaba, sobre los bártulos, haciendo equilibrio, un gallo: lo llevaban de despertador.

La caravana se fue poniendo en marcha. Media hora después era de nuevo un interminable hormigueo hacia Alderetes.

Los hombres llevaban sombreros negros o té con leche, de anchas alas y una blusa corralera que empezaba blanca y terminaría del color de la tierra. Iban de bombachas y alpargatas blancas o negras. Las mujeres mayores se peinaban con largas trenzas que en el momento de la zafra protegerían con un pañuelo. Las mozas, en cambio, llevaban boinas tejidas por ellas mismas, de colores vivos, bajo las que metían todo el pelo cuando debían entrar en los surcos.

Flanqueaban la marcha de las familias tres o cuatro perros por carro, de raza, pelaje y tamaño variados, con una sola condición común: todos flacos.

Llegamos a Alderetes con el sol alto. Pero no teníamos apuro en conchabarnos. Nos dedicamos a hablar con la gente, conocer las características de la caña. Hacía unas semanas, Alderetes, como cualquier población cañera, era la muerte, ni un alma, ni un ruido. De golpe, todo se había despertado. Durante largas semanas aquello herviría de actividad, los mostradores tendrían clientes, los boliches consumidores y los milicos, trabajo. Las calles serían un ir de carros con caña y un venir de carros con gente. Después, todo volvería a calmarse, hasta no quedar nadie y empezar de nuevo la larga siesta provinciana.

Y esto así durante años, desde siempre, desde el tiempo de la colonia, en lo que fuera la primera y principal actividad económica del norte argentino. Riqueza y pobreza, todo en un solo atado grande.

Una tarde un carrero nos indicó dónde necesitaban cortadores de caña. Levantamos la ranchada. La finca quedaba cerca del pueblo. Como en todas partes, primero nos recibieron los

perros y luego los changuitos a medio vestir, hijos de los peladores de caña que ya estaban trabajando.

El patrón nos miró con desconfianza. ¿Ya han trabajado en la caña? Le contestamos con evasivas. Para cortar y pelar es a destajo. Pago dos pesos la tonelada sobre carro. En aquel galpón pueden pasar la noche. Y se quedó mirándonos con los brazos en la cintura, como diciendo ya van a ver lo que es la zafra.

El galpón era un rancho de cañas, con un pedazo de techo de cinc y otro tramo también de cañas con tierra arriba, que no alcanzaba a tapar las estrellas. Sentí un fuerte olor a pata, a rancio, a tierra mojada con sudor. Ya nos acostumbraríamos. Cenamos con unos amargos y un pedazo de tocino con galleta que nos dio el patrón. Cuando los peones apagaron el candil empezó el baile de los ratones. Corrían de acá para allá, pasaban por sobre nosotros, peleaban entre ellos y daban tales chillidos que no nos dejaban dormir. Los peones estarían ya familiarizados o molidos por el trabajo del día porque al minuto roncaban como santos.

A la mañana siguiente, salimos temprano el Francés y yo para el cañaveral.

Machete en mano, pronto nos desnudamos hasta la cintura por el calor y cuando la transpiración nos cubrió debíamos parecer dos gladiadores. Pero el combate era contra tábanos, mosquitos y otros bichos. Aprendimos que era preferible soportar la camisa a sus picaduras. ¿Y las cañas? Al cabo de la jornada habíamos hecho un montoncito que de haber sido leña apenas alcanzara para calentar una pava de agua.

En cambio los cortadores veteranos se metían en el surco por una punta y medio reculando se agachaban, tomaban una caña, un machetazo tac y cuando iba cayendo en el aire con el otro brazo la tomaban como envolviéndola y ya estaba reculando en la planta siguiente otro machetazo tac al suelo bajo el brazo eran dos, tac, bajo el brazo, tres, tac tac tac. Cuando el brazo izquierdo no podía abarcar más cañas levantaban en vilo el haz y lo cruzaban sobre el surco. Y mientras él seguía reculando y cortando a machetazos las cañas el resto de la familia se abalanzaba sobre el montón recién cortado con machetes más chicos y levantando las cañas de a una con la mano izquierda el machetito en la derecha las pelaban una y otra. Las hojas caían y la caña quedaba pelada, lista para cargar. Esto sin parar durante diez o doce horas, de estrella a estrella. El hombre solo o con su hijo mocetón, inclinados los dos sobre el surco con su machete, reculando y cortando sin otra pausa que levantar el atado cuando no cabían más cañas bajo el brazo izquierdo y de vez en cuando un trago de agua cuidando de no encharcarse y acabar pasmado. Y detrás de ellos, el resto de la familia, chicos, mujeres, viejos, pelando, levantando la caña cortada, y pelando, pelando, pelando. Periódicamente entraban los carros del ingenio y se llevaban los atados de caña pelada. Al cabo del día, la pesada había rendido entre una tonelada y tonelada y media. Ganancia de toda la familia: de dos a cuatro pesos en el día.

En las jornadas sucesivas fuimos aumentando el rendimiento. Nos hacíamos la comida y teníamos cada vez más invitados: eran los changuitos de las otras ranchadas que de a uno se iban sumando a nuestra olla. El guiso o el puchero eran más grande cada día.

Alojaban a los trabajadores al pie de los surcos, en chozas que se hacían con el material que abundaba: la caña. A veces con latas de querosén abiertas y quinchados de paja, con hojas secas de caña o con barro. No tenían puertas, ventanas ni intimidades. Desde los abuelos hasta los nietos y a veces algunos agregados, incluidos los perros, todos dormían en la misma choza de habitación única. Hacían sus necesidades entre las cañas o en el mejor de los casos en letrinas tan improvisadas como el resto de la vivienda. Con dos o tres piedras armaban un fogoncito afuera en el que cocían invariablemente y mientras durara la zafra un guiso de mandioca sin carne, y sólo algunos fideos por lujo. Pese a tan frugal manera de comer siempre estaban endeudados con el almacén del ingenio, único lugar de donde podían retirar las provisiones, ya que el pago se hacía con vales. Cuando al finalizar la zafra se hacía el balance, habían quedado

debiéndole y se comprometían a volver al año siguiente. ¿Por qué volvían si les hubiese sido más fácil quedarse en Santiago y liberarse de la deuda? Porque era lo único que tenían para hacer: juntar leña durante el verano en Santiago destinada a los hornos de carbón y pelar caña en Tucumán en invierno. Y entre ambas temporadas, yendo o viniendo por el camino, con el carro por delante y las escasas pertenencias a cuestas. Cuando volvían al rancho, en Santiago, la intemperie y los rateros les habían desmantelado la mitad. La falta de recursos y el cansancio sumado de un año a otro, iban empujándolos a dejar las cosas como las hallaban. De ese modo, también se volvía tapera el rancho de Santiago, apenas diferente del que ocupaban al pie de los ingenios en Tucumán, sin otro plan de organización urbana que estar lo más cerca posible del pozo o de la bomba de agua.

Un día el Francés y yo íbamos por nuestros surcos. Cerca, toda una familia, muy numerosa cortaba y pelaba cañas sin parar. El hombre era flaco, pálido, pero no aflojaba y machetazo que daba caña que caía. De pronto, se sentó y dos o tres de la familia fueron a atenderlo.

- *El chucho* -explicó la mujer-. *Siempre le da*. El hombre temblaba a pleno sol, bajo el rayazo del mediodía. Se había puesto más pálido aún y un sudor abundante le pegaba los pelos a las sienes. El resto de la familia seguía pelando caña.

A veces los conchababan contratistas. Los llamábamos “negreros” porque se quedaban con el diez por ciento de la paga. Los contratistas aparecían cuando los trabajadores tucumanos, que también hacían la zafra pero estaban sindicalmente mejor organizados, se negaban a trabajar si no concedían mejoras. Entonces salían los “negreros” por las provincias vecinas y arreaban a familias enteras que, empujadas por la necesidad, venían a trabajar por menor paga. Temerosos del despido aceptaban las condiciones más injustas. Es que fracasar en la zafra era condenarse al hambre en los seis meses siguientes.

Cuando la juntada se hacía demasiado lejos de la ranchada, la gente no volvía al mediodía a comer. Entonces alguna de las mujeres se quedaba a guisar la mandioca que luego llevaría al surco.

Era cerca del mediodía. Nosotros dos, agobiados por el sol decidimos volver a la ranchada y tomar unos amargos hasta que aflojara el calor. A unos cuarenta metros de donde estábamos había varias chozas en una finca vecina, algunas hechas con maderas podridas y jirones de lona. Frente a una de ellas, sobre tres piedras, una muchachita de no más de 14 años guisaba en una olla el almuerzo que dentro de una media hora llevaría hasta donde se hallaba su familia en el surco pelando cañas.

El contratista vino desde el otro lado. Le habló, se inclinó y empezó a toquetearla. La chica agachaba la cabeza y le dejaba hacer. El tipo gesticuló con energía, ella se incorporó y comenzó a caminar hacia las cañas. Tras ella, el contratista. Diez minutos después regresaba acomodándose la pollera y metiéndose la blusa en la cintura. Tapó la olla, la alzó con las dos manos y se fue a los surcos a llevar el almuerzo a su familia.

Sentí que me envolvía una nube negra, un calor en la cara, la boca se me llenó de una saliva amarga.

¿Y uno miraría esto como si estuviera viendo una obra de teatro, algo ajeno, de brazos cruzados, sin intervenir?

Esa misma noche hablé con algunos hombres. Les propuse organizar el sindicato, rebelarse contra esa situación inhumana, mejorar la paga, fijar un jornal mínimo, acabar con los negreros. Me miraron como a un extraño. Y cuando les hablé de hacer huelga me dejaron solo. ¿Huelga, che? ¿Y el trabajo? Hemos venío de muy lejito, hemos dejao tóo en Santiago pa'ganar algoito. No, che. Huelga, no.

¡Pobres paisanos! En la noche, reventados por el esfuerzo de la jornada, mientras las mujeres guisaban la mandioca y aguardaban la hora de comer, no faltaba una guitarra en la que sonaran zambas y chacareras y si alguien acompañaba con el bombo, algún taquiraris.

En la noche tucumana, que de golpe se volvía apacible, casi perfumada, luego de haber sido un infierno de cañas, polvo, mosquitos y ratones durante el día, la voz sufrida de estos hombres aliviaba penas y cansancios. Los fogones se iban apagando y en la oscuridad quedaban las brasitas de los cigarros de chala que hombres y mujeres pitaban en los momentos de respiro.

A veces el aire traía una melodía diferente: eran quenás, pinkuyos y charangos que hacían sonar los peladores bolivianos. Los coyas, silenciosos, mucho más frugales, durante el día masticaban coca y no almorzaban. Sólo en la noche, todos reunidos, cocinaban sus guisos, siempre en silencio. Rara vez los oía hablar, aún entre ellos. Si eran hombres solos trabajaban en cuadrillas. Y si vivían cerca de la frontera, cuando terminaban la juntada compraban algún mulo y en caravana volvían a pie y en silencio hasta sus pagos.

Un día el Francés me propuso dejar las cañas. Cobramos las cuatro chirolas que nos habían quedado de saldo después de dar de comer a tanto changuito hambriento que se invitara por su cuenta a nuestra ranchada y, linyeras al fin, nos mandamos a mudar. Con lo que cobramos me alcanzó para un par de alpargatas y a mi compañero para un paquete de tabaco.

Cuando semanas más tarde, en otro carguero, volvimos a pasar cerca de la zona, la zafra había terminado.

Otra vez el camino, ahora inverso: los carros, los hombres, los perros, los gallos haciendo equilibrio en lo alto de las cargas. Carros con gente y carros con caña.

Los viejos y los más chicos en el pescante, los demás, a pie, con todo el agobio de la tierra sobre sus hombros, y muchos de ellos con los chuchos del paludismo o la tos de la tuberculosis. También marchaban las muchachitas, en muchas de cuyos vientres había latidos nuevos, sin saber bien por qué. Dentro de nueve meses alcanzarían a comprender. A las zafras futuras no iban a faltarle brazos que las hicieran.

## DIEZ

*Y con mi compañero el Francés  
no quedó rincón del planeta sin tocar.*

MANUSCRITOS, Segundo Cuaderno  
del Cruce de 40 días, foja 10.

Anduvimos haciendo un pique en una chacra con mi amigo el Francés. Tan pronto terminamos volvimos a la vía. Íbamos caminando por el callejón cuando, sin ponernos previamente de acuerdo, los dos tiramos el mono sobre el alambrado del ferrocarril, pasamos al otro lado y fuimos hasta los rieles. Pusimos nuestros monos, uno frente del otro en cada riel. Y nos sentamos sobre ellos, mirándonos y mirando lejos los rieles, hacia un lado y hacia otro. Volvimos a mirar, estuvimos no sé si media hora o más. Sin hablar, contemplando en silencio la vía a la que volvíamos. Sin decir palabra, el Francés acariciaba la vía con la palma de la mano y estuvo largos minutos haciéndolo, como se acaricia un mueble querido o la cabeza de un animal.

Después se hizo costumbre: cada vez que habíamos faltado de la vía por varias semanas, volvíamos a ella, y nos sentábamos sin que ninguno se lo propusiera al otro y la contemplábamos, sin hablar. Y el Francés volvía a acariciar los rieles pulidos. Yo creo que todo ser humano necesita sentirse poseedor de algo. Nosotros teníamos la vía.

La casilla de Caputín. ¡Mi casilla en La Movediza!

La casilla estaba sobre una barranca y al pie yo veía la gran casa de piedra. La casilla era de una pieza y cocina, con techo de chapa a dos aguas. El frente miraba al sudeste, y era de tablas machihembradas forrada por afuera con chapa de cinc. A la casilla se entraba por la cocina, separada de la pieza por un tabique. Alguna vez, a continuación de la cocina, había tenido una pieza más que haría de comedor, pero uno de los fuertes vientos que soplan en lo alto del cerro lo había volado antes que yo fuera a vivir en ella.

¡El mobiliario! Una mesita de muy poca altura, regalo o préstamos no sé de quién, con el calentador Primus encima. Un armario de madera que me dejara Caputín, donde no guardaba otra cosa que un paquete de yerba y alguna galleta. A veces, ni eso había. En un rincón, la lámpara de kerosén y colgada del tirante la lata de veinte litros con la que traía el agua de la canilla al pie de la ventana de la casa de piedra. Dos o tres cajones de kerosén servían de asientos, dos platos de latón, una pavita, una olla chica, una espumadera y un cucharón, mis enseres. Mis únicos adornos, un pedazo de espejo que había asegurado con tres clavos y un mapa de la provincia de Buenos Aires con todas sus redes ferroviarias, que yo solía contemplar largas horas. En la pieza, además de la cama de hierro y otro cajón de kerosén para hacer de mesa de luz, tenía un baúl. Sólo una vez estuvo abarrotado fue cuando Losada tuvo que disparar de la cana y andar escondido, y me trajo su biblioteca y sus papeles. El piso era de tablas anchas que yo conservaba muy blancas porque los sábados las fregaba con agua y jabón y un cepillo de mano. El agua llovida la traía del pozo de doña Ercilia o del de la Nona Poletta.

Un día en Iturraspe el Francés me descubrió otra costumbre. Habíamos bajado de un carguero. Miré con detenimiento, reconocí el lugar y fui a hacer la ranchada junto a los bretes. ¿Por qué elegiste este lugar? me preguntó. No sé. Será porque hace unos años en mi primera crociada con un amigo de Tandil paramos en esta estación y armamos aquí la ranchada.

Después yo mismo me observaba: cuando llegábamos a un lugar donde antes había estado, siempre elegía, sin pensarlo, el mismo sitio donde había acampado la vez anterior.

*Hay lugares,- me decía el Francés-, a los que siento la alegría de volver. Son un poco como mi casa. A lo mejor somos como los animales, agregaba. La vaca en el corral siempre se echa en el mismo lugar, el perro de las chacras hace lo mismo, los pájaros vuelan centenares, miles de kilómetros para dormir en el mismo monte y hasta hacer su nido en la misma rama. Yo escuchaba y pensaba en Tandil, en La Movediza y me decía interiormente que no quería volver, que mi querencia estaba ahora en las vías.*

Fue precisamente en Iturraspe donde estuve algunas semanas separado del Francés, por una changa que me ofrecieron. Habíamos salido con mi compañero por el callejón hasta un campo minado de peludos donde iríamos a cazar. Al poco andar nos alcanzó un chacarero en un sulky. *Ando buscando un peón para el pasto. Son cuatro o cinco días, pero ustedes son dos...* El Francés quería ir en mi lugar, pero yo insistí, le di los últimos centavos que me quedaban y nos separamos tras haber andado varios meses juntos. *Espéreme en la estación,* le recomendé. No me gustaba dejarlo, pero la necesidad obligaba a aceptar la changa. En la chacra hice montones de pasto de alfalfa. Una mañana en que el patrón iba para el pueblo le pregunté si podría llegar a la estación y darle cinco pesos de mi cuenta a mi compañero. El patrón aceptó, sorprendido. Pero cuando al mediodía regresó, me dijo que no lo había hallado. La changa en la chacra se fue estirando, luego del puesto fue alambrear, después carpir la huerta, cortar leña y cuando todo se había terminado y me preparaba para regresar a la estación llegó un chacarero vecino y me ofreció trabajo. Yo no podía olvidar al Francés, pero el pueblo quedaba a más de dos leguas y el trabajo en el campo no se interrumpe si no es por lluvia. Buena cocina, buen patrón y dos ojos como dos luceros, que me encandilaban. Cada vez que levantaba la vista me estaban mirando. Pero cuando uno se va aquerenciando tiene que irse.

- *¿Ya se va?* -me dijo bajando los ojos.

Salí para el pueblo con la promesa de volver. Bajé del sulky de mi patrón, rumbié para los galpones y lo vi al Francés, sentado en el suelo, las piernas estiradas, la espalda apoyada en la pared del galpón, leyendo. Se paró y nos dimos un abrazo, como si hiciera años sin vernos. *¿Y esto?*, le pregunté al ver el libro que estaba leyendo: *Las Flores del Mal*, de Baudelaire, pero en francés. Me lo dio un paisano mío, dijo. Cuando nos separamos días atrás, caminé una media legua y me alcanzó un auto. El que manejaba me ofreció trabajo y acepté. Él también era francés. Yo nunca quise trabajar con paisanos míos, porque piensan que un linye compatriota los deshonorra y entonces procuran que uno deje esta vida. Me tomó para que le cortara los yuyos de la chacra, pero una noche le ayudé a su hijo a resolver un problema y quiso contratarme como maestro. Traería a otros paisanos para que me enviaran sus hijos. *No puedo,* le dije: *me espera un compañero en la estación.*

Qué tipo el Francés. Me doblaba en años y me triplicaba en cultura y experiencia. ¿Por qué dejó aquella propuesta de su compatriota de Iturraspe y se volvió a la estación para esperarme? ¿Qué pudo haber encontrado en mi compañía?

De nuevo andábamos llenos de plata. El Francés me propuso de súbito irnos en el primer carga. Me di cuenta que temía que su compatriota pudiera llegar a la estación y lo encontrase. Y cuando en la tarde pasó un tren para Las Rosas, lo tomamos. Instalados, me subí al techo de un vagón:

- *Quiero darle un último vistazo a la chacra.*

Yo miraba con atención. Las paredes blancas, el monte, la calle que iba de la vía a la tranquera. *¿Ya se va?* me había dicho esa mañana. *¿Ya se va?* y su voz seguía resonando dentro de mí.

- *¿Qué bicho te picó?*

- No, nada.

Nos quedamos callados. Le sobran los años como para que yo pudiera disimular o engañarlo.

Al anochecer abandonamos el techo y nos metimos en un vagón, porque había refrescado. En otra estación subió un linye que andaba perdido: se había equivocado de ramal. Era un muchacho, poco más de veinte años, estudiante peruano. Había recorrido varios países de América y venía de Bolivia, casi por los mismos días en que nosotros había estado en Tucumán, y ahora se dirigía a Rosario. Quiso saber de nosotros, los caminantes, por qué andábamos por las vías, si todos estaban informados de historia, política, libros, y si todos eran tan dados con los desconocidos como habíamos sido nosotros con él.

Lo mejor sería que lo fuese descubriendo por sí mismo. Pero me pareció oportuno advertirle que en la vía andaba de todo y que tenía que aprender a ser prudente y desconfiado hasta que conociera a quién tenía delante. La mayor precaución debía tomarla cuando llegara solo a una estación y no hubiera más que un linyera. Yo, por ejemplo, me acercaba hasta él y como primera medida dejaba caer el mono entre él y yo. Luego daba un paso atrás y lo saludaba. El mono entre él y yo servía de obstáculo si él pretendía atacarme: primero tendría que saltar sobre él o hacer un paso al costado y me permitiría esperarlo con el fierrito asador y ensartarlo. Pero el mono también era obstáculo para mí, de modo que al haberlo dejado caer entre los dos le estaba diciendo que yo tampoco pretendía atacarlo.

Recordé entonces la necesidad de tener siempre la mano derecha libre (si uno no es zurdo) en ocasiones similares. Una vez yerbiaba lejos de una estación cuando vi que venía un milico. Me quedé esperándolo mientras lo miraba de reojo. Cuando faltaban unos veinte metros vi que traía la fusta en la mano derecha, pero en ese momento la pasó a la izquierda, y con la otra tanteó la canana. Saludó, le contesté que andaba buscando una changa y le ofrecí un mate. En ese momento, acomodó la argolla de la fusta en el pulgar izquierdo y me tendió la mano, mientras al inclinarse llevó naturalmente la mano derecha hacia atrás, rozando nuevamente la culata del revólver. Si él hubiera usado la derecha para agarrar el mate, y yo lo hubiese atacado habría perdido un tiempo precioso: soltar el mate, echar mano hacia atrás para empuñar el revólver y defenderse. Así, todo pareció más natural. Luego, en ocasiones similares, siempre tomé igual precaución: la mano derecha libre ante desconocidos y cerca del fierrito asador.

La llegada a la estación con un solo linye allí, era siempre lo más difícil. Si el otro empezaba a hacer preguntas o a mirarme el mono, yo empezaba a desconfiar y lo iba tanteando como no dándole importancia, para demostrarle o aparentar que yo era linye viejo. Cuando llegaba la noche había que quedarse junto al fuego observando con disimulo lo que hacía el otro. Si me invitaba a meterme en un vagón para seguir charlando yo le decía que no, que el vagón estaba muy frío o que el piso era muy duro y que me gustaba más dormir en la tierra. El joven peruano me miraba con atención y yo lo imaginaba así en las clases de la Universidad. ¿Y si el otro insiste?, me preguntó. Seguramente se va a ir a dormir al vagón. Entonces yo me acuesto después que él para observar sus movimientos. Las precauciones siguieron: si el otro se quedaba remoloneando para acostarse y me preguntaba si no me iba a los ponchos, yo como no dándole importancia, le decía que no tenía sueño y que más lindo era estar al lado del fuego, así le daba tiempo a él para que fuese el primero en acostarse. Si él buscaba la cabecera del galpón para tender sus bolsas, yo con cualquier pretexto me acostaba a unos diez metros de él, por lo menos, pero vestido, con las alpargatas puestas y el fierrito asador bajo el poncho, y de modo que siempre pudiera ver la cama de él. Luego me hacía el dormido pero vigilaba. Si durante la noche se levantaba y se encaminaba en dirección a donde yo estaba, le preguntaba: ¿Qué le pasa, compañero, que anda levantado? Él quizá buscara algún pretexto: No; si voy a cambiarle el agua al pájaro. Y desviándose fuera a orinar entre los pastos. Pero jeso es para no poder dormir!!, me dijo el peruano. Justamente, ya en toda la noche no pegaría los ojos, aunque



con lo hecho hubiera demostrado al otro que yo era linyera veterano y que lo estaba sobrando y esperando. Si llegando el día no caían otros linyeras a la estación y yo no tenía pensado salir a buscar changa, en el primer carga que pasara para cualquier parte lo tomaba y me iba del lugar.

Eso hacía que tampoco de ese modo arraigáramos en ningún lugar y en ningún afecto tampoco.

El peruano, impresionado, me preguntaba si todos los linyes eran peligrosos. No, los peligrosos eran pocos, pero uno nunca sabía dónde se hallaban. La mayoría de los crotos eran gente de trabajo que por una circunstancia u otra, salía a ganarse unos pesos y viajaban en trenes de carga porque no pagaban pasaje y se ahorraban el costo del viaje. Luego, aprendían a vivir como nosotros, al raso y comiendo lo que la vía diese, y había quienes vencidos por los años y a veces por el vicio, se hacían caminantes lerdos o crotos fijos y se amontonaban en las playas de maniobras de cierta importancia o en las ciudades grandes para vivir del mangazo, la caridad y los desperdicios. Iban entregándose poco a poco a la bebida y la corrupción. De ahí salían a veces los “matrimonios” entre crotos. Oí decir que una vez descubrieron a un linyera que tuvo de amante al cadáver de otro crotos por varios días.

El peruano abrió los ojos muy grandes cuando le hablé de los permanentes, los que sólo salíamos de la vía por una changa o un pique y luego volvíamos a ella para no abandonarla. Entre los permanentes iba a encontrar los extremos: líricos, románticos, soñadores, y también de los otros: asesinos, putos, ladrones, locos, maniáticos, todos mezclados.

Con el Francés se sacaban chispas hablando de Europa, de la Revolución Francesa. Nombraban a Robespierre, a Dantón y a Marat. Fue la primera vez que vi al Francés hallarse apurado. El peruano, joven, brioso, llena su cabeza de libros, atropellaba. El Francés, más sereno, con su gran experiencia de vida, reculaba un poco, lo dejaba extenderse, mostrar su garra, y luego suavemente lo acorralaba, sin levantar la voz ni fantasiar. Luego abordaron el tema de la Comuna de París y las razones de su fracaso. Yo los escuchaba sin abrir la boca más que para ofrecerles un mate o avisarles que el guisito estaba listo. El peruano sostenía que la única revolución posible era la de la acción directa y le gustaba repetir la frase de González Prada, el profesor libertario de la Universidad de San Marcos, en Lima: los jóvenes a la trinchera. Los viejos a la tumba. Decía que América no estaba preparada para los cambios porque todavía eran tiempos del amo y del esclavo.

Seguimos viaje con nuestro nuevo compañero y algunas veces ofició de ayudante de cocina pelándome las papas y trayéndome agua y leña. Fuimos de Tostado a San Francisco, nudo ferroviario con dos líneas: la Trocha y el Central Argentino y de donde salen nueve ramales: seis para distintas partes de Santa Fe y tres de Córdoba. Y nos despedimos del peruano. Muchas veces, después, seguíamos recordando con el Francés su fervor para discutir, su claridad de conceptos, su amor a la verdad y a la libertad.

Amaneció en San Francisco con una cerrazón que no se veía a dos metros. La cerrazón es peor que la lluvia, porque moja, molesta, impide estar al aire libre, es peligroso caminar por temor a extraviarse, y lo que es más grave: nada se ve, ni un carguero, ni la señal de distancia, ni el paisaje para entretenerse. Como estar preso, encerrado en un calabozo. Y a veces hasta sin fuego, porque la humedad que todo lo penetra, moja la leña, ahoga las llamas, no las deja crecer. Todo el día estuvo así, sin perspectivas de poder salir. Al día siguiente despejó y al fin continuamos.

Después de unos días de yirar por distintas estaciones y ramales fuimos a dar a la Estación La Luisa<sup>23</sup> del Central Argentino. Hicimos ranchada junto a los galpones, donde había algunos

---

<sup>23</sup> Ex Central Argentino (hoy Mitre). A 17 kilómetros de Arrecifes (Pcia. de Buenos Aires).

linyes, con quienes nos pusimos a charlar y yerbiar. Por entre los galpones iba cruzando una chica en dirección a la estación. Entre nosotros había un linye medio potrillo todavía y al pasar le dijo una guarangada. Otro de los linyes que estaba cerca se lo reprochó:

- Después todos los que estamos aquí quedamos mal. ¿Y si da parte al milico?

Al potrillo la repreensión del linye no le gustó. Le contestó de mal modo y sacando un cuchillo se le fue al humo sin previo aviso. El otro estaba sentado. Era un hombre de unos cuarenta años. De un salto se puso de pie y debió de estar esperando el ataque porque sin mirar manoteó un palo que usábamos para remover el fuego y lo esperó. El linye joven titubeó pero le largó un hachazo que el otro cuerpió al tiempo que lo servía con el palo en medio de la frente. Lo dejó tambaleando, entonces le pegó, con menos fuerza, en el brazo y le hizo soltar el arma. Con toda tranquilidad se agachó, la recogió, fue hasta la vía, puso la hoja de punta en la unión de los rieles y la quebró. Recogió los dos pedazos, volvió a la ranchada y se los tiró a los pies. Todo esto sin decir una palabra.

El otro linye permaneció en silencio, luego levantó el mono y salió caminando por el callejón.

Con el Francés teníamos charlas cada vez más largas. Pasaba horas conversando, pero jamás cambiaba el tono, aunque a veces discutiera algún tema. No porque grite más que yo va a tener razón, decía. Ella vendrá sola y se va a quedar con quien la tenga.

Pero nuestra compañía estaba hecha, asimismo, de largos silencios. A veces, acampados en la cercanía de la estación o mucho más lejos, en la señal de distancia, uno de los dos salía a caminar por la vía. El otro se quedaba junto a los monos. Hacía cuadras y cuadras, mirando las cosas del campo, una flor que nacía entre los rieles, los árboles movidos por el viento, el avance de las nubes, las maniobras de un tren, algún animal que retozaba en el campo, la amenaza de la lluvia o la promesa de tiempo mejor. O sencillamente, caminaba y caminaba, con sus cosas adentro. Regresaba al rato y ya había nuevamente tema para charlar, sacado quizá de las mismas cosas observadas durante la caminata.

Una mañana el Francés traía un manojo de flores silvestres que había recogido en su andar. Me las dio sin comentario. Yo estaba terminando de hacer guiso. Fui hasta la vía, encontré una lata, en la bebida la llené de agua, le puse las flores y coloqué todo en medio de la ranchada.

- Hoy comemos con flores, como burgueses -dijo sonriendo el Francés.

Volvimos a pasar por Las Rosas<sup>24</sup>. Teníamos que decidir allí qué rumbo tomaríamos.

- Ya estamos en octubre. Yo tengo un compromiso con un chacarero donde trabajé para la fina, el año pasado. Para fines de octubre iba a volver a esquilarle una majadita y quedarme para la cosecha. Es por la zona de Cabildo<sup>25</sup>. Si te gusta, Rubio, vamos. Va a haber trabajo para los dos.

Me tentaba seguir con el francés. Nos habíamos hecho tan amigos, nos entendíamos tanto, hablando o callando. Pero me pareció que separarnos sería mejor, con la promesa de volver a encontrarnos.

- Mire, compañero, si usted tiene ese compromiso, vaya y cúmplalo. Yo me voy para Rojas. Allá me esperan amigos. Es linda la vida libre, donde no existe el reloj, pero de vez en cuando hay que volver a la civilización y darle un descanso al mono.

Pensaba para mis adentro que lo lindo que tenía la relación con el Francés era la libertad con que cada uno se manejaba y además, esos misterios de nuestras vidas, en los que el uno nada sabía del otro, como base de esa misma libertad. Esos silencios con que caminábamos a veces,

---

<sup>24</sup> Ex Central Argentino (hoy Mitre). A 162 kilómetros de Villa María (Las Rosas está en la Pcia. de Santa Fe).

<sup>25</sup> Ex F. C. Sud (hoy Roca). A 120 kilómetros de Bahía Blanca (Pcia. de Buenos Aires).

leguas y leguas y no obstante, tan comunicados, tan entendidos. Ahora, separados, estaríamos ligados por el recuerdo, hasta que un día...

- *Que no pase mucho tiempo para vernos de nuevo* -me dijo.

Habíamos salido sin apuro para Rosario con una escala en Cañada de Gómez. Allí tomamos la Puerto y acompañé a mi amigo hasta San Gregorio<sup>26</sup>.

Junto al viejo molino que se levanta a pocas cuadras de la estación, le dije:

- *En este mismo lugar, el año que viene lo espero.*

- *Para octubre. Del uno al diez.*

Movió la cabeza. Las palabras no le salían. El carga arrancó de nuevo, agitó la mano y mirando hacia la máquina, ya no se dio vuelta.

Me quedé mirando cómo el tren se hacía una mancha perdiéndose a la distancia. Después levanté el mono y salí por el callejón para Diego de Alvear<sup>27</sup>. Subí al primer carga y partí para Rojas. Y allí, después de varios años de andanza, hice un alto.

---

<sup>26</sup> F. C. Rosario Puerto Belgrano. A 223 kilómetros de Rosario (Pcia. de Santa Fe). Trocha ancha.

<sup>27</sup> Ex F. C. Buenos Aires al Pacífico (hoy San Martín). A 50 kilómetros de Rufino (Pcia. de Santa Fe).

## ONCE

*El mal de los chacareros fue la  
fiesta para ratones, polillas y gorgojos.*

MANUSCRITOS, foja 27.

Como si hubieran sido pocas las calamidades de la helada, al año siguiente, también para Diciembre, vinieron las inundaciones.

Un chacarero vecino había ido al campo de López para probar cómo andaba el trigo King Pirámide, una variedad que se había sembrado por primera vez en Hunter y tenía la particularidad de ser sin barbas. Alcanzó a dar dos vueltas porque venía tormenta y de tanto apurar a los seis animales que llevaba atados a la máquina, reventó una yegüita hermosa. Los otros cinco caballos aún avanzaban y las patas de la yegua muerta hacían un surco chiquito sobre la tierra.

Al completar la segunda vuelta había comenzado a llover. Bajo el primer chaparrón desatamos al pobre animal. Llovió en todo lo que quedó del mes.

La inundación fue tan grande que la creciente máxima duró ocho días y el río habitualmente de aguas mansas, creció hasta que sus orillas fueron todo el campo.

A mí me habían agarrado inundaciones crotiando por la zona cordillerana, para la época del deshielo. Esos ríos, recibiendo toda el agua de las nieves que se derriten en Privamera tomaban un aspecto terrible. Pero a la de Hunter<sup>28</sup>, como a todas las de llanura, se la vio venir, no fue de golpe, aunque sus efectos duraron muchas semanas. Los animales iban retirándose a las zonas más altas, hasta que el agua los alcanzó. La gente estaba absorbida por la cosecha fina y no mantuvo vigilancia. Luego fue tarde. Primero el agua cubrió los campos bajos, luego ascendió a los otros. Contábamos el nivel por los hilos del alambrado y en algunas zonas llegó a cubrir los siete hilos. No se veía nada más que agua y las copas de los árboles.

La correntada, aunque mansa, era fuerte. Levantaba las parvas y las corría cientos de metros como si fueran barquitos. Cuando se retiraron las aguas un chacarero fue a buscar su parva de lino, la halló intacta, pero en la orilla opuesta del río.

En las estancias reunían las haciendas en los campos altos, pero muchas de las ovejas, acalambradas por el frío y el agua, se ahogaron. Con otros linyers fuimos a ayudar a El Carmen, con el agua a la rodilla y a veces hasta el cuello para sacar a las ovejas de los islotes. Había que llevarlas, empapadas, sobre los hombros una por una, hasta un carro, y corríamos peligro porque tropezábamos con alambrados, postes, ramas que traía la correntada y que no alcanzábamos a ver bajo las aguas barrosas. Así un viaje y otro y otro más, todo el día del islote al agua, del agua al carro del carro otra vez al agua y de allí al islote. A veces los animales no resistían más y sin fuerzas ni para balar se los llevaba la corriente a morir lejos.

La inundación alcanzó al pueblo. Hunter quedó bajo las aguas. Un metro y más en algunas partes. En el almacén el agua pasaba por arriba del mostrador. Uno de los pocos lugares secos fue la estación, porque los ingenieros ingleses siempre habían tenido la precaución de construirla en el punto más alto de cada sitio.

La retirada fue muy penosa cuando mostró las huellas del daño. Los sembrados, inservibles. Colgados de los alambrados, los cadáveres de centenares de corderos que la correntada había arrastrado. Las casas con medio metro de barro adentro, y todas las ropas y los muebles

---

<sup>28</sup> Ex F. C. Federico Lacroze (hoy Urquiza). A 20 kilómetros de Rojas (trocha media).

dañados. Cantidad de gallineros devastados, árboles socavados y arrancados de raíz, alambrados en el suelo, caminos lavados y cortados, parvas deshechas y desparramadas en centenares de metros, aguas abajo.

La gente comenzó dificultosamente a rescatar sus cosas, a ponerlas al sol para secarlas, a limpiar el barro y ordenar lo que había quedado.

Empezamos mal la guerra -comentaba López en la noche de mi regreso de la gira por el norte con el Francés. Él también había hecho cálculos creyendo que los valores agrícolas iban a subir.

La gente no se quedó quieta, sin embargo, porque previó que el invierno y la primavera siguientes serían muy duros. Con el maíz que salvó engordaban algunos chanchos que faenaban al entrar el invierno. Cuantas gallinas se encluecaron las echaron. Sembraron papa, zapallos y otras verduras. A los pollos los criaban en jaulas para apurar el engorde. A los pocos meses empezaron a llegar una o dos veces por semana en sus jardineras con jaulas los acopiadores de huevos y aves, con cuyas ventas ganaban algunos centavos para comprar lo indispensable: harina, yerba, azúcar. Hubo jamón, chorizos y morcillas. Luego se aburrieron de comer diariamente puchero con huesos y cuero de chanco y pollos, gallinas y huevos en todas las formas posibles.

Cuando llegó la época de la siembra Gear y Borazi fiaron semilla a todo el mundo y se sembró como nunca. Los maizales fueron creciendo y eran una pintura. En Setiembre entramos con la escardilladora, porque entonces no se usaba todavía el matayuyos y la carpida era inevitable. Cada surco estaba a unos 65 centímetros del otro. La escardilladora, tirada por cuatro caballos, tenía tres conos que se bajaban a voluntad y avanzaban dando vuelta la tierra. Luego repasábamos los surcos, esta vez a pie, con una azada, para picar uno por uno los yuyos que la máquina hubiese dejado. En octubre volvimos a entrar con la misma herramienta, pero esta vez los conos iban más profundos. La tierra volcándose a uno y otro surco, aporcaba los jóvenes tallos de raíz, que ahora podrían seguir creciendo sin peligro de que el viento o su propio peso los descuajase.

Aquel invierno, la tierra endurecida por la escarcha, y con semejante frío, salir a arar. Todas las madrugadas, a las cuatro, cuando el día estaba aún lejos, y el aire helado, me despertaba un sonido metálico, como de campanas. Era Fiorito, el herrero, el “despertador de Hunter” que ya estaba picando las rejas de los arados, afilándolas, estirándolas hasta que fueran apenas un papel. Con un farol colgado de un alambre, iluminaba su bigornia. Entonces yo me levantaba, ataba los caballos, les daba unas horquilladas de pasto mientras tomaba unos mates y sin que aún hubiera roto el día, ya iba a los surcos. La tierra dura mellaba enseguida las trajinadas rejas del aradito con que cada chacarero hacía sus melgas. Entonces, a sacarlas, atar un caballo o un sulky y llevárselas a Fiorito para que las afilara. Y allí estaba Fiorito, rodeado de rejas mochas y de rejas recién afiladas con los nombres de sus dueños escritos con tiza blanca. Cada chacarero traía las suyas. Las rejas duraban muy poco y no tenían otras para reemplazarlas. Esas o ninguna. Fiorito lo sabía y no paraba. Por eso empezaba a las cuatro de la madrugada y dejaba a las diez de la noche: picar y picar rejas para que el maíz volviera a ser sembrado. Anotalas Fiorito, con la cosecha te pago. Así, casi todas. Fiorito tenía veinte años. Se había hecho cargo de la herrería, recién casado, cuando muriera su padre. Si Fiorito hubiera parado, no habría quedado una reja afilada para abrir la tierra helada de Hunter. Pero como no cobraba, su madre tuvo que tomar lavados y con las monedas ganadas así, alcanzaban a comer. Hasta la cosecha. ¿Y si la cosecha fallaba o no tenía precio? La libreta de apuntes seguiría acumulando anotaciones, y la batea de su madre cada vez con más ropa ajena para lavar. Muchos chacareros, desalentados por sucesivos fracasos, se iban, y tras ellos se iban los pesos de Fiorito, que nunca cobraría por haber picado rejas desde las cuatro de la madrugada hasta las diez de la noche. Fiorito siguió despertando a Hunter por varios inviernos, a las cuatro de la madrugada. Hunter no necesitaba

campanarios mientras tuviera a Fiorito. Hasta que un día las deudas lo acorralaron y se fue de Hunter, y su herrería quedó silenciosa y abandonada.

Con López y la señora nos parábamos a contemplar los maizales. Por donde uno mirara veía verde y verde y cuando los penachitos entraron a madurar y los ondulaba el viento fueron la alegría de todos nosotros.

- *Dios aprieta pero no ahorca* -decía entusiasmado López-. *Con tal que no venga otra calamidad* -suspiraba ella.

Yo miraba en silencio. Pensaba en la guerra y en que lo que se salva de las catástrofes naturales suele hundirlas el hombre.

Pero esta vez cosechamos. Ni heladas, ni inundaciones, ni sequías. La juntada fue una fiesta. Unas espigas gordas, un maíz colorado y lustroso coronaba las bolsas y se volcaba en la troja como promesa de fortuna. Cuando al terminar, la bandera quedó en alto, López nos abrazaba:

- *¡Ahora, que vengan lluvias o secas! ¡El maíz está en la troja!*

Estaba en la troja, pero no estaba vendido.

Las primeras alarmas las trajo del almacén un vecino: ese año la cosecha había sido buenísima en todas partes. Se calculaban, decían los diarios, unos diez millones de toneladas, que venían a sumarse a otros diez millones del año anterior. Para los de Hunter no podía ser peor: dos cosechas fracasadas, dos inviernos terribles y sin un peso y ahora que había una buena, sobraba maíz por todos lados.

Esta guerra no iba a favorecer a los chacareros argentinos: Europa comía carne y trigo pero no consumía avena ni maíz. Necesitaba petróleo y no caballos. El maíz lo pagaban dos pesos, contra cuatro o cinco de tiempos normales y hasta siete de tiempos mejores. Ahora los acopiadores recibían orden de no comprar.

Después de pasar la crisis del hambre, sobrevenía la crisis de la abundancia. Abundaba toda clase de alimento: carne, verdura, pan, maíz. Pero no había a quién vendérselo. No se conseguía un peso ni para remedio. Andaba la gente gorda pero rotosa, sin poder comprar ni alpargatas nuevas. Cuando venían los juntadores del norte y veían en los galpones tantos cueros y huesos de chanco conservados en sal no podían creerlo. Los patronos les daban cuanto quisieran y también chicharrones. En todas las chacras, con los primeros fríos empezaba la carneada que no terminaba hasta fines de Agosto. A los crotos siempre nos daban grandes puñados de chicharrones, y cuántas veces nuestra única comida habían sido chicharrones con galleta, aunque también los echábamos al guiso y a los fideos. Yo, en lo de López, hacía casi todos los días un quesito con la leche que sobraba. En una olla calentaba algo más de diez litros, le echaba un pedazo de cuajo y durante 40 minutos lo revolvía sobre la cocina. Con el pulso le tomaba la temperatura metiendo la muñeca en la cuajada, luego la volcaba en el molde y en los días de sol los poníamos afuera para que con el calor se hincharan. Al guardarlos otra vez en el frío conservaban los “ojos” que formaban al dilatarse.

Mientras, el maíz estaba pudriéndose en la troja.

Finalmente tuvo que intervenir el gobierno: lo compraría a dos pesos, puesto en chacra y nombraría al chacarero, depositario.

El maíz no aguantaba y se pudría. Cuando el viento estaba del lado del campo venía un olor que penetraba por las ventanas y las puertas, se metía en las habitaciones, nos perseguía a todos lados y no había cómo combatirlo, ni quemando azúcar u hojas de eucalipto. Durante el día, la palomita, un tipo de polilla que ataca al cereal, parecía un resplandor sobrevolando el techo de

la troja. Apenas caía la tarde comenzaba la danza de los ratones. Ya nos habían perdido el miedo, e iban y venían de carrera desde la troja hasta las casas, se cruzaban en nuestro paso, los pisábamos, nos llevaban por delante y nos cansábamos de echarlos y matarlos. Siempre había más y más. Todos los ratones del campo parecían convocarse al pie de cada troja. Trajeron una perrita ratonera, que no dio abasto, se empachó de matar ratones y como si nada siempre había más. Y no nos animábamos a envenenarlos con sulfuro por temor a que las chispas de la máquina prendieran fuego a la troja. Y como el maíz era del gobierno teníamos la troja precintada y las manos atadas.

El Banco de la Provincia de Buenos Aires tiró un cabo: lanzó un crédito con el lema Transforme su maíz en Carne. Prestaban mil pesos para comprar diez chanchas madres. El chacarero podría vender los lechones a veinte centavos el kilo. Además, el gobierno les vendía el mismo maíz a los chacareros que adherían al plan, en 50 centavos. Al fin pudimos meternos en la troja. Yo sacaba todos los días canastas de maíz medio podrido y lo tiraba a los chanchos. Y muchas espigas fueron a la cocina de leña. Nadie daba un centavo partido por la mitad por semejante cosecha.

No sólo nosotros lo quemábamos. También el gobierno lo vendía a las empresas ferroviarias para usarlo como combustible. Los ingleses por esos años debían echar mano a cualquier recurso porque no podían consumir carbón ni petróleo debido a la guerra.

Así fuimos tirando hasta fines de Agosto.

- Rosales, la semana que viene, si hace buen tiempo, vamos a empezar a arar -me dijo López cuando cenábamos.

- ¿Vas a sembrar maíz de nuevo? -preguntó la esposa, sorprendida.

- Papá ¿otra vez maíz?

López era un tipo sereno. Aflojó las ramas esperando que pasara lo más grueso de la tormenta. Luego dijo suave y finamente:

Sí. Otra vez maíz.

- Pero ¡nos vamos a fundir!

- Papá ¡no podemos seguir con el maíz!

- Bueno, entonces díganme ¿qué siembro? ¿Oro, huevos, querosén, palos de escoba? ¿A ver?

La ironía de don López silenció a sus oponentes. El martes siguiente inicié la arada para el maíz.

Hubo muchos otros López en todo el campo. La mayoría siguió sembrando maíz. Les iba mal y querían desquitarse con el mismo grano que los había arruinado, como si un clavo pudiera sacar a otro clavo. La cosecha fue apenas un poco menor y aunque el precio mejoró un poco -se vendió a un promedio de casi tres pesos- el fracaso escarmentó a muchos.

Las discusiones que yo escuchara en lo de Bocalatti tres años atrás se repetían en todas las familias chacareras. A veces venían con noticias tentadoras de Rojas, de Salto o de Pergamino: se abrió una fábrica, pagan tanto por día. Y es trabajo seguro todo el año. Fulano está trabajando de peón de albañil y ahora está por casarse. Otras era la carta de un pariente. Todas parecían decir lo mismo: Vénganse. Para qué seguir sacrificándose en el campo. En Buenos Aires les buscaremos trabajo. Los vamos a arreglar en una pieza hasta que consigan algo. Esto es otra vida.

López se resistió y aguantó a pie firme todas las tentaciones. Pero Ovidio, su hijo, habló con el mayordomo y le consiguieron trabajo en Rosario. Aunque era pichón ya había emplumado como para volar solo. López anduvo varios días callado, no sé si enojado o triste. Hasta creyeron que no iría a la estación a despedirlo. Pero la mañana en que se iba ató temprano el sulky, fue hasta el pueblo, volvió con unos pocos pesos prestados que le dio al muchacho y se fueron todos hasta Rojas porque el tren no paraba en Hunter.

La fidelidad de López a la chacra tuvo algo de compensación al año siguiente: el maíz se pagó a más de seis pesos. De Ovidio recibían cartas de cuando en cuando.

- *Ya ve lo que es la vida, Rosales* -me dijo un día mostrándome una carta de Ovidio: *-Nos cambia un hijo por un papel.*

De pronto, comenzó el éxodo.

Fue como si a todos los chacareros de Hunter les hubiese venido la fiebre por irse. En Rojas y en Salto comenzó a pasar lo mismo. Yo llegaba a un pueblo y tenía que escuchar:

- *La gente se manda mudar del campo. Se van a Buenos Aires.*

- *¿Sabes que el patrón paga una punta de pesos por hectárea si se le devuelve el campo antes de que venza el contrato?*

La noticia corrió de una chacra a la otra. Precisarón detalles: debían ser como mínimo tres chacareros linderos entre sí. Entonces dos decididos convencían a un remiso y entre los tres cambiaban por plata que parecía de la buena el derecho que habían tenido de trabajar la tierra arrendada. No bien desocupaban las chacras llegaban las tropas de vacunos a ocuparlas. Adiós chacra, adiós agricultura.

Los diarios se llenaron de avisos que anunciaban el remate de las chacras.

Un domingo fui a ver uno. En la tranquera estaba la bandera colorada. Lo anunciaban con bombas. Llegaban en sulkys, a caballo, en camioneta y hasta a pie. La gente fue amontonándose en el patio de las casas. Vendieron todo: hasta las macetas con plantas. Yo conocía a esa gente porque alguna vez había venido a hacer changas. Mientras el martillero subía al banco para comenzar las ventas vi a la abuela revolver entre las macetas. Una de las mujeres jóvenes de la casa se le acercó gesticulando. La abuela acabó por agachar la cabeza y abandonando la búsqueda la siguió en silencio.

A un costado del patio se amontonaban el arado, la escardilladora, varias riendas de tiro y otras de montar, unos recados, palas, azadas, horquillas, aperos y también ollas, cacerolas, palanganas, chapas viejas, tirantes y “muchos objetos más que no se detallan por su extensión” como decían los avisos de remates.

La gente de la casa se movía con apuro nervioso y sin objeto.

- *¿Y no van a quedarse con nada?* -le pregunté al hombre que pasó a mi lado dos o tres veces.

- *¿Quedarme? ¡Ni con una hilacha! En el pueblo vamos a comprar todo nuevo. ¡No quiero llevarme ni el olor de esta maldita chacra!*

Al mediodía pararon para comer un asado. La subasta siguió con el último bocado. Chacareros ricos, mayordomos de estancia y pichincheros pujaban ofertando. A prudente distancia aguardaron su turno todo el día carros, chatas y hasta algún camioncito. Cuando cayó la tarde les tocó a ellos. Una caravana lenta, como de hormigas, vizcachas y peludos enderezó por el camino con los restos de la chacra liquidada. Todo lo que era de fierro se vendió por chatarra a favor de la escasez de metales que hubo en la guerra. Hasta las camas de bronce se vendieron. Diez días después llegó por el camino una tropa de vacas y traspuso la tranquera guiada por los reseros. La casita de los arrendatarios que se fueron se volvió tapera.



En El Carmen donde estábamos nosotros, de sesenta chacareros que había en 1939, cinco años después quedaban la mitad. Las estancias fueron recuperando los campos consagrados a la agricultura desde principios de siglo y los volcaron de nuevo a la ganadería.

Algunas escuelitas de campo cerraron por falta de alumnos y tras los chacareros que se iban se fueron del pueblo muchos vecinos que quedaron sin trabajo, un tendero, un peluquero, herreros, almaceneros. Vendían sus chapas y los tirantes del techo para pagar el pasaje y se iban con lo puesto a Pergamino, a Rosario, a Buenos Aires. De lo que alguna vez fue su vivienda quedaron sólo las paredes y el piso.

Todos los días se iba alguno. Al cabo de los meses se notaba su ausencia por las huellas: los vidrios de las ventanas rotos, los yuyales avanzando desde el patio y el pueblo cada vez más quieto, solo y silencioso.

**DOCE**

*Ya estaba con él. Me daba lo mismo ir a cualquier parte.*

MANUSCRITOS, foja 20.

Era una mañana linda, de sol. Yo andaba con mi azada limpiando de yuyos la cabecera de un maizal, medio olvidado de todo, hasta del sitio del planeta al que me habían llevado las vías. De pronto trajo el viento, desde muy lejos, el pito de un tren.

Al principio no puse atención. Pero luego sonó más insistente y más hondo.

Sentí que me sacudía como despertándome de un largo sueño. Me apoyé en la azada y puse el oído en el viento. Al rato volvió a sonar, esta vez más firme y más próximo.

Abandoné el maizal, busqué al patrón, le pedí las cuentas, me miró sin comprender y me pagó. Cuadré el mono, lo cargué y me fui cortando campo.

No estaba seguro del rumbo, pero seguí. Con el sol alto paré junto a un alambrado. En el resto de la mañana y parte de la tarde no volví a escuchar ninguna pitada. ¿Me habría equivocado? Quizá hubiese errado la dirección. Hice un fueguito, yerbié y reanudé la caminata sin titubear.

Caía la tarde cuando me encontré con las vías, como si ellas hubieran salido a mi encuentro, a atravesarse en mi camino luego de haberme estado esperando todo el día escondidas entre los pajonales.

Subí a tierra firme. Jugué al azar si seguiría a derecha o a izquierda. No importaba demasiado, porque en uno u otro rumbo de la vía me aguardaban una estación, los galpones, el agua de la bebida, el refugio. Me eché a andar.

Finalizaba Setiembre. Que no vayan a pasar muchos años, Rubio, sin vernos de nuevo. Según su costumbre, el Francés ya debería andar aproximándose a San Gregorio.

Esa tarde pasó un carga y seguí hasta Junín. ¿Vamos para Córdoba? me propusieron unos linyes que encontrara allí. En Leones tenemos patrón para hacer la cosecha fina.

*- Me gustaría -les contesté-. Pero no puedo. Voy en busca de un compañero. En San Gregorio.*

Un carguero me llevó por lugares conocidos: Las Trojas, Vedia, Alberdi, Diego de Alvear. Bajé con neblina cerrada, cerca de donde dormían los linyes.

Me quedé yerbiando solo en la noche. ¿Cuándo vas a sentar cabeza, Bepo?, me preguntaban los amigos de Rojas. ¿Por qué de repente te agarran ganas de irte y te hacés humo? ¿No te gusta vivir aquí? ¿Qué es lo que te llama a la vía? Si yo hubiese sabido responderles, no me hubiera hecho a mí mismo esa pregunta tantas veces. Ustedes no pueden entenderlo, les decía. Pero yo tampoco.

*- Compañeros, sigo viaje.*

Y me metí en la neblina, buscando hacer la cortada por el camino real. No se veía a dos metros. En otras circunstancias lo hubiera considerado un disparate, pero eran tantas las ganas de llegar a San Gregorio que no esperé a que despejara y me largué, siguiendo un poco por instinto y otro poco guiándome por los alambrados del callejón. Caminé más de medio día y no quise detenerme ni para hacer fuego y yerbiar.

En las primeras horas de la tarde reconocí tras la cerrazón los contornos del molino. Cuando estuve seguro eché sobre el alambrado el mono y me metí en los terrenos del ferrocarril. Llegué a la vía. Del molino sólo divisaba su silueta borrosa. Luego reconocí el piso libre de pajonales, la tierra pelada y fui a dar al tanque australiano.

Era la guarida de nuestros encuentros con el Francés. Había un linye. Me convidó con fuego y con agua caliente. Charlábamos de cualquier zoncera cuando me preguntó si iba cerca:

- *No. Pienso acampar unos días. Espero a un compañero.*

Se le ensombreció el rostro. Estuvo en silencio, con la vista perdida sobre el fuego.

- *Yo siempre ando solo -dijo.* Y se puso a revolver las brasas con un palito.

- *¿Siempre solo?*

Tardó en contestarme.

- *Uno siempre está solo.*

- *¿Cómo solo?, le pregunté. - ¿Y los amigos? -Me contestó sin mirarme:*

- *¿Los amigos? Están un rato. Y se van.*

Yo aproveché mi retorno al viejo tanque familiar para darme unos baños y lavar mis pilchas, ya que al día siguiente la neblina había despejado y tuvimos un sol espléndido de primavera. La higiene en la vida linye estaba condicionada al tiempo, a los recursos y a la disponibilidad de agua. Y a las ganas. Cuando llegaban los días lindos yo aprovechaba como ahora un tanque, la bebida de los bretes o un arroyo, para bañarme. Me desnudaba, me quedaba nada más que con el pantaloncito de fútbol, llenaba la lata con agua y me la echaba encima tres o cuatro veces. Siempre procuré llevar un pedazo de jabón. Pero en invierno no podíamos darnos esos lujos. ¡Como para bañarnos! Eran los días en que guardábamos bajo los ponchos ramas y yuyos con que prenderíamos fuego al día siguiente, y no nos levantábamos hasta encenderlo junto a la cama casi sin sacar las manos. Después, juntando coraje y decisión íbamos hasta el agua escarchada y humedecíamos la punta de la toalla nada más que para lavarnos la vista. Eso sí: nunca me gustó andar con pelo largo y barba crecida. Llevaba mi maquinita y cada tres o cuatro días me afeitaba, mirándome en un pedazo de espejo que también guardaba, con la máquina y el jabón, en la caja de lata. Junto con ellos tenía una tijera que me regalaran de propaganda en una tienda. Esto, por si en alguna ranchada, entre los linyes había alguno que se diera maña para recortar aunque fuera la pelusa. Y cada mes, o mes y medio, en cuanto tenía unas monedas iba a la peluquería del pueblo donde me hallase y me lo hacía cortar. Cuando anduve por el norte de la provincia, me hacía cortar con el Andaluz, especialmente en Pergamino, Salto y Arrecifes, donde alternaba su profesión de croto peluquero con la de juntador de maíz, pero siempre con su valija a cuestas, en la que llevaba tijera, peine, máquina de afeitar, una brocha que él mismo se hiciera con cerda de caballo y un pedazo de jabón. La valija era como las que usaban entonces los médicos, y no sé si por eso o por su costumbre de llevar yuyos medicinales y recetarios empezaron a llamarle Doctor. El mono del Andaluz era chiquito y usaba un guardapolvo gris, hasta los tobillos, muy gastado. Cobraba diez centavos la cortada, pero si algún linye andaba seco y con pelo largo se lo cortaba igual. Yo tuve, de linye, la manía de los baños. Cuando andaba por la zona de Arrecifes, desde que empezaba la Primavera y hasta el mes de junio siguiente iba a bañarme todos los días en las aguas del río. Algunos decían que estaba loco y que me pescaría una pulmonía. Yo creo que esa costumbre me preparaba mejor para soportar los grandes fríos que luego debí sufrir.

Desde el tanque donde había hecho mi ranchada veía la estación, que quedaba hacia el norte, y los tres galpones. A los bretes no los veía porque estaban del otro lado. Hacia el este, en un alto, se levantaba el pueblito, iluminado por las noches con una luz eléctrica muy débil. Frente a la estación, a cuatro o cinco cuabras de nuestra ranchada, había un boliche.

Pasaron varios días. Con el otro croto hacíamos la comida por separado, pero yo le invitaba a mi ranchada o él me invitaba a la suya. Ninguno de los dos perdía autonomía.

Durante cuatro días y cuatro noches mantuve el fuego. Me despertaba antes que aclarase para alimentarlo y ya ponía a calentar el agua de la pava. Setiembre había terminado. Era cuestión de días, o quizá de horas. Cada carguero que llegaba del sur me hacía parar la oreja.

En la madrugada del 3 de octubre escuché el paso de un carga. Venía del sur. Escuché que se detenía en la estación. Luego pitó y arrancó de nuevo. Estaba aclarando. Por la vía venía un linye en dirección a nuestra ranchada. El corazón empezó a latirme con fuerza. A mitad del trecho se detuvo y miró con atención para todos lados. Lo observaba desde debajo de los ponchos sin perderle pisada. Al fin vi su gorra, reconocí su perfil.

- ¡Compañeroooo! -grité.

Se sobresaltó, giró la cabeza y miró hacia donde estábamos. Yo me paré de un salto y corrí a su encuentro. Nos abrazamos. Estuvimos largo rato sin pronunciar palabra. Desde que le dejara había envejecido. Estaba canoso y parecía agobiado.

¿Estás bien, Rubio? Vos, siempre igual. Yo, mirá, algunas cositas de viejo. Todos estos años he venido en octubre. Nunca perdí la esperanza. Pero llegaba hasta el molino, esperaba. Y nada.

- *Venga a yerbiar, compañero. Mire la pava: cuatro días que está en el fuego, esperándolo.*

Amanecía. Recién entonces recordé al otro linye. Había estado mirándonos en silencio. Se incorporó para saludar al Francés. Después volvió a sus ponchos y nosotros nos quedamos charlando hasta que la mañana despertó todas las cosas. Al mediodía el otro tomó un carga y se fue.

Y una mañana que invitaba a caminar dejamos la guarida de nuestros encuentros y fuimos para Firmat, en la provincia de Santa Fe, donde abundaban las chacras gringas. Vamos a hacer algunos piques, me propuso. Llenaremos la jaula y después seguiremos crotiando tranquilos hasta la juntada.

Ya estábamos en plena zona maicera. Habría changa en el pasto, en la carpida, en cualquier cosa. Bajamos del carga y tomamos un camino. A la hora paramos a yerbiar. Pasaron dos o tres chacareros en sulky y nos miraron con atención. Pero nosotros no les dijimos nada. Estábamos ocupados con el amargo y no íbamos a interrumpirlo para pedir trabajo.

Nos quedamos dos días en Fuentes. De ahí seguimos a Casilda y después de unos días, tomamos para Cañada de Gómez, lugar de mi primera crotiada. Qué distantes me parecían aquellos días. Había algunos linyes, pero se notaba que cada vez éramos menos. Golondrinas ya casi no salían. Y los permanentes empezábamos a cargar edad. Jóvenes, linyes nuevos, no se veían. La ciudad, sus industrias, les abrían nuevas oportunidades a los muchachos. La guerra traía muchos cambios, y los muchachos cambiaban la aventura de la vía por la seguridad del trabajo estable.

Estábamos en Marcos Juárez<sup>29</sup> cuando el Francés me propuso un cruce. Saldríamos en busca de otro ramal que alcanzaríamos en Saira y La Flora. Eran alrededor de 40 kilómetros de caminata, no más de dos días de marcha. Con el sol alto salimos por el callejón. Quedaron atrás los últimos ranchos del pueblo. Los trigales de las chacras se doraban. Por el camino nos

---

<sup>29</sup> Ex F. C. Central Argentino (hoy Mitre). A 113 kilómetros de Villa María (Pcia. de Córdoba).

cruzábamos con chacareros que iban al pueblo o venían de él. No se veían autos ni camionetas. Habían tenido que sacar sus viejos sulkys y ponerlos en circulación de nuevo porque la guerra impedía proveerse de repuestos y neumáticos. En las chacras había visto yo a más de un Ford transformado temporariamente en gallinero, a la espera de días mejores.

La primera noche del cruce la hicimos junto a una tranquera. Cuando amaneció vimos que era la entrada de una estancia. Trigales a un lado, vacaje gordo al otro, por todos lados riqueza en una sola mano. Sus límites como los del mar, se perdían en la distancia. La segunda noche, nos quedamos charlando hasta tarde. El cielo estaba estrellado.

Me señaló la Cruz del Sur y me dijo que en su país el que perdía el rumbo buscaba en cambio la Estrella Polar. Yo le pregunté cuántas estrellas habría: centenares, miles, millones de mundos como el nuestro, me dijo, con cielo, con campos, con flores. Y aquí peleándonos por unos metros de territorio, el hombre explotando al hombre. A mí me apasionaba la Astronomía y seguí preguntándole. Él hablaba y yo me sentía cada vez más chiquito, más solitario. Sentía miedo. Él, como si quisiera tranquilizarme, dijo que los astros tenían planes fijos, de los que no podían salirse, sus órbitas dijo. Todos los astros. Hasta los cometas.

- *Los cometas son los crotos del cielo.*

- *Yo, como crotto, voy a donde quiero.*

- *No, Rubio. Vamos a donde la vía nos lleva. A donde están el maíz, el pique, la changa.*

- *Vamos al maíz. O no vamos.*

- *Alguna vez no iremos a ninguna parte.*

Él se calló y yo me fui a los ponchos.

Una noche habíamos hecho ranchada en una estación. La luna llena iba subiendo de a poco. El Francés me propuso:

- *¿Y si tranquilamos la vía hasta la otra estación?*

- *¿Cuál?*

- *Aquella* -dijo, e indicó hacia el noreste-. *Así caminamos y la vamos mirando* -y señaló la Luna.

La noche era tibia. Casi calurosa. Cargamos los monos, apagamos el fuego pisando las últimas brasitas. Y salimos sin apuro. Yo, adelante. Él, unos metros más atrás.

- *Escuché el canto de los grillos* -me señaló. Y en casi todo el trayecto nos acompañó su música.

La Luna nos daba de lleno en la cara, cada vez más alta y luminosa. El Francés me hablaba de ella: Nunca el hombre le puso el pie, hasta ahora. Pero alguna vez... y calló. Como unas lechuzas chistaran, me habló de la injusta fama de los pobres, tan útiles comiendo alimañas.

Nos envolvió un olor fresco, de alfalfa recién cortada. Olerla fue pretexto para detenernos un rato, hacer fuego y yerbiar.

Cuando reanudamos, todo el campo estaba iluminado y podían reconocerse los bultos: vacas y ovejas, echadas, rumiando o durmiendo.

El rocío comenzó a mojarme las alpargatas. Luego, también los pajonales nos humedecieron los pantalones.

Se levantó un vientito y yo, que iba pensando en las agüerías sobre las lechuzas, escuché como un largo quejido, bastante lejano. Otro golpe de viento, y otra vez el quejido.

Nos miramos. Creo que se sonrió. Y seguimos. Saqué el fierrito asador y lo aferré con la derecha. Pero más adelante respiré aliviado cuando adiviné la silueta de un molino. Cuando se levantaba viento, se movían sus engranajes, seguramente sin engrasar, y el ruido que hacía fue lo que me había parecido una voz humana quejándose.

- *Así se asusta la gente muchas veces* -comentó-. *No hay peligro mayor que un hombre con miedo.*

Cerca del molino abandonado encontramos leña. Alzamos un poco y seguimos.

- *Allá viene un linye* -dijo el Francés, que marchaba adelante-. Vimos el bulto que se acercaba. Instintivamente volví a aferrar el asadorcito. Faltaban unos veinte metros para cruzarnos, cuando bajamos los monos, y poniéndolos sobre uno de los rieles para darle paso nos detuvimos. El otro achicó el tranco y dos o tres metros antes, saludó y dejó su mono sobre el otro riel.

- *¿Cómo anda la cana por allá?*

- *Mansa* -le respondimos.

No hablamos mucho más. Siguió su marcha y nosotros también.

De pronto, al fondo de la vía, pareció verse un resplandor. El Francés pisó con atención uno de los rieles, como escuchando.

- *Viene un tren* -al rato agregó- *Carguero. Viene despacio.*

La luz creció. Se hizo cada vez más grande, y pronto fue nítido su traqueteo lerdo. Cuando nos cruzó vimos varios linyes que techaban. Saludaron con el brazo en alto, en silencio.

-*La estación debe estar lejos todavía. No se sintió el pito de salida. ¿Seguimos o tendemos?* -me propuso.

Todavía tenía ganas de caminar, y él también. Alzamos los monos y otra vez en marcha. Ahora la vía corría por un bajo. Rebrillaba el agua entre los pajonales. Unos teros volaron amenazantes sobre nuestras cabezas. Los perros oyeron la alarma y empezaron a torear. Había una chacra cerca. Una nube de mosquitos nos envolvió. Tras unas sombras que serían seguramente un monte, una estrella resplandeció como nueva.

- *El Lucero. Pronto va a aclarar* -sentenció el Francés.

Como si la estrella los hubiese despertado, los gallos de las chacras comenzaron a cantar. La estación aún no se veía. Pero tras una caminata, reconocimos la señal de distancia. Hicimos fuego y, por tercera vez en el cruce, yerbiamos. No lo dejé apagar, junté pasto verde y húmedo y lo eché para hacer humo y espantar a los mosquitos, que no nos daban paz.

Tendimos y bajo los ponchos, cansados y contentos, nos recuperamos del viaje, hasta que el sol volvió a pegar en la ranchada.

La Luna llena se había perdido tras los montes del oeste.

Reanudamos la marcha. Una changa por dos días en una chacra se hicieron trece o catorce: limpieza de los surcos antes de la cosecha, cortar a guadaña el pastizal de un monte de frutas, hachar unas plantas secas y hacer leña, limpiar a machete los abrojos de los alambrados. Nos alcanzó la cosecha, trabajamos entrando bolsas. En una chacra vecina emparvamos alfalfa durante tres días. Cuando decidimos seguir el cruce -que pensamos en un principio iba a ser de dos días- había pasado casi un mes y teníamos la pila cargada: en la jaula llevábamos canarios, loros y bajaras como si fuéramos un banco.

Era el atardecer y el sol iba aflojando. Llevábamos media hora de marcha, cuando mi compañero se detuvo, mirando a lo lejos, y me señaló:

- *Allá en el juncal de ese bañado ¿no es humo lo que se ve?*

Enderezamos para la columnita azul que se elevaba a favor de la falta de viento. ¿Quién podría haber acampado en un sitio tan hostil

Entramos con cuidado para no meternos en el agua, buscando al linye que hubiera hecho fuego en semejante lugar. Lo que vimos nos paralizó:

Un viejo cuya edad no podíamos calcular, cubierto de harapos, puro hueso y piel. La melena blanca le cubría la mitad de la espalda y la barba descendía hasta la cintura. Con otro andrajo se ataba la cabeza. Sus pies desnudos pisaban la tierra húmeda o se metían en el agua sin otra protección que la costra que los cubría. Su color era el de la tierra y sus manos parecían de barro.

- *¿Ya terminó la guerra?* -preguntó y rehuía la mirada. Se había sobresaltado al descubrirnos. Parecía un animal asustado.

- *¿Qué guerra, abuelo?*

- *¡La del Chaco! ¡Se llevan los caminantes a la guerra!*

Todo lo susurraba con un hilo de voz, como si de tanto estar en silencio días, años quizá, hubiese perdido el habla.

Le dijimos que la guerra del Chaco había terminado hacía mucho.

- *¡No me mientan! Dicen que a los caminantes se los llevan. Pero yo estoy escondido aquí. ¡A mí no me van a llevar!*

Era algo más que un cadáver hablando y a cada estremecimiento parecía que iba a quebrarse.

Lo miré al Francés. Estaba sombrío. Miré en mi derredor: juncos, agua, cielo. ¿De dónde sacaría ese pobre diablo madera para la leña y alimento para no haberse muerto del todo?

Nos reveló que comía ranas, peludos y raíces.

- *Abuelo, tome.* -Y de mi bagayera le pasé casi todas nuestras provisiones.

El viejo alzó hasta nosotros su mirada. Tenía ojos muy claros.

- *Gracias, hijo, gracias.*

La mirada se le volvió brillante y luego húmeda. Lo palmeamos y ni el Francés ni yo pudimos seguir hablando.

Mi compañero le puso unos pesos en la mano y le dejamos una manta.

Cuando ya íbamos a dejar el claro del juncal volví la cabeza. El viejo removía el fuego. Con los dedos sacaba de su tacho comida que le habíamos dejado. Ya no miraba a ninguna parte. Su única preocupación era comer.

## TRECE

*¡Compañeroooo...!*

MANUSCRITOS, f. 30 vta.

Atardecía. Por detrás de los yuyales, a una o dos leguas se alzaba el humo negro de una locomotora. Las vías, otra vez. Acababa nuestro cruce. La tarde se había puesto muy pesada. Durante todo el día había estado soplando viento norte y el sur estaba cada vez más oscuro y cargado. Acampamos junto a unos alambrados al pie de un molino viejo que cada tanto tiraba agua como si despertase de su larga siesta cordobesa. Juntamos leña y cuando volvimos para hacer el fuego ya había anochecido. Los mosquitos no nos dejaban en paz. Pero al prender el fuego pareció que todos los bichos del campo se hubieran sentido atraídos. Fue como si cayeran al fondo de un pozo donde ardía nuestro fuego. Nubes de bichos voladores se precipitaban sobre las llamas y no las dejaban crecer. Ardían cascarudos, cotorritas y otros insectos que chocaban con nosotros, nos llevaban por delante y caían al fuego. La llama finalmente cobró vida y fue más poderosa que la nube que la ahogaba. Los arrebató a todos. El bicherío fue una llamarada más. En eso viró el viento, se puso del sur, la temperatura bajó de golpe varios grados y una hora más tarde comenzó un frío terrible. Teníamos ponchos livianos, andábamos sin bolsas maiceras y tuvimos que pegarnos junto al fuego para protegernos y encontrar un poco de calor.

Le di mate cocido a mi compañero. No tendríamos otra cosa hasta el día siguiente, porque luego del encuentro de la tarde en el bañado, la bagayera había quedado en cero.

El Francés rodeó con ambas manos la lata de duraznos que ahora hacía las veces de jarro, como si buscara calentárselas. Desde que nos despediéramos del viejo del juncal no había despegado los labios.

*- Nosotros vivíamos en una granja. A orillas del río. Por la noche la criada servía café con ron a mis padres. Y a mi hermana y a mí, que jugábamos junto al hogar, nos daba té con una gran cucharada de miel... Yo no conocía entonces el mate cocido. Ahora, a tanta distancia, es mi cena. En medio del campo.*

Fue la única vez en toda nuestra relación que habló de su infancia. ¿Habla para mí o para él solo?

Continuamos viaje a Villa María. Nos instalamos unos días en Casa Grande, sitio apacible, cielo limpio, sierras mansas, lomadas azules y verdes. Despertábamos con el canto de los pájaros. Él tendía los espineles en el arroyo y yo iba de piedra en piedra buscando yerbas aromáticas y medicinales. Luego tomaba sol y en la olla hervían los pescados.

Seguimos para San Esteban, pero aunque el lugar era hermoso lo abandonamos porque aparecieron veraneantes y preferíamos la soledad. Sin apuro levantamos los monos y rumbiamos a Tucumán. Una changa en una quinta de Leales. El dueño, un gringo que cultivaba plantas de tomates en un invernadero y todos los días contemplaba goloso cómo se iban poniendo pintones. Pero a nosotros nos tenía a acelga hervida, sopa de verduras y una naranja. *Si está queriendo que seamos vegetarianos, dije, yo le hago un tiro a los tomates.* Arranqué los más maduros y los comimos. Al mediodía nos echó a todos. ¿Y ahora qué hacemos?, le pregunté al Francés, un poco preocupado por la macana que acababa de hacer.

*- ¿Qué te parece si vamos a las Termas de Río Hondo a darnos unos baños?*



Así era él: nunca perdía la cabeza ni el humor. Trabajar lo indispensable para ir tirando, para el buýon y para pitar. Y después seguir. Nunca reprochar al compañero sus errores. Decía que el agua que había corrido no podía volver a mover la rueda del molino. Presente, sólo presente.

Termas era entonces un pueblito y toda clase de gente llegaba para beneficiarse con sus aguas. El clima era tibio, acampamos a orillas del Río Dulce y nos quedamos varios días porque como es punta de rieles de un ramal que sale de Leales, el carga corría sólo algunas veces por semana. Abundaba la pesca y todos los días íbamos a “los tachos”, como llamaban a un lugar con casillas donde uno pagaba unas monedas y podía darse una ducha de aguas termales.

Después volvimos a Tucumán y de allí a Cruz del Eje, para tomar la Trocha y llegar a La Rioja. Pasamos por Castro Barros, Chamental y Patquía. Cómo cambió en pocos kilómetros el paisaje. Todo se volvió triste, desértico. Alguna majadita de cabras flacas y cada tanto alguna vaca aspuda, todo osamenta. El sol de enero reseca los llanos, interrumpidos de lejos en lejos por un ranchito del mismo color de la tierra, con gente que se movía arrastrándose e iba quedando también del color de la tierra, como preparándose para ser todo uno.

Aquí no había alambrado ni otro tipo de cercas que el que la misma naturaleza da: las ramas pinchudas del monte. Para proteger los escasos sembrados apilaban y superponían oblicuamente brazadas de ramas que contorneaban el terreno en cuyo interior crecía algún maizal ralo o un zapallar. Cabras ni ovejas se animaban a saltarlo.

- *Mire, compañero* -le señalé al Francés-. Envuelto en el polvo que él mismo levantaba, un campesino empujaba trabajosamente su aradito de mancera del que cinchaba una mula. Manchaban de negro el paisaje ocre, casi blanco, algún algarrobo, unas higueras cerca de las casas. En el Otoño juntarían las bayas o los higos, los secarían y los venderían como pasas o harían dulces para cambiar por monedas el sabor amargo, salino, del arenal.

A La Rioja llegamos con el sol a plomo. No vimos un alma, como si la gente se hubiese derretido. Todo cerrado. Las casas, taperas. Levanté y salimos para los galpones. Las chapas quemaban al tocarlas. No bien el sudor quería refrescarnos se volvía barro blanco pegoteando el polvo que nos cubría la frente, la boca, el pescuezo.

Un catango permitió que acampáramos bajo unos paraísos, la única sombra en cuadras y cuadras a la redonda.

- *No prendan fuego* -dijo mirando hacia la estación-. *Yo les via'dar el fogón.*

Apartó una olla de tres patas que tenía en el fuego para que pusiéramos el agua. Estábamos yerbiando cuando apareció con una fuente de lata. Traía carne de chivito estofado con habas y papas. Y en una vasija de barro, vino casero, fresquito.

- *Es domingo y ya han cerraos los boliches* -dijo como excusando su hospitalidad. Cuando quisimos pagarle se negó. Le dejé unas monedas a sus changos.

Los catangos. Nunca supe por qué los llamaban así. Eran los peones de las cuadrillas encargadas de reparar las vías. No los empleaba el ferrocarril sino el contratista. Ni sindicatos, leyes o convenios los protegían. Ganaban muy poco y estaban obligados a comer los mejunjes que les daba el contratista a precio de manjar. De mañana, muy temprano, salían en una zorra que por muchos años y hasta que aparecieron las de motor, accionaban a mano, uno bajaba una de las manijas y el otro la subía. Cuando llegaban al lugar donde debían reparar la vía, sacaban la zorra de los rieles, bajaban las herramientas y el cocinero su olla negra y demás cacharros. Entonces, mientras ellos ajustaban un durmiente, cambiaban una chaveta o rellenaban con balasto un bache del terraplén, el cocinero hacía una zanja junto al alambrado de la vía. La zanja era de menos de un metro de largo por cuarenta centímetros de ancho y apenas unos veinte de profundidad, en proporción a la olla que usaba. Con unos pedazos de durmientes descartados armaba el fuego. Una lona tendida desde el alambrado les servía de reparo en los

fríos y los vientos y en los soles del verano. Casi todos eran extranjeros, en su mayoría italianos, polacos y españoles. Conocí a muchos capataces que también eran italianos. El trabajo no los mataba pero siempre estaban bajo la mirada vigilante del capataz. Sólo paraban cuando cruzaba algún tren. Si era carga mejor, porque iba despacio y era largo y daba más tiempo para la pausa. Ellos, los catangos, eran como los eslabones perdidos entre la vida civilizada y los linyes. Porque muchos catangos, cansados de la vida dura a tumba y garrón, preferían liberarse de la vigilancia del capataz, y se iban de crotos. A la inversa, algunos linyes, acosados por el hambre, aceptaban trabajar temporariamente en las cuadrillas como catangos. Hubo un tiempo tan malo en que hasta yo pensé en hacerme catango, porque hubiera sido la única forma de comer todos los días, pero conseguí salvarme a tiempo. Eran generosos. Uno iba a veces tranquilando la vía y se encontraba con una cuadrilla. Salú, buen día, ¿cómo va eso?, preguntaba. Bastaba para que lo invitasen a comer un plato de puchero o de guiso. Por lo general eran hombres solos, pero a veces vivían con su familia en casillas de chapa, que se levantaban en terrenos del ferrocarril.

Cuando aflojó el sol y salimos a caminar vimos lo que daría esa tierra cuando tuviera riego: corría una acequia y los sauces verdeaban de lo lindo. Vimos los primeros olivares que habían plantado en la provincia. Aún eran tiernos y todavía no daban aceitunas.

De La Rioja volvimos a Serrezuela, en Córdoba, para tomar un ramal de La Trocha a San Juan. Otra vez las tierras áridas, tristes. Cada tanto, una choza y, a veces, en la costa de la vía, una cruz.

Había seca. Era inútil mirar al cielo. No llovía jamás. En Pie de Palo estaban vendimiando. Hicimos un pique chico, de pocos días, para probar el trabajo. Salíamos el Francés y yo con los canastos por las hileras de viñas con una tijera cada uno, cortando racimos. Familias enteras se movilizaban para la cosecha de la uva. Pero no tenía la tristeza de la zafra. Más bien semejaba la alegría de la juntada maicera. El culto a la difunta Correa empezaba a tener adeptos. Hablar de política era toparse con el cantonismo, tanto más fervoroso cuanto más se había acentuado en los últimos años la explotación del trabajador y la política a favor de las clases ricas. Algunas mujeres participaban en política desde que Cantoni, en 1927, implantara el voto femenino. En esos días, el gobierno militar abría una nueva esperanza a los seguidores del cantonismo.

A fines de febrero salimos para Mendoza, distante unos 150 kilómetros por el ex F. C. Buenos Aires al Pacífico, que nos llevó hasta Cañada Honda. Allí, nudo ferroviario, tomamos un carga que venía de Albardón y llegamos a Mendoza en la madrugada. Nos volvíamos a Panquegua a una legua de la capital.

Panquegua era un pueblo muy chico entonces, con casitas de material y a la vista las montañas de la precordillera. Cerca de nuestra ranchada había dos linyes más. Uno era árabe, el otro griego. El griego era muy conversador y resultó que conocía a fondo la historia de su país y especialmente la de la antigüedad, con el esplendor de Atenas. Con el Francés estuvo hablando primero de los personajes de la mitología y después mi compañero lo llevó hacia el tema de los sabios y filósofos: Sócrates, Platón, Aristóteles. El árabe, como yo, escuchaba en silencio en aquella soledad que rodeaba a Panquegua, al pie de las montañas andinas hablando dos crotos de la Grecia antigua. Una vez no aguantó más y exclamó feliz, en su jerga: *Ber Dios, ¡cuánto saben!* y se retorció los bigotes con satisfacción.

De ahí seguimos para Las Catitas, desde donde tomamos hacia Monte Colman, luego de atravesar nuevamente lugares áridos y entrar al fin en zona irrigada y fértil.

Tomamos el ramal del oeste y fuimos bajando por la provincia de Mendoza hasta El Bagual, ya en San Luis. Qué buenos nos parecieron los amargos que tomamos cuando bajamos, tras haber andado todo el día arriba del techo con un sol que nos quemaba, la boca reseca y las aguas malas y calientes en casi todo el trayecto.

Un especial de Hacienda nos llevó hasta Realicó, límite de La Pampa con Córdoba. Empezaba nuevamente la zona triguera. Había linyes esperando para ir a juntar fruta al valle de Río Negro, o para irse a la juntada en el triángulo maicero. Febrero era un mes sin mucho trabajo, de expectativa y acomodo. En marzo empezaban las aradas y la segunda esquila en las estancias ovejeras del sur, dos variantes que los linyes que no elegían el norte solían tomar.

Pero nosotros seguimos hacia Catrilo. El viento del oeste comenzó a soplar cada vez con más fuerza. Yo miraba la tierra amarilla, casi parda, apenas aquí y allá unas matas de paja y pastos duros, y el cielo limpio sin una esperanza de nubes. Como un fulgor distante, el viento empezó a quedarse con las cosas. Nos costaba mirar, pero no quería perderme lo que veía. El ventarrón levantaba nubes de arena, me azotaba la cara y se me metía en los ojos. Bastaba que la arena volando hallara un obstáculo para que, si el viento no podía removerlo, la arena empezara a cubrirlo. En otros casos el viento despeinaba los médanos que había formado en la ventolera anterior y los iba bajando, bajando, llevándose la arena hasta otro obstáculo. Así caminaban los médanos y avanzaba el desierto en los límites de la pampa verde. Un médano bajaba. Otro subía.

Vi venir desde lejos, corriendo en la misma dirección del tren, algo como una pelota, saltando y brincando, entre nubes de polvo, tanto más velozmente cuanto más soplaban el viento. Era un ovillo de cardo ruso al que el viento y las rodadas apelotonaban. Rodaba y rodaba. Un alambrado lo atajó. Pronto vinieron tras él, tres, cinco, diez, un montón de cardos empujando al alambrado para vencerlo, y como no pudieron, se amontonaron, se superpusieron y finalmente otros cardos que venían rodando desde atrás treparon sobre los ya amontonados y saltaron limpiamente el alambrado para seguir rodando hasta el próximo obstáculo.

Cuando dejó de soplar vimos semisepultados alambres, troncos, postes y hasta una pared a medio cubrir. La gente se apresuraba a destaparla antes que viniera la próxima soplada y la enterrara del todo. Pero más allá, a la inversa, habían plantas agonizando: sus raíces habían quedado al descubierto.

De Catrilo fuimos a Maza y luego a Rivera. De allí salían cinco ramales para servir a la zona triguera. Cuando llegamos a Bahía Blanca paramos en la Playa Maldonado. Todavía por esos años la Playa Maldonado conservaba el prestigio de ser la más grande de Sudamérica. Decenas de trenes de carga se arrimaban allí, el pito corto de las pilotas se escuchaba desde lejos y esa parte del cielo siempre parecía nublada por el humo de tantas máquinas que maniobraban. Muchas ranchadas provisionarias a lo largo de las vías, crotos que esperaban la salida de un carguero para uno u otro rumbo.

Estábamos en marzo. Para la juntada faltaban unos veinte días. El Francés me propuso ir a juntar fruta al Valle de Río Negro. Un tren frutero que volvía vacío nos llevó hasta General Roca. En una finca donde entramos a pedir agua nos dieron una changa: limpiar acequias y clasificar manzanas.

Qué mundo tan distinto: junto al río, al pie de los canales, el verdor, el trabajo, la vida llena de promesas. Kilómetros más allá del valle a donde no llega el riego, la tristeza y la aridez.

Nos vino el apuro por el regreso, y tomamos un Frutero, el más veloz de los trenes de carga, porque no se detenía sino para darle agua a la máquina, pero los más peligrosos porque había que viajar techiando, ya que todos los vagones iban cerrados.

El tiempo empezaba a ponerse cada vez más frío, era la tarde y al principio íbamos bien, pero con la entrada del sol se nos puso feo, el frío empezó a apretarnos y fueron muchas las horas quietos, sin movernos. El cuerpo empezaba a endurecerse y habría que aguantar. Las manos agarrotadas parecía que iban a aflojar en cualquier momento y caeríamos al vacío. En Río

Colorado no le dieron entrada y cuando paró frente a la señal, aprovechamos para largarnos. Pisamos tierra y parecimos revivir.

Cuando llegamos a Bahía Blanca buscamos la Puerto, nuestra vía querida. Pusimos rumbo a Rosario. ¡Al maíz! le grité al Francés desde el techo del carga que enfiló para el norte.

El Francés conocía de la Puerto todos sus recovecos, puentes, cruces y bajadas porque había sido la primera vía en la que crotiara. Pasaron muchos años ya -me decía- pero cada vez que vuelvo me parece ver a los mismos linyes que se sorprendían al escucharme y no me entendían.

En todo el recorrido iban subiendo linyes cuyo destino era el de nosotros, la juntada. Todos los trenes de la Puerto eran uno el calco del otro: lentos, sin apuro, como nosotros los linyes permanentes. No ofrecía muchas oportunidades para trabajar, pero sí para vivir con muy poco. Era la vía ideal para tomarse unas vacaciones.

Con las últimas luces llegamos a Capitán Castro. La vía había subido y bajado como un largo gusano en todo su recorrido para pasar por arriba o por debajo de los ramales que cruzaba. Ahora, refucilos y tronadas anunciaban la lluvia inminente. Buscamos un vagón. Esa noche San Pedro olvidó cerrar las canillas. Todo el cielo se descolgó en lluvia sobre nuestro refugio.

Cuando amaneció, seguía lloviendo. Yo me asomé a la puerta del vagón y al principio no comprendí lo que veía. Después reconocí en el bulto a un hombre, un linye, que estaba en medio del potrero de enfrente, bajo el agua. A veces caminaba, gesticulaba, abría los brazos. O se quedaba quieto, mientras el agua caía sobre él empapándolo.

Aclaró, calmó el viento, el agua se hizo llovizna, ya no tronaba y finalmente paró de llover. El hombre del agua vino hacia la vía.

Llevaba pantalones muy anchos, atados abajo con manojos de paja. Estaba descalzo y en los tobillos se había envuelto unos cables, cuyos chicotes arrastraba por el suelo. El mono, como todo lo demás, chorreaba agua. Salía de él un fierrito, de cuyo extremo libre colgaba un largo cable que llegaba hasta el suelo. Había pasado toda la noche en medio del potrero. Era el Loco de la Estratósfera. Tenía terror a las tormentas eléctricas y siempre andaba lleno de cables para descargar la electricidad a tierra. cuando llovía, disparaba de la vía, de los galpones, de los alambrados, de todo cuanto fuese metálico, porque -decía- las tormentas los electrizaban y era peligroso.

Reanudamos la marcha hacia el norte de la provincia. A medida que el tren avanzaba, subían nuevos linyes y crecían las noticias sobre la juntada que ya se había iniciado. Era cada vez más frecuente ver en el rastrojo centenas y centenas de bolsas llenas de espigas que coloreaban en los surcos, aguardando las chatas que las llevasen a la troja.

Llegamos a San Gregorio en el atardecer del 18 de marzo. Habíamos salido el 8 de octubre del año anterior: Una vuelta por media república que había durando cinco meses y diez días.

Tras dos días de descanso en el molino de San Gregorio, salimos para Chovet y de allí cortamos para Firmat, ya en los maizales santafecinos. Salieron nuevos piques, y nos alcanzó el Otoño. ¿Volvemos para abajo a seguir juntando maíz o le pegamos para el Norte? le pregunté. En el sur nos esperan vientos y heladas, y estoy sintiendo el peso de estas andadas, Rubio. ¿Conocés La Quiaca? Me gustaría hacer una entrada hasta Bolivia.

Ese atardecer le hablé de mis viejos compañeros de crotiada.

- No los podés olvidar -me dijo-. Alguna vez volverás a estar con ellos. Yo, difícil que vuelva a cruzar el mar.

Y se quedó en silencio, mirando el fuego, largo tiempo.

- ¡Compañero, prepárese!

El tren venía demasiado rápido. Como teníamos los monos listos me paré de un salto. El Francés, medio aturdido manoteó el mono y corrió hacia la vía trepando trabajosamente el terraplén. Yo lo hice en cuatro zancadas y empecé a correr junto al tren. Sentí el bramar del vapor en la cara, el trepidar del suelo cada vez más fuerte, el vacío del aire chupándome cuando comenzó a pasar junto a mí, los vagones cada vez más cerca, encima, enormes arrollándolo todo, el zangoloteo infernal. Tiré el mono sobre una chata, me prendí con fuerza de uno de los bordes, salté, un instante me balanceé y boleando la pierna me dejé caer adentro. Respiré hondo, recuperé la calma, me acomodé y me di vuelta para ver cómo subía el Francés y darle una mano y no lo vi.

- ¡Compañeroo! -grité.

Coompañeroo... me pareció oír a la distancia, entre el estrépito de las ruedas y el traqueteo del vagón. ¿Era el eco de mi propio grito o era el Francés que me llamaba?

Había oscurecido demasiado pronto, me pareció que rodaba algo cuesta abajo, por el terraplén, creí que fuese su mono, imaginé, más que vi, que se abría, y se desparramaban sus pilchas. No estuve seguro de nada porque iba demasiado cerca de la máquina, el humo no me dejaba ver y hubiese dicho que de las cosas estaba desprendiéndose una neblina lechosa.

- ¡¡Compañeroo!! -volví a gritar con más fuerzas.

No tuve respuesta.

En la estación siguiente me bajé a buscarlo. Recorrí los vagones y chatas, uno por uno. El Francés no estaba. Me sentí solo. Caminaba de un lado para otro sin saber qué hacer. El carga se fue. Así habré estado una hora. Después, como no vendrían más cargas desde Chovet me volví caminando por la vía. Llegué con la madrugada alta y molido. Busqué minuciosamente a un lado y otro. Recorrí los terraplenes para ver si hallaba restos de su mono. Acudí a todas las ranchadas. Ningún linye supo darme noticias de mi amigo. Todos eran recién llegados.

Me quedé atontado. Creo que alguien me convidó con un mate. Cuando pude pensar de nuevo, comprendí que no me quedaba más por hacer. Entonces volví a tomar un carga y ya no paré hasta Rojas.

## CATORCE

*Con los años recorrí sus lugares preferidos, los arroyos, la Puerto, su vía, y algún otro lugar en que sabía estar.*

MANUSCRITOS, foja 30 vta.

Llegué desolado a Rojas. Me parecía que adentro estaba en carne viva, y desamparado. Que me había quedado definitivamente solo y que cuanto viniera en adelante debería encararlo sin nadie al lado de mí.

Ese invierno salí a changuear, pero tenía una idea fina: tan pronto llegase Octubre volvería a San Gregorio.

Cuando finalizaba Setiembre me instalé en el viejo molino familiar. Esperé un día y otro. Encendí un fuego grande y consumía mis horas juntando leña para que nunca se apagase. Las noches sucedieron a los días y se las llevaban los cargueros. Bajaron linyes y subieron. Pero el Francés no llegó nunca.

Jamás estuve tanto tiempo en un sitio como esa vez en San Gregorio. Gasté allí mis últimas chirolas. El agua de la pava se consumió muchas veces sin que yo yerbiara esperando al amigo. Pasó el 20 de Octubre y cuando ya perdí las esperanzas y lo que había ahorrado en el invierno, se me puso que quizá lo hallaría haciendo los mismos caminos que recorriéramos juntos el año anterior. Y un día tomé el carguero para Córdoba.

Llegué a Monte Maíz. En una chacra me tomaron para cortar yuyos en las cabeceras de los maizales. Me alojaron en un galpón. Afuera dormían una trilladora vieja y descascarada y una casilla rodante de madera. Cuando fui a entrar di a boca de jarro con un hombre joven. Buenas, dije. Ni me miró. Dejé el mono y lo observé de costado: pese al calor llevaba un sobretodo viejo. Y tenía la cara color de ceniza. Miré dentro y fuera del galpón y no vi su mono. El hombre permaneció inmóvil, sin un gesto, sin cambiar de posición. Ni mono, ni ranchada. Mirando lejos. Se cerró la noche y él seguía mirando a la distancia. Una voz de mujer dijo desde la oscuridad del patio:

*-Vamos, Ambrosio.*

Salió, dejándose llevar por la voz hacia la casa.

Al rato vino el patrón para que yo fuera a comer. Ellos ya habían terminado y Ambrosio estaba aún allí, siempre con la mirada ausente. Al otro día, bien temprano salí con un mensual a cortar yuyos y al mediodía, de regreso, otra vez Ambrosio a la puerta del galpón. Buen día. Nada. Como si no me hubiera escuchado o no me hubiera visto.

A veces se acercaba a contemplar la trilladora. Yo creía que mirando sus fierros recordaba un tiempo distante y más feliz. Una vez seguí la trayectoria de su mirada; llegaba por el caminito a la tranquera de la chacra. Un peón me dijo que era hijo del patrón y me habló de una muchacha humilde, una sirvienta de la casa, y de la oposición de los padres. Por aquel caminito se habría ido alguna vez el motivo de su desdicha. Tras él se había ido su razón, se había vaciado de ella a través de esos ojos fijos y perdidos en la distancia. Y todo él era insensible al ruido, al frío, al calor, a las necesidades, definitivamente aislado del mundo que alguna vez le quitó el deseo de vivir. Y sólo acudía a la voz de una de sus hermanas cuando lo llamaba:

*- Ambrosio.*

De Córdoba fui a Tucumán. Aquí, en nuestro segundo encuentro con el Francés, habíamos trabajado en las cañas. Nadie supo darme noticias de él. No tuve suerte en el trabajo y gasté lo que ganara en Monte Maíz.

¿Volvía o continuaba la marcha? Me apreté la gorra sin pensarlo mucho y seguí para Salta. Después me di cuenta que era la escala que me había propuesto el Francés para ir a Bolivia, el día que lo perdí en Chovet. Fui techiando sobre el carguero pero como el tiro era demasiado largo decidí bajar en Cruz Quemada. Era apenas una estación con algunas casas. Cuánta pobreza. ¿Qué podía esperarse de esa tierra? A la mañana siguiente, los pocos habitantes de la zona me miraban como si fuese el primer linye que llegara a esos pagos. Rubio, entre tantos morochos.

En un rancho pedí agua a un changuito. La madre le hablaba en quechua desde debajo del corredor y él le contestaba. Yo no entendía nada, pero tampoco me daban el agua. Y me quedaba allí, parado y sin saber qué hacer. Al fin detrás del rancho apareció una chica con un cántaro y me llenó el tarro. La madre, vigilándome siempre desde bajo el alero, le habló otra vez en quechua y ella le contestó de igual modo. Yo trataba de sonreír y le di las gracias. Pero ella me retuvo: Espere. Y volvió al rancho. Y yo siempre bajo la mirada de la madre que no se movía de la silla. Al rato retornó con un pedazo de pan casero y una cebolla grande:

- Tome. Dice mama que le diga que es lo único que tenemos. Que somos pobres.

Por seguir el itinerario que el año anterior habíamos hecho con mi amigo fui a recorrer La Rioja. Andaba en un carga que llevaba también tanques de agua para las zonas donde no la había potable y dejaba en cada estación algo del líquido, de acuerdo con las necesidades. La gente echaba a rodar sus tanques por la calle y cuando llegaban a las vías el ruido era infernal y se multiplicaba por cada familia que empujaba el suyo en busca del agua. Se escuchaba el retumbar de los tanques rodando sobre los rieles de Patquía y la algarabía de las muchachas al pie del vagón desde donde surtían de agua al vecindario. Eran muchas. De pronto, el escape del vapor de la máquina y una fuerte pitada taparon por un momento el ruido de las voces.

- ¡Se va! ¡Se va! -gritaban con desesperación. ¡Déme agua a mí! ¡Agüita, por favor, no se vaya!

El vapor entró en los cilindros y las bielas comenzaron a moverse.

- ¡Se va! ¡No lo dejen! ¡Se va!

Entonces varias muchachas y algunos chicos echaron sus tanques del andén a las vías, frente a la máquina. La policía y unos peones intervinieron, contuvieron a la gente, sacaron los tanques y durante dos o tres minutos más dieron agua. Luego, el tren arrancó.

Mucha gente quedó con sus tanques vacíos. Otros con gran esfuerzo llevaban su carga preciosa para la casa. Algunas chicas con sus tachos sin agua, descorazonadas, se sentaron en el borde del andén, y sollozaban.

Una mañana me desperté en Cosquín. Salí a caminar para reconocer el sitio y mirar quién había, cuando escuché un martillar conocido: estaba picando piedra. Apuré los pasos y encontré a dos italianos labrando cordones. Saludé. Miraron sin contestarme y continuaron charlando entre ellos y trabajando. Por tentar el diálogo pregunté si era dura la piedra. Me contestó uno de ellos sin mirarme: ¡Eh, sí! ¡Un po piu dura che il formaggio! Los dos soltaron la risa y tuve que tragarme la cargada. El que me contestara insistió burlón: ¿Voleva lavorare? El otro volvió a reírse y le dijo sin mirarme: ¿Lavorare? ¡Si li gede trabai il va vía! Y volvieron a celebrarlo a carcajadas.

Seguí mirando como un zonzo. El otro volvió a la carga y me ofreció la herramienta queriendo tomarme el pelo. Yo lo miré en silencio y esperé. Cuando terminó el cordón y se inclinaba a tomar un nuevo bloque y empezar otro cordón casi como ordenándole dije:

- ¡Déme!

Y lo desplazé.

Le quité el martillo y la regla, me senté en su lugar y entregué el bloque. Enseguida y sin parar tomé una punta y empecé a refrendarlo. Saltaban las escallas y la superficie empezó a quedar cada vez más lisa. Sin mirarlos me di cuenta que habían dejado de trabajar y me contemplaban sin poderlo creer. Uno me habló, en castellano ahora:

- Pero ¿usted sabe el oficio?

-No -le dije cuando terminé, devolviéndole las herramientas-. *Mi oficio es aquél.*

Y le señalé el mono que me aguardaba bajo el alero del galpón.

Entré en tierra sanjuanina con la esperanza de hallar noticias del Francés. En los años en que nos conocimos jamás me había dicho por qué lugares andaba habitualmente fuera del molino de San Gregorio a donde llegaba para Octubre. Cuando pasara con él, vi que en todas partes le conocían. Ahora ninguna sabía darme noticias ni comprendían a quién buscaba, porque en todos esos años de amistad que tuvimos ¡nunca le había preguntado por su nombre!

Cuando llegué a Algarrobo Verde los calores eran tan sofocantes que uno renunciaba a cualquier cosa por un pedazo de sombra. Me metí en una finca que bordeaba la vía. Bajo las plantaciones de uva, todas bien enramadas, junto al agua de las acequias hice mi ranchada. En mi bagayera, además de yerba, sólo tenía galleta dura. Corté un racimo y lo metí entre dos pedazos de galleta. Sentí cómo crujían los granos al reventarse. El jugo fue mojando la miga y ablandándola. Y a galleta, uva y mate pasé los días. Pero una mañana, azadón en mano, se presentó un italiano: *¿Osté é lo doeño de acá?*, me preguntó con ironía. Le expliqué que como hacía calor había aprovechado el lugar. Me dijo que todos éramos sinvergüenzas, que le robábamos la uva, pero trabajar, no. ¡Pero si yo busco trabajo!, protesté. Furioso, decía que un día trabajábamos, nos llenábamos la panza y al siguiente pedíamos la cuenta y nos íbamos. Me defendí con que yo también era hijo de italiano, pero que mi papá, pese a ser un trabajador, no había podido dejarme una finca como la de él. *¿Su papá qué es? Usted sabe que todos los italianos son trabajadores.*

El nacionalismo terminó con sus últimos recelos.

- *Ma, sí. Yo comprendo... mira mochacho, osté se queda acá, pero cuidado con el fuoco, que no me queménno la pianta. Y osté solo ¿sabe?*

Cruzaba en un carguero tierras de San Juan. Pasamos el Valle de la Luna hacia Pie de Palo por la Trocha. Era de noche. Durante la mañana había soplado el Zonda y resecado todo. Ahora el aire se había vuelto respirable y me había animado a techiar. De pronto, a lo lejos, me parecieron las luces de una ciudad. A medida que avanzábamos las luces se extendían sobre el horizonte y temblaban. Ahora percibía algunas más altas como si correspondiesen a grandes edificios en medio de aquella desolación cordillerana. ¿Me habría trastornado a mí también el viento caliente de la mañana? El carguero siguió aproximándose hacia aquella visión inexplicable que en lugar de esfumarse se acentuaba. Sentí olor a quemado. Luego, las luces de la aparente ciudad se volvieron más rojizas y abarcaron todo el campo: eran los pastos que ardían, resecados por el viento que soplara durante todo el día.



Una noche me bajé del tren en una estación de San Luis. Por la mañana, a mi alrededor no había sino un apeadero desierto, sin casas, sin personal ferroviario, sin animales, sin nada. La misma estación se hallaba deshabitada.

Hacía calor y me arrimé a unos algarrobos. Era lo único vivo, junto con unas chivas con quienes debí compartir refugio. Las chivas se ponían en dos patas para comer las vainas de las plantas y yo tuve que hacer lo mismo, pero sacando las más altas, de modo que conciliáramos nuestras necesidades las cabras y yo, mis únicas compañeras durante dos días en que debí esperar el paso de un nuevo carguero que me alejase de ese desierto.

El tren se acercaba a la zona de Rojas y todo me pareció más verde que nunca sus animales los más gordos, sus gentes las más lindas. Era como haber hecho una travesía inmensa y ahora tenerlo todo arbolado, fresco, feliz.

Regresé a lo de López. Los primeros días fueron de alegría, conté mis andanzas, los paisajes vistos, las otras costumbres. Las sobremesas se alargaban escuchándome. Pero como todo lo referido a la intimidad de la vía, nada les conté del Francés. No creo que hubiera encontrado las palabras justas para hacerme entender. Eso era cosa de la vía, de mis andanzas de croto.

No tardé mucho tiempo en volver a andar como perdido. Cada vez que en la chacra el viento traía el pito de un carguero, mi corazón se iba tras él, rumbo a San Gregorio.

Durante varios años he vuelto aquí, a San Gregorio, para Octubre. No bien finaliza Setiembre tomo un carguero y con la esperanza en el corazón se me vuelve a poner como cuando era joven y se olvida de otros pesares. Acampo junto al viejo molino familiar, espero los cargueros, pasan uno tras otro, los días suceden a las noches, hasta que un día, junto con el fuego se apagan mis esperanzas. A lo mejor el año que viene, me digo. Alzo el mono. Y me voy de San Gregorio.

Hace muchos años, también iba techiando en un carguero. De noche. Yo no conocía aún al Francés. Me iba de Tandil. Me habían cerrado todas las puertas e iba recordando a Ezequiel Chinatti. Un lírico. Su fervor soñador me empujó a buscar en la vía mi destino. En la vía voy a encontrar la libertad que la civilización me niega me iba diciendo al recordar el entusiasmo de Ezequiel cuando nos despedíamos: aquí está, amigo Ghezzi, el mundo de justicia, igualdad y solidaridad que había venido buscando. Y yo también aquella noche en que me alejaba de Tandil, me ilusionaba, hasta que llegara el tiempo de una sociedad ideal. Sin miseria, ignorancia, enfermedad ni dolor. En la que todos los hombres fueran libres. Yo, hasta que llegara esa sociedad, me internaría en el largo y angosto país de los crotos.

Anduve de tren en tren. De vía en vía. Por mucho tiempo. A donde me llevara el capricho. O el viento. Un día sentí que no bastaba. Fue cuando sin saber por qué inicié el cruce largo. A través de los campos. Cuarenta días. Sin rieles. Sin estación. Sin galpones ni ranchadas. Sin crotos. A través del campo. En medio del Cruce me había encontrado con el Francés.

Con el Francés aprendí el valor del silencio. Me clavaba sus preguntas y me dejaba solo. Entonces yo empezaba a masticar esas preguntas. En silencio, hasta que de tanto masticarlas creía encontrar la verdad.

Chinatti era todo fervor, idealismo, las cosas como uno quisiera que fuesen. El Francés era como hallar el verdadero sentido de los hechos. Aunque a veces me preguntara ¿es que los hechos tienen algún sentido?

Se dejaba hundir en largos silencios. Presente, sólo presente. La libertad termina donde comienza la necesidad. ¿La Patria? ¿Un prejuicio burgués? ¡Qué silencioso se quedó aquella noche de la caída de París! Miraba el arroyo y se había enterrado la gorra más que de costumbre.

¿Por qué acariciaba las vías cuando volvíamos a encontrarnos con ellas tras una larga ausencia?

¿Por qué renunciaba a los ofrecimientos que le hacían en tierra firme y dejaba todo para seguir crotiando otra vez conmigo, al frío, al sol, al hambre, y después cada uno volvíamos a nuestro silencio?

Lo recuerdo en la noche en que hablábamos de Astronomía. Los cometas son los crotos del cielo, me dijo. ¿Libres para ir a cualquier parte? No. Apenas una órbita más larga o más deformada. Eso. Más deformada. Pero, como los demás planetas, condenados a girar en torno del sol. ¿Así que yo soy un cometa? ¿Y cuando uno no pueda volver al mismo lugar? Vos, Rubio, volverás a ver a tus antiguos amigos de crotiada. Yo, difícil que vuelva a cruzar el mar. ¿Mi órbita? La vía. Si me salgo de la vía, muero. Muere el croto que hay en mí.

Ahora estoy solo. Ando solo desde aquel atardecer en que lo perdí en Chovet. Me pregunto si habrá muerto. Si murió aquella noche. ¿Qué fue lo que me parecía rodar por el terraplén? Uno vive mientras lo recuerdan mientras viva alguien que se acuerde de uno.

Dentro de poco va a salir un carguero. La ranchada se está apagando. La pava hace rato que se secó en el fuego. El carguero está pitando. Me voy.

Yo no vuelvo más a San Gregorio.

## QUINCE

*En una estancia pedí para pasar  
la noche y el capataz me dijo: Que  
te dea Perón.*

.....  
*Y así se fueron cerrando las tranqueras  
de las estancias y las chacras  
por ese famoso Estatuto.*

MANUSCRITOS, foja 65.

El 4 de Junio de 1943 changueaba en una chacra plantando arvejas. Era un día bastante frío y nublado. Alguien vino del pueblo con la novedad: Voltearon a los conservadores. Hay revolución.

No pudimos saber mucho más porque no tenían radio.

En una juntada de maíz había conocido a un radical puro: don José Muñoz. Qué criollo lindo. Había salido con toda su familia a hacer la juntada. Tendría ya cerca de 50 años. En medio de la indiferencia política general, las gentes de trabajo no creían en nada. Pero don José era radical de una pieza. Sabía más de boinas blancas que de política. Era de los de Leandro Alem, decía. Fanático de Yrigoyen. Cuando fui a visitarlo a Rojas me presentó a correligionarios suyos. Eran buena gente, pero me parecieron un poco crédulos, aunque resultaban habilidosos para manejar las cosas de comité y las elecciones, cuando todavía les era productivo trabajarlas voto a voto.

Varios meses después de la Revolución del 4 de Junio tuve una incidencia en una peluquería donde no me conocían, critiqué al gobierno presente y al anterior. Y defendí a los políticos y a los obreros presos.

- *¿Qué le anduvo pasando ayer en la peluquería?* -me preguntó Muñoz al día siguiente-. *¿Sabe que se quedaron hablando de usted? Me preguntaban qué andaría haciendo por Rojas. Yo les dije que venía a hacer algunas changas y me han ofrecido una para usted.*

Y como me interesé por el trabajo agregó:

- *Gear quiere conocerlo. Vaya a Hunter. Véalo en el almacén. Tiene algo para usted.*

El Almacén de Ramos Generales de Gear y Borassi era uno de los más importantes de Rojas y con las sucursales que tenían en Hunter y en Salto armaban un eje por el que pasaba toda la actividad del lugar.

Nunca visité el almacén de Rojas, pero recuerdo su aspecto de afuera. Me parecía imponente. Era una esquina y llegaba a media cuadra por cada una de las calles. El de Hunter, en cambio, estaba construido en chapa y madera. Debí esperar un rato para que me atendiera. Qué movimiento. Era un día cualquiera pero el almacén hervía de gente. A lo largo de ambas veredas, sulkys, autos, americanas, caballos. Y dentro, la gente que entraba y salía. Como en todos los almacenes de ramos generales no faltaba nada: desde tarros de lechero hasta fiambres. Desde rollos de alambre hasta cuadernos y lápices. Olor de yerba refrescaba el ambiente. A veces venían ráfagas de vino y de tabaco desde el despacho de bebidas. Allí la gente bebía en silencio y sólo iba expandiéndose cuando al caer el día se armaban las mesas de truco y de mus. Era la tarde. La luz exterior se iba apagando. Cada vez había menos gente en el almacén y más en el despacho de bebidas. Se oía el chocar de los vasos en la pileta de estaño.

Carteles de chapa esmaltada y cartones repetían conocidas propagandas: el viejito criollo que ofrecía ginebra, el león de un aperitivo, el gran espejo de una cervecería, un caballo rojo junto a una botella y el pescador descalzo con un bacalao al hombro, todo amarillo, para anunciar un aceite de hígado.

- Pase, Rosales.

La voz vino de la penumbra del escritorio. Yo me pregunté después cuántas veces por día en cada uno de los tres almacenes estarían sucediendo escenas parecidas: gente que venía a pedir favores, servicios. Vi dos mangas negras de lustrina apoyadas sobre libros de contabilidad en un escritorio muy alto. Toda la vida de la campaña pasaba por los escritorios de esos almacenes. Dos horas después de aquella incidencia mía en la peluquería, Gear ya había sido informado. Él tenía olfato político, y se interesó enseguida.

- Vaya a la estación -me dijo el encargado de la casa, porque Gear no estaba-. Dígales que va de parte de él. Ya saben. Es para clasificar bolsas.

Tiempo después Gear me buscó, hizo amistad conmigo y dos o tres veces insinuó que me afiliara al partido radical. Yo le hablé claro y desde entonces no insistió, pero no perdía oportunidad para charlar conmigo y hasta hacerme ganar alguna otra changa.

En 1945 ya había surgido el nombre de Perón y algunos gremios de la capital apoyaban las medidas que tomaba desde la Secretaría de Trabajo y Previsión. Para fines de 1944 habían regresado a pasar las fiestas en Hunter, en Rojas, en Guido Spano muchos de los que se habían ido a Buenos Aires a probar suerte. ¡Cómo habían cambiado! Un año atrás se habían ido de pantalón, blusa y alpargatas, crotos como nosotros. Regresan de traje, corbata y zapatos. ¿Contá, cómo es la vida en Buenos Aires? Más que la novedad lo que buscaban era el empujón final aquellos que se habían quedado y ahora querían abandonar el pueblo. Los interrogados mezclaban verdad y fantasía: luces, diversiones, edificios, autos, mujeres, espectáculos, fútbol, boxeo y sobre todo, la hasta entonces no conocida presencia protectora del sindicato para trabajar, y para no trabajar también.

Los viejos sacudían incrédulos la cabeza.

- Uno no sabe. Más vale lo seguro, lo que uno conoce, que lo bueno por conocer.

- ¿Y a qué le llama seguro usted? ¿Al maíz?

El hombre se encogía sin argumentos. La tentación crecía en muchos. ¿Y si nos fuéramos?

Yo escuchaba estas discusiones. Esos muchachos eran casi de otra generación. No habían conocido nuestras luchas de veinte años atrás, ni sabían lo que era un sindicato, una asamblea, un debate. Todo les venía de arriba.

- ¿Sabe lo que dijo Perón? -me preguntaba un mocoso- que la tierra debe ser para el que la trabaja.

Yo pensaba en Brufal, en Bocalatti, en Trugo, en Redeus Gimeno, encadenados al surco y, al mismo tiempo, pendientes del desalojo en cualquier momento. ¡Pucha si sería bueno que el gobierno los hiciese dueños de la tierra, tan trabajadores, tan empeñosos! Muchos chacareros pobres en los años de miseria tuvieron que andar de crotos como nosotros. ¿Habría llegado también para ellos la buena hora?

El año siguiente trajo otras novedades: había que ir al sindicato a contratar los juntadores.

¿Al qué? -preguntó López, fastidiado-. ¿Todos los días una nueva?

- Rubio, parece que los linyes también tendremos que afiliarnos al sindicato si queremos alguna changa.

Yo tenía muchos años de crotiada. Había abierto muchas tranqueras y me habían sembrado muchos patrones antes de tomarme. ¿Ahora habría que afiliarse a un sindicato?

Casi como para probar salimos con otro linye que había hecho ranchada cerca de una chacra donde yo estaba. Pretendíamos nada más que un pique chico. ¿Cómo, pique? ¿No saben que ahora tienen que anotarse en el sindicato? ¡Nos tienen prohibido tomar gente libre!

Quizá exageraba. Volvimos a probar en otra chacra.

- ¿Trabajo? ¡Vayan a pedirle trabajo a Perón!

Había cosedores que trabajaron diez o quince años para una misma máquina. Para ser cosedor se necesitaba prolijidad y rapidez. Eran siete puntadas para cerrar la bolsa de trigo y nueve para la de lino, que es semilla más chica y resbaladiza. Los cosedores iban en la máquina. El ayudante ponía la bolsa en la boca de la máquina, dejaba que se llenase, la quitaba entonces y si era baqueano hasta la achataba con dos o tres golpes y se la pasaba al cosedor. Éste, ya con la aguja enhebrada le hacía una orejita en un extremo, luego tres puntadas, un tirón, otras tres puntadas, otro tirón y así hasta llegar al otro extremo donde se le hacía otra orejita. Con un tirón más fuerte cortaba el hilo y la dejaba caer. Había que soltarla con cancha, procurando que lo hiciera de plano, porque si caía de punta la costura se reventaba y abría. Si el cosedor era chambón, entre que enhebraba aguja y se acomodaba, le daba una puntada y otra y veía que el ayudante ya tenía la bolsa siguiente, se ponía nervioso y cerraba con cuatro o cinco puntadas: al caer la bolsa se abría entre dos puntadas flojas y el grano se escapaba por la abertura que nosotros llamábamos la conchita.

En las estancias y en las chacras aparecieron los inspectores de Trabajo acompañados por los secretarios del sindicato. ¿Cuánto paga? ¿A ver, los recibos? ¿Dónde aloja a la gente? ¿No sabe que tiene que darles baño y cama con colchón? ¡Pero si nunca me lo han pedido los juntadores! Sordos, los inspectores recorrían los galpones, pateaban las camas hechas con un montón de paja y una lona, anotaban los baldes en los que la gente se lavaba las manos y la cara al término de la jornada, marcaban las cuevas de ratas que abundaban en los galpones donde dormían.

Algunas eran exageraciones, otras medidas se rectificaron. Pero los chacareros seguían sumando desalientos, a la superproducción, la langosta, las sequías, las inundaciones y la inestabilidad en la tierra. La producción de trigo y de maíz se vino abajo. Ya nunca se alcanzaron las cosechas de aquellos años del 40. El tiempo, que todo lo empareja, ayudó a aliviar parcialmente las cosas. Los chacareros que eran dueños del campito que trabajaban mejoraron las instalaciones para alojar a la gente, cuando les vino la platita dulce de mejores precios para los cereales cuando la pos guerra. Los que arrendaban se vieron beneficiados engañosamente cuando se congelaron los arrendamientos. Pero todo era precario, provisorio, de paso.

El 17 de Octubre de 1945 yo estaba en Rojas. Ni yo ni los demás tuvimos noción de lo que estaba pasando en Buenos Aires. Nos sentimos aliviados cuando llevaron preso a Perón a Martín García. Yo estaba convencido que las fuerzas antifascistas terminarían con sus planes demagógicos.

La campaña electoral se vino encima. Ni los peronistas creyeron que podrían ganar. Recuerdo a Gear, a los mayordomos de estancia, en Hunter, en Rojas, en Salto, movilizándose con gran fervor por la Unión Democrática. Allí no se veía un peronista ni para remedio. Cuando se conoció el escrutinio la sorpresa fue para todo el mundo.

Aquellos años trajeron la evolución de la radio y su lenta penetración en todos los hogares, también en los del campo. Sobre cada techo giraban al menor soplo las paletas amarillas de los molinitos Wincharger. Y adentro, las baterías iban cargándose para que en las horas de la tarde no faltara el fluido para la radio.

Estaba en Hunter en una juntada de maíz y había llegado a mis manos, no sé cómo, un ejemplar de “Una Excursión a los Indios Ranqueles”, de Mansilla. Todas las noches, antes de cenar, leía en voz alta un capítulo para mí y para los demás juntadores y los patronos y todos seguían la lectura con atención. Pero todo se interrumpía cuando escuchábamos el pregón del Repórter Esso y la voz de Carlos A. Taquini que comenzaba a darnos noticias de la guerra. No obstante, el atractivo mayor de las familias chacareras eran las novelas de radioteatro. Fueron los años de Atilano Ortega Sanz y luego de Pichirica y de Juan Carlos Chiappe. A las tres y media de la tarde todas las mujeres del campo se sentaban en torno al aparato para escuchar el episodio del día y muchos hombres, con cualquier pretexto, venían a buscar algo a las casas, y se quedaban la media hora que duraba la transmisión. Cuando la compañía de radioteatro salía de gira por el interior y llegaba al pueblo, era como un milagro. Durante todos los días no se había visto en las calles ni un alma, las calles silenciosas, los negocios solitarios. Pero cuando llegaba la compañía esa noche parecía un pueblo encantado, no sé de dónde aparecían sulkys, villalongas, charrets, caballos. Se encendían todas las luces como si fuera una fiesta. La gente llegaba desde todos los rincones del campo en lo que pudiera. Y el saloncito del club o el galpón de cereales de la estación donde se improvisaban tablado y platea, esa noche se colmaba. Durante un mes habían estado imaginando el rostro de los artistas a través de la voz que les llegaba de la radio. Ahora podían ver el gesto y la figura de aquellos personajes que tanto querían u odiaban según los papeles que representasen. Entonces nadie quedaba en casa y a veces era tanta la gente sin entrar que debían repetir la función.

Y, por supuesto, por la radio también se empezaron a escuchar los discursos de Perón.

Un peón italiano que cuando iba al pueblo me traía la “Crítica” para que le leyese las cosas de la guerra, me decía, repetidas veces, admirado porque yo supiese leer:

- *Eh, Beppino: usted sabe leer. Yo sólo sé arar.*

Pero saber leer me sirvió para que una vez perdiera el trabajo.

Trabajaba en una chacra y por las noches empecé a ayudar en los deberes a los chicos del chacarero.

Cómo adelantaron. Los padres estaban contentos con el croto maestro. Pero una mañana el hombre me llamó, me pagó los días trabajados y me dijo que para mí no había más changa. Aunque sorprendido, no pedí explicaciones, hice mi mono y salí para el callejón. Llegaba a la tranquera cuando me alcanzó otro croto que changueaba allí.

- *A usted no lo echan porque estén disconformes, compañero. Lo echan por miedo.*

En la casa había un peón que habiendo sentido envidia cuando vio cómo me distinguían, se sintió desplazado por mí y empezó a calentarles la cabeza: “Este hombre sabe mucho. Vaya a saber qué es”. Y los patronos, gente simple y sin luces, terminaron asustándose.

A veces tenía que ir a la estación Guido y Spano\*, distante unas dos leguas para que el herrero afilara las rejas del arado, porque Fiorito se había ido de Hunter. El herrero era un atleta de mirada dulce que aún a los 50 años doblaba los hierros como si fueran de masilla y tanto enllantaba una rueda como forjaba un portón artístico para una estancia. Una mañana en que no alcanzó a terminar el trabajo me dijo: “Ahora no te vas a volver a Hunter y venir a buscar las rejas. Quedate a comer”.

---

\* Ex F. C. Federico Lacroze (hoy Urquiza), a 15 kilómetros de Rojas (Pcia. de Buenos Aires).

Me llevó a la cocina de su casa y me presentó a su señora y a sus dos hijas, mozas y lindas. Me puse a comer ante las tres mujeres que fingían distraerse para no molestarme. Una de las muchachas leía un libro, yo quería saber su título y torcía la cabeza para ver. Era *María*, de Jorge Isaacs. En ese momento me encontré con sus ojos, se turbó y volvió a bajarlos a la lectura.

- *¿Le gusta esa novela?*

- *Sí* -dijo levantando de nuevo la vista con curiosidad. Tenía algo de asombro cuando me preguntó:

- *¿La leyó usted?*

Le dije que sí y que había sido una novela leída por toda una generación, como *Graciela*, de Lamartine o *La Dama de las Camelias*, de Dumas.

Se llamaba Catalina y con entusiasmo empezó a hablarme de novelas y de otros libros. Yo me sentí a gusto y mucho después que su padre terminara de picar las rejas todavía seguíamos hablando con Catalina.

El herrero era un hombre bueno. Y cada vez que iba a la herrería me advertía: “Vas a tener que esperar un rato. Andá a la cocina a que te ceben unos mates”.

Cuando iba desde Hunter con las rejas para afilar recordaba al Francés. ¿Y las gringas del camino, Rubio? Y cuando volvía con las rejas afiladas, tras lecturas, mates y charlas, lo recordaba nuevamente: la soledad es una compañera difícil.

A Catalina le gustaba que le contara sobre mi infancia y sobre mi vida de caminante. Una vez me preguntó si nunca había pensado en echar raíces, en tener un hogar.

- *Yo tuve un amigo, -le conté- que me hablaba del firmamento y las estrellas. Los cometas son los crotos del cielo, me decía. Los cometas, Catalina, que andan de aquí para allá. ¿Usted se los imagina quietos? Se van lejos, hasta el fondo del cielo ¿Quién los puede seguir?*

Catalina me miró largamente. No dijo nada y se fue para adentro.

Pocas semanas después me levanté una mañana, cuadré el mono y decidí que volvería a Tandil.

- *Voy a escribirle, Catalina. Le mandaré libros.*

- *¿Volverá a Hunter, Bepo?*

De nuevo en el carguero, del norte al oeste, del este al sur. Los cometas, Rubio. Crotos del cielo. ¿Usted se los imagina quietos? Nadie los puede seguir. ¿Volverá a Hunter, Bepo?

Puntas de acero picando piedra en la cantera. Vías frente a mi casilla. Caputín, mi casilla. La ventana de la casa de piedra. La ventana. El Danubio.

Aquel resplandor es Tandil. Siete años. Y ahora quiero verlo. Quiero volver a verlo.

El cometa, Bepo, el cometa.

## **TERCERA PARTE**



1946  
(Bepo tiene 34 años)

## UNO

*Cada vez que volvía de una  
crotiada pensaba: será la última.*

MANUSCRITOS, foja 15.

Algo que nunca supe explicarme puso apuro en mi regreso. Un mes después de mi llegada a La Movediza, como si hubiera estado haciendo un esfuerzo para esperarme, el viejo se murió.

Yo nunca había charlado mucho con mi viejo. Lo conocí bondadoso pero callado. Venía del trabajo, cansado, y mi tía lo abrumaba con el informe diario sobre nuestras travesuras. Desde chiquilín yo andaba siempre tramando irme, trabajar, hacer vida independiente. Una vez me dio permiso para ir a la cosecha fina por quince días. Cinco meses después estaba aún sin noticias mías: me había conchabado en un tambo donde la gente me había tomado cariño. Cuando supo donde estaba consiguió un sulky prestado y fue un domingo a buscarme. Me abrazó en silencio. Por nada del mundo aceptó dejarme. Pero en el regreso no tuvo ni una sola palabra de reproche.

Tras quince años de viudez volvió a casarse y se transformó en un hombre feliz. Como si lo hubieran aliviado de un gran peso. Pobre viejo. Entonces yo me fui de casa. Le aclaré que no estaba enojado y que me parecía bien que se casara de nuevo. Después supe que anduvo muchos días callado y sin voluntad. Ella resultó una compañera leal hasta más allá de su muerte.

Yo tenía tos y fiebre. Tenía cinco años. Tosía, tosía. Me desperté asustado. Lloraba. Me ahogaba la tos. Yo dormía en la cama grande con mis dos hermanos, y papá en un catre, junto a nosotros. Papá me sostenía la cabeza apoyada en su pecho. Acariciaba mi pelo y con la otra mano me secaba el sudor de la frente. Me dormía de nuevo. Después entraba luz y el catre de papá estaba vacío. Oía el ruido de las puntas picando la piedra.

Cuántas cosas hubiera podido contarle de mi vida de linye. ¡Bepo, cúme, lei! hubiera exclamado. Pero ese último mes de su vida lo pasé con los amigos de charla en charla. Cuando me di cuenta que se había agravado, ya no comprendía lo que quería contarle. Dejaba la vista en el cielorraso. Nos mirábamos a los ojos. ¿Qué quería decirme con esa mirada que me traspasaba? ¿Cómo fueron sus años de vejez sin el apoyo del hijo de quien nunca tenía noticias?

Me sentí definitivamente solo en este mundo el día en que lo enterramos. Era como si hacia un lado de mi vida hubiese cortado todos los caminos y ahora tuviera que flotar a mi voluntad. Cuando ese vacío se me hizo patente, quise echar raíces en Tandil. El gobierno -me decía- tendrá planes de obras y volverán los tiempos del granitullo y los cordones. Busqué las herramientas del viejo. Las afilé. Ya me veía agarrando pinchotes y martelinas, labrando cordones nuevamente, escucharía cantar otra vez la piedra, me encontraría con los amigos de la infancia, respiraría el aire limpio de mi barriada de La Movediza.

Oía pasar los cargueros. Algunos iban con linyes. Pitaban y se llevaban la carga y las crotiadas. No es para mí que pitan, decía, y seguí afilando las herramientas.

Pero cuando entré a mirar a mi alrededor todo había cambiado o estaba cambiando. Como si el viento los hubiese barrido, los campamentos habían sido desalojados. Cuando la crisis del 30 las canteras pararon. La gente se había quedado un día y otro esperando que la campana del

patrón los llamase nuevamente a trabajar. Y así pasaron años, agonizando. Para no perder el turno, decían. Quizá como yo no tuve turno ni campana que me llamase, me fui a la vía y me salvé.

El adoquinado, el granitullo y el cordón de piedra no se usarían más, reemplazados por el hormigón y el asfalto que estaban matando la vieja artesanía. Aquella piedra que pacientemente labraban de a una los picapedreros de antes, ahora se trituraba mecánicamente en las rompedoras. Los viejos barrenos con pólvora que abrían a mano los oficiales barrenistas para que la fuerza expansiva entrara suavemente, como una cuña, eran reemplazados por perforaciones que se hacían con máquinas neumáticas, y la dinamita volaba en pedazos la piedra y la rajaba por todas partes. El progreso no la quería labrada sino hecha polvo o pedregullo. Muchos de los picapedreros tandilenses habían hallado ocupación en Mar del Plata para trabajar la piedra blanca que se había puesto de moda en los frentes de los chalets. Ellos habían desmontado sus casillas de chapa y madera y las habían vuelto a instalar en las inmediaciones del Puerto donde se encuentra la cantera. Los que quedaron en Tandil habían bajado a la ciudad en busca de otros trabajos.

Como si el Destino estuviera marcándome que en mi vida siempre habría rieles y caminos, a tres metros de la puerta de mi casilla pasaban las vías por donde corrían cargadas de piedra las zorras de la cantera. Las vías tenían una trocha de 70 centímetros y eran dobles. Por una subían las zorras vacías de a dos o de a tres, cinchadas por una yunta de caballos a los que conducía a gritos y chirlos un peón cuarteador. Por la otra bajaban con adoquines y cordones y parado entre dos de ellas iba el peón zorrero regulando la velocidad con el freno de mano. Pasaban las zorras con gran estrépito frente a mi ventana, desde la primera hora y me despertaban. Y durante todo el día subían las zorras vacías y las voces de los cuarteadores y bajaban cargadas zangoloteando y chirriando los frenos. Yo las vi pasar durante mucho tiempo y no pensaba entonces que alguna vez a mí también otras gentes a orillas de otras vías me verían pasar sobre el techo de los cargueros sin llegar a saber jamás quién era yo.

Pero no sólo las vías de las zorras pasaban frente a mi casilla. Dos caminos cruzaban a escasos metros. Por ellos subían dos veces por día los canteristas o venían los amigos a visitarme. Por ellos me iba yo a veces al pueblo. Y también por ellos me encaminaba hacia Playa Nueva cuando salía de nuevo a crotiar.

Dentro de la casilla yo leía, mateaba, pasaba hambre, recibía visitas, saboreaba mi soledad, meditaba, me gustaba dejar que anocheciera sin encender la lámpara y escuchar cómo se iban aquietando los ruidos a partir de los últimos petardos de la tarde, después que la gente volvía a sus casillas. Luego las voces se acercaban al almacén. Ya noche cerrada, las luces de cada casa se apagaban y desde la ciudad, los ruidos eran cada vez más sordos y espaciados. Yo esperaba que viniese el sueño. Cómo tardaba el sueño y yo pensando. Tras el sueño, el nuevo día, con el nuevo día el ruido sordo de la cantera que despertaba y yo bajando la cuesta con la lata de agua hasta la casa de piedra, a llenarla en la canilla al pie de la ventana.

La ventana ahora estaba cerrada y los vidrios apagados. Y en la lata en la que llevaba el agua no había más danubios azules para mí.

Los primeros meses vagué desconcertado. Una changa como peón de albañil terminó en una huelga que organizamos con otro muchacho por mejores salarios, el ambiente se puso hostil, o por lo menos yo lo sentí de ese modo. No me gustó la cosa, pedí las cuentas y me fui.

Salía a la puerta de mi pieza y hasta los ruidos eran distintos. Podía estar horas sin que pasara un conocido. En el boliche, ni un alma. Hasta el aire había cambiado. Ahora flotaba todo el día el polvo de la rompedora. Y la tristeza de un puñadito de gente con que se movía la cantera donde antes se había asentado todo un pueblo.

Me sentí otra vez un extraño.

## DOS

*Me eché el mono sobre la espalda  
y alzando la bagayera reanudé la  
marcha. Los recuerdos quedaban  
atrás.*

MANUSCRITOS, foja 130 vta.

Una noche armé el mono, completé la bagayera y en la madrugada me fui caminando a Playa Nueva. Algo inevitable, superior a mi voluntad, impedía afincarme en mi pueblo y cortaba mis raíces tan pronto intentaba echarlas.

Pasé de largo Temperley, aquel obligado descenso cuando hacíamos la cortada hasta Tapiales y me fui directamente a Buenos Aires. Ahora Kilo Cinco\* estaba limpio de atorrantes y caminantes lerdos. Quería probar suerte en la Capital. Conseguí trabajo como peón en una obra grande.

Todos los días llegaban trenes llenos de provincianos que venían a Buenos Aires para probar suerte también. Muy pocos volverían después a sus pagos. Luego los llamaron Cabecitas Negras. La necesidad hacía que los patronos, con tal de conseguir mano de obra crearan verdaderos pasajes de llamada internos. ¿No sabe de alguno que quiera trabajar? Entonces uno se acordaba que en su pueblo estaba tal o cual pariente o amigo. Bueno, escríble y díglele que se venga. Tome. Mándele la plata para el pasaje. Se los alojaba en la misma obra. Ahí dormían y se hacían la comida. Yo reconocía en mis nuevos compañeros los rostros de santiagueños como los que había visto en la zafra, de santafecinos de las juntadas, de sanjuaninos de las vendimias. La gente estaba contenta. Les quedaba plata para mandar a los suyos y hasta para traerlos a Buenos Aires. Al principio acomodaban a su familia en la pieza de algún pariente o de un conocido. Después nacieron las villas miserias.

Me ofrecieron trabajo en una obra que duraría un año y medio. Yo miré el lugar donde tendría que estar tanto tiempo, vi sus calles, su maraña de transportes, lugares apretados para comer, chimeneas, humo y empujones ¡un manicomio! y les dije que no.

Me fui a Rosario. En Arroyito entré como peón en una construcción. Estaban cerca el río y un ramal ferroviario y me sentía más libre, como quien dice con la puerta abierta.

En Rosario funcionaban dos sindicatos, uno autónomo al que yo me había afiliado y otro paralelo, formado desde el gobierno. Una noche asaltaron al autónomo, hubo una gran paleadura y poco después lo intervinieron para hacerlo desaparecer. Quisieron obligarme a afiliarme al nuevo, pedí las cuentas y me fui.

Estaba visto que fuera del triángulo maicero o de la vía yo siempre iba a tener problemas. Me fui al campo.

Cuando decidí volver a Rojas ya hacía tiempo que no llovía. La chacra en la Argentina ha estado siempre amenazada por una u otra calamidad: la seca, el fuego, la langosta o la especulación.

Desde el techo del vagón en que regresaba a Rojas contemplaba los maizales y reconocía desde lejos las chacras de la vecindad. Era la media mañana de un día de primavera. A las plantas

---

\* Playa de maniobras del F. C. Sud (hoy Roca), a 5 kilómetros de Plaza Constitución.

de maíz les vi las hojas acigarradas, en torno al tallo. De noche, cuando el calor aflojaba, volvían a extenderse para absorber unas pocas gotas de rocío, pero tan pronto amanecía y el sol empezaba a calentar se envolvían de nuevo para evitar la evaporación. Las plantas no habían podido sobrepasar aún los 40 o 50 centímetros.

Los chacareros habían largado los animales para que pastasen junto a las vías y por las calles y caminos reales. En sus chacras, generalmente sin potreros ni pasturas, ya no quedaba una mata para comer. Y como los encerraban todas las noches para que no entraran en los maizales, a la mañana siguiente salían más hambrientos y con ganas de caminar, por lo que pisoteaban el poco pasto que hubiera quedado en lugar de aprovecharlo. En las estancias el problema se aliviaba porque las antiguas chacras desalojadas ahora eran alfalfares o avenales y aunque la seca los estaba amarilleando rotaban los potreros y siempre tenían algo para comer. Quienes se la veían peor eran los chacareros que habían abandonado la agricultura para criar vacas. Ahora los animales andaban flacos, puro hueso y babeantes, porque ni los molinos tiraban lo suficiente.

El suelo se pelaba por la falta de pastos y llegaba a descascararse o se rajaba sobre todo en las partes más bajas, antiguos fondos de bañados o donde las tierras eran más coloradas y gredosas.

Cuando soplaba viento norte parecía que todo iba a arder. Las polvaredas que levantaban empañaban el cielo sin una nube. Irritaban la vista, secaban la boca y ponían de mal humo.

Ese año la cosecha había rendido muy poco y en todo el país repercutió de tal modo la sequía que después hubo que importar trigo y comer pan de mijo.

A fines del verano la cosa se puso crítica. Tarde a tarde se formaban sobre el horizonte negras tormentas, pero el viento las arrastraba, pasaban de largo y si caían cuatro gotas el calor las evaporaba antes de tocar el suelo.

Cuando se largó a llover, no se podía respirar. Yo me había quitado la camisa y me había quedado con el pantaloncito de fútbol. Agarré a la Niña, una yegüita que siempre montaba para los trabajos de la chacra, le puse una bolsa por recado y me había ido con los chanchos al río Arrecifes. El río se había cortado por primera vez en cuarenta años. Sólo quedaba agua estancada en las bateas del lecho y allí los chanchos, refrescándose un poco, se salvaban de morir ahogados en su propia grasa.

El campo estaba lleno de indicios prometedores. Las vacas olían el aire. El cielo iban poniéndose cada vez más oscuro por el lado del sur. El viento del norte había parado por completo y el silencio y la calma eran totales. Violeta y verdoso arriba, amarillo y blanco abajo. El aire caliente lo envolvía todo como ante la boca de un horno. A lo lejos vi que unos caballos retozaban, corcoveaban y pateaban al aire. Pájaros y gallinas se bañaban en el polvo.

El cielo se puso cada vez más cargado. No podía contener por más tiempo el peso del agua que empujaba por reventar.

A las primeras gotas las sentí como chirlos helados sobre mis hombros. Al ahogo sucedió el respiro, el alivio. Una cortina de agua cada vez más espesa me ocultó las cosas del campo. Todo fue lluvia. Al principio, los lomos de la yegua empezaron a soltar un vaporcito. Después corrió el agua, empapó la arpillera, y el animal agachando las orejas, se dejó mojar.

Cuando desde el corredor de la casa me vieron llegar, dicen que parecía un loco: gritaba chorreando agua de arriba abajo, nada más que con mi pantaloncito, los chanchos por delante al trotecito de la Niña, gritando ¡Agua! ¡Aguaa! ¡Aguaaa!

Después el chaparrón paró y quiso limpiar. Habrá para rato sentenció el patrón. Como si el primer aguacero hubiera sido para desahogarse, comenzó a llover mansamente y sin parar.

Durante toda la noche siguió lloviendo. Paró en la madrugada pero el día estuvo nublado y evitó que la evaporación fuese apresurada.

Al día siguiente volví al río. La lluvia había lavado el olor a podrido de los centenares de pescados que murieron cuando las aguas se cortaran. Pero el curso no se había restablecido. A esa altura el cauce tenía un ancho de más de treinta metros. Yo andaba caminando por su lecho, todavía seco, cuando escuché un ruido sordo y distante, que luego se fue aproximando.

Al fin miré río arriba y vi: era el agua que venía bajando. Había tardado más de un día en llegar. A veces el ruido aumentaba con el rodar de piedras y toscas que la corriente arrastraba. No serían más de diez o quince centímetros de agua, que avanzaban lentamente ocupando una batea, llenándola, y al desbordarse siguiendo el avance hasta otra batea, más abajo. Dejé que me cubriera los tobillos el viejo río amigo de los crotos. ¡Qué lindo verlo, vivir de nuevo! Ya no volvió a cortarse.

En las temporadas que pasaba en la chacra de López, tomé afición por criar algunos animales guachos, pollos y lechones.

Me familiarizaba con ellos, les daba de comer en la mano, los criaba. Los pollos acostumbraban a posarse en mi hombro. Las chanchas, hasta cuando parían, seguían requiriendo mis cuidados y debía rascarles la panza hasta dormirse. Bastaba que les llamase “Guachinos”, “Cuchingas”, para que acudieran. Mis problemas aparecían cuando se ponían grandes, porque siempre me resistí a sacrificarlos. De los pollos guardaba alguno para gallo, y al resto prefería venderlos o regalarlos. Y elegía las chanchas para conservarlas como hembras.

También tomé afición a una pareja de calandrias que por varios veranos anidaron en un rosál, debajo del corredor. Les preparaba trocitos de sebo, maíz pisado o migas de pan. Las calandrias se acercaban a menos de un metro picoteando y cantando, sólo cuando otro pájaro invadía la zona se perturbaban corriéndolo. Un verano regresó una sola de las calandrias, que no hizo nido ni tuvo nueva compañía. Comía, y se iba, bien buchona, por cuatro o cinco días. Un año no volvió más.

También mi pasión por la lectura llegó a tener que ver con los chanchos. Toda ocasión me parecía buena para cultivarla. Había comprado una edición muy económica del Quijote, y no me alcanzaban las horas para saborearlo. Llevaba los chanchos para que pastorearan en el chalar. En el chalar los chanchos se ponen ariscos y pueden dispararse en cuanto uno se descuida, sin que luego sea posible correrlos y hacerlos volver al ruedo. Entonces hay que cabalgar en redondo continuamente en torno de ellos, haciendo ruido para que se sientan vigilados. Yo iba con la Niña montado en pelo, echaba los chanchos al chalar taloneando a la Niña con el Quijote bajo el brazo y empezaba a rodearlos. Abría el libro y leía en voz alta para que los animales me oyeran, azuzando a la yegua y a los chanchos alternativamente:

- *Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien ¡cut cut! los antiguos pusieron el nombre de dorados y no porque en ellos ¡vamos, Niña! el oro que en esta edad de hierro tanto se estima ¡cut cut cut! se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna sino porque entonces ¡Vamos, Niña, vamos! los que en ella vivían ignoraban ¡cut cut cut! estas dos palabras de tuyo y mío...*

## TRES

*Entonces comenzó la caza del linye.*

MANUSCRITOS, foja 132.

Hice varias salidas para ganar unos pesos. Los linyes íbamos siendo cada vez menos. Los jóvenes ya no tomaban la vía, porque tenían trabajo en el pueblo y era más seguro. Los que aún andábamos crotiando empezábamos a hallar cada vez más dificultades sobre todo desde que el gobierno comprara los ferrocarriles. Prohibieron que tomáramos los trenes de carga porque decía el gobierno que ya no había motivo para que los pobres tuvieran que viajar en cargueros.

- *Por acá vi uno* -dijo el guarda que andaba buscándome. El milico se sumó a la partida y con el jefe eran tres. Miraban hasta los ejes. Yo estaba escondido tras unas bolsas apiladas, y cuando se alejaron unos metros, pasé por detrás de la pila, fui hasta el tren, y entre las ruedas pasé al otro lado. Volví a escuchar sus voces, estaban rodeando la pila de cereales donde hasta un momento antes había permanecido yo.

Cuando se alejaron subí a una chata y me tapé con una lona. Ahí me quedé sin moverme hasta que el tren arrancó, y sólo cuando calculé que estábamos lejos de la estación y que el guarda iría metido en el furgón de cola asomé la cabeza.

Y así cada día: arriesgarse cada vez más, tomar el tren lejos de las estaciones, correrlo, saltar, tener baquía, esconderse, como si uno fuese un delincuente. Mis veinte años de croto pesaban cada vez más en el mono.

Estábamos varios linyes en la señal de distancia, lejos ya de los controles policiales. Nos habíamos puesto a unos cuatro metros uno del otro, para no estorbarnos, el mono colgado a la espalda y la bagayera al hombro para tener las manos libres. Esos cuatro metros eran para tomar impulso corriendo a la par del tren, con la vista puesta en la escalerita o en el borde de la chata que íbamos a manotear. Los primeros linyes comenzaron a correr cada vez más rápidamente y cuando calcularon que no podrían aumentar más su velocidad, saltaron y se agarraron, primero con una mano, después con la otra, y cuando estuvieron seguros alzaron las piernas. Así avanzaban, colgados un trecho mientras los que seguían iban haciendo lo mismo, hasta recuperar aliento y fuerzas. Luego, trepando lentamente, buscaban ubicación en chata o en vagón. Los que se habían prendido de un vagón cerrado subían por la escalerita y desde el techo ayudaban a los que venían detrás tomándoles el mono y dándoles una mano para que pudieran subir.

Llegó mi turno. Miré por última vez el trecho del terreno por donde correría al costado del tren, y seguro ya de no encontrar obstáculos en la carrera le puse los ojos a una chata. Venía fuerte. Empecé a correr a la par. Miraba de reojo el borde del que iba a aferrarme. Corrí cada vez más. Sin mirarlo, veía el bulto de los otros linyes que iban subiendo antes que yo. Acorté los pasos y los hice más rápidos para tomar impulso. Me prendí con la mano derecha para dar el envión y terminar de tomarlo con la izquierda. Y tropecé. No sé si fue con una mata de pasto. Perdí pie. Quizá me enredé con mis propias piernas. No quise soltarme. Trastabillé. Quedé colgado. Vi las ruedas del vagón cada vez más grandes, la tierra cada vez más rápidamente corriendo bajo mis pies. Sentí que todo se oscurecía.

- ¡Salte, compañero!

El brazo derecho se me rompía cuando empecé a balancear el cuerpo para tomar el borde con la izquierda.

- ¡Venga, venga! ¡Déme la mano! ¡Salte, compañero!- Yo no podía levantar la cabeza para mirarlos. -¡Cuidado, no vaya a soltarse, ahora!- Alcanzaba a ver varias manos que se estiraban para tomar la mía.

- ¡Vamos, arriba!

Colgado, miraba para abajo y veía la Muerte corriéndome durmiente a durmiente, cada vez con más velocidad. El mono, balanceándose, se había interpuesto entre la chata y yo. Por más que estirara el brazo libre no alcanzaba a girar el cuerpo para alcanzar el borde. Encogía las piernas para no rozar el piso con los pies y perder definitivamente el equilibrio. Hice un esfuerzo desesperado, la espalda crujió como si me arrancaran las paletas, manoté con la izquierda el borde de la chata. ¡Déme, déme la mano!, me pedían; solté un instante la derecha, sentí que me la tomaban, que se aferraban a ella, que la trituraban para no soltarla, luego que estaba más liviano, que me alzaban, llegué a asomar la cabeza por el borde de la chata, uno me sacó el mono, otro la bagayera, apoyé la panza en el borde, bolié la pierna, aflojé las manos y me dejé caer en el fondo de la chata.

- ¡La vio fea, compañero!

Iba a decirles que era la primera vez que me pasaba. Tenía la garganta reseca y paralizada. Los miré con infinita gratitud, de regreso a la vida, y cerré los ojos mientras cada uno volvía a su silencio.

Esa noche me costó dormir y a partir de aquel incidente me sorprendí desvelado en las noches o distraído durante el día recordando. Yo sabía que eso de recordar es malo para un linye, pero no podía evitarlo. Recordar empezó a ser como una manía, como un vicio. Y me asomaba a él con más frecuencia cada vez. Debía estar envejeciendo.

Rivolta. ¿Quiénes serían sus invitados? Discutía desordenadamente y les mostraba una foto. Siempre eran seis sus invitados invisibles. Sólo ante ellos dejaba de acariciar a su perrito. El cuzco vino a recibirnos moviendo la cola cuando llegamos al puente de Cepeda. ¿Le gusta la música?, le había preguntado cuando le oyéramos silbar un trozo de ópera. A Rivolta lo encendió el entusiasmo, se arrodilló para hablar como acostumbraba y sin dejar de acariciar a su perro dijo cosas que no entendíamos, nombró a Verdi y a Rossini, parecía que quería contar argumentos, tarareaba, silbaba y acariciaba al roque sin parar. Le ofrecimos comida y él nos indicó que se la diéramos al animalito. Rivolta vestía saco negro y pantalón a rayas muy gastado, y andaba en patas y en cabeza. Estaba la mayor parte del tiempo en silencio, en su refugio de cañas y chalas de maíz, bajo el puente. Pero cuando sus invisibles invitados llegaban, discutía con ellos y les mostraba la foto.

¿A ver las manos? El patrón era un dinamarqués. Ya le habrían alcahueteado mi fracaso como juntador de trigo. Yo iba con la cuadrilla de los turcos y tenía que juntar las gavillas de trigo en el suelo y pararlas. Mi primer trabajo en el campo, a los quince años. A las dos cuerdas ya estaba loco de la cintura y con las manos a la miseria. Usté no sale a la tarde, me indicó el patrón. ¿Me habría echado? Vaya a hachar esa leña. Era en Juan N. Fernández y yo había llegado en tren de pasajeros con un amigo de papá. Debió engañarlo mi pelo rubio, porque cuando iba para la pila de leña me preguntó si mi papá era dinamarqués. Yo había sacado mi boleto de vuelta, en la estación, cuando vi llegar el carguero: diez, veinticinco, cien mil chatas y vagones y un furgón amarillo. Crucé la vía principal, elegí una chata, subí y me escondí entre unos fierros y el corazón se me salía por la boca. Cuando el tren ya había tomado velocidad y me asomé, el viento me dio en la cara y al soltar el boleto lo arrastró y parecía una mariposa verde girando



en el aire. Vi que otros linyes también viajaban pero ninguno se fijó en mí. Mi primera crotiada. Hacía más de veinticinco años. Ahora yo tenía casi la edad de Rivolta.

¿Y aquel linye viejo que se murió de frío una noche de helada? Se había quedado encogido como dicen que están los chicos en el vientre de la mamá. Los puentes de señales, la máquina siempre pitando para avisarnos. Una vez iban el jefe de la estación y un peón. Caminaban por la vía. El peón llevaba una bolsa de arpillera y yo sabía lo que andaban juntando. El travesaño de un puente había volteado a un linye. Centenares de ruedas le habían pasado por encima.

Las Mostazas, sobre la Puerto, la de los desheredados: linye que anduviera suelto paraba en ella. Dormíamos en la cabecera del galpón. Noche clara y muy serena. Todo parecía paralizado con el frío. Desde muy lejos, en el aire helado, una voz. Después, cesaba y volvía el silencio. Se iba acercando lentamente. A veces ondulaba y volvía a perderse. Luego, silencio.

- *La Violeta, la va, la va...*

La voz fue aproximándose. Era un linye muy viejo. Gorra con visera de hule, quizá regalo de algún cambista, parecía un soldado antiguo o un campesino ruso. Estaría pasado del mono. Soltó la bagayera y oí un ruido de cacharros. No pareció que nos hubiese visto. Traía unos cardos secos y se puso a hacer fuego. De pronto, cambió la letra:

*La donna é mobile  
qual piuma al vento...*

Puso una especie de cafetera en las llamas. Le echó yerba y agua. De repente, reía. Dejó que hirviera largo rato. Se acariciaba su barba, muy larga. Se reía y volvía a cantar, ahora muy suavemente, casi un susurro. Recordó la cafetera. Le echó un poco más de agua, la miró hervir un rato y como si hubiera escuchado un llamado distante, le vino un apuro repentino, levantó el mono, agarró la cafetera ya olvidado de su contenido y se fue otra vez por la vía. Al rato, en la noche, sólo se escuchaba cada vez más distante

*La Violeta, la va, la va...*

Me di cuenta que cada vez con más frecuencia mis recuerdos tenían que ver con linyes viejos. Era raro encontrar un viejo que no estuviera pasado del mono; el frío, el hambre, y principalmente la soledad debían de desequilibrarlos. En tanto conservaran la agilidad para subir a los trenes, techiar, aguantar vientos y soles, andaban bien, pero cuando se ponían lerdos envejecían de golpe. Nunca conocí un linye de vía que fuera de edad intermedia, salvo que hubiera enloquecido o fuese degenerado.

Por esos años, en las cercanías de La Plata el gobierno había hecho construir un Hogar de Ancianos, habían juntados a los viejos linyes que dormían en las vías y puentes del Gran Buenos Aires y los habían llevado para que en el fin de sus días no les faltara comida, techo y abrigo. Por medio del parque donde se levantaba el Hogar cruzaba el ferrocarril de La Plata a Buenos Aires. Muchos viejitos, cuando pudieron burlar la vigilancia, subían a los cargueros y escapándose de la protección y del abrigo volvían al frío y a la soledad para seguir viviendo libres los últimos días de su vida.

Un linye que se acercaba a los cincuenta años ya había envejecido y estaba gastado. Pero como la vía exigía agilidad, fortaleza y aguante, los que no se resignaban a ser crotos fijos o caminantes lerdos ahorraban cuanto podían y compraban un carrito, una jardinera o un charret. Algún

caballo viejo podía conseguirse en las chacras, a cambio quizá de alguna changa. Luego conseguían y construían tramperas para cazar nutrias, zorros, vizcachas. No era difícil hacerse de una escopeta vieja a la que con paciencia e ingenio volvían a hacer funcionar.

Con estos trastos y una lona para cubrirse salían al callejón. En el camino se le agregarían algunos cuzcos que viajarían con él en el pescante o junto al carro y ayudarían a peludear. Si entre los agregados había algún galgo marcharía atado al eje trasero para que no desgastara sus fuerzas correteando y las aprovechara para cuando apareciese una liebre. El hombre ya no podría acampar en los galpones del ferrocarril ni en las estaciones porque a las seis de la tarde cerraban las tranqueras de la estación y sólo podía entrarse por las vías. En otras palabras, sólo podían entrar los trenes y los crotos. Había quedado expatriado de las vías. Lo hacía entonces en los callejones y los arroyos. Era bien recibido en las estancias y en las chacras no sé si porque charret y caballo le daban categoría de propietario. Limpiaba los campos cirujando las osamentas y además se daba maña para reparar arneses, cerraduras, faroles. Conocí uno que era colchonero y llevaba su cardadora en la jardinera. En tiempos de juntada le daban un poco a la chala, con lo que aprovechaban para descansar de la huella un mes o dos, tiempo en el que el matungo engordaba comiendo del maíz que robaban cada noche de la troja. Acampaban poniendo las dos varas contra el alambrado y atándolas para que no basculase. En uno de los costados clavaban una tabla en la que estaqueaban los cueros. Dormían debajo del carruaje, salvo cuando la tierra estaba húmeda, y algunos, habiendo conseguido cornetas de viejos fonógrafos, entraban al pueblo gritando: ¡Liebres baratas! Los llamaban crotos carreteles, por andar en carruaje.

Comencé a pensar, también, en que dentro de unos años, tendría que conseguirme un charret y un caballo y hacerme ciruja-cazador. En el futuro está el miedo, decía el Francés. Eso sería mi jubilación, mi retiro de las vías. Y terminaría mi existencia siempre al aire libre, bajo el sol y las estrellas, por caminos y callejones, oyendo pitar a la distancia los cargueros, pero ya sin poder seguir su marcha ni su rumbo.

¿Dónde andaría Amalio Moreno con sus grandes zancadas? Penone se había casado. En el Tandil, Manuel Quirurga: Una casilla, un brasero, el mate. Los amigos. ¿La Vía? Para los crotos más jóvenes. Quirurga, mi maestro cazador. Cuando volví a Tandil no había visto a ninguno y varios de ellos ya vivían en Mar del Plata.

Un día de octubre de 1952 fui a la casa de Muñoz y le dejé el mono en custodia. Me compré una valijita de cartón parecida a la de Chinatti, le puse cuatro pilchas y me fui a la estación. Saqué pasaje para Mar del Plata y subí al tren como cualquier burgués. Fue un viaje lento y con vueltas y combinaciones, distintas a las que hacíamos nosotros, de un ramal a otro, de una trocha a otra, de carga en carga. Me sentí cambiado, o un extraño, cuando subí sin apuro al coche de segunda. Puse mi valija en el portaequipaje y me senté en un rincón, junto a la ventanilla. Era un colado, un intruso, aunque tuviese boleto. Cuando sonó la campana y el tren arrancó me alivié un poco. En movimiento empecé a sentirme mejor. Fui viendo el final de la plataforma, las últimas casas de Rojas, los cortes de vagones en las vías auxiliares, ahora vacías de linyes, la curva donde uno esperaba los cargos para tomarlos. Vi varias manos desde un vagón tratando de agarrar la mía para que no me cayese bajo las ruedas sacudí la cabeza y miré lejos. Se veían las quintas, luego las chacras, por último el campo. Me di cuenta que no me golpeaba el viento en la cara. Miré para adelante y choqué con el banco de enfrente y los demás pasajeros. Durante todo el viaje no veía más cielo que el cuadrado que dejaba el vidrio de la ventanilla.

En Mar del Plata dejé las pilchas en la pieza de un hotelito y caminé al puerto para buscar noticias de mis amigos. Estaba mirando una obra cuando apareció por la esquina un camión y

reconocí al que lo conducía. Era Mario Penone. Esa noche churrasqueamos con Héctor Woollands y con Jesús Losada, mi viejo maestro libertario. Durante noches enteras, mateando y charlando conté por vez primera mi historia de linye. No estaban dispuestos a dejarme ir. Pretendían que echara raíces. Me buscarían trabajo en las canteras de Mar del Plata. Como al descuido Héctor exploraba: no pensará seguir de crotencio a su edad.

... Cuando llegue a viejo compraré un charret y un caballo y me haré ciruja cazador, será mi jubilación.

- *Che ¿y el mono? ¿Dónde quedó el mono?*

El mono rodaba por el terraplén, se abría desparramándose y yo escuchaba una voz: compañeerooo...

- *Al mono lo dejé en Rojas. Me está esperando.*

- *¡Decile que espere sentado, nomás! compañero, el agua de la pava se ha secado varias veces esperándolo, aquí en San Gregorio. Y se reían, convencidos de que me habían recuperado.*

Me consiguieron trabajo en la cantera: hacer bloquitos de piedras para revestir frentes. Me cayó mal la piedra. El granito de Tandil era duro y el martillo rebotaba al golpear en la cabeza de la punta. La de Mar del Plata, no: el martillo se quedaba, como si golpeará en tierra floja. El polvo de la piedra era, además, como un veneno, muy liviano, flotaba en el aire, finito, la gente lo respiraba y terminaba acumulándose en los bronquios. Muchos que vendían salud en las canteras de Tandil enfermaron de los bronquios en Mar del Plata, y algunos murieron de eso: la silicosis pulmonar.

Amalio Moreno, mi primer compañero de crotiada, había muerto en un accidente. En Mar del Plata con su hermano habían echado buena y se habían hecho ricos. Tenían una flota de camiones y muchas relaciones en los primeros tiempos del peronismo. Iba en su moto abriendo camino a sus camiones, cuando lo agarró un auto que venía en dirección contraria. Pienso en él y lo veo con sus grandes zancadas, y su genio alegre. Y, sobre todo, con esa predisposición para crotiar. Cuando por causa de la enfermedad tuvo que dejarnos en Mariano Benítez las vías habían perdido un linye de ley.

Mar del Plata también se transformaba. Todo se había trastornado: los valores de las cosas, las inversiones, las obras, los trabajos, los negocios. La gente de Tandil había cambiado mucho en Mar del Plata. Habían olvidado sus años de miseria, cuando el trabajo escaseaba y salíamos a robar ovejas para que la barriada de las canteras no se muriera de hambre.

Un día fui al centro. No supe al principio qué buscaba. Pero al rato estaba parado frente a una tienda. Cuando salí iba con un paquete chico. Adentro había un pañuelo bataraz de un metro de lado, un par de alpargatas y una toalla. Al día siguiente salía un camión cargado de piedra para la Estancia El Destino de Copetonas. El camionero aceptó llevarme. Y esa madrugada, con mi mono nuevo, volví a ser crototo otra vez.

## CUATRO

*Los días de linye estaban  
contados.*

MANUSCRITOS, foja 120 vta.

El camión que me llevaba a Copetonas<sup>30</sup> me dejó en las afueras del pueblo. Con mi mono y mi bagayera como antes, entré a caminar, rumbo a la Estación.

*- Cuidado con la cana. Está brava como nunca. Ahora no dejan hacer ranchada a la vista.*

Al llegar a una esquina vi a tres cuadras a un milico a caballo. Llegué a la siguiente y él estaba allí, siempre a tres cuadras, mirando hacia la dirección que yo traía. Tuve que doblar para acercarme a la estación, y en la esquina siguiente ya estaba, pero ahora sólo nos separaban dos cuadras. Avancé dos o tres más y volví a doblar. Allí estaba de nuevo el Juan Figura, pero ahora distábamos nada más que cien metros. Estaba llegando a la calle de la estación y no bien traspuse la esquina lo volví a encontrar. Ahora, desde allí estaba cerrándome el paso a las vías. Pensé en alejarme en dirección opuesta, pero comprendí que con eso sólo ganaría que echase sobre mí el caballo para darme alcance.

*- Buen día, agente, ¿sabrá dónde hay una fondita por acá? Busco trabajo y necesito pieza para dormir.*

Debió desconcertarlo mi agachada porque titubeó y finalmente, poniéndose más amable me indicó que en un boliche próximo tenían una pieza para la gente de paso.

En el patio del boliche, bajo un sauce, dos hombres yerbiaban. Saludé, largué el mono, junté unos yuyos y a los pocos minutos el agua estaba calentándose en el fuego.

*- Usté es linye viejo ¿no? Yo lo vi llegar, usté largó el mono, el mono cayó planchado en el suelo, y yo me dije éste es linye viejo por la forma de tirar el mono. Y pa' confirmarlo, la escuela cuando prendió el fuego.*

Cuadrar bien el mono, largarlo para que caiga sonoro, planchado, en el suelo. Prender fuego con tres yuyos. Tomar el tren a la carrera. Techiar. Usar el silencio y la jerga de la vía. Credenciales linyes. ¿Compadradas? Alardes indispensables, hechos sin ostentación, a cada momento pero para que los demás pudieran observarlos. Para mostrar precisamente eso: que era linye hecho, curtido. Para que ningún tilingo fuera a meterse con uno.

En aquel verano de 1953 los campos del sur conocieron el azote de los incendios. Leguas y leguas de trigales ardieron. Nadie escapó a esa calamidad.

Cada mañana, no bien llegaban las 10 o las 11, para donde uno mirase veía columnas de humo, más lejos o más cerca. El viento norte traía calores terribles que terminaron por secarlo todo y dejarlo como yesca. El olor a quemado reemplazó en el aire al perfume de la alfalfa emparvada.

No hubo precaución que alcanzara. En la noche, sobre el horizonte, los sembrados incendiándose parecían luces de ciudades lejanas. Cuando nos quedábamos al sereno hasta que refrescara un poco esperando el sueño, uno miraba a cualquier parte y veía un resplandor rojizo, como si estuviera amaneciendo con tormenta. Si se levantaba viento, al rato estábamos oliendo la quemazón.

---

<sup>30</sup> Ex F. C. Sud (hoy ramal clausurado del F. C. Roca). A 30 kilómetros de Dorrego (Pcia. de Buenos Aires).

Una mañana llegó a la chacra la voz de alarma: había fuego en el potrero vecino a la estancia. El patrón saltó al tractor que tenía desde semanas atrás listo y con el arado enganchado. Nos pegó el grito ¡Síganme! Nosotros, ya prevenidos, cargamos con varios tanques de agua y un montón de bolsas, cueros, horquillas y palos también preparados para el caso. Todos corrimos detrás del tractor. El fuego ya había entrado en la chacra, pero el tractor llegó mucho antes que nosotros. Accionó la palanca, bajó las rejas y los terrones comenzaron a volcarse. Mientras la tierra se abría en surcos y el pasto seco quedaba sepultado nosotros íbamos recorriendo la extensión, apagábamos los focos rebeldes y vigilábamos que ninguna paja encendida arrastrada por el viento saltara y propagara el incendio por encima del contrafuego que iba formando la tierra arada.

Nos tendíamos en línea, matando allá y aquí los focos, pero no de frente al fuego sino acompañándolo de costado y procurando que se achicara. Del otro lado de la quemazón otra cuadrilla hacía lo mismo y como sacándole punta íbamos acercándonos cuanto podíamos una cuadrilla a la otra. Cuando terminábamos estábamos locos de la vista, la cara negra de hollín y los ojos colorados y ardiendo con el humo y la ceniza. No hubo tina con agua que nos refrescara lo suficiente.

Hice ranchada junto al embarcadero de hacienda. Había un charco de barro. Bajó un hornero y casi enseguida llegó su compañera. Los pájaros venían a juntar el barro que se formaba al pie de los bretes con el agua que goteaba de la bebida. Muchas veces había contemplado esta escena. Me quedaba horas sin moverme para no espantarlos y veía cómo amasaban con sus patitas y levantaban vuelo para posarse en los postes del telégrafo donde estaban haciendo su nido, y bajaban nuevamente al barro con un silbido de alegría. Yo me preguntaba a qué tanto trabajo si al año siguiente lo abandonarían. Yo anidaba, en cambio, en tierra de nadie: el galpón, el terraplén, el puente. A veces, otro solitario de las vías, el guardahilos, llegaba en sulky por el callejón, con una caña muy larga y volteaba los nidos que se levantaban en el cruce de los postes telegráficos. Cada uno a lo suyo: el pájaro haciendo su nido, guardahilos volteándolos, nosotros andando de un lado a otro, sin nido ni deberes mirando la vida. ¿Hasta cuándo?

El Sauce Grande hacía una curva pronunciada, y unos mimbres prestando sombra prometían la única frescura de todo el paisaje de la pampa sureña, calcinada por el verano y asolada por los incendios. Había un linye yerbiando. Tendría unos cincuenta años y no estaba mal vestido. Parecía ser fijo porque tenía leña para varios días y con piedras había armado un fogón. Con un ademán nos invitó a un compañero y a mí a usar su fuego, luego se levantó y fue hasta la orilla del agua. Volvió al rato, siempre en silencio, con un tizón revolvió las brasas y echó más leña. Se sentó, sacó una tabaquera, armó un cigarrillo, nos ofreció y dio una larga pitada. De reojo nos semblanteaba, pero hasta entonces no había despegado los labios.

- ¿De lejos?

Le dijimos que de por aquí nomás, que andábamos conociendo.

- ¿Solteros?

Nos tomó de sorpresa. Nunca se preguntaban estas cosas entre los crotos.

- Sí, por ahora.

Para entrar en confianza y ayudarlo a seguir con el tema, agregué:

- Esta vida no es para casados.

Bajó la vista. Estuvo un tiempo interminable sin decir nada.

- Pero algunos andan.

Luego se fue abriendo de a poco. Era casado. Con mucha dificultad y largas pausas contó su resto: tenía una hija, una vez fue preso, cuando salió su mujer había muerto y a la hija la habían dado a una familia del sur de la provincia. Por mucho tiempo anduvo averiguando sin saber nada de ella, pero desde hacía varios años había localizado la chacra, junto al río Sauce Grande, a pocas cuadras de donde ahora nos hallábamos.

- Vengo todos los años. Junto leña y me quedo unos días. Ella es moza ya, y la cuidan bien. Pasa por el camino, me mira a veces y no sabe que está viendo a su padre. Cuando la leña se acaba, alzo el mono y me voy.

Aquella vez en Copetonas me avisaron que en una estancia vecina a la chacra donde estaba changueando habían traído una cosechadora nueva.

Era una verdadera maravilla. Hacía todo el trabajo a un tiempo, pero no necesitaba embolsar: echaba el grano, ya trillado, a una tolva que marchaba junto a la máquina. Luego desprendían la tolva y la llevaban hasta un silo rodante que aguardaba junto al sembrado. Al cabo de la jornada el chimango absorbía el grano y lo trasvasaba a los silos fijos o al camión para llevarlos al puerto. No habría más pique en la arpillera, dentro de poco, para los últimos linyes que quedábamos. En Rosario, además, estaban probando las primeras cosechadoras maiceras. Cuando las perfeccionasen, ya no habría juntada tampoco para los pocos linyes que aún seguíamos.

Teníamos los días contados.

En Mar del Plata retorné un tiempo al trabajo de la piedra. Aunque me veía frecuentemente con mis amigos, también para ellos la vida era distinta: debían irse a dormir temprano, mañana hay que madrugar, también ellos habían tenido que aprender a vivir pendientes del reloj, del pito de la fábrica, tenían obligaciones que cumplir, cualquier día me voy a buscar el mono a Rojas, les decía. Ellos no podían entender, dejate de macanear, qué vas a andar de croto otra vez.

Unos muchachos me dijeron que se iban para la zona de Madariaga a embolsar papa. Les pregunté si habría lugar, alcé mi mono, subí al camión y acabé por pasar todo el invierno en el campo.

Nos quedamos en una chacra de Macedo<sup>31</sup>. Yo llegaba por primera vez a ese pueblito. Gente muy criolla, todavía andaban hermosas tropillas, los paisanos usaban sombreros aludos, bombachas grandes, botas, corralera. Era zona de ganadería, de estancias.

Para nosotros, linyes maiceros y permanentes, la estancia era sólo un lugar para pasar una noche, dos a lo sumo, aprovisionarse de carne y galleta, y seguir. Trabajar con hacienda no era para nosotros, los caminantes, porque hay que ser de a caballo. Eso quedaba para la peonada fija -los culo largos- de cada establecimiento. Los que se arrimaban a las croteras de las estancias y se quedaban a pasar el invierno eran los crotachos mangueros, los caminantes lerdos. Poco amantes del trabajo, siempre tenían algún pretexto para arrollar el mono y esquivar el bulto. Algunos de esos crotos llegaban a robar en la misma estancia donde los alojaban. Nosotros preferíamos hacer ranchada a campo abierto.

Una mañana de invierno el sol subía por detrás de los manzanares. Habíamos hecho un alto en la embolsada de papa y yerbiábamos al solcito, reparados por el galpón. Desde allí se veía el camino real que pasaba frente al campo. Un carruaje venía por el camino. Era un carro

---

<sup>31</sup> Ex F. C. Sud (hoy Roca). Ramal clausurado. A 35 kilómetros de Gral. Madariaga (Pcia. de Buenos Aires).

destartalado, de cuatro ruedas. una lona reemplazaba a la capota, si alguna vez la hubo tenido, pero había en él algo de solemne, oculto tras la cascarria y la descolorida pintura verde que le cubría.

- Güenas -dijo el que lo conducía- mientras rozaba su boina con la punta de los dedos. Cinco perros de distinto pelaje y raza indefinida lo escoltaban.

- *¿No sabrán si hay güesos pa' juntar por aquí?*

Le dijimos que sí y le invitamos a tomar unos mates mientras llamábamos al patrón. Se largó del pescante, ató las riendas del coche, habló algo a un cachorro que traía atado al eje trasero y se vino. Llevaba dos pantalones, uno encima del otro, una tricota de cuello del que asomaban los bordes de una bufandita que el uso había vuelto color de tierra, un saco manchado de grasa, bastante roto. La barba de muchas semanas era tordilla, casi blanca. Un pucho que, casi siempre vimos apagado, iba de uno al otro costado de la boca.

Tenía frío en los huesos porque había dormido bajo la helada la noche anterior y ahora no le alcanzaba el fuego ni metiéndose casi entre las brasas.

El coche era de dolientes, debió de pertenecer a una empresa de pompas fúnebres. Lo había comprado en Tres Arroyos, cuando ya no prestaba servicio mortuorio, a unos muchachos que lo tenían así para divertirse en los corsos.

Dijo que ahora venía de Dolores, pero que antes había estado varios años en La Pampa. Y que andaba buscando tierras más tibias. O será que con la vejez -dijo- uno busca la querencia donde se ha nacido.

- *¿En la zona nació?*

- *Pa'l lau del Quequén. En Necochea me han asentau. Me llaman el Costero. Así me llaman.*

## CINCO

Quizá fue el último linye que se aferró mordiendo el viento de la Libertad.

MANUSCRITOS, f. 30 vta.

El Costero se aquerenció con nosotros. Dormía en el carro, a veces salía con los perros y volvía con varios peludos y alguna liebre. Pero como abundaban, no hallaba a quien vendérselas. Nos contaba que ahora era ciruja y cazador, pero que había tenido años de croto y de catango.

Cuando nosotros salíamos a embolsar ya estaba con la pava en el fuego, esperándonos. Apenas levantaba el rocío salía al campo a juntar huesos. El coche se le iba llenando de osamentas y tenía cada vez menos sitio para dormir.

Yo pensaba en mi antiguo propósito: si llegaba a viejo en la vía, me compraría un charret y un caballo. Iba a ser mi jubilación.

El Costero cazaba ahora con perros. También cazaba nutrias, con trampera, pero muchas veces lo habían sacado del campo con el caño de un Winchester en las costillas.

Un día llegó alborotado. Le habían dicho que andaban chanchos salvajes en los restos de monte que quedaban en la zona del Tuyú. Él los había cazado antes en los montes pampeanos. Estos eran chanchos domésticos que un día se habían escapado y ganando el monte se habían acostumbrado a la vida libre y cimarrona.

- *¿Con escopeta los caza?*

- *Los chambones los cazan a balazos. Yo los sé cazar con los perros. Y a cuchillo.*

Desde entonces no tuvo otro tema en la ranchada. Contaba anécdotas, hablaba de las virtudes de sus perros, de las cicatrices que tenían.

Una tarde, escoltado por los cinco perros, se metió con el carricoche, campo adentro, en busca del monte.

Volvió con la noche alta. Faltaba uno de los perros y sobre el carricoche traía el cadáver de un chanco salvaje, con los pelos embarrados de sangre que ya iban secándose.

Fue de muy pocas palabras para contar la cacería. Sólo datos sueltos, sin mayor conexión, como si quisiera ocultar otras cosas. El monte, de talas y coronillos. Los perros habían venteado al cimarrón. Les dio trabajo. La bestia se resistía y les tiraba mortales colmilladas. Dos o tres veces estuvo a punto de escapar abriéndose camino a topadas y mordiscos, pero los perros se le prendían, uno de la oreja, otro de un garrón y se lo impedían. Aunque flaco y bravo, miles de años de civilización le habían atrofiado las condiciones de pelea de su pariente, el jabalí, y no habían bastado esos pocos años de libertad para recuperarlas. Uno de los perros le había arrancado una oreja y el chanco había empezado a sangrar y a debilitarse. Otro, más audaz, se le cruzó, por delante, pero había acabado con la garganta desgarrada. Cuando El Costero vio que el chanco se iba cansando se había metido en el revoltijo de perros y colmillos, le había agarrado de una de las paletas y al tiempo que lo volteaba con una mano con la otra le clavaba el cuchillo en el pecho. Un pataleo, no más, dijo. Le había partido el corazón y el centenar de kilos envuelto en pelos y sangre se había quedado inmóvil.

En silencio se puso a pelar el chanco, cortó jamones y paletas, sin una gota de grasa, acomodó el costillar, le sacó unos bifés y lo demás lo ató en lo alto de un árbol, pasando la sog



por una rama e izándolo. Era todo lo que había quedado del chanco montaraz. En una lata frió carne y me convidó. No quise probar bocado.

Antes de acostarse desató al cachorro por primera vez desde que estaba con nosotros. Le dio unos huesos y le pegó una palmada en el lomo. El nuevo fue a acostarse entre los otros, que ya dormían.

Esa noche las pesadillas me tuvieron loco. Al principio, en imágenes borrosas veía escenas de la cacería, perros y cerdos, cuchillos y colmillos, tripas al aire. Todo en silencio. Una vez el chanco clavó los ojos en mí. Después no veía otra cosa que sus ojos. Yo conocía esos ojos. Yo los conocía y no podía recordar de quién eran. Luego, oscuridad y silencio. Y una voz distante me llamaba ¡compañero!...

Un largo camino solitario y yo esperando. Pero nadie venía. De nuevo en medio del monte. El monte giraba en torno de mí. Tiraban de una pata. Ellos tiraban y la pata se desprendía y rodaba por el terraplén. Era un mono lo que rodaba, un mono linye, bataraz, sus puntas se abrían y salían tripas y otra vez la voz ¡compañerooo...! cada vez más débil, más penosa. Ahora ni podía oírla.

- ¡¡Compañerooo...!

¡El Francés! No. ¿Era la voz de Quirurga? O la de Penone? Entonces yo me caía, me caía, manoteaba las cobijas, igual me caía y debajo corrían las ruedas del tren, los durmientes, las ruedas, los durmientes y se alzaba una mano y la voz que gritaba ¡compañerooo! era la mía y otras manos querían agarrar mi mano pero como si fueran de ceniza se les escapaba mi mano. Mi mano en los dientes del perro que agonizaba con la garganta despedazada. Rivolta se agachaba para acariciarlo. Me clavaron un cuchillo. Grité. Me despertaba. Todo volvía a empezar. Otra vez el camino solitario y yo corría por él. Siempre en el mismo lugar, el camino corría conmigo, eran dos rieles, eran los bordes de dos cuchillos y la puñalada en el pecho me dolía. Sin ruido pasaba un carricoche cargado de osamentas. No lo conducía nadie. Y yo me moría. Luego abría los ojos y había mucho humo, cuadras y cuadras de ranchadas a lo largo de las vías, unos dientes picados. ¡Ah!, ¿volviste, Rubio? Quedate. Aquí todo es fácil. No andar de tren en tren. Ni dormir bajo la helada. Una sombra me miraba la bragueta. El carricoche se iba cargado de osamentas y yo no podía alcanzarlo. A veces huía de él. Estaba cada vez más cerca, lo sentía encima, persiguiéndome.

Me desperté.

Me sentí mareado y tenía el estómago revuelto. Salí a orinar. Estaba helando. Al carricoche del Costero un brillo como de sal iba cubriéndole la lona.

Al día siguiente el Costero se había marchado. La rama donde en la noche se oreaban las presas estaba vacía.

Siguieron los días en Macedo. Pero yo empecé a sentirme cada vez más inquieto.

A veces me quedaba afuera sin sentir que la helada estaba cayendo sobre mis espaldas. Otras me iba hasta el terraplén de la vía, distante unos centenares de metros, y me sentaba frente a los rieles. Mateaba solo y recordaba. La vía hasta entonces había sido sin semanas, domingos ni feriados, sin reloj ni sirena, ni nadie que me ordenase cuándo tomar un carguero, o bajarme de él para hacer una ranchada en una estación. Un día, dos. Seguir. El viento en la cara, techiando. El sol y el frío y uno acurrucado y feliz en el fondo de una chata.

Aquellas noches de fogones de marlos en el costado de los galpones, cuando la juntada. Algunos preparaban la comida, otros tomaban mate mientras comentaban las bolsas de maíz juntadas en el día. Había quien, callado, pensaría en su pueblo lejano o contemplaría la noche,

mirando alguna estrella distante. Luego, nuevamente, el éxodo, la dispersión, algunos a sus ranchos, otros como yo a caminar sin rumbo fijo, a los galpones del ferrocarril, a la costa de los arroyos, a esperar que transcurriera el tiempo y viniera la próxima cosecha.

El ruido de los paragolpes entrecrocándose cuando el carguero arrancaba con un largo pito de distancia, muy largo, distinto a todos los pitos de maniobras, rodando despacio, yéndose. El humo negro, el olor picante del humo del carbón saliendo de las chimeneas de las locomotoras y el pedazo de cielo permanentemente nublado de las playas de maniobras. Rieles y nubes de humo. Abajo y arriba. Y los cargueros que se iban, diez, veinte, treinta, cuarenta vagones, los crotos corriendo a la par, subiendo al techo, acomodándonos en las chatas, en silencio, el pito, el humo, los sacudones en cada unión de rieles, el campo, el silencio, la paz. Todo el cielo encima y el viento en la cara.

Ranchadas, fuego, leña y convite: aquí tiene agua caliente, compañero. Tome unos tártagos. ¿De lejos? Eran las caras que nunca había visto, que no volvería a ver, luego que pasado un día o dos me fuera o se fuesen. Esa noche en la cabecera del galpón, más grande el fuego, el churrasquito retorciéndose en la trebe, o el guisito. Charlar: política, sindicatos, libros, versos. Juntada, chacras, estancias. Leyendas. Dormirse. El sol del nuevo día pegando en la ranchada. Abrir los ojos, oír que la helada cruje sobre los ponchos cuando uno se mueve. Seguir durmiendo. O anticiparse al sol y prender el fuego. Tender los ponchos en el alambrado a secarlos del rocío de la noche. Matear, empezar el nuevo día.

Llovía. La lona me tapaba. Así, las horas. Corría el agua sobre la lona sin poder traspasarla. Y yo me quedaba quieto, escuchando cómo golpeaba en mi cabeza, en mis espaldas, verla, sentirla correr, haciéndose arroyito. En un vagón, al abrigo, golpeaba el agua sobre el techo de chapa. Una siesta larga. Larga y mansa como la lluvia del Este. Luego, ponerse a mirar el paisaje borroneado tras la cortina de agua. La calma, el resplandor del último sol, un piar distante y las cosas del paisaje que goteaban y se iban secando.

Viene un carga. ¿Lo tomamos? No. Todavía no hemos terminado de churrasquear. Ya vendrá otro. ¿Para dónde? ¿Qué se yo! Para cualquier parte.

La noche. Estrellas, aire tibio. Guitarra, acordeón, armónica. Modos de hacer menos triste la soledad. Un linye canta. Muy pocos eran los linyes cantores. Música. Descanso al que nos acercábamos golosos, después de días y semanas sin otros ruidos que el viento, el traqueteo, los pitazos de las locomotoras. Días y días solo, sin nadie con quien hablar. Sólo con uno mismo. Hambre, frío y soledad.

Verano. Las chacras. Meses en la juntada. Engordar unos kilos. Una mañana, en el viento el pito de un carguero lejano trazando un gran semicírculo en torno a la chacra, en torno a nosotros. Pedir las cuentas, cargar el mono y salir cruzando campo hacia el pito, hacia donde seguramente estarían los rieles. Encontrarlos. Sentarse sobre ellos. Acariciarlos. En tierra firme, nuevamente.

Unos ojos. Unos labios. Mirarla en silencio, a escondidas. Mirarla. Mirarse. Una voz, charlas, párpados que quieren esconder. Silencios cargados. Después, en la vía, las rodillas abrazadas, la cara al viento, recordar. ¿Volverá, Bepo? Y las vías que no vuelven nunca.

¿Qué quedaba de aquel mundo que había sido toda mi vida? Casi ningún linye, como en un invierno permanente. Milicos y guardas con orden de cazar a los pocos que quedábamos. Máquinas en las juntadas en lugar de crotos; camiones y silos en lugar de trojas, estibas y galpones. Entonces, hacerme croto lerdo, expulsado de los vagones, expatriado de las vías. Perder agilidad, caer del vagón, engrasar las vías. O amontonarse en una estación grande, como

basura, hacer ranchada fija en la mugre, volverse manguero, degenerado, roñoso, borracho. Viejo.

Ya no habrá primavera para las vías. Y por más que calienten los días, los cargueros no llevarán otra cosa que carga bruta. Al pie de los terraplenes, todas las ranchadas se han apagado para siempre.

Se oye un pito. Un largo pito de distancia. Viene un carguero.

## **GLOSARIO LINYERA**

Con el aporte invaluable de *Angel Borda*, ex croto, hombre de ideas y militancia libertaria, organizador sindical, estudioso de los problemas argentinos y, de suyo, entrañable amigo de José “Bepo” Ghezzi, se completó este glosario que rescata vocablos de la pintoresca parla crotil, gracias a que él la ofreciera generosamente cuando supo que se elaboraba este trabajo.

**ARROLLAR EL MONO:** esquivar oportunidad o compromiso de trabajo.

**BAGAYERA:** Conjunto de olla, pava, tenedor, cuchara, cucharón y mate y bombilla que constituían los enseres domésticos del linyera y a veces podían ser reemplazados total o parcialmente por latas vacías de las de conserva, de distinto tamaño, adaptadas para cada uso. Se guardaba el todo en una bolsita limpia, generalmente de lona. En ella se guardaban también los restos aprovechables de comida. La voz proviene del lunfardo *bagayo*, atado, fardo, equipaje, y éste a su vez del italiano *bagaggio*.

**BAJERA:** Antiguo billete de un peso moneda nacional.

**BANDOLIÓN:** Lata de unos 20 litros, generalmente de aceite o kerosén, cuadrada y abierta lateralmente para cocinar. Su forma recordaba lejanamente la de un bandoneón.

**BARATO:** Trabajo de pocas horas que uno cede a otro, desocupado.

**BATACLANA:** Gallina.

**BATIR LA CATOLICA:** Tocar el timbre o la campanilla para mendigar.

**BOLSAS:** Mantas o bolsas de arpillera propiamente dichas, con las que se cubrían para dormir. *Ir a las bolsas o a los ponchos*; acostarse.

**BUYON:** Lunfardismo originado en la voz francesa *bouillon*, caldo. Por extensión, comida en general.

**CALANDRIA:** Trabajador que rinde poco.

**CALDERÓN:** Caliente, enojado.

**CANA:** Lunfardismo: policía.

**CANARIO:** Antiguo billete de cien pesos de color amarillo.

**CANISTA:** Amigo de la policía.

**CARGAR LA PILA:** Llevar dinero encima.

**CARGAR MÁQUINA:** Portar arma de fuego.

**CATANGO:** Peón de las cuadrillas que reparaban las vías del ferrocarril.

**CENSAR:** Observar detenidamente.

**CERDO:** Chacarero rico. *Trabajar el cerdo*: robar en chacras ricas.

**CHACARLON:** Chacarero pobre.

**CHANGA:** Trabajo temporario, de varios días o semanas. *Changa solidaria:* modalidad de ayuda según la cual un grupo de peones cedía cada uno un día de trabajo para que el otro, desocupado, lo realizara.

**CHIROLA:** Centavo.

**CHOCHI CHOCHAN:** Lechón.

**COLIYO:** Pucho apagado.

**CORRER LA YEGUA:** Asociarse entre varios para adquirir bebidas o comestibles.

**CORTADA:** Travesía.

**CROTACHO, CROTENCIO, CROTILDE:** Despectivo de croto.

**CROTERA:** Dependencia, generalmente de barro y paja, que había en las estancias, para alojar por una noche o dos a los linyeras o crotos. También se daba ese destino -o lo tomaban espontáneamente los linyes- a las taperas, o ranchos abandonados.

**CROTIL:** Relativo al croto.

**CROTO:** Voz de origen incierto con que se designa al linyera a partir de 1920, aproximadamente. Se lo vincula con medidas a favor de los linyeras tomadas por el entonces gobernador de la provincia de Buenos Aires José Camilo Crotto, entre ellas, la gratuidad de los viajes en trenes de carga para los braceros.

**CRUCE:** Travesía que se hace abandonando la vía, para alcanzar otro ramal, u obedeciendo a un impulso interior no siempre explicado.

**CUADRADO:** El *mono* o atado de ropa que llevaban los linyeras al hombro.

**CUADRAR EL MONO:** Prepararse para salir.

**CUERPO:** Litro.

**CULOLARGO:** Peón de estancia.

**CURVA:** Gallina.

**EFETÉ:** Obrero fijo, efectivo, de un lugar.

**ENGRASAR LAS VÍAS:** Morir bajo las ruedas de los trenes.

**FARMACIA:** Cocina. *Hacer la farmacia:* robar en una cocina.

**FLOTANTE:** Pato, ave palmípeda.

**FRUQUI:** Guiso.

**GUACHO:** Argentinismo, por huérfano. Por extensión, desvalido, solitario. También se usa con sentido despectivo: malo, malintencionado, despreciable.

**HACER GALOPIAR LA PERA:** Comer apurado.

**JAULA:** Billetera, por alusión a guardar los billetes de 100 pesos (canarios) y de 10 (loros).

**JODA:** Lunfardismo. Vida airada o irresponsable. Broma. Perjuicio.

**JODER:** Embromar a otro, perjudicar. Bromear.

**JUAN FIGURA:** Policía.

**LINYE:** Apócope de linyera.

**LINYERA:** Voz, probablemente de origen piamontés, *linghería* con que los braceros italianos que venían a la Argentina a hacer las cosechas denominaban a su atado de ropa. Por extensión,

siguió denominándose *linghera* (fonéticamente *linyera*) no sólo al mono o atado de ropa, sino a quien la llevaba (Cfr. Gobello-Payet, *Breve Diccionario Lunfardo*, Bs. As., 1960; y Fernando Hugo Casullo, *Diccionario de voces lunfardas y vulgares*, Bs. As., 1964, y Diego Abad de Santillán, *Enciclopedia Argentina*, Bs. As., 1956, tomo IV, pág. 423.).

**LORO:** Antiguo billete de diez pesos moneda nacional, de color verde.

**MACHUQUE:** Saludar, dar la mano.

**MANCAR:** Poner a descubierto al que no dice la verdad. Descubrir al que llega a hurtadillas a un gallinero.

**MÁQUINA:** Revólver.

**MARANFIO:** Puchero, guiso, comida en general.

**MAROMA:** La Policía.

**MARROCO:** Lunfardismo, pan.

**MOJARSE LOS PIES:** Madrugar el que va a hurtar.

**MONO:** El atado de ropa del linyera. Se lo armaba o “cuadraba”, con una bolsa de arpillera abierta en sus costuras. Se ponían, dobladas varias veces, la maleta de juntar maíz, las frazadas u otras bolsas que se usaran con ese fin: alguna muda de ropa, a veces una lata cuadrada o rectangular y chata en la que se guardaban los papeles, libros, fósforos y otros objetos de cuidado. Se anudaba en diagonal, primero un par de puntas y luego el otro y entre ambos nudos se pasaba luego el brazo para echarlo a la espalda. El origen de tal denominación es incierto. Hay quienes suponen que se vincula con la antigua costumbre de algunos gitanos de llevar posado sobre su hombro un mono domesticado.

**OTARIO:** Pavo, ave de corral. También llamado *chambón*.

**PARLA:** Cuento.

**PASADO DEL MONO:** Trastornado mental.

**PATAGON:** El refractario a viajar en tren.

**PEDERNERA:** Borracho.

**PIANO:** Lunfardismo: cuña de madera, base para obtener las impresiones digitales que usa la policía. *Tocar el piano:* que le tomen las impresiones digitales.

**PIBOTE:** Novato.

**PICARDIAR:** Juntar puchos.

**PICARDO:** Cualquier marca de cigarrillo.

**PILA:** *Cargar la...*, tener dinero.

**PIQUE:** Trabajo por unas horas o unos días.

**PIOLA:** Reducidor. Policía coimero. *Piolón*.

**PIRARSE:** Lunfardismo: Huir.

**PISAR EL GATO:** Colocar la última bolsa en lo alto de la estiba.

**PISTOLEAR:** Mendigar. *Sacar la pistola.* Ir a pedir.

**POBLASTICO:** Pueblerero.

**POLONIO:** Polaco.

**PORCACHA:** Mujer joven de las chacras.

**PORCACHONA:** Mujer del chacarero.

**RANCHADA:** Lugar donde el linyera enciende el fuego, deja el mono y la bagayera, come y duerme.

**RENGUIAR:** No soportar. Eludir una obligación, no contribuir.

**RESPETABLE:** Acopiador de cereales.

**ROQUE:** Perro.

**SAN ROQUE:** Linye con perro.

**SAQUETERO:** Bolsero. Peón estibador.

**TAPIAR:** Ocultar una cosa o sacar la cara por otro.

**TÁRTAGO:** Mate.

**TE:** Paliza. *Dar el té.* Apalear o golpear.

**TENDER:** Hacer la cama.

**TOCAR:** Llamar de puerta en puerta, mendigando.

**TRES MARÍAS** (las): Pan, carne y yerba.

**VENADO:** Criollismo. Hambre.

**VERDULERA:** Argentinismo, acordeón de ocho bajos, común entre los inmigrantes italianos de comienzos de siglo.

**VIADA:** Vida en las vías.

**VITROLA:** Pequeña lata cuadrada con un agujero en su base superior, para tomar mate, en reemplazo del jarrito o la calabaza (Versión BORDA). -Lata cuadrada, más grande que la anterior, con pequeña tapa circular, en su base superior, usada en reemplazo de la pava. Se usó frecuentemente la de tabaco "Cerro Corá". Dos alambres cruzados diagonalmente oficiaban de manija. Un agujero en una de las aristas laterales, arriba, daba salida al agua. Su nombre provendría del lejano parecido con la caja de madera que formaba parte de los antiguos fonógrafos o "vitrolas" (Versión de FEDERICO HERRERA, ex croto del sur de Santa Fe, hoy residente en Tandil, por la que nos inclinamos).



**SOMERA INFORMACIÓN  
FERROVIARIA**

Las frecuentes referencias ferroviarias que se hacen en este libro, están condicionadas, muchas de ellas, a antiguas denominaciones previas a la nacionalización de las empresas. Casi todas son pequeñas estaciones de campo, muy poco conocidas. Aunque en el texto se hicieron algunas aclaraciones al pie, creemos que resultará más útil reunir a todas.

Empresas de trocha ancha (1,67 mts.)

*Central Argentino*, hoy Bartolomé Mitre. Cabecera: Estación Retiro.

*Buenos Aires al Pacífico* (vulgarmente conocido como “el Pacífico”), hoy General San Martín. Cabecera: Estación Retiro.

*Ferrocarril Oeste*, hoy Sarmiento. Cabecera: Estación Once.

*Ferrocarril Sud*, hoy General Roca. Cabecera: Plaza Constitución.

*Rosario-Puerto Belgrano* (vulgarmente denominada “La Puerto”), hoy mitad Mitre, mitad Roca. Cabecera: Rosario.

*Bahía Blanca-Noroeste*, hoy General Roca. Cabecera: Bahía Blanca.

Empresas de trocha media (1,43 mts.)

*Federico Lacroze*, hoy General Urquiza. Cabecera: Estación Federico Lacroze, Buenos Aires.

Empresas de trocha angosta (1 mt.)

*Compañía General Buenos Aires* (vulgarmente denominada “La Trocha”).

*Central Córdoba*, hoy Gral. Belgrano. Cabecera: Retiro.

*Ferrocarril Midland*, hoy Gral. Belgrano. Cabecera: Estación Puente Alsina.

*Ferrocarril Provincial*, hoy Gral. Belgrano. Cabecera: La Plata.

*Ferrocarril Santa Fe*, hoy Gral. Belgrano. Cabecera: Santa Fe.

*Ferrocarril del Estado*, hoy Gral. Belgrano. Cabecera: Tucumán.

*Ferrocarril Decauville* (70 ctms. de trocha), Jacobacci-Esquel. Cabecera: Estación Jacobacci.

## ESTACIONES NOMBRADAS EN ESTA OBRA

(Por orden alfabético)

*Alberdi*, ex Pacífico, hoy San Martín. A 181 kilómetros de Junín, Buenos Aires.

*Arribeños*, ex Pacífico, hoy San Martín. A 215 kilómetros de Junín, Buenos Aires.

- Arroyo Dulce*, ex Cía. General Buenos Aires, hoy Belgrano. A 30 kilómetros de Salto, Buenos Aires.
- Balbín*, ex Pacífico, hoy San Martín. A 30 kilómetros de Alberdi, Buenos Aires.
- Berdier*, ex Cía. General de Buenos Aires, hoy Belgrano. A 30 kilómetros de Salto, Buenos Aires.
- Blaquier*, ex Pacífico, hoy San Martín. A 69 kilómetros de Alberdi, Buenos Aires.
- Cabildo*, ex F.C.S, hoy Roca. A 120 kilómetros de Bahía Blanca, Buenos Aires.
- Carabelas*, ex Cía. Gral. Buenos Aires, hoy Belgrano. A 40 kilómetros de Pergamino, Buenos Aires.
- Cepeda*, ex Central Argentino, hoy Mitre. A 34 kilómetros de Villa Constitución, Santa Fe.
- Clodomira*, ex F. C. del Estado, hoy Belgrano. A 29 kilómetros de Santiago del Estero.
- Copetonas*, ex F. C. Sud, hoy ramal clausurado del Roca. A 30 kilómetros de Dorrego, Buenos Aires.
- Diego de Alvear*, ex Pacífico, hoy San Martín. A 55 kilómetros de Rufino, Santa Fe.
- Chovet*, ex Rosario-Puerto Belgrano, hoy Mitre. A 121 kilómetros de Rosario.
- Darragueira*, ex Bahía Blanca-Noroeste, hoy Roca. A 159 kilómetros de Bahía Blanca.
- El Pensamiento*, ex Rosario-Puerto Belgrano, hoy Roca. A 39 kilómetros de Coronel Pringles.
- Erize*, ex F.C.S., hoy Roca. A 66 kilómetros de Saavedra, Buenos Aires.
- Firmat*, ex Central Argentino, hoy Mitre. A 40 kilómetros de Casilda, Santa Fe.
- Germania*, ex Pacífico, hoy Urquiza (trocha media), a 96 kilómetros de Junín, Buenos Aires.
- Hunter*, *íd.* A 20 kilómetros de Rojas, Buenos Aires.
- Guido y Spano*, ex Lacroze, hoy Urquiza. A 15 kilómetros de Rojas (trocha media), Buenos Aires.
- Isla Verde*, ex F. C. Buenos Aires al Pacífico (hoy San Martín). A 20 kilómetros de Huinca Renancó (Pcia. de Córdoba). Trocha ancha.
- Iturraspe*, ex Central Argentino, hoy Mitre. A 141 kilómetros de Villa María, Córdoba.
- Inés Indart*, ex F. C. Buenos Aires al Pacífico, hoy San Martín. A 51 kilómetros de Rawson, Buenos Aires.
- La Luisa*, ex Central Argentino, hoy Mitre. A 17 kilómetros de Arrecifes, Buenos Aires.
- Las Matanzas*, ex Rosario-Pto. Belgrano, hoy Roca. A 48 kilómetros de Pringles.
- La Negra*, ex F. C. S., hoy ramal clausurado del Roca. A 96 kilómetros de Tandil.
- Las Rosas*, ex Central Argentino, hoy Mitre. A 162 kilómetros de Villa María, Córdoba.
- Macedo*, ex F.C.S., hoy ramal clausurado del Roca. A 35 kilómetros de Madariaga, Buenos Aires.
- Maldonado*, Playa de ex Bahía Blanca-Noroeste, y ex F. C. Sud, hoy Roca. A 3 kilómetros de Bahía Blanca, Buenos Aires.
- Marcos Juárez*, ex Central Argentino, hoy Mitre. A 113 kilómetros de Villa María, Córdoba.
- Mariano Benítez*, ex Cía. Gral. Buenos Aires, hoy Belgrano. A 43 kilómetros de Pergamino (trocha angosta).

*Nueva Roma*, ex Bahía Blanca-Noroeste, ex F.C.S., hoy Roca. A 38 kilómetros de Bahía Blanca, Buenos Aires.

*Panquegua*, ex F. C. Buenos Aires al Pacífico, hoy San Martín. A 45 kilómetros de Mendoza.

*Pichincha*, ex F. C. Buenos Aires al Pacífico, hoy San Martín. A 56 kilómetros de Alberdi, Buenos Aires.

*Rancagua*, ex Cía. Gral. Buenos Aires, hoy Belgrano. A 45 kilómetros de Salto, Buenos Aires (trocha angosta).

*Retamito*, ex F. C. Buenos Aires al Pacífico, hoy San Martín. A 15 kilómetros de Cañada Honda, San Juan.

*Rueda*, ex Central Argentino, hoy Mitre. A 17 kilómetros de Villa Constitución, Santa Fe.

*San Gregorio*, ex Rosario-Puerto Belgrano (la Puerto), hoy Mitre. A 223 kilómetros de Rosario, Santa Fe.

*Tres Sargentos*, ex Cía. General Buenos Aires, hoy Belgrano, a mitad de recorrido entre Pergamino (Buenos Aires) y Rosario (Santa Fe).

*Saira*, ex Central Argentino, hoy Mitre. A 40 kilómetros de Marcos Juárez, Córdoba.

*Trigales*, ex F. C. Buenos Aires al Pacífico, hoy San Martín. A 16 kilómetros de Alberdi, Buenos Aires.

*Vedia*. Dos estaciones: Una, ex Cía. Gral. Buenos Aires, hoy Belgrano, a 90 kilómetros de Pergamino (trocha angosta), Buenos Aires. La otra, ex F. C. Buenos Aires al Pacífico, hoy San Martín, a 55 kilómetros de Junín, Buenos Aires, muy cerca una de la otra.

### **Contratapa.**

El misterio del desarraigo argentino obsesiona a *Hugo Nario*, escritor bonaerense y periodista por más de 30 años en Tandil. En su primer libro, *Tata Dios, el mesías de la última montonera* (Plus Ultra, 1976) lo reflejó analíticamente, cuestión sobre la que volvió después en *Los crímenes del Tandil*, (Centro Editor de América Latina, 1983) y en numerosos trabajos aparecidos en los suplementos literarios de La Prensa y de Clarín y en la revista Todo es Historia.

En *BEPO* teje la biografía auténtica -si bien en forma novelada- de *José Américo Ghezzi*, un argentino que durante 25 años fue *croto* o *linyera* sobre los trenes cargueros de la República.

Aparecen en su relato una visión inédita de la Argentina Rural, contemplada y vivida desde la vía y desde su automarginalidad; los artilugios para sobrevivir en un medio hostil y desvalido; los peligros en acecho: el accidente, el crimen, la homosexualidad, el hambre, el frío, la locura, y un afán empecinado de ser libre a tan duro precio. Pero asimismo puede reconocerse el tema universal del Peregrino, que en pos de la libertad y su destino, se despoja de lo material, como el pájaro que no guarda para mañana. En el simbolismo del Viaje, de las Pruebas, de las Ayudas y de la Pampa Madre y Maestra aparece el Mito del Héroe avanzando, pese a todo, hacia su propio Omega.